

B

BIBLIOTECA

CLÁSICA.



Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante C-4

natura 133/1

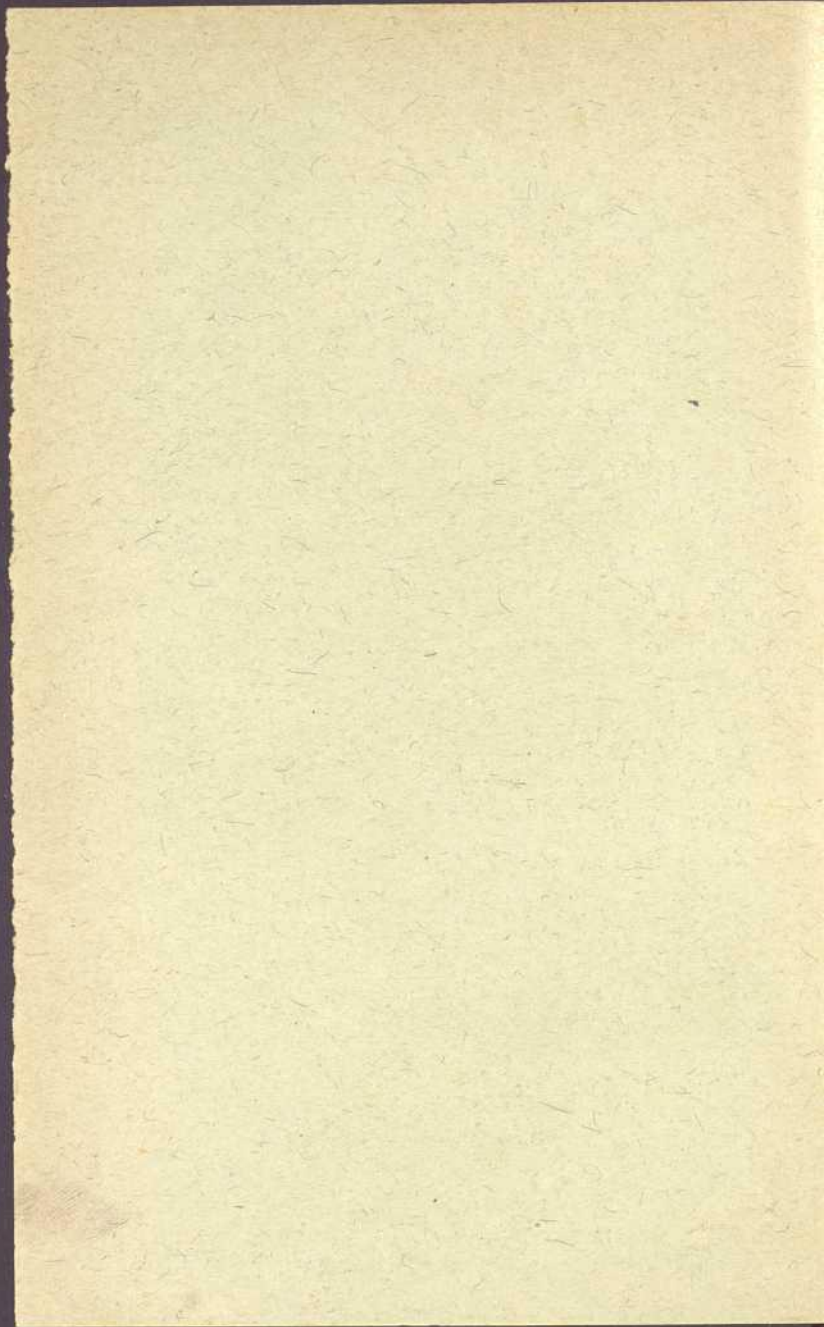
FA 4084/1

R. G. 2985



R. 1921

83



HEINE.

CUADROS DE VIAJE.



2846-5

F.R. 4084/1

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO CXXIV

CUADROS DE VIAJE

POR

ENRIQUE HEINE

PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA HECHA DIRECTAMENTE
DEL ALEMÁN CON ARREGLO AL TEXTO REVISTO Y COMPLETADO
POR ADOLFO STRODTMANN, ANOTADA Y COMPARADA
CON LA VERSIÓN FRANCESA DEL AUTOR

POR

LORENZO GONZALEZ AGEJAS

con un ensayo biográfico y crítico acerca del autor y sus obras

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.^ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1916



~~A 2485~~

MR-12.403

93 1921

ENRIQUE HEINE

SU VIDA Y SUS OBRAS.

Mucho, muchísimo se ha escrito acerca de Heine, sobre todo en Francia, donde sólo la *Revue des deux mondes* ha venido publicando artículo sobre artículo. en que, al hablar de Alemania y de su literatura, se han ocupado más ó menos exclusivamente del poeta desde Edgard Quinet hasta Valbert, recogiendo ya este último los numerosos trabajos alemanes que, aunque tardíos, han aparecido especialmente en estos cuatro últimos años, en que Strodtmann (1) Proelss, Karpeles, Engel y otros, olvidando sobre la losa de una tumba iluminada por el resplandor del genio las antiguas quejas existentes entre el poeta y su patria, no sólo hacen justicia á su mérito, sino que disculpan sus extravíos y enriquecen los datos biográficos del ilustre judío-alemán, reducidos hasta hace poco a los escasos de sus Memorias.

(1) *Heines Leben und Werke*, 3.ª Auflage. Hamburg, 1884.

Apenas se sabía de él más (1) que nació en el año 1800 en Düsseldorf, ciudad situada sobre el Rhin, ocupada por los franceses desde 1806 á 1814; que recibió su primera educación en el convento de franciscanos establecido en su ciudad natal, entró más tarde en el Gimnasio (2) de la misma, que se llamó entonces Liceo, y allí cursó Humanidades distinguiéndose en las clases de filosofía del rector Schallmayer, de Poetas clásicos de Kramer, de Matemáticas de Brewer y de Retórica y Poética francesas del abate D'Aulnoi, profesores que aun vivían en 1835, excepto el Rector, sacerdote católico que se había interesado mucho por él, sin duda por ser hermano de su madre el consejero áulico Geldern, famoso médico á quien debía la vida; que su difunto padre fué un rico negociante, y su madre señora de distinción que aun vivía también, aunque retirada del mundo.

Sabíamos además que, interrumpidos sus estudios por caprichos novelescos, éonatos de establecimiento — pues su padre quiso que en Hamburgo estudiara comercio — por el amor y otras enfermedades, volvió á reanudarlos en la recién creada Universidad de Bonn, donde tuvo por maestro y amigo á Augusto Guillermo Schlegel, quien contribuyó al desenvolvi-

(1) Carta de Heine á Mr. Philarete Chasles de 15 de Enero de 1885, publicada en la *Revue de Paris*, Marzo de 1867.

(2) Instituto de segunda enseñanza.

miento del talento poético de Heine; que tras seis meses de permanencia en Bonn, pasó á Berlín, que le ofrecía mayores recursos literarios, y allí conoció á Hegel, cuya filosofía, combinada con la de Spinoza, produjeron la indiferencia, la audacia y las tendencias opuestas que reflejan sus principales obras; allí vivió en intimidad con Chamisso, con Varnhagen de Ense y su esposa Rahel Lewin, con Madama Herz, con Grabbe y otros que constituían el centro de la vida literaria de la capital de Prusia en aquella época, y allí publicó, en 1821, su primer colección de poesías, que no llamó la atención, no produciéndole honra ni dinero, por lo que abandonó á Berlín por Göttinga.

Siete años estudió en las citadas universidades, incluso la de Göttinga, en la que tomó al fin el grado de doctor en Derecho, *doctor juris*, como él mismo dice, después de un examen privado y de una tesis pública, en que el célebre Hugo, decano á la sazón en dicha facultad, no le perdonó la menor formalidad escolástica, y sólo le otorgó al fin un título de tercera clase, si bien, como poeta, juzgaba los versos de su graduando dignos de figurar al lado de los de Göthe; una prueba más de que los espíritus independientes de los grandes escritores jamás brillan dentro del rígido formalismo académico. Pero Heine no debió quedar contento, y ni aun supo aparentarlo, pues esta calificación desairada le proporcionó, quizá, el disgusto de que alguien escribiera

que había comprado su diploma, y exclama, dirigiéndose á Mr. Chasles: «Esta es la única calumnia que quisiera desmentir de cuantas circulan impresas respecto á mi vida privada. ¡He aquí el orgullo del sabio! Que digan que soy bastardo, hijo del verdugo, salteador de caminos, ateo, poetastro; de todo eso me río; pero me desgarrá el corazón que me disputen mi dignidad de doctor, aunque, aquí para entre nosotros, de cualquier cosa sé más que de Derecho.»

Hacia esta época fué cuando abjuró el judaismo para abrazar el protestantismo, haciéndose bautizar como luterano en Heiligenstadt el 28 de Junio de 1825.

«Este es un hecho oficial—dice Stern—de la vida de Heine, que es imposible poner en duda, pero que aun es más difícil explicar, porque una abjuración es un acto de fe, y en la vida de este mordaz escéptico es la más inconcebible de las anomalías; pues no digo ninguna creencia, sino ningún sentimiento, ninguna idea le ha encontrado jamás ferviente ó entusiasta; él se ha burlado de la patria, del amor, del arte, de la Naturaleza, de sus amigos, de sus parientes, y hasta de sí mismo. Poeta, injurió á Göthe, el Júpiter de la poesía moderna, á Platen, quizá el Chenier de Alemania; patriota, desgarró á Börne, el más patriota de sus contemporáneos.»

Dícenos, por último, que en 1823 publicó nuevas poesías y dos tragedias, una de las cuales fué ejecu-

tada y silbada en Brunswick, capital del ducado del mismo nombre; que en 1825 apareció el primer tomo de los *Reisebilder*, y los otros tres se publicaron pocos años después en casa de Hoffmann y Campe, sus editores de siempre; que desde 1826 á 1831 vivió alternativamente en Lüneburgo, en Hamburgo y en Munich, donde redactó los *Anales políticos* con su amigo Lindner, viajando de tiempo en tiempo por el extranjero, y que siempre, desde sus doce años, pasó el otoño á orillas del mar del Norte, adorando al mar como á una querida y cantando sus caprichos.

Hoy, á más de estos brevísimos datos, poseemos su correspondencia, con cuyos elementos se han escrito biografías como la de Strodttmann, que parecía haber agotado la materia, y que han sido ampliadas por otras posteriores. Pero el mejor medio de conocer á Heine es leer sus escritos en prosa y verso, pues no es Heine de los autores que se ocultan, sino que se ha pasado la vida hablando de sí propio, probando que el *yo* únicamente odioso es el de los fatuos y de los indiferentes. El Voltaire alemán tenía muchas pequeñas vanidades, y no temía ser jactancioso; pero su exquisita naturaleza le libraba de la fatuidad, haciéndole ser franco y darse por lo que era y valía. Desde su juventud y hasta su muerte se interesó por todo lo que pasaba en el mundo, teniendo todas las curiosidades y mezclando los grandes pensamientos con los pequeños, los generosos arranques con las miserias.

Gracias, pues, á los fragmentos de sus Memorias, á sus cartas y á sus nuevos biógrafos, conocemos mejor los primeros años de este poeta rhenano de raza judía, á quien su origen y las preferencias de su familia parecían dedicar al comercio ó á la banca. Sabemos qué educación recibió en su ciudad natal, Düsseldorf, capital del gran ducado de Berg, no habitada ya por los Ubianos, y que Napoleón dió primero á su cuñado Murat, y después á uno de sus sobrinos. Nacido en 1797, ó el 13 de Diciembre de 1799, porque este punto está obscuro, pudo decir: «He venido al mundo al fin de un siglo muy escéptico y en una ciudad en que no sólo reinaba Francia, sino también el espíritu francés» (1).

Si Göthe heredó de su padre el espíritu metódico, el espíritu de orden y clasificación, y de su madre la fantasía y el gusto por los cuentos, á Heine le sucedió al revés. En sus Memorias aparece su madre como una grave mujer, muy razonable, deísta pura, discípula de Rousseau y amamantada por su *Emilio*. «La razón de mi madre y su manera de sentir—dice el poeta—era la salud misma, y no fué

(1) Lo de afirmar él que nació en 1800 ó en 1.º de Enero de 1801, como cree Gauthier, no tiene tal vez otro objeto que hacer aquella frase de «yo soy el primer hombre de mi siglo», pues en las *Confesiones (Geständnisse)* dice: «Nací en el último año del pasado siglo», y en una carta á Saint-René de Taillandier, que el 12 de Diciembre de 1799. Se atribuye, por último, la fecha de 1800 á inexactitud voluntaria para salvar al poeta del servicio de las armas.

ella la que me inspiró el amor á lo fantástico y romántico, pues abrigaba un santo horror hacia la poesía; me arrebató cuantas novelas hallaba en mis manos, me prohibía ir al teatro y tomar parte en los regocijos populares, vigilaba todas mis relaciones, reñía á los criados que contaban en mi presencia historias de aparecidos, y hacía lo posible por alejar de mí la superstición y la poesía.»

No obstante, también ella tenía sus quimeras. La habían deslumbrado las grandezas de la corte imperial, soñaba para su hijo «las más doradas charreteras». Después de la caída del imperio, las asombrosas prosperidades de la casa Rothschild hirieron su imaginación, y quería hacer de su Harry un rico banquero, viendo ya en él «un aprendiz de millonario». Por fin, acabó por descender á la barra, pues allí había visto abogados que hicieron gran fortuna; pero las estrellas habían decidido que Harry no sería abogado, ni banquero, ni funcionario con charreteras, sino que sería sencillamente un poeta que haría versos desde su juventud y que aun los haría en las angustias y languideces de una larga y feroz agonía; y cuando las estrellas se pronuncian en un sentido, las madres nada pueden.

Heine no se esperó á escribir sus Memorias para hacer el retrato de su padre: «Era la mejor alma del mundo—se lee en un pasaje de los *Reisebilder*—y fué largo tiempo un hombre arrogante: cabeza empolvada, coleta trezada elegantemente, que no

pendía, sino que la llevaba levantada por cima de la nuca con un peinecillo de concha. Sus manos eran de una blancura brillante y yo las besaba con frecuencia. Me parece que aun aspiró su grato perfume y que me penetra en los ojos de una manera picante. He querido mucho á mi padre, porque no pensé jamás que pudiera morir.»

Samuel Heine, á quien se ha figurado uno con frecuencia como un burguesillo insignificante de humor ligero y fácil alegría, era pronto en olvidar, descuidado del mañana, hombre que gozaba con sus esperanzas tanto como con sus dichas, y «satisfecho de la vida, reinaba en su corazón una perpetua fiesta (*kermesse*), en que los violines estaban siempre afinados». Había seguido en otro tiempo á Flandes al príncipe Ernesto de Cumberland en calidad de gentilhombre de boca, y trajo de lo que él llamaba sus campañas el gusto por los buenos uniformes, la admiración por todo lo que brilla, la pasión del lujo, del fausto, del juego y de las aventuras de bastidores. Este mercader de telas poseyó hasta doce caballos, que no le servían más que para comer mucha avena, sin que consintiera en deshacerse de ellos sino á fuerza de las apremiantes instancias de su mujer. Todo lo convertía en diversión, hasta sus negocios, que ya iban mal. Le importaba poco revender con poco provecho y hasta con pérdida las panas que se hacía traer de Liverpool; ya había tenido el placer de desembalarlas. «Era un niño grande»—ha

dicho su hijo—y como él, su hijo el poeta tuvo siempre transportes irresistibles, los ojos llenos de deseos, la sed de ver y de tener, acompañadas de candores, vanidades y alegrías de niño.

Sus enemigos acusaban á este terrible burlón, cuyas envenenadas flechas no perdonaban á reyes ni dioses, de tener hecho pacto con el diablo; pero el diablo que le poseía tuvo, hasta el fin, rostro y barba juveniles y supo reír á mandíbula batiente, mostrando sus caninos, como se ríe á los doce años.

Heine, á quien se ha definido con justicia como un romántico desenfrailado, era á la vez el más escéptico y el más imaginativo de los hombres. A la edad en que todo se cree, él dudaba ya de muchas cosas, de lo cual ha echado más tarde la culpa á uno de los sacerdotes católicos que fueron sus primeros maestros, al buen viejo rector Schallmeyer, que durante la ocupación francesa dirigió el liceo de Düsseldorf y explicaba un curso de Filosofía á los alumnos de la clase primera. «En este curso —dice de él— exponía crudamente los sistemas filosóficos griegos más libres, más aventurados, cuyo escepticismo era espantosamente contrario á los dogmas ortodoxos de la religión católica. Me atrevo á esperar que un día ante los magistrados del juicio final, en el valle de Josafat, se me considerará como circunstancia atenuante el haber sido admitido, por pernicioso favor, á seguir en mi más tierna edad las lecciones filosóficas del rector Schallmeyer.»

En cambio atribuía á uno de sus tíos maternos, á Simón Geldern, el desenvolvimiento precoz de su imaginación, pues la casa de este hombrecillo de rostro pálido y serio, era un almacén de curiosidades, un arca de Noé, y él autorizaba á su sobrino para pasar largas horas en un granero lleno de cajas viejas, en las que el niño descubría tesoros, y allí su mente exaltada desvariaba, haciéndole la gata vieja que le acompañaba en este misterioso sitio, el efecto de una princesa encantada.

Encontró en estas cajas tratados de magia negra y de magia blanca, las obras de Paracelso, de Van Helmont, de Agrippa, y el diario manuscrito de un tío de uno de sus abuelos, apellidado el Caballero ó el Oriental, que había corrido grandes aventuras en Oriente, donde desempeñara una tras otra las profesiones de capitán de bandoleros, caballero de industria, místico, visionario y utopista.—«Este místico era un poco charlatán—leemos en las Memorias de su irreverentísimo sobrino;—pero, ¿el buen Dios mismo no tiene su charlatanismo? Cuando promulgó su ley en el monte Sinaí no desdeñó los relámpagos y los truenos, aunque su ley fuese tan excelente, tan divinamente buena que bien hubiera podido pasarse sin este gran aparato escénico. Pero el Señor conocía á su público.»

A fuerza de meditar en las maravillosas aventuras del charlatán místico, el niño predestinado acabó por tomarlas por su cuenta. Se persuadió de

que él también había recorrido el Egipto, la Turquía, la Persia, asombrando á los califas y volviendo locos á los sultanes. Como por golpe de varita mágica, se convirtió en el tío de su abuelo, y ha pretendido más de una vez que muchos de sus actos y errores de conducta de que se escandalizaban sus amigos, no le eran absolutamente imputables, sino que era preciso atribuirlos á su *doble*, cuya influencia oculta se dejó sentir durante toda su vida. A este propósito citaba de la Biblia, que siempre le gustó citar aquel pasaje de: «Los abuelos comieron los agraces, y los descendientes han sentido la dentera.»

Su madre le había dado su buen sentido, su padre el amor á lo que brilla y la vivacidad de sensaciones; debía al buen rector Schallmeyer sus primeras dudas, y á su tío Simón de Geldern sus primeros sueños. No tuvo, pues, necesidad de salir de su familia para hallar la ocasión que hace los poetas, para sentir el choque doloroso de la realidad y de los sueños, para conocer esos hastíos del corazón á que es preciso dar el encanto de los cuentos y adormir con cantares.

Sabemos ahora que alimentó largo tiempo una desgraciada pasión hacia su prima Amelia, hija tercera de su tío Salomón Heine, el rico banquero de Hamburgo. Pero, ¿el primito pobre podía hallar gracia á los ojos de la opulenta heredera? Lloró la mujer y lloró el dote. La herida fué profunda y siempre es-

taba pronta á sangrar; cuando supo que Amelia se casaba con John Friedländer, sintió volverse á abrir la fuente de las lágrimas y de los cantos, porque esta hermosa ave de brillante plumaje no podía llorar sin sentir deseos de cantar (1).

Pasaron bastantes años sin que volviera á encontrarse con la ingrata; cuando la volvió á ver, la herida se había cerrado, pero declaró «que el mundo le parecía insulso é insípido; que la tierra tenía olor de violeta seca». Por lo demás, no era solamente haciendo versos como se consolaba de las penas de su corazón; tenía otro método aun más eficaz, que practicó toda su vida. Había reconocido desde su tierna juventud que no se cura uno de las mujeres más que con las mujeres; que hay que conjurar á Satán con Belzebut. ¿Tenía que quejarse de la *Venus de Médicis*? Pues se consolaba de sus rigores junto á otra divinidad á quien llamaba la *Venus de las Camelias*. Jamás usó de nada sin abuso, y lo pagó. Estaba aún en la fuerza de la edad cuando entabló relaciones con la *mujer negra*, que le atormentó largo tiempo antes de asirle y llevarsele. Ha tenido el valor de cantarla «hasta el momento en que le cerró la boca con un puñado de tierra». — «La mujer negra había oprimido mi cabeza contra su corazón; por donde sus lágrimas corrieron, mis cabellos se volvieron grises. Me abrazó y perdí mis fuerzas; me besó los ojos

(1) El *Intermedio lírico* contiene las quejas de esta pasión.

y quedé ciego; con sus salvajes labios chupó la médula de mis riñones.»

Salomón Heine no se había cuidado de tener por yerno un poeta; y no puede recriminársele por ello. Tenía bastante ingenio para gustar del de su sobrino, y para adivinar casi lo que valía el peregrino extraño; pero sabía aún mejor lo que valía un *groschen* (1). A él, que había partido de humildes comienzos, le parecía muy natural que cada uno se ingeniase y se aventurase como él, y no admitía que se hiciese danzar á sus escudos. Su sobrino le acusaba de ta-cañería, le ponía en el rango «de esos tíos mal-humorados que calculan dolorosamente lo que costará una diversión».

Como ha hecho notar Maximiliano Heine, hermano menor del poeta, existió siempre entre tío y sobrino un proceso pendiente y una incompatibilidad mutua de caracteres y principios. El uno decía:—«Yo soy la gloria de mi familia, á quien he reconciliado con las musas, y se me debe gratitud por ello. El mejor empleo que mi tío pudiera dar á su inmensa fortuna es el de proveer, no sólo á mis necesidades, sino hasta á mis placeres, que son para mí necesidades imaginativas.» El otro respondía:—«Mi sobrino tiene talento y da buen giro á los versos, pero es un verdugo del dinero, y no tengo ganas de despilfarrar en su provecho una fortuna penosa-

(1) Pieza de 12 céntimos.

mente reunida. Consiento en mantenerle mientras duren sus estudios, hasta que tenga con qué ganarse el pan, pero no le proporcionaré más que lo necesario; no entiendo eso de pagar los gastos del culto que le place rendir á la Venus de las Camelias. Esa divinidad costosísima y rapaz, no sabrá jamás de qué color son mis escudos.» No podían entenderse: si los reproches eran fundados, las refutaciones no lo eran menos.

Durante una estancia de algunos meses que hizo en Londres, se permitió Heine jugar al banquero, cincuenta veces millonario, una pasada que no podía menos de hacerles romper. Había partido con el bolsillo bien repleto; pero por vía de fórmula y como por un exceso de precaución, obtuvo de su tío que le diese contra la casa Rothschild una letra de crédito de 400 libras esterlinas, que debía servir para establecerle debidamente, y que él se comprometía á no hacer efectiva. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya habían pasado á su bolsillo. Algunos días después, el barón Nathan de Rothschild escribía á Salomón Heine dándole gracias por el placer que había tenido en entablar conocimiento con un joven y célebre poeta, á quien su casa había tenido el honor de pagar 400 libras esterlinas. El viejo montó en violenta cólera.—«¡Cargue el diablo con Rothschild!—exclamó— con sus placeres y honores, y con los que arrojan mi dinero por la ventana.»

Cuando el joven disipador estuvo de regreso y hubo de dar cuenta de su acto, la explicación fué viva y borrascosa; y en el curso de este debate pronunció esta frase digna de recuerdo:— «Deberías saber, querido tío, que lo que hay de mejor en tu negocio es el derecho que tienes á llevar mi nombre.» — «A fe mía—refunfuñaba el malhumorado tío—este muchacho considera como mérito y virtud de su parte el no exigirme honorarios por cada línea de las cartas que se digna escribirme.» Sin embargo, le mantuvo en su gracia, y hasta su muerte le abonó una pensión, que el pensionador encontraba espléndida y el pensionado miserable; tan inconciliables eran sus opiniones. Cada uno hacía su papel, y ambos rabiaban por tener razón.

Sin embargo, injusto sería no decir que Heine se equivocaba al juzgar á su tío, y que este hombre acaudalado, que dejó 41 millones de francos, fué un verdadero filántropo, pues con ellos contribuyó á mantener el crédito de Hamburgo al ocurrir el incendio de esta ciudad en 1842, instituyó una especie de Monte de Piedad en que se prestaba dinero sin interés á los trabajadores, *cualquiera que fuese su religión*, y legó á su muerte crecidas sumas para la reconstrucción de dos templos, así como á las casas de beneficencia, á la asociación encargada de enseñar oficios á los hijos de israelitas pobres y á los menesterosos *de cualquier confesión cristiana*. E injusto sería también callar, por más que sea un borrón

para la ciudad de Hamburgo, que ésta le pagó inúcuamente no concediéndole jamás el derecho de ciudadanía, ni admitiéndole siquiera como miembro de la Asociación comercial, ¡tan sólo por su condición de judío! Mas el pobre Heine sufrió las consecuencias de su amor á la poesía, pues una vez tomada la borla de doctor en Göttinga, parece que su tío le llamó para emplearle en su casa de banca, y como rehusara, le amenazó con desheredarle, y parece que en el testamento sólo halló que le legaba unos 16.000 francos, por lo que dice á este propósito:—«Buen derecho tengo á ser poeta; lo he pagado con 15 millones.»

Las impresiones de la juventud fueron siempre las que decidieron de los destinos de los poetas; Heine es una prueba de ello. Su prima Amelia le había inspirado sus primeros cantos de amor; la desgracia de haber nacido judío en un país en que el judío era considerado como de una raza inferior, le inspiró sus primeros gritos de guerra, despertó en él el espíritu de rebelión, el odio á los gazmoños, á los hipócritas, á los teutómanos, é hizo de este lírico un poeta militante, siempre dispuesto á dejar su laúd ó su arpa para embocar la trompeta de los combates.

Sus últimos biógrafos tienen razón en insistir acerca de los sufrimientos que á su orgullo causaron la insolencia del cristianismo y la actitud demasiado sumisa de los hijos de Israel, que se

abandonaban á su suerte y consagraban la injusticia con el silencio de su resignación. Le dolía pertenecer á un pueblo deshonrado, ojeado por la policía, despreciado por los grandes de este mundo y por los santurrones. Había nacido bajo el régimen de la ley francesa que emancipara á los judíos de Düsseldorf; mas después de la guerra de la independencia se les volvió á sumir en la antigua servidumbre. En Francfort, se les encerraba en su *ghetto* como á un vil rebaño; en Prusia, se les excluía de todos los cargos y de todas las funciones, salvo el de la medicina, se les prohibía el ejercicio de toda profesión liberal, y él mismo refiere lo que pasó en su alma de niño un día que besó en la boca á la hija de un verdugo, Josefa ó Lefchen, que le había aprisionado el corazón con sus algo salvajes gracias. —«Yo la abracé—dice—no sólo por obedecer á una tierna inclinación, sino también por lanzar un reto á la vieja sociedad y á sus sombríos prejuicios; y en este momento se encendieron en mí las primeras llamas de las dos pasiones á que he consagrado mi vida entera: el amor de las mujeres hermosas y el amor por la revolución francesa, por el moderno furor francés que me poseyó también al combatir á los lansquenets de la Edad Media.»

Este poeta militante no se jactaba de ser un héroe, y le tenía cuenta; por poco modesto que fuese, tuvo siempre esa sinceridad que es propia de los grandes talentos.—«Es una cosa fatal—escribía á su

amigo Moser — que en mí el hombre se vea regido por el presupuesto. La escasez ó abundancia de las especies no tiene la menor influencia sobre mis principios, pero la tiene demasiada sobre mis acciones. Sí, gran Moser, Enrique Heine es muy pequeño. No me mido por la vara de tu alma grande; la mía es como de goma elástica, y tan pronto se alarga como se encoge y se reduce á nada (*verschrumpft oft in's Winzige*).»

Cuando hubo reconocido que para llegar á ser algo en el reino de Prusia, tenía que abjurar la religión de sus padres, se hizo el chiquito, y dobló la cerviz. El 28 de Junio de 1825, pocos días antes de sostener su tesis para hacerse doctor en Derecho en la Universidad de Göttinga, recibió el bautismo y entró en la comunión de la Iglesia evangélica. Otros judíos lo habían hecho antes que él; él envolvía á Enrique Heine y á todos estos renegados en la misma reprobación.—«Cohn—escribía él desde Hamburgo el 14 de Diciembre del mismo año—me asegura que Gans predica el cristianismo y trabaja para convertir á los hijos de Israel. Si lo hace por convicción, es un loco; si lo hace por hipocresía, un bribón. Mejor quisiera, seguramente, haber sabido que ha robado cubiertos de plata. Te juro que si las leyes autorizaran el robo de cubiertos de plata, yo no me hubiera hecho cristiano.» He aquí explicado lo que no se explicaba Stern.

Había apurado de un trago el cáliz hasta las he

ces, y su amargor le duró en los labios largo tiempo. Pero estaba en su naturaleza achacar á los demás más que á sí propio los desalientos que se le reprochaban, y se vengó de su humillación tanto en Jehovah, el Dios despreciado que no sabía hacerse respetar, como en el soberbio Dios de los cristianos, que le había impuesto el sacrificio de su honor y no se lo tenía en cuenta. Pero aun no se habían abierto las puertas; tenía que moverse mucho, solicitar, y hablaba á sordos. ¿Qué le restaba que hacer?

No dudó, partió á Francia, se fué á respirar el aire de libertad que había aspirado en su niñez. Resolvió vivir y morir en un país en que la tolerancia ha pasado de tal modo á las costumbres, que ya no es una virtud, sino un hábito cómodo; en una ciudad en que á nadie se le ocurre pedir al talento cédula de confesión, ni informarse de si está circunciso ó incircunciso, ó si se ha bendecido el agua con que se le bautizó.

Llegó á París el 3 de Mayo de 1831, y un año más tarde, al remitir una carta de recomendación á su amigo Fernando Hiller, que partía para Alemania, deslizaba en ella estas palabras:—«Si alguien os pregunta cómo me va aquí, responded: Como el pez en el agua; ó más bien, decid á todo el mundo que siempre que en las profundidades del mar pregunta un pez á otro cómo le va, responde éste: Me va como á Enrique Heine en París.» Veinte años después, escribía:—«El día después de la revo-

lución de Julio me desnaturalicé y vine á establecerme en Francia, donde he vivido después tranquilo y contento como prusiano liberado.»

Sigamos al poeta á París, á donde, según dice el doctor Stern, le llamó el cañón de Julio, pues como verdadero niño que era, le atraían el ruido y el movimiento, y oigamos á Theófilo Gauthier, á quien fué presentado, poco tiempo después de su llegada, el retrato que nos hace del poeta, y la narración de esta segunda época de su vida (1).

«Era un hombre de treinta y cinco ó treinta y seis años, hermoso, y con apariencias de robusta salud; se hubiera dicho que era un Apolo germánico al ver su elevada frente, blanca y pura como una tabla de mármol, sombreada por abundantes masas de cabellos blondos. Sus ojos azules chispeaban luz é inspiración; sus mejillas, redondas, llenas y de contorno elegante, no tenían la plomiza lividez romántica tan de moda en aquella época. Al contrario, las rosas bermejas se desvanecían clásicamente en ellas; una ligera curvatura hebraica desviaba, sin alterar su pureza, la intención que su nariz tuvo de ser griega; sus labios, armoniosos, «acordados como dos bellas rimas», sirviéndonos de una de sus frases, conservaban, estando en reposo, una expresión encantadora; pero cuando hablaba, de su arco rojo

(1) Theófilo Gauthier. Estudio al frente de la 2.^a edición de la versión francesa de los Reisebilder. París, 1858.

brotaban silbando flechas agudas y estriadas, dardos sarcásticos que no erraban nunca el blanco, porque nadie fué más cruel con la necedad; á la sonrisa divina del Musageta sucedía en él la mofa del sátiro.»

«Redondeaba sus formas una ligera grosura pagana que debía expiar más tarde con una flacidez completamente cristiana. No gastaba barba, ni mostacho, ni patillas; no fumaba, no bebía cerveza, y, como Göthe, tenía horror á las tres cosas; estaba entonces en todo su fervor hegeliano; si le repugnaba creer que Dios se había hecho hombre, admitía sin dificultad que el hombre se había hecho Dios, y se comportaba con arreglo á esta teoría. Dejémosle hablar y referir esta espléndida embriaguez intelectual.»

«Yo mismo—dice—era la ley viviente de la moral, yo era impecable, era la pureza encarnada; las Magdalenas más comprometidas fueron purificadas por las llamas de mis ardores y recobraron su virginidad entre mis brazos: es cierto que estas restauraciones hubieron de agotar á veces mis santas fuerzas. Yo era todo amor y estaba completamente exento de odio. Yo no me vengaba ya de mis enemigos, porque no admitía enemigos frente á frente de mi divina persona, sino sólo descreídos, y el mal que me hacían era un sacrilegio, como las injurias que me dirigían eran otras tantas blasfemias. Preciso era castigar de tiempo en tiempo tales impiedades; pero era un cas-

tigo divino el que hería al pecador, y no una venganza de rencor humano. No conocía tampoco amigos, pero sí muchos fieles, muchos creyentes, y les hacía mucho bien. Los gastos de representación de un Dios que no sabe ser cicatero y no pone tasa á su bolsa ni á su cuerpo, son enormes. Para desempeñar esta sublime profesión es preciso, ante todo, tener mucho dinero y mucha salud; mas una bella mañana—era esto á fines del mes de Febrero de 1848—me faltaron las dos cosas, y mi divinidad quedó tan quebrantada que se derrumbó miserablemente (1).

»Vi mucho á Heine durante este período divino; era un dios encantador—maligno como un diablo—y muy bueno, dígase lo que se quiera. Apenas me importa que me considerase su amigo ó su creyente, con tal de que pudiese yo gozar de su chispeante conversación; porque, si fué pródigo de su dinero y de su salud, lo fué más aún de su ingenio. Aunque sabía bastante bien el francés, se divertía á veces en enmascarar sus sarcasmos con una fuerte pronunciación alemana que exigiría, para ser reproducida, las extrañas onomatopeyas con que Balzac figura en su *Comedia humana* las frases barrocas del Barón de Nucingen; el efecto cómico era entonces

(1) *Las Confesiones* (Geständnisse). Tomo XIV de la colección alemana de sus obras *Heine's Sammtliche Werke*, publicadas en la *Revue des deux mondes*, 15 de Septiembre de 1854, bajo el título: *Les aveux d'un poëte*.

irresistible, era Aristófanes hablando con la práctica de Eulenspiegel (1).

»Uníase á su lirismo una especie de fuerza jocosa, y si el rayo de luna alemán argentaba uno de los lados de su fisonomía, el alegre sol de Francia doraba el otro. Ningún escritor tuvo, á la verdad, tanta poesía y tanto ingenio, dos cosas que ordinariamente se destruyen; en cuanto á la sensibilidad nerviosa que constituye el elemento de *El Intermedio*, de *El tambor Legrand*, de *Los baños de Lucca* y de tantas otras páginas de los *Reisebilder*, la ocultaba en la vida ordinaria con un pudor exquisito, y detenía á tiempo, con una feliz ocurrencia, la lágrima que se hubiera desbordado.

»En cuanto á su atavío, aunque no tuviera pretensión de *dandyismo*, era más cuidadoso de lo que suele serlo ordinariamente el de los literatos, en quienes siempre alguna negligencia perjudica á las veleidades del lujo. Las diversas habitaciones en que vivió no tenían lo que hoy se llama *sello artístico*, es decir, no estaban atestadas de bufetes esculpidos, de bocetos, estatuitas y otras curiosidades de tienda de antigüallas, sino que presentaban, al contrario, una comodidad burguesa en que parecía manifiesta la voluntad de evitar lo excéntrico. Un bello retrato de mujer por Laemlein, que representaba aquella Julieta de que el poeta habla al principio de *Atta-*

(1) *Especjo de buhos*, tipo satírico alemán.

Troll, es el único objeto de arte que me acuerdo haber visto allí.

»Para afirmar su divinidad, que vacilaba un poco, fué Heine á pasar la estación de baños á Cauterets, donde compuso ese poema singular, cuyo héroe es un oso, mezclando á la poesía más ideal lós más grotescos caprichos, y le perdí de vista por algún tiempo.

»Una mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por el doméstico, no pude comprender, quería hablarme. Bajé á la habitación donde recibía las visitas, y vi á un hombre muy delgado, cuya máscara recordaba la de Géricault, y terminaba en una barba puntiaguda y selvática, ya mezclada con muchos hilos plateados. Buscaba entre mil recuerdos quién pudiera ser aquel huésped matinal, que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un antiguo amigo. No logré asignar un nombre á aquel semblante tan cambiado; pero al cabo de algunos minutos de conversación, á una ingeniosa ocurrencia del desconocido, exclamé: «Es el diablo, ó es Heine.» Era, en efecto, Heine, el dios hecho hombre.

»Algunos meses después cayó Heine en el lecho para no abandonarle; allí permaneció ocho años clavado sobre la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento.

»La última vez que vi á Enrique Heine fué algu-

nas semanas antes de su muerte; debía escribir una breve noticia para la reimpresión de sus obras. Yacía en el lecho, donde le retenía aquella ligera indisposición, como decían los médicos, que hacía ocho años no le permitía levantarse; estaba uno siempre seguro de encontrarle en casa, según él mismo hacía notar, y no obstante, poco á poco la soledad se iba agrandando en torno suyo; así decía á Berlioz, que había ido á hacerle una visita: «Venís á verme vos, ¡siempre original!» No era que no se le amara ó que se le admirara menos, sino que la vida arrastra á pesar suyo á los corazones más fieles; sólo la madre ó la esposa tienen valor para no huir de tan persistente agonía. Los ojos humanos no podrían contemplar largo tiempo, sin desviarse de él, el espectáculo del dolor.

»Hasta las mismas diosas se cansan, y las tres mil Oceánidas que vinieron á consolar á Prometeo en su cruz del Cáucaso, se^a volvieron á ir por la noche.

»Cuando mi vista se hubo acostumbrado á la penumbra que le rodeaba, porque una luz demasiado fuerte hubiera herido su vista casi extinta, distinguí un sillón cerca de su cama de valetudinario, y tomé asiento en él. El poeta me tendió con esfuerzo una mano pequeña, dulce, endeble, mate y blanca como una hostia, una mano de enfermo sustraído á la influencia del aire libre, y que no ha tocado nada hace años, ni siquiera la pluma; jamás los duros

huesecillos de la muerte se vieron enguantados en una piel más suave, más untuosa, más satinada, más pulida. La fiebre, á falta de vida, ponía en ella algún calor, y no obstante, á su contacto experimenté un ligero calofrío, como si hubiese tocado la mano de un ser que ya no perteneciese á la tierra.

»Con la otra mano había levantado, para verme, el párpado paralizado del ojo que aun conservaba una percepción confusa de los objetos y le dejaba aún adivinar un rayo de sol como á través de una gasa negra (1). Después de cambiadas algunas frases, cuando supo el motivo de mi visita, me dijo: —«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la »*Revista de ambos mundos*, en que se me representa »enflaquecido é inclinada la cabeza como un Cristo »de Morales, ha conmovido ya demasiado en mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; no me gustan los retratos que se parecen, quiero ser representado hermoso como las mujeres bonitas. Vos me »habéis conocido cuando estaba joven y floreciente; »sustituid mi antigua imagen á esa conmovedora »efigie.»

»Durante esta larga agonía ofreció el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo, del espíritu pasándose sin la materia; la enfermedad le había atenuado,

(1) La enfermedad comenzó por la parálisis del párpado del ojo izquierdo, y acabó por determinar una parálisis con contractura y atrofia de las piernas.

enflaquecido, disecado, como á capricho, y en la estatua del dios griego tallaba con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas, aparecían en relieve. Aun así despojado, todavía era bello; y cuando levantaba su pesado párpado, brotaba una chispa de su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella faz muerta; Lázaro salía de su cava durante algunos minutos; aquel espectro que parecía entre sus blancos lienzos una efigie fúnebre reclinada sobre un monumento, encontraba voz para hablar, para reír, para lanzar ingeniosas ironías, para dictar páginas encantadoras, para dar vuelo á estrofas aladas, y, en los días en que la losa de su tumba le oprimía más duramente los riñones, para gemir lamentaciones tan tristes como las de Job en su estercolero.

»Sus amigos debían regocijarse de que terminara al fin aquella atroz tortura, y de que el invisible verdugo hubiera dado el golpe de gracia al pobre ajusticiado; pero pensar que de aquel cerebro luminoso, henchido de rayos y de ideas, del que las imágenes salían zumbando como abejas de oro, no resta ya más que un poco de pulpa grisácea, es un dolor que no se acepta sin rebelión. Verdad es que estaba encerrado vivo en su ataúd; pero aproximando el oído, percibiáse el canto de la poesía bajo el negro paño. ¡Qué dolor es ver uno de esos microcosmos más vastos que el universo, y contenidos por la estrecha

bóveda de un cráneo, roto, perdido, aniquilado!
 ¡Qué lentas combinaciones tendrá que verificar la
 Naturaleza para formar una cabeza semejante!

»Hacia un tiempo frío; el día estaba grisáceo, bru-
 moso; la hora indicada para la conducción era de
 las primeras de la mañana; algunos escasos amigos
 y admiradores se paseaban ante la casa mortuoria,
 esperando que la comitiva se pusiera en marcha
 para el cementerio. El poeta había prohibido toda
 pompa, toda ceremonia; se consideraba muerto ha-
 cía largo tiempo y quería que lo poco que restaba
 de él fuera sacado silenciosamente de aquella cá-
 mara que no debía abandonar más que por la tumba.
 La vista del féretro, muy ancho, muy largo, muy
 pesado, en que el sutil despojo iba reclinado más á
 sus anchas que en su lecho, nos hizo recordar involuntariamente aquel pasaje de *El Intermedio*:

.....

 »¡Amplio féretro buscadme!
 ¡Quiero encerrar tantas cosas,
 Por más que no diga cuáles,
 Que ha de ser de más cabida
 Que el mismo tonel de Heidelberg! (1).
 ¡Proveedme de unas andas
 De tablas gruesas, tenaces,
 Y que de Maguncia al puente
 En longitud aventajen!

(1) Léase: *Jaidélberg*.

¡Buscadme doce colosos
 Aun más forzados, si cabe,
 Que del Domo de Colonia
 El San Cristóbal gigante!
 Ellos llevarán el féretro
 Y al mar habrán de arrojarle,
 ¡Qué á tal ataúd conviene
 Dar sepultura tan grandel
 ¿No sabéis por qué le quiero
 De peso y grandeza tales?
 ¡Porque también mis amores
 Y mis sufrimientos guarde! (1).

»En efecto, el ataúd no era demasiado grande, y si no se le arrojó al mar, se le descendió á una fosa provisional, en presencia de poetas y artistas franceses y alemanes, en corto número, que se mantenían respetuosamente alineados, sabiendo que asistían á los funerales de un rey del ingenio, por más que no tuviera allí largo cortejo, ni lúgubre música, ni tambores enlutados, ni paño mortuorio constelado de condecoraciones, ni enfáticos discursos, ni trípodes coronados de verdes llamas. Una vez cerrada la fosa, todos volvieron á descender de la triste colina y se perdieron en el inmenso hormiguero de la vida humana.»

El 17 de Febrero de 1856 fué el día en que el pobre Heine se libertó del suplicio de una existencia

(1) En vez de traducir este trozo, como le cita Gauthier en francés y en prosa, colocamos aquí nuestra versión directa del alemán, que difiere algo.

intolerable, á los cincuenta y ocho ó cincuenta y nueve años de edad, y veinticinco casi de estancia en París, donde se casó, encontrando en su esposa Matilde, á quien llama «su ángel», el cariño, el consuelo y los cuidados de que tanto necesitara desde fines de Febrero de 1848, fecha en que parece comenzó su penosa enfermedad; mas como la dejó en la pobreza, los herederos de su tío hubieron de señalarla una pensión de unos 5.000 francos.

*
* *

«Alemania—dice Valbert (1)—ha variado con frecuencia de sentimientos hacia el prusiano liberado, tanto al juzgar al hombre como sus libros. Cuando los editores, largo tiempo desconfiados, se decidieron al fin á publicar sus primeras colecciones de versos, fué aquéllo un encanto. Jamás música alguna había sonado más dulcemente á oídos alemanes; se acordaban de Göthe y de sus comienzos, mas con la diferencia de que el nuevo músico condimentaba sus más deliciosas y acariciadoras melodías con una salsa maliciosa é irónica, las acompañaba con cierto son de burlones cascabeles, con disonancias atrevidamente buscadas y que jamás se tomó el trabajo de evitar. Malicia y sentimiento, todo manaba de la

(1) G. Valbert, *Henri Heine et ses derniers biographes allemands: Revue des deux mondes*, LVI^e année, 1886, 2, 3^{ème} période, vol. 74, pags. 683-695.

fuenté; así era el hombre, y su poesía era él. La sensación fué grande; el joven vencedor tuvo en un momento admiradores idólatras, todo el mundo quería conocerle, y sus atractivos, sus seducciones, el encanto de su ingenio y de sus maneras, le proporcionaron muchos amigos; pero él no sabía conservarlos.»

Este hombre encantador era un manojo de nervios, y los nervios no son compañeros seguros. Pertenecía á la familia de los grandes felinos, y éstos, pequeños ó grandes, son de genio irritable y móvil. En sus buenos días todo les agrada, todo les está bien; pero en los malos todo les estorba y ofusca; que pase una sombra entre ellos y el sol, y se inquietan, se agazapan, y Su solapada Majestad da zarpadas al aire con el único objeto de ensayar sus uñas. Así era Heine; de natural generoso, le gustaba casi tanto dar como recibir; pero tenía el genio de la ingratitud, y no existe amigo suyo á quien un día ú otro no arañara y mordiera hasta hacerle sangre.

Ya le decía Quinet (1): «Hasta ahora se ha contentado vuestra sátira con el Norte; os servís de Francia para burlaros de Alemania. Pero cuando os hayáis cansado de ese juego, ¿no cambiaréis? Cuando las viejas costumbres se hayan nivelado en vuestro país á vuestro gusto, cuando no queden allá abajo

(1) Edgard Quinet, *Poètes allemandes* I. *Henri Heine*. *Revue des deux mondes*, 14 Febr. 1834, páginas 353-369.

ni príncipes, ni doctores, ni ciudades, ni aldeas que no hayan pasado por vuestra mano, ¿estáis seguro de que vuestro dardo no se volverá contra nosotros, y de que no descubriréis alguna esperanza sería que desolar? Mucho me temo, al ver á otros pueblos, que no podáis resistir siempre á la embriaguez de hacer chocar unos contra otros á esos vasos vacíos, y que en esta danza de los muertos, en cuya ronda giran las creencias humanas, no continuéis silbando alegremente como hasta aquí vuestras encañadoras, suaves y satánicas melodías.» Y la profecía se cumplió: en el *Estado de Francia*, lanza sus diatribas contra ésta. y el Gobierno de Luis Felipe, aunque se tiene por cierto que cobraba de los fondos secretos del Ministerio una pensión de cuatro ó cinco mil francos.»

»Pero más enemigos que su versatilidad de carácter — sigue Valbert (1) — le valieron aún su independencia y las audacias de su ingenio. Cuando se transporta uno con la imaginación al tiempo en que aparecieron los *Reisebilder*, al régimen de compresión y tutela policiaca que Metternich hizo pesar sobre Alemania entre 1820 y 1830, fácil es comprender que este libro formara época. Se cantaba entonces á los pueblos, para adormecerlos, lo que Heine llamaba «la vieja canción de las abdicaciones», y un gallo medio francés, batiendo el ala, irguiendo

(1) G. Valbert, art. citado.

la cresta, lanzó de pronto ese penetrante grito que pone en fuga la noche; le repitieron todos los pajaros de los contornos, y se vió á los pueblos alemanes, mal dormidos, removerse en sus grandes cunas. Desde este día fué Heine sospechoso á todos los gobiernos de su país y también á la dieta de Francfort; prosa ó verso, la censura se encarnizó con sus libros, encontrando por todas partes algo que roer ó que tajar; mas esto no impidió que el gallo cantara; se había refugiado en lugar seguro y no se le podía estrangular.»

Si bien los liberales le habían aclamado como apóstol de las nuevas ideas y de un evangelio de libertad, durante mucho tiempo no le admitieron sin reserva. Pusiéronse á dudar de su vocación apostólica y de la solidez de sus convicciones; tenía demasiada alegría para predicador, demasiado ingenio para tribuno; los teutómanos le reprochaban su amor apasionado hacia Francia y el gran Emperador; Wolfgang Menzel, «que se engullía diariamente media docena de franceses, y al terminar la comida se tomaba un judío para enjuagarse la boca», le denunciaba como un patriota dudoso, como un impío detractor de las antiguas virtudes germánicas. La *joven Alemania*, después de haberle proclamado su jefe, no tardó en desavenirse con él.

A Heine le agradaba la democracia, pero gustaba poco de los demócratas y del pueblo, exigiendo que el ateísmo estuviera en buena compañía. Experi-

mentaba una aversión invencible «por el reino de los justos y de los tontos en literatura», por las ineptias virtuosas, por las grandes convicciones que tartamudean, por los poetas que hacen de las musas las vivanderas de la libertad y que no tienen ninguna libertad de espíritu, por los filisteos de la demagogia, cuya vieja coleta está mal cubierta bajo el rojo gorro, por toda la raza de los insectos furiosos que zumban coléricos y profanan la nariz de los tiranos. No podía ni quería pertenecer á ningún partido; no consentía en dejarse encerrar en estrecho marco; al genio de la ingratitud y de la irreverencia unía el furor de la indisciplina, y su maravilloso buen sentido y su imaginación romancesca le impedían entregarse á nadie.

Después de haber renegado Alemania durante mucho tiempo de su poeta, afectando considerarle como desertor ó casi extranjero, «hoy—continúa Valbert—que está pobre de poesia, que á sus grandes dioses han sucedido los *dii minores*, seguidos á su vez de dioses minúsculos, trata de reparar sus pérdidas modificando sus juicios, y reivindica como su bien más querido á la oveja infiel que jamás quiso entrar en el redil, aplicándose á demostrar que, á despecho de las apariencias, Enrique Heine era un bueno y ferviente patriota, que sus epigramas no llevaban intención determinada, y que sus cóleras eran despechos amorosos. Hacen lo que un ilustre hombre de Estado decía de un celebre tribu-

no:—«Hay que tragarle, pero es necesario limpiarle». Y los nuevos biógrafos le limpian, le prestan graciosamente virtudes á que él daba poca importancia, firmeza de principios y rectitud de intenciones que se cuidó bien poco de tener, y á riesgo de atentar á su gloria de poeta, le hacen un buen hombre, cuando, á decir verdad, fué á veces un gran pecador. Pero vivía en un tiempo en que todos pecaban. Él dijo en broma:—«Soy el primer hombre de »mi siglo»; pero no fué más que el último gran hombre del anterior, y no conoció los nuevos tiempos.»

Uno de sus biógrafos alemanes, Robert Proelss (1), afirma que si Enrique Heine hubiera podido contemplar á Alemania tal cual hoy es, hubiera aprobado cuanto pasó, y sus epigramas se hubieran cambiado en hosannas. ¡Con qué alegría no habría visto á sus antiguos correligionarios emancipados de toda servidumbre y convertidos en iguales de los cristianos! En efecto, un predicador de la Corte de Prusia había descubierto que eran demasiado numerosos, y se ha disputado largamente acerca de la mejor manera de impedir su multiplicación, de volver á abatir su orgullo y reducirles á la nada. En estos mismos momentos el partido antisemítico vuelve á recrudecerse en Alemania, y Guillermo II impide se realice la idea de erigir una estatua al poeta en

(1) *Heinrich Heine, und seine Schrifter nach den neuesten Quellen dargestellt*, von Robert Proelss. Stuttgart, 1876.

su ciudad natal, donde no hay otro monumento que le recuerde que una lápida puesta en la casa en que nació, que, según él mismo profetizara, habrán ido ya á visitar «las inglesas del velo verde». La idea había nacido en vida del emperador Guillermo I, y pareció viable durante el brevisimo reinado de Federico el Noble, ante el cual hubo de ceder la exaltación antisemítica del propagandista Stöcker; ahora el recién coronado Emperador se opone á su realización, cuando reunidos todos los elementos, y con el favor, no sólo popular, sino de altas personalidades aristocráticas y aun regias, algunas de las cuales perdonaban pasadas ofensas, como por ejemplo en Austria, se disponían á fundir la estatua del poeta más popular de Alemania, cuyos *Lieder*, como un tiempo los de Göthe, puestos en música por doquiera (1), son la expresión de los sentimientos del actual pueblo alemán en fiestas y regocijos públicos.

También pretende Proelss (2) que si Heine volviera al mundo, se contaría entre los más profundos admiradores del Canciller del Imperio, á lo que Valbert replica muy oportunamente: —«Pero Heine no admiraba á Napoleón, al gran emperador, porque ganara por sí mismo sus batallas, sino que le amaba por su locura y por sus desdichas. Se puede ser un gran hombre de Estado y no tener nada que

(1) Especialmente por Schumann.

(2) Obra citada.

encante y seduzca á los ojos del poeta. Los políticos, los historiadores, han rendido justo homenaje al genio de Bismarck; pero las musas, esas divinas solitarias, no han encontrado nada que decirle. Ningún ruiseñor ha cantado su gloria, que sólo ha sido celebrada por gorriones, por oscuros canarios, cuyo insípido gorjeo ha despreciado su difícil y soberbio oído.»

Kárpeles (1), más atrevido que Proelss, no teme aventurar que Heine ha hecho traición á su genio y renombre con ir á establecerse á Francia: «que la Babilonia de las márgenes del Sena ejerció funesta influencia en su talento y carácter». Aparentemente —dice Valbert,—perdió entre nosotros su original inocencia, mas en lo que concierne á su talento, se pensaba hasta hoy que había compuesto en París algunas de sus obras más importantes y acabadas, tales como su libro *Sobre Alemania*, sus *Dioses en el destierro*, *Atta-Troll*, el *Cuento de invierno* y el *Romancero*.

Si ha de creerse á Kárpeles —añade—Heine ha dado mucho á Francia y recibido poco de ella; no obstante, conviene en que Francia le dió su mujer; que, á tontas y á locas, amó tiernamente á su Matilde hasta su muerte, llamándola su ángel, y de la que, dirigiéndose á Dios, decía:—«¡Señor, déjame á

(1) *Heinrich Heine's, Biographie*, von G. Kárpeles. Hamburg, 1885.

su lado! Cuando la oigo charlar, mi alma bebe con delicia la música de su voz encantadora.» Si, Francia procuró también á este voluntario desterrado, á quien trató como á hijo adoptivo, el reposo, las dulzuras de la vida, una pensión, amistades de que se gloriaba, todo un público de admiradores y apasionados, sin hablar de las fiestas que la *Revue des deux mondes* preparó más de una vez á su amor propio exigente, que tuvo á bien darse por satisfecho. Según Kárpeles, empleó todo el tiempo de su destierro en suspirar por Alemania. Sin duda debió echarla de menos con frecuencia. ¿Cómo no había de amarla? Allí era donde se hablaba su lengua, allí era donde vivían todos sus enemigos, y sus enemigos eran carne de su carne. Pero, después de todo, él abandonó á Alemania, que ésta no le arrojó, y se pasó veinticinco años en Francia, que no le había llamado, y de donde nada ni nadie le impedía salir.

La sobrina del poeta, María Embden-Heine, convertida después en princesa *della Rocca* (1), ha ido aún más lejos que Kárpeles; pues esta amable señora, de quien se sabe, con tanto gusto de su parte, que pasó algunas horas á la cabecera de su moribundo tío, y que con tanto elogio habla de la mujer que le cuidó ocho años, quisiera hacernos creer que hubiera vivido mucho más tiempo si hubiera podido respirar un poco de aire alemán y estrechar contra

(1) *Henrich Heine's und seine Familie.*

el suyo un corazón compatriota. No faltaban seguramente en París corazones alemanes; pero Heine los mantenía á distancia, y hasta á veces les cerraba su puerta, pues les acusaba de venirle á espiar á Francia para después difamarle en Alemania.

«La crítica alemana ha destruido más de una leyenda; pero en cambio ha creado otras—sigue el escritor antes citado.—Dentro de un siglo—dice—un nuevo Proelss ó un nuevo Kárpeles referirá que Enrique Heine era un gran poeta y un ferviente patriota, que alimentaba todas las virtudes germánicas, que, por su desgracia, fué á establecerse á París, donde contrajo el gusto de los placeres vedados y de las burlas profanas; pero que, roído por secreto arrepentimiento, había resuelto ir á respirar el aire natal, á purificarse en él, y que los franceses inventaron todo género de astucias para retenerle entre ellos; que murió de nostalgia, abandonado por su mujer, y sin haber tenido otra alegría que la de contemplar durante algunas horas el rostro querido de su sobrina la princesa *della Rocca*. En apoyo de esta leyenda se publicará una edición bien expurgada de sus obras, donde se conservará, por ejemplo, el principio de su poemita titulado *Insomnio* (1): «Por la noche, cuando pienso en Alemania, al punto pierdo el sueño..... Hace doce años que no veo á mi madre.....»; pero se suprimirá cuidadosamente la úl-

(1) Se titula *Pensamientos nocturnos* (Nachtgedanke).

tima estrofa: «¡Loado sea Dios! Por mi ventana penetra un claro rayo del sol de Francia. Acúde mi esposa, bella como la aurora, y disipa con su sonrisa los cuidados alemanes.»

«Precisa—continúa Valbert—que los alemanes tomen su partido de una vez para siempre; Enrique Heine fué un poeta alemán que sólo podía vivir en Francia. Ocupará siempre en su literatura un lugar aparte, su gloria florecerá allí como planta exótica, y no tendrán derecho de reivindicarle como cosa suya hasta el día en que se decidan á considerar á sus judíos como verdaderos alemanes. Por carácter y genio, Heine era judío hasta la médula de los huesos. Renegó de la fe de sus padres, pero no pudo hacerlo de su raza. Se encuentra en la sustancia infinita del descreído Spinoza algo del Dios de Israel, del Dios de los ejércitos en quien las criaturas se desvanecen como el humo impulsado por el viento, ó se funden como la cera al fuego. Como Spinoza, Heine no ha perdido el sello que tenía al venir al mundo. Había nacido en Alemania, pero no había nacido alemán. Se encuentra en sus versos el perpetuo recuerdo de su origen, el cosmopolitismo burlón de un pueblo que hace siglos pasea de un extremo á otro de la tierra sus desgracias y su orgullo y que no puede tener más que patrias del momento. Este pueblo, que ha producido músicos, sabios, filósofos, produjo también un gran poeta que es á la vez un burlón incomparable encargado de ejercer sobre re-

ves, pueblo y dioses extranjeros sus justas represalias y sus venganzas.»

Algo exagerado anda el crítico francés en estas últimas afirmaciones, que al fin se resienten de ese eterno proceso abierto entre Francia y Alemania, pues nada tiene que ver que los alemanes sean injustos con los judíos, para que uno de ellos, Heine, sea un poeta alemán, con su puesto, después de Göthe, históricamente determinado en la literatura alemana, pues ya Göthe siguió la misma vía, si bien con más cautela y diplomacia, sin atacar ni defender nada; «mas—como dice Quinet—encierra ya en sí todas las incertidumbres del hombre moderno sin dejarlas ver; es la síntesis de la nada»; y Heine, que es la encarnación de su época, no tuvo más que rasgar valientemente ese velo hipócrita que envolvía al poeta que ya se atrevió á considerar la religión como una especie de guardia civil contra los criminales. Que era judío de raza, ¿y qué importa, si no se enorgulleció de ello hasta muy tarde? Si no dejó de serlo más que en religión, fué porque su poder no llegaba á más. En su obra *Las Confesiones* (1), nos dice que los méritos que el protestantismo tenía contraídos para con la libertad le llevaron á la Iglesia evangélica, luego el móvil no tenía nada de judío, y sí mucho de europeo, de alemán liberal, y es imposible desconocer que la educación, las ideas

(1) *Geständnisse*, tomo XIV de la colección.

y sentimientos que la sociedad en que vive aportan á un alma eminentemente receptiva, como lo es ia de los poetas, ha de contrabalancear con ventaja á ese misterioso espíritu de raza, que queda allá en el fondo, aunque algo visible, tornasolando no más ligeramente el conjunto.

Que á veces parece un poeta oriental; que tiene rencores crueles y amores dolorosos; la risa judaica y la imaginación semítica; que la Biblia ha moldeado su genio poético, dándole sus paisajes llenos de sol que la muerte ennegrece de pronto con su sombra; que él mismo decía en 1830: «He vuelto al antiguo Testamento. ¡Qué gran libro! Más notable que su fondo es para mí su forma, ese lenguaje, por decirlo así, producto de la Naturaleza, como un árbol, como una flor, como el mar, como las estrellas, como el hombre mismo. Es el estilo de una Agenda en que el Espíritu Santo ha escrito con la misma sencillez con que una buena ama de casa determina los gastos del día. La palabra se presenta en ella con una santa desnudez que estremece.» Que supo encontrar el secreto del *natural* perfecto, y su poesía está llena de esas bellezas desnudas que dan calofrío; que añadió al arte aprendido de Göthe y de Schlegel el de la Biblia. ¿Y esto es bastante para negarle un puesto en la literatura alemana? De ningún modo. Si es poeta oriental, lo es con más razón que Rücker, pues Heine llevaba algo en la sangre, en tanto que Rücker adquirió su orienta-

lismo por medio del estudio, y no obstante, nadie ha pensado en negar al eterno cantor de Oriente el título de poeta alemán. Que se ha formado en la Biblia. ¿Cuántos centenares de poetas que han escrito en todas las lenguas no se han formado en ella? ¿Cuántos no la han imitado, traducido y parafraseado? ¿No se ha difundido con el espíritu cristiano? ¿Se le ha ocurrido á alguien decir que Lutero no es un escritor alemán?

Heine es poeta, gloria de Alemania, el más popular después de Göthe, y hoy, tanto como éste lo fué en su tiempo, como gloria de Alemania son Lessing, Meyerbeer y tantos otros cuyo origen es judaico, y el pueblo alemán por tales les tiene, olvidando ante la belleza de sus producciones, que reflejan sus propios sentimientos, prejuicios que hoy tal vez sólo se agitan en las altas regiones sociales en las sordas cuanto terribles y enconadas luchas políticas.



De sus obras, de las que nos iremos ocupando á su tiempo con más detención, es difícil formarse al pronto una idea clara, y hasta es imposible clasificarlas literariamente; tal es el frecuente é inesperado variar con que en ellas entra la autobiografía, la crítica, la descripción, el filosofismo..... lo sublime, lo cómico, lo humorístico.....; son obras,

digámoslo así, esencialmente románticas, pero al mismo tiempo llenas de una verdad, de una observación, de una sencillez y naturalidad de lenguaje á que tal vez en vano aspiran obras de novísimos autores jactanciosos de ciencia y de naturalismo, porque el genio siempre adivinará, ó mejor, verá con alcance de telescopio lo que el talento, la asiduidad, sólo entreverán provistos del eterno monóculo, para llegar pedantescamente á donde jamás les sigue la imaginación fatigada del lector.

«Desde que enmudeciera la escuela de Ubland—dice Taillandier (1)—el autor del *Libro de los Cantares* se había apoderado de los ánimos, y, como una ligera frivolidad, á la serenidad del espiritualismo había sucedido la poesía loca, caprichosa, impía, que estalla á cada página de esta brillante colección que convenía maravillosamente á las disposiciones hostiles del espíritu alemán y aun las agujoneaba. Esta boga empezó en 1827, en que apareció el *Libro de los Cantares*, y continuaba en 1831 cuando pasó á Francia, ocupándose en los dos años que siguieron á la revolución en la redacción de crónicas políticas (el *Estado de Francia*) para la *Gaceta de Augsburgo*, y después en la de los estudios *Sobre Alemania*, trabajos políticos y polémicos que apartaron á Heine del

(1) *La littérature politique dans l'Allemagne*. III. Revue des deux mondes. 1845. 15^{ème} année. Nouvelle serie. Vol. XI, pag. 297-332.

cultivo de la poesía pura. En 1840, Herwegh, Dingelstedt, Hoffmann de Fallersleben, Prutz, Freiligrath y otros, conmovieron á Alemania con sus canciones políticas, Heine pareció sobrepujado, y quizá se le olvidaba ya, cuando de un solo salto se le une, entra en el *forum*, se lanza en la pelea, y con las inesperadas evoluciones de su caprichoso pensamiento, turba, inquieta á sus nuevos amigos, tanto como asusta á sus adversarios, con la publicación de sus *Nuevas poesías* (*Neue gedichte*).»

Vemos, pues, distinguidas tres épocas en su vida literaria: primera de 1821-1830. En 1821 aparecieron sus primeras poesías, *Penas de la juventud* (*Junge Leiden*), que pasaron sin que apenas nadie se fijara en ellas; en Agosto de 1824 fué silbada en el Teatro Nacional de Brunswick (1) su tragedia *Almanzor*, obra novelesca, que contiene falsas imitaciones de Shakespeare, polémicas religiosas y poesías humorísticas; tragedia que tenía por compañera otra titulada *Ratcliff*, que no se representó, publicándose las dos en 1823 en un tomo, separadas por un poema titulado *Intermedio lírico*, modelo de poesía subjetiva.

El primer éxito de Heine fué la aparición de los *Cuadros de viaje* (*Reisebilder*), en 1825-31, de cuyo efecto sobre el público alemán algo se ha dicho ya

(1) Dicese que la silba fué provocada por un militar que creyó que la obra era de un aborrecido usurero de apellido igual ó parecido al de Heine.

incidentalmente. Llenos de brillantez unas veces, de sencillez otras, de descripciones bellas y observaciones agudas que le hacen merecedor de la brillante acogida que obtuvo, por más que en algunos pasajes se deje llevar de los sentimientos irónicos que aparecen en casi todas sus obras. Por último, viéndose ya favorablemente acogido, hizo una nueva edición de sus poesías, en la que tuvo cuidado de suprimir todos los trozos cuya excesiva desnudez había disgustado á sus lectores, rejuveneciéndolas con el título de *El libro de los Cantares* (*Das Buch der lieder*), que fué afortunado, pues sus *lieder* fueron leídos ávidamente y difundidos por la juventud universitaria. Gran número de sus cantos son de una belleza exquisita, y exhalan un perfume poético que sólo se halla en los de la juventud de Göthe. Esta obra, pues, fué la consagración del poeta, el coronamiento del primer período de su vida literaria, y en ella se hallan incluidos el *Intermedio lírico* antes citado, y poesías intercaladas en los *Reisebilder*.

La segunda época comprende desde 1830 á 1840. Hasta 1830 había reflejado Heine en sus escritos las ideas de un «bueno y leal súbdito alemán»; pero una vez que la revolución de Julio despertó los dormidos espíritus, el joven poeta, que ya se había revelado en ciertas atrevidas frases de los *Reisebilder*, se lanzó en la oposición, é hizo aparecer en Hamburgo un libelo titulado: *Kahldorf über den Adel, in Briefen an den*

Grafen M. von Molke (Kahldorf (1) *sobre la nobleza, en carta al señor Conde de Molke*) y fué á establecerse á París. Aunque el autor nada nuevo dice en esta obra, se ve, no obstante, que se ha colocado al lado de los descontentos.

Dos años después publicó sus libros: *Ensayo sobre la historia de la bella literatura moderna en Alemania (Beitrag zur Geschichte des neues schönen Literatur in Deutschland)*, Hamburgo, 1833, que después, al publicarla en Francia (París, 1835), tituló *De la Alemania (Ueber Deutschland)*. En esta obra despliega el autor todo su numen y toda su natural ironía contra la «vieja Germania», distinguiéndose sobre todo las páginas consagradas á Lutero y á la narración de las fases de la filosofía alemana desde Kant. Pero—según Mœurer—sus juicios referentes á escritores contemporáneos tienen, en general, más brillo que solidez; se ve en ellos que trata más bien de poner en relieve su propia personalidad, que de hacer justicia á otros hombres que, por otra parte, se habían adquirido incontestable reputación, son flagelados despiadadamente; hasta su antiguo maestro y amigo Augusto Guillermo Schlegel es destrozado por su mordacidad (2).

En 1831 comenzó á escribir para la *Gaceta de Augs-*

(1) Aldea pelada.

(2) Germán Mœurer, *Art. H. Heine, dans la Nouvelle biographie general..... Fermin Didot frères, sous la direction de M. LeDr. Haefler*. Tomo XXIII, páginas 779-782.

burgo una serie de artículos sobre el estado de Francia, que más tarde reunió en un volumen, publicándolos en alemán bajo el título de *Frasösische Zustände* (*Estado de Francia*), Hamburgo, 1833, y en francés bajo el de *Lutèce*. Hay en esta obra páginas elocuentísimas, y como estilo es uno de sus trabajos más acabados, pero los retratos que traza de los hombres políticos revelan cuán ingrato era con los que le concedieran generosa hospitalidad. Su *Salón* (Hamburgo, 1834) ofrece una reunión interesante, por más que el principal *causeur* sea un charlatán prolijo que cuenta sobre muchos asuntos más de lo que sabe; pero como hombre de ingenio, sale siempre del paso con gran contentamiento del lector. Su folleto sobre Luis Börne (*Heinrich Heine über L. Börne*, Hamburgo, 1838), es una acerba crítica en que ataca la memoria de un hombre de reconocido mérito y patriotismo, y que acababa de morir. Por último, su *Atta Troll* (1841) es una obra satírica de primer orden, en que bajo el tipo del oso, verdadero tipo del oso alemán, se burla despiadadamente de las extravagancias de sus compatriotas, y que se publicó en una revista literaria de mediana importancia, *Gaceta del mundo elegante* (*Zeitung für die elegante Welt*) á guisa de folletín.

La tercera y última época comprende propiamente desde 1844 hasta su muerte (1856.) Heine, que comenzara por una parte del *El libro de los Cantares*, desde entonces sólo había insertado versos en pe-

riódicos, en sus obras de crítica y en su *Salón*, terminando por el ingenioso *Atta-Troll*; en 1844 dió á luz un libro, un libro nuevo, completo, una obra en la cual parecía fundar grandes esperanzas, y en el que la musa viene á dar cuenta de su largo silencio á los que tan bien le acogieran. «En efecto — dice Saint-René de Taillandier (1) — ¿qué ha sido de ella durante quince años? Heine ha escrito mucho en este tiempo, y no es todo oro en sus brillantes producciones. El ardiente escritor que nos ha pintado á *Alemania desde Lutero*, el ingenioso narrador de *Los Baños de Lucca* y de las *Noches florentinas*, á veces ¡ay! ha empañado los dones encantadores de su inteligencia en disipaciones enfadosas; ha adquirido deplorables hábitos de la planta baja de nuestra literatura cotidiana, malgastando su pensamiento y no respetando siempre su pluma. El libro que publicó en 1840 con el arrogante título de *Enrique Heine sobre Luis Börne* (*Heinrich Heine über Ludwig Börne*), contenía, en medio de pasajes excelentes é irreprochables, una burla cínica é impía, con que profanaba la tumba apenas cerrada del eminente publicista (2). Tenía manchas en su legítimo renombre, y un espíritu sincero debía tener reparo

(1) Artículo citado.

(2) Atizado por la ira de verse pospuesto injustamente á este escritor, porque Alemania veía en él más patriotismo, y quien había escrito también su *Juicio sobre Heine* (*Urtheil über H. Heine*).

en hablar de él. He aquí una ocasión de borrar sus faltas.

En las *Nuevas poesías* hace una repentina irrupción en el campo de los tribunos, pero el regocijado libelo *Alemania, cuento de invierno*, está en ellas cubierto y disimulado bajo todo género de velos, y es preciso llegar á él por rientes avenidas. Empieza por canciones llenas de pura y casta pasión á lo Uhland y Schubert, que hacen olvidar sus burlonas páginas de ayer, porque hay en Heine dos poetas: el compatriota de los artistas citados y el poeta parisien que ha bebido en las fuentes vivas de Villon, de Lafontaine y de Voltaire, á veces por él enturbiadas.

Tras un desfile de cortesanas de baja estofa vienen las *Poesías de circunstancias* (*Zeitgedichte*), en que aparece el periodista, el narrador chispeante, el humorista atrevido y caprichoso.

Como poeta político, tiene seguramente mucho ingenio, pero está solo en su partido, pues el más ingenioso y atrevido de sus colegas, Dingelstedt, Prutz ó Herwegh, no querría combatir á su lado, sobre todo por el tono desenvuelto, por la manera irreverente con que trata las cosas sagradas del país, y que le ha enajenado la simpatía de sus compatriotas. Saben éstos que no pueden contar con el humorista caprichoso é indisciplinado, que á pesar de decir que no pertenece á los *perros*, sino á los *lobos*, se burla de los recuerdos de la Germania una y vigo-

rosa, y de los mismos que tratan de despertar el en otros tiempos poderoso espíritu de su pueblo.

Sin embargo, el autor que rompiera las primeras lanzas en pro de la libertad en los *Reisebilder*, es su defensor, y se encara con el Rey de Prusia, diciéndole que se puede ofender impunemente á los dioses antiguos y modernos, pero no á los poetas, «pues ninguna divinidad le librará de las llamas que cantan.» Y al resumir su poema en este altanero apóstrofe, acaba Heine de romper con sus hábitos diplomáticos tan reprochados, estando su novedad en la franqueza y viril audacia de sus principales pasajes; mas Heine hiere demasiado cruelmente á Alemania para poder dirigirla; es incorregible, y por más que se reconcilie con los lobos y se haga amonestar por la diosa Hammonia, humillándose ante sus reflexiones, á la primer ocasión vuelve á las andadas.

Por esta época empezaron á manifestarse los ataques primeros de su enfermedad, teniendo que acudir en 1845 á los baños de Bareges, para sepultarse en el lecho en 1848. En 1851 publica el *Romancero*, que contiene bellísimas composiciones, tales como la del poeta Firdusi; vuelve á Dios, «como el hijo pródigo, después de haber guardado puercos con Hegel», y se despide de sus lectores; pero aun escribe las *Lamentaciones* (Libro de Lázaro), en que exhala sus sufrimientos, en 1854, y termina con las *Melodías hebraicas*, cuyos últimos títulos revelan la vuelta á la Biblia, al libro de sus ascendientes, donde en

los sufrimientos de Job encuéntrase en cierto modo retratado, reconociendo la necesidad «de creer en un Dios que pueda servirnos de algo», proporcionarnos un consuelo y hacernos concebir una esperanza.

*
* *
* * *

Respecto á la colección de sus obras, nos dice Strodmann (1): «Años hace que el público esperaba con impaciencia se publicase la colección de las obras de Heine, y sin duda tiene derecho la nación á recorrer, por fin, la obra literaria de este extraño ingenio, dispuesta en ordenada serie. Amor y odio, admiración y fanático encono saludaron la aparición de cada una de las obras del poeta, pero no podía pronunciar la crítica su última palabra, en tanto que gran parte de sus escritos aparecieran, no sólo en forma incompleta, sino arbitrariamente desfigurados por la censura, pues el mismo Heine se vió más de una vez en la precisión de manifestar públicamente que muchos de sus libros «no habían sido impresos como él los escribiera», que «se había perdido completamente su primitiva tendencia, á causa de las grandes é innumerables alteraciones», y que no se atrevía á protestar de mutilaciones tales esencialísimas algunas y debidas á manos extrañas y hasta á negar la legitimidad de dichas obras, «sólo por temor á malas interpretaciones (2).

(1) *Ankündigung zum Heinrich Heine's sammtliche Werke. Hamburg, 1876.*

(2) Compárese el prólogo de Heine á la 2.^a edición de su *His-*

»No es preciso examinar extensamente las causas por que hubo de retardarse hasta 1848 la aparición de la edición colectiva de las obras de E. Heine, aumentada con nuevos materiales, y decidida ya en 1837. La persecución que la Dieta federal llevaba á cabo contra los escritos de la *Joven Alemania*, la vigilancia oficial que se ejercía durante un año sobre todas las publicaciones del poeta, la prohibición de la edición de Campe en muchos Estados alemanes, todas estas vejaciones restrictivas adquirieron triste celebridad en la historia de nuestra libertad de imprenta, y autor y editor convinieron en dilatar la publicación colectiva hasta un tiempo en que dicha empresa pudiera contar con el imparcial vistobueno de la respetable censura alemana.

»Por fin en el año de 1848 abolióse, entre otras molestias y trabas de la libertad de pensar existentes en nuestra patria, la aborrecida institución de la censura, cuyos miembros estaban por «encima» de toda responsabilidad», y contra cuyas autocráticas decisiones no podía apelar el desamparado escritor ni su editor. Pero la época agitada y borrascosa del año de la revolución y de los que inmediatamente

toria de la religión y de la filosofía en Alemania, el prólogo á la *Escuela romántica* y al *Estado de Francia*, la aclaración sobre el *Espejo de Suabia* en la *Gaceta del mundo elegante* (*Zeitung für die elegante Welt*, año de 1839, núm. 28, pág. 112), y especialmente el opúsculo *Sobre los denunciadores*, de donde están tomadas las palabras que se citan.

le siguieron, época de triste desaliento transcurrido bajo el imperio de una reacción brutal, mostróse harto poco favorable á la realización de toda empresa literaria que no se dedicase exclusivamente á resolver las cuestiones políticas del momento, para que hubiera podido esperarse entonces que apareciera la edición de las obras de Heine.

»Mientras tanto, dedicábase el autor asiduamente, en sus últimos años de enfermedad, á preparar la edición francesa de sus obras, que en gran parte por él fué coleccionada y revisada, y se imprimió en 1855-59 en casa de Michel Lévy Frères, en Paris, en siete tomos en 8.º Pero de ningún modo puede considerarse ésta como una colección completa de sus trabajos literarios, aunque sí contiene numerosos pasajes que fueron suprimidos por la censura en las ediciones alemanas de las mismas obras» (1).

Después de la muerte de Enrique Heine, ocurrida en 17 de Febrero de 1856, el editor de la colección de sus obras, Julio Campe, puso empeño en comenzar cuanto antes á publicar la edición alemana. Encontróse entre los papeles del poeta una disposición especial de la que había dos copias, en la que se exigía del Sr. Campe la promesa de ajustarse estrictamente en la publicación á un orden por él establecido. Campe visitó, ante todo, á la viuda y heredera

(1) A pesar de que la colección francesa ha llegado á tener 12 volúmenes (1868), aun es muy incompleta.

universal de Heine, con objeto de conseguir la entrega de dicha disposición; mas, por desgracia, resultaron inútiles sus reiteradas instancias, hechas en diferentes formas; la caprichosa señora opuso á sus legítimas exigencias el más obstinado silencio, ofreciéndole, por último, en vez de la disposición exigida, un olvidado tomito de poesías de su marido, en gran parte fragmentarias y hacía tiempo publicadas, mediante los exorbitantes honorarios de 30.000 francos. Y después de haberse retardado en la indicada forma, por culpa de la viuda de Heine, más de cinco años, y de haber muerto también el Dr. Rud. Christiani, á quien aquella había designado como editor de la colección, se ha visto precisado el editor á emprender la publicación de las obras, con el sentimiento de no haber podido lograr la disposición redactada por el mismo Heine, encargando á Strodtmann de la preparación del original.

En las cartas de Heine dirigidas á su editor, hállanse, sin duda, dos disposiciones para ordenar la edición alemana; pero datan ambas de lejana fecha (1846 y 1848), y no podrían, por lo mismo, tenerse mucho en cuenta, á más de que están redactadas precipitadamente, y sólo bajo el punto de vista editorial.

En dicha colección se ha seguido en lo esencial, y hasta donde ha sido posible, el orden establecido por el poeta en la edición francesa. La disposición

de las obras es, con pequeñas modificaciones, la siguiente:

Tomo I.—*Cuadros de viaje*. 1.^a parte. (Viaje al Hartz.—Norderney.—Ideas. El libro *Le Grand*.)

Tomo II.—*Cuadros de viaje*. 2.^a parte. (*Italia*: Viaje de Munich á Génova.—Los baños de Lucca.—La ciudad de Lucca.—Post-scriptum.—Epílogo.)

Tomo III.—*Fragmentos ingleses*.—Doncellas y marionetas de Shakespeare.

Tomo IV.—*Fragmentos novelísticos*. (El Rabbi de Bacharach.)—Memorias del señor de Schnabelwopski.—Noches florentinas.

Tomo V.—Acerca de la historia de la religión y de la filosofía en Alemania.

Tomo VI.—La escuela romántica.

Tomo VII.—Espíritus elementales y demonios. (Espíritus elementales.—El doctor Fausto.—Poema-baile.—Los dioses en el destierro.—La diosa Diana.)

Tomo VIII.—Estado de Francia. 1.^a parte.

Tomo IX.—Estado de Francia. 2.^a parte. (Lutetia.)

Tomo X.—Estado de Francia. 3.^a parte. (Pintores franceses.—Sobre la escena francesa.—Apéndice á Lutetia.)

Tomo XI.—Sobre Luis Börne. (Según deseo de Heine, con exclusión de los pasajes referentes á madama Strauss.)

Tomo XII.—Escritos misceláneos.

Tomo XIII.—Poesías. 1.^a parte. (Libro de los Can-

tares.—Apéndice de poesías más antiguas y traducciones.)

Tomo XIV.—Poesías. 2.^a parte. (Tragedias.—Romances y baladas.)

Tomo XV.—Poesías. 3.^a parte. (Atta-Troll.—Alemania.—Poesías de circunstancias.)

Tomo XVI.—Poesías. 4.^a parte. (Lamentaciones.—Melodías hebraicas.—Últimas poesías.)

Tomos XVII y XVIII.—Cartas (1).

Al colocarlos en este orden—dice Strodtmann—que se recomienda por sí mismo, se propuso, ante todo, el editor hacer resaltar lo más posible la unidad interna, la correlación ideal de las diferentes obras del poeta. Heine mismo sabe (prólogo de la 2.^a edición del *Libro de los Cantares*), y hace gran hincapié sobre ello, «que tanto sus escritos poéticos como políticos, teológicos y filosóficos, se originan de un mismo pensamiento.» «Al fin, nada importa—dice en el epílogo del *Viaje al Hartz*—cuándo y cómo se ha dicho una cosa, con tal que se diga, que es lo principal. Bien puede una obra seguir siendo un fragmento, cuando en su conjunto forma un todo, pues mediante esta correlación, se pueden

(1) Las modificaciones han sido las siguientes: Hasta el tomo VIII la edición alemana va con arreglo al plan. El *Estado de Francia*, que tiene asignados tres tomos, ha ocupado cuatro (VIII-XI); *Luis Börne*, el XII; *Los escritos misceláneos*, los XIII y XIV; *Las poesías*, del XV al XVIII, y no se publicaron las cartas.

completar acá y allá muchos pasajes deficientes, allanar escabrosidades y dulcificar asperezas.»

Sólo por una razón externa renunció el editor á comenzar la colección por las poesías, y esta razón era la esperanza de procurarse, mientras publicaba los demás tomos, por medio de los hermanos y amigos del difunto, no sólo multitud de artículos y cartas, sino también, y especialmente, poesías póstumas de E. Heine, y gran número de otras inéditas ó esparcidas en periódicos, pertenecientes á sus primeros tiempos.

El criterio seguido al preparar la edición colectiva de las obras de Enrique Heine, es, en pocas palabras, el siguiente (1):

«Consideré, ante todo, como un deber mío el comparar cuidadosamente, línea por línea, las nuevas ediciones de cada obra con sus correspondientes originales manuscritos, y cuando no podía procurarme éstos, con las ediciones alemanas más antiguas y con las diferentes ediciones francesas. Mediante esta penosa comparación, logré limpiar la presente edición de un considerable número de perturbadoras erratas, y llenar completamente los huecos abiertos en gran parte por la censura, que en muchos tomos llegaban á dos ó tres pliegos. Un breve prólogo que precede á cada tomo dará exacta noticia de estos complementos. Y á fin de alejar la injuriosa sospe-

(1) Strodtmann. *Ankündigung*.

cha de que en la edición francesa de sus obras haya adulado Heine al público francés de un modo nada patriótico, al hacer cortes y alteraciones arbitrarias y esenciales, he añadido á cada tomo un catálogo exacto de todas las alteraciones y una traducción literal del prólogo francés. Así, los que posean la edición alemana, con poco trabajo pueden formar juicio propio acerca de la razón ó sinrazón de este cargo.

»Con la publicación de las cartas, que en parte ofrecen interesantísimos datos acerca de las tendencias literarias y políticas del poeta y de su tiempo, no se ha pensado, ni mucho menos, en dar un escándalo odioso, ni nos hemos dejado llevar de la manía de hacer libros. No atentamos con su publicación ni á la piedad que debemos á los muertos, ni á las consideraciones debidas á los vivos. Preciso es hacer esta afirmación severa frente á la desvergonzada explotación que, con el interés que despiertan los grandes hombres difuntos, ha intentado en estos últimos años un pretendido amigo de Heine, publicando varios tomos de poesías y cartas de dudosisima autenticidad (1). Logré adquirir, entre otros

(1) Véase acerca del *Suplemento á las obras de E. Heine*, de Steinmann (Nachträge zu H. Heine Werken), etc., la *Aclaración de Alfredo Meissner* de 8 de Junio de 1861, en el núm. 70 de la *Reform* de Hamburgo, y el artículo de Strodttmann *Sobre el pseudo-Heine de Steinmann*, en los números 82 y 83 del *Freischutz* del mismo año.—«No es de creer—escribe Meissner en

valiosos materiales, para esta edición la *corrsependencia habida entre Heine é Immermann*, hasta hoy iné-

otro lugar—que Heine, de quien se sabe con qué extremo cuidado guardaba sus producciones, no haya conservado entre la totalidad de sus papeles, ni en original ni en copia, una sola de las poesías publicadas por Steinmann. Ahora bien, por deseo de la viuda, he repasado hoja por hoja todos sus papeles, y esto pocas semanas después de su muerte, cuando toda su cina se hallaba probablemente en el mismo estado en que Heine la ordenara por última vez, y no he encontrado una sola composición de las publicadas por Steinmann que me fuera conocida por haberla visto entre ellos.»

Para aclarar las relaciones *amistosas* del Sr. Steinmann respecto á Enrique Heine, publica Meissner una declaración de este último tomada de la *Gaceta del mundo elegante* de 8 de Febrero de 1843. Heine, de quien ya entonces Steinmann habia hecho imprimir sin su permiso todo género de cartas particulares, dice allí textualmente: «Hace más de diez y ocho años que no sólo no estoy en íntima relación con el Sr. Steinmann, sino que ni siquiera me trató en lo más mínimo con él, y no sé que circunstancia externa puede autorizar esa enojosa publicación de cartas privadas. Debo, pues, protestar resueltamente contra tan intolerable conducta.» Meissner enlaza con esto una oportuna observación: «Después de esta carta, que suena á protesta anticipada contra el publicador de sus obras póstumas, es verdaderamente extraño que en las *Poesías de E. Heine*, publicadas por el Sr. Steinmann, se encuentren aún diferentes *poesías*, que aquél le envía, de su *Bóveda sepulcral* (Matratzengruft), y en las *Cartas*, ver que la antigua amistad sigue subsistiendo hasta el día de su muerte, amistad que llegó á ser tal, que para darle una muestra de ella, le envió unos sesenta epigramas referentes al Parlamento de Francfort.» Y aña le Stróitmann: «Ya he demostrado en otro lugar, con documentos que el Sr. Steinmann no sólo no ha dado la prueba, categóricamente ofrecida, de la autenticidad de las producciones que ha publicado bajo el nombre de Heine, sino que, según sus propios datos, se ha enredado en un tejido insostenible de embustes, y por tanto, ha levantado contra sí la actual sospecha, sumamente verosímil, de haber incurrido intencionalmente en una falsedad literaria.»

dita, que arroja brillante luz sobre los trabajos de la juventud del primero y sobre los lazos de amistosa intimidad literaria que unieron á ambos ilustres genios. Al mismo tiempo tuve la satisfacción de recibir, por carta, parte del manuscrito original del *Atta-Troll*, gracias á la bondad de Mr. (1) Enrique Laube, á quien Heine le entregara allá por los años de 1833, y que sin duda contenía el programa confidencial del combate que en aquel tiempo se libraba en los campos teológico y político.

»Por mucho que me esfuerce por coleccionar en los tomos que van á seguir, todos los trabajos literarios de Heine, sólo pueden ser admitidas en ellos, como es natural, las producciones que se reconozcan con la más absoluta certeza como procedentes de él. Por tanto, suplico encarecidamente á cuantos posean cartas inéditas, manuscritos ó materiales salidos de la pluma de Heine y esparcidos en periódicos, almanaques, etc., me envíen tales papeles, *en su original* á ser posible y sin demora, dirigiéndolos á la librería de Hoffmann y Campe, en Hamburgo.»

«Por último—añade—quizá estaría aquí en su lugar decir algo acerca de la ortografía de esta edición, algo extraña á primera vista. Heine, al publicar sus obras, no siguió con preferencia leyes ortográficas

(1) Abreviación de *Meinherr*, igual al *Monsieur* francés, *Señor mío*, y que no traduzco por Señor sino cuando va precediendo el apellido sólo, que es como se usa en castellano. También en alemán suele ponerse sólo *Herr*. = *Señor*.—(N. del T.)

determinadas; es completamente inconsecuente, por lo general, en este punto. No es raro que escriba en una misma línea *Nation* y *Nazion*, *social* y *Sozialismus*, *Kommüne* y *Communist*, *Gluth* y *Glut*, *Reiter* y *Reuter*, *sein* y *seyn*, *bei* y *bey*, etc. (1). Era difícil tomar decisión alguna en este punto, que no promoviera dificultades. Puesto que, después de todo, la ortografía de Heine jamás se ajustó, á lo que parece, á las tendencias de la escuela histórica, sino predominantemente á la ortografía usual, me pareció lo mejor seguir en este punto á Daniel Sanders, que en su *Diccionario de la lengua alemana* considera como norma preferible la escritura generalmente usada, si bien en caso de duda debe emplearse la más precisa. Si acá y allá, en la revisión de los dos primeros tomos se ha escapado alguna pequeña transgresión de las reglas de ortografía seguidas por el Sr. Sanders, me atrevo á solicitar desde luego la indulgencia del lector, pues tuve que arreglarme mal y de mala manera con las entregas que habían aparecido de dicho *Diccionario*, entonces á medio publicar. Debo consignar, además, que no me he permitido hacer alteración alguna gramatical en el texto de Heine.»

“Con arreglo á esta colección, nos proponemos pu-

(1) Esto constituye una dificultad para la traducción, y no se limita la indecisión á las consonantes, sino que también la hay en las vocales, desfigurándose las palabras á veces hasta lo indecible.—(N. del T.)

blicar en castellano una, la más completa posible, de las obras de Heine, tomándonos el trabajo de llevar aún más allá la tarea no acabada de Strodtmann, comparando nuestra traducción con el texto francés de las obras que total ó parcialmente á este idioma fueron traducidas, é incluyendo por nota las variantes que con frecuencia ha solido introducir el autor, proporcionando así al lector las obras, no sólo en su integridad, sino también en las vicisitudes por que han pasado á través del móvil espíritu de Heine.



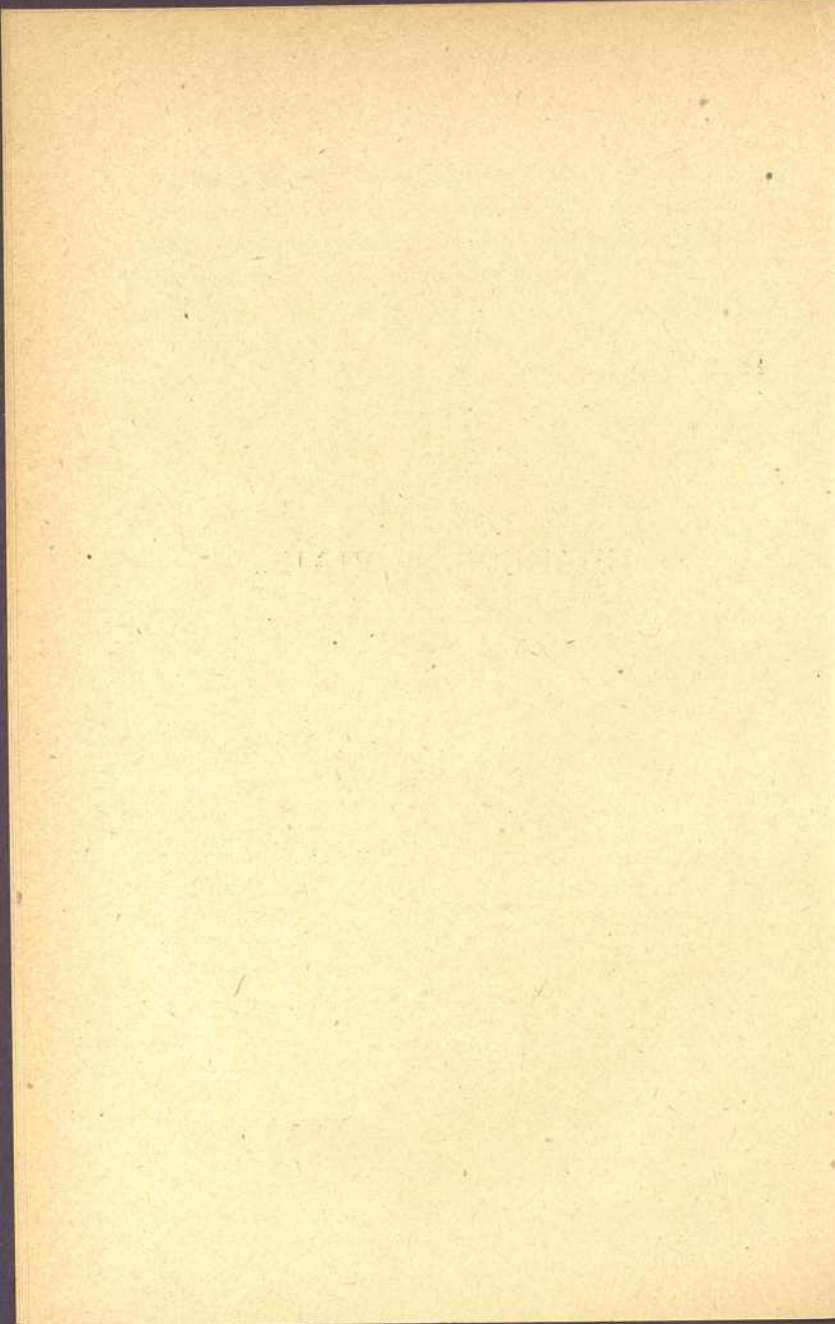
Poco tiene el trabajo que precede que pueda considerarse de nuestra cosecha, pero seguramente agradecerá el lector que hayamos hecho el sacrificio de nuestra insignificante personalidad, dejando hablar á escritores que conocieron á Heine y pudieron apreciar su carácter, y comprender mejor el de sus obras, ó que al estudiarlas tienen la garantía de un nombre más ó menos acreditado en la república de las letras. En la biografía nada se puede inventar; si ha de ser tal, no queda más que referir hechos, y sabido es que deben ser preferidas las fuentes directas para conocerlos. En la apreciación ó juicio de los mismos, hemos procurado beber en buenas fuentes, y espigar, tal vez con prolijidad, en el campo feraz de tantos y tantos trabajos como sobre Heine se han publicado, permitiéndonos rara vez aventurar

LXVIII.

algún juicio nuestro ó consignar algunos hechos recientes, á fin de que esta noticia encierre en lo posible las que acerca del autor y de su póstuma gloria y desgracia pueden ofrecer interés.

EL TRADUCTOR.

CUADROS DE VIAJE.



PRÓLOGO Á LOS CUADROS DE VIAJE.

Según los datos que suministra Strodtmann, los *Cuadros de Viaje* aparecieron por vez primera en cuatro tomos, en el transcurso de los años de 1826 á 1831, publicándose el tomo I en 1826; el II, en 1827; el III, en 1830, y el IV (primero bajo el título de *Suplemento á los Cuadros de Viaje*), en 1831.

En la 1.^a edición, contenía el tomo I, además del *Viaje al Hartz*, el ciclo de cantos titulado *El Regreso* —después incluido en el *Libro de los Cantares*— seguido inmediatamente de las cinco poesías: *Crepúsculo de los Dioses*, *Ratcliff*, *Doña Clara*, *Almanzor* y la *Peregrinación á Kevlaar*, con una noticia del asunto de esta leyenda, y, por último, la 1.^a sección de *El Mar del Norte*. En las ediciones posteriores se retiraron las cinco poesías citadas y se agregó la 2.^a sección de *El Mar del Norte*, incluida primitivamente en el II tomo.

El II tomo contenía en su 1.^a edición la 2.^a y 3.^a sección de *El Mar del Norte*, las *Ideas ó Libro*

Le Grand, y tres *Cartas de Berlín*. «La 2.^a sección de *El Mar del Norte*, que se publicó en la 1.^a edición de este tomo — escribe Heine en el prólogo á la 3.^a (París 30 de Junio de 1831)—la incorporé ya en la 2.^a al primer tomo, y en esta nueva edición añadido una docena de hojas con la 3.^a sección de *El Mar del Norte*, y, por último, se incluyen por completo las *Cartas de Berlín*. Esta disposición se recomienda por sí misma. No he querido llenar los huecos que quedaban en este tomo con parte del III. Por último, el tercer tomo de los *Cuadros de Viaje* ha merecido el aplauso de mis amigos en su forma actual; esta forma me parece que conviene á su unidad interna, y por esto no quisiera suprimir una sola línea, ni introducir en él la más mínima alteración. Los huecos que quedaban en el II tomo procuré llenarles con nuevos cantos de primavera.»

El tercer tomo abrazaba en la edición colectiva: el *Viaje de Munich á Génova* y *Los baños de Lucca*. El IV, *La ciudad de Lucca*, seguida de un *Post-scriptum*, los *Fragmentos ingleses* y un *Epílogo*. En virtud del prólogo del IV tomo, que se refiere casi exclusivamente á los *Fragmentos ingleses*, en esta edición (1) se colocan éstos los últimos, pues tal es su sitio, á juzgar por la siguiente afirmación de Heine: «*La ciudad de Lucca*, que se relaciona inmediatamente con *Los baños de Lucca*, y fué al mismo tiempo es-

(1) H. Heine's *Sämmtliche Werke*, que es nuestro texto.

erito, no lo doy como un cuadro aislado, sino como conclusión de un período de vida que coincide con la conclusión de un período del mundo.»

Además, el primer tomo de la 1.^a edición contenía en las últimas páginas: la corrección de algunas erratas, el prospecto de la 2.^a parte (1), y la dirección para enviar á Heine cartas y paquetes por medio de su editor Hoffmann y Campe, de Hamburgo. Al fin del II tomo de la 1.^a edición, en una noticia decía «que tenía que agregar por vía de lastre *La nobleza de Hannover* (por cuyo escrito fué prohibido apenas apareció) y las *Cartas de Berlín*»; remitía la fe de erratas á la 3.^a parte, y á la nota dirección del primer tomo á los amigos que tuvieran que enviarle algo.

En la presente versión los *Fragmentos ingleses* irán unidos al tratado sobre las *Doncellas y Matronas de Shakespeare* formando un tomo especial (2), y la 3.^a sección de *El Mar del Norte* lleva el epigrafe *Nor-derney*, que Heine le puso en la versión francesa.

Según resulta de una carta de 24 de Febrero de 1825, dirigida á Immermann, llevó á cabo Heine su viaje al Hartz, á pie, en el otoño de 1824. La se-

(1) En una nota que decía: «La 2.^a parte de los *Cuadros de viaje*; contiene además muchas otras lindas cosas, por ejemplo: narraciones sueltas, rápidas ojeadas sobre las principales ciudades de la Alemania del Norte, y observaciones sobre los bosques de Polonia y la literatura alemana, etc.»

(2) Siguiendo el orden establecido en la colección citada en la anterior nota.

gunda mansión en Norderney tuvo lugar en el estío de 1826, y volvió de allí, según refiere á su citado amigo, en carta de 14 de Octubre del mismo año, hacia fines de Septiembre. Al viaje á Italia partió Heine de Munich en Julio de 1828, acompañado hasta el Tirol por su hermano Maximiliano; siguió el poeta por Insbruck, Brixen, Trento y Ala, hasta Verona, y á principios de Agosto pasó por Brescia, Milán, Marengo y Monza en su viaje á Génova, continuando de aquí hasta los baños de Lucca, de donde volvió precipitadamente á Alemania á causa de la muerte de su padre, Samuel Heine (1).

Los *Cuadros de Viaje* han sido traducidos al francés, no una, sino dos veces. Aparecieron por vez primera en 1832, en la *Revue des deux mondes*, algunos fragmentos traducidos por Loewe-Veimars, bajo el título de *Excursion au Blocksberg et dans les montagnes du Hartz, Histoire du tambour Legrand et Les bains de Lucques*, en los números de dicha Revista correspondientes al 15 de Junio, 1.º de Septiembre y 15 de Diciembre de 1832. Por último, en 1834 aparecieron en los I y II tomos de las *Œuvres complètes de Henri Heine*, traducidos por éste, donde tampoco están completos, según el autor mismo lo afirma en el prólogo que á continuación traducimos, y se comprende con sólo comparar el contenido de las ediciones francesa y alemana, y ver que aquélla con-

(1) Valbert le llama Sansón.

tiene en dos tomos lo que ésta en cuatro de un tamaño análogo, haciendo necesaria la publicación de éstos para dar á conocer en su integridad el contenido de aquéllos (1).

(1) He aquí el contenido y orden de ambas:

ALEMANA.

Cuadros de Viaje.

VOL. I.—PARTE 1.^a

Prólogo á la edición francesa.

- I. El viaje al Hartz.
- II. Norderney.
- III. Ideas. El libro *Le Grand*.

VOL. II.—PARTE 2.^a

Italia

- I. Viaje de Munich á Génova.
- II. Los baños de Lucca.
- III. La ciudad de Lucca.
- Post-scriptum.
- Conclusión.

Fragmentos ingleses.

VOL. III.

- I. Conversación con el Tamesis.
- II. Londres.
- III. Los ingleses.
- IV. Jhon Bull.
- V. La vida de Napoleón Bonaparte por Walter Scott.
- VI. Old-Bayley.
- VII. Las penas corporales en Inglaterra.

FRANCESA.

Reisebilder.

VOL. I.

Prólogo.

- I. Las montañas del Hartz.
- II. La isla de Norderney.
- III. El tambor Legrand.—
Ideas.

Inglaterra.

- I. Sobre el Tamesis.
- II. Londres.
- III. Los ingleses.
- IV. Old-Bayley.
- V. El nuevo Ministerio.
- VI. Wellington.
- VII. La emancipación.
Schnabelewopski.
Fragmento.

VOL. II.

Italia.

- I. Viaje de Munich á Génova.
- II. Los baños de Lucca.
- III. La ciudad de Lucca.
- IV. Las noches florentinas.

Strodtmann hace constar dos pasajes de la 1.^a edición que Heine reformó posteriormente, uno en el *Viaje al Hartz*, pág. 85, nota; y otro en *Norderney*, página 163, nota; que ha completado con la misma 1.^a edición en el tomo I.

En el *Viaje al Hartz*:

Desde la pág. 27, línea 1.^a—Aun existen...—á la pág. 28, línea 16—A todos tiende en la arena.

Desde la pág. 36, línea 10—quizá en una inofensiva cucharilla,—á la íd., línea 13—tataranieto.

Desde la pág. 41, línea 7—La señora Küsterin,—á la íd., línea 24—iglesias reformadas.

Desde la pág. 54, línea 17—En estas consideraciones,—á la 55, línea 22—ni en el Polo Norte.

Desde la pág. 56, línea 1.^a—y sabe Dios,—á la íd., línea 6—amenazando devorarme.

VIII. El nuevo Ministerio.

IX. La culpa.

X. Los partidos de oposición.

XI. La emancipación.

XII. Wellington.

XIII. La liberación.

Doncellas y damas de Shakespeare.

Fragmentos novelísticos.

VOL. IV.

I. El Rabbi de Bacharach.

II. Memorias del señor de Schnabelewopski.

III. Noches florentinas.

Como se ve, en la edición francesa se ha completado el primer tomo con parte del III y IV de la alemana.

El II de la francesa es el II de la alemana, á falta de parte del epílogo y con la introducción de *Las noches florentinas* del IV de la alemana. En el I de la francesa faltan seis de los fragmentos ingleses, y no se halla en ninguno de los dos *El Rabbi de Bacharach*.

Desde la pág. 82, línea 8—La dama no estaba,—
á la id., línea 14— se quedaron solteras.

Desde la pág. 83, línea 18—Ambas estaban admira-
radas—á la id., línea 26—pobre patrón eres ahora!

Desde la pág. 89—En el *Poder de las convenien-*
cias,—á la 90, línea 6—á pulgada por harapo!

Desde la pág. 103, línea 21—Una Carolina es-
cribe,—á la id., línea 24—cara mojada.

En *Norderney*.

Desde la pág. 131, línea 10—Además, se ha tras-
ladado,—á la id., línea 24—está protegida de ante-
mano, y.

Desde la pág. 133, línea 13—El primero es,—á
la id., línea 16—más hermosa del mundo.

Desde la pág. 154, línea 15—Hace muy poco,—á
al id., línea 21—*never shall be slaves!*

En la pág. 158, líneas 10 y 11—con mi incréd-
ulo colega Espinosa.

Desde la pág. 174, línea 3—Con frecuencia cuando
leo,—á la 178, línea 4—saltos á los Alejandro.

En la pág. 178, líneas 5 y 6—en la crítica.

En la pág. id., líneas 9 y 10—y hace poco que
me obsequió con ellos.

En *Ideas*:

Pág. 262, líneas 6 y 7.—A propósito, señora, las
de Böckh, al tres por ciento son baratas, pero las
de Hegel, al cinco por ciento son caras.

Pág. 282, líneas 18 y 19—en cuya educación no
había tomado parte ningún Aristóteles, etc.

Además dice haber completado con la edición francesa:

En el *Viaje de Munich á Génova*:

Tomo II, cap. XXIX, al principio—Llámesese este hombre Alejandro, César ó Napoleón.

Y en *La Ciudad de Lucca*:

Tomo II, cap. VII. El San José..... me he sentido tan profundamente afectado.

Y finalmente, una traducción del prólogo de Heine á la versión francesa, que nosotros acompañamos á continuación, traducido directamente del francés.

Después de los pasajes completados con la 1.^a edición alemana y con la versión francesa, hace constar haber restablecido todos los motivos, ofreciendo en seguida una lista de los pasajes suprimidos ó alterados en la dicha versión, unos veintitrés, que unidos á los diez y ocho pasajes de la 1.^a edición alemana, que tampoco constan en la francesa, ascienden á cuarenta y uno en el primer tomo.

Añádanse á esta suma veintiseis pasajes alterados ó suprimidos en la versión francesa, correspondientes al tomo II, y la elevan á sesenta y siete. Siendo de advertir que en este tomo las supresiones son grandísimas, pues faltan: el capítulo VII, gran parte del II y casi todo el XXX, en el *Viaje de Munich á Génova*; el capítulo XI de los *Baños de Lucca*, uno de los más largos del II tomo, pues tiene 39 páginas en el original, y, por último, los capítulos XV, XVI y XVII de *La ciudad de Lucca* (los dos últimos de los cuales

aparecen incluidos en la versión francesa de «La escuela romántica» con ocasión de exclamar Luis Tieck en la frase final: «Creo que jamás me consolaría de esto; pero el tiempo nos consuela de todo»); y por último, un trozo del epílogo.

Mas al verificar nosotros nuevo cotejo, hallamos que llegan sólo en el primer tomo á más de ciento treinta las divergencias, habiendo más de otras tantas en el II, por lo que decidimos consignarlas por nota en su lugar correspondiente, de modo que el lector pueda conocer el texto íntegro y las alteraciones introducidas por el autor ó sus auxiliares en la versión francesa (1).

En el prólogo á ésta explica Heine las razones que le impulsaron á dar tales cortes, pero no porque alteró algunos pasajes; pues si bien reina en ella un espíritu de atenuación general, en algunos momentos, como sucede en *Norderney*, hablando de la nobleza de Hannover, aun está más agresivo que en el texto alemán. En el tomo II, es donde las supresiones de la versión francesa responden mucho más á los motivos expuestos en el prólogo, pero aun hay algunos cortes inexplicables, y capítulos enteros, como los en que habla del *Quijote*, que se ha de alegrar el lector de poder conocerlos, pues á más de ser un tributo de justa admiración á nuestro gran

(1) Hemos tenido presentes las edic. fr. de 1858 y de 1868 de Michel Levy freres.

Cervantes, son bellos en sí, dan á conocer nobies sentimientos que viven en el corazón de Heine, y nos explican el por qué hay escenas en su libro completamente cervantescas, y tipos como el del judio Hirsch ó Jacinto, que recuerdan á nuestro buen Sancho Panza.

Apurado caso es el de tener que censurar al autor por desfigurar su propia obra al traducirla; pero es lo cierto que la ha tratado bastante mal, como tal vez no la hubiera tratado un extraño, sin que nosotros queramos por esto negar sea él el traductor, diciendo con Mæurer que Heine no escribía en francés, pues en sus cartas habla de irse á Francia y dedicarse á escribir en esta lengua, y en *Ideas* se ve que la conocía desde pequeño; pero aunque admitamos, con el Dr. Stern, que su prosa pierde poco al ser traducida, desde luego se comprende lo difícil que es á un escritor genial poseer con igual perfección que el suyo un idioma extraño, para poder trasladar fiel y bellamente los pensamientos que germinaran en su mente en la lengua natal, y que sólo pudiera haber trasladado al francés un Teófilo Gauthier.

Además, se ve que Heine trató su libro con la confianza con que se tratan las cosas propias, que debió traducir de prisa, quizá con ajeno auxilio, y que su carácter le lleva á ceder á la impresión del momento, que sin duda origina algunas variantes. Pero lo inexcusable es que haya hecho desaparecer por doquiera los bellos y pintorescos epítetos que

hermosean y dan carácter en el texto alemán á todo cuanto describe, trocándolo en pálido y borroso en la versión francesa, hasta el punto de que, en los pasajes que damos por idénticos en ambos textos, disten tanto sus traducciones como puede verse en el siguiente:

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN.

«Penetran alegremente los *dorados* rayos del sol por entre el verde sombrío de los abetos. Las raíces de los árboles forman una *especie* de escalera natural. Por doquiera vense mullidos bancos, pues las piedras están cubiertas por una capa, de un pie de espesor, de las más hermosas clases de musgo, formando como almohadones de terciopelo *verde claro*. Siéntese dulce frescura y soñador murmurio de fuentes. Acá y allá se ve correr, por debajo de las piedras, el agua, en

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.

«Los rayos del sol atra-
vesaban de alegre ma-
nera el verde sombrío de
los abetos. Las raíces de
los árboles formaban una
escalera natural. Por do-
quiera mullidos bancos,
porque las piedras están
revestidas, á la altura de
un pie, de las más bellas
especies de musgos, y
parecen cojines de ter-
ciopelo. Se respiraba una
dulce frescura, y se oía
el murmullo de las fuen-
tes *que lanza en la región
de los sueños*. Se ve acá y
allá surgir el agua en
plateados hilos bajo las
piedras, y bañar las raíces

hilos plateados que van á bañar las desnudas raíces y fibrillas de los árboles. Y cuando, *sintiéndose atraído*, se inclina uno sobre ellas, parece sorprenderse la misteriosa historia de la formación vegetal y el *tranquilo* latir del corazón de la montaña. En ciertos sitios brota el agua de las piedras y de las raíces con más fuerza, y forma pequeñas cascadas. Tales sitios invitan á sentarse. Se oyen allí *murmillos y susurros misteriosos*; las aves cantan con acento entrecortado por la pasión; los árboles charlan como las lenguas de mil doncellas, *y nos miran con otros tantos bellos ojos las extrañas flores silvestres*, extendiendo hasta nosotros sus hojas anchísimas *y malignamente* estriadas; centellean *acá y*

y las fibrillas despojadas de los árboles. Cuando se inclina uno, *aproximando el oído*, se cree sorprender la historia secreta de la formación de las plantas y oír palpitar el corazón de la montaña. En muchos sitios brota el agua con más fuerza de entre las piedras y las raíces, y forma pequeñas cascadas. Allí es donde agrada sentarse. Se oyen *sonidos completamente maravillosos*: las aves cantan *amorosas melodías*, entrecortadas por el deseo; los árboles charlan como con mil lenguas de doncellas; las flores *languidecientes* extienden hacia nosotros sus anchas hojas *extrañamente* recortadas; los alegres rayos del sol centellean *caprichosamente*; las *pequeñas ortigas violetas* parecen contarse *por lo bajo* cuentos azules; todo

allá juguetones los alegres rayos del sol; las delicadas hierbecillas se cuentan *verdes* consejas; todo está como encantado, va haciéndose cada vez más *misterioso*, cobra vida un *olvidado* sueño, aparece la amada..... ¡Ah! ¡por qué tan rápidamente vuelve á desvanecerse!»

parece encantado, todo se hace cada vez más *fabuloso*; un *antiguo* sueño surge en el alma; aparece la amada..... ¡Ay! ¡qué lástima que tan pronto se evapore!»

Esto en cuanto á la prosa; mas las poesías aun salen peor libradas en la versión francesa, pues á primera vista cree uno que aquello va á estar en verso, porque conserva la forma en que los versos se escriben, pero luego se sufre la decepción de ver que aquellos aparentes versos no tienen metro ni rima, en fin, que están traducidos en prosa, y no obstante, á veces con tanta libertad ó más de la que hubiera sido necesaria para haberles dotado en francés de una y otra gala poética.

Júzguese por las cuartetos siguientes:

TEXTO.

TRADUCCIÓN FRANCESA.

Auf dem Berge steht die Hütte
Wo der alter Bergmann wohnt;
Dorten rauscht die grüne Tanne
Und erglänzt der goldne Mond.

Sur la montagne est assise la cabane
Ou demeure le vieux mineur;
Au-dessus murmure le vert sapin
Et brille la lune dorée.

In der Hütte steht ein Lehnstuhl,	Dans la cabane est un fauteuil à bras
Reich geschnitzt und wunderbarlich,	Richement et merveilleusement ciselé;
Der darauf sitzt, der ist glücklich,	Il est hereux, celui qui s'assied dans ce fauteuil
Und der Glückliche bin Ich!	El l'hereux mortel c'est moi.

En la versión española hemos procurado tratar al autor con todo el respeto que se merece, sin confianzas, procurando ponernos en el caso de cómo él hubiera dicho cada frase en español, si en esta lengua hubiera tenido que escribir, esto es, no haciendo una traducción literal, porque ésta no existe ó es una traducción-disparate, según nos probaba un distinguido profesor de lenguas, y mucho menos entre lenguas tan apartadas, sobre todo sintácticamente, como las lenguas neolatinas y germánicas, entre las que no hay traducción literal posible ni aun de las frases más sencillas, pues *Heine's Werke* diría literalmente: *de Heine obras*, y la traducción verdadera es: *Las obras de Heine* (1), sino una traducción que no introduzca más cambios que los puramente exigidos por el carácter de la lengua á que se traslada, que encarne en ella no sólo las ideas del original, sino su enlace, su gradación, su efecto, su fin, para lo cual no es posible proceder desde luego trasladando frase por frase, á manera de copia-traducción, sino por grandes masas, sintiendo, antes de poner la pluma,

(1) Verdad es que en castellano existe la anteposición del genitivo: *De la noche en el silencio*; pero esto es casi exclusivo de la poesía.

la marcha de un período, para que aparezca todo él en nuestra imaginación en conjunto y en detalle, en la relación del todo á la parte, y viceversa, pues sólo entonces puede verse la forma propia en que ha de ser trasladado, para que la manera del autor se revele á través de la nuestra, con sus caracteres propios, con su estilo.

Difícil es seguir en sus giros caprichosos á un autor que ya se eleva á lo sublime, ya desciende á lo familiar, ya pasa de la mayor seriedad ó tristeza á un toque cómico, humorístico ó sarcástico; pero el instrumento que hemos manejado, la lengua castellana, es sobrado apto para ello, no cediendo en riqueza de matices á la lengua del original; de modo que si no lo hemos logrado, culpa nuestra será; pero culpa de nuestra falta de habilidad, de conocimiento de los infinitos y variados registros que nuestra inexperta mano haya dejado de hacer intervenir en la marcha armónica de los bellos períodos de Heine.

Al traducir las poesías hemos aspirado á fotografíarlas en lo posible, supuesto aquí lo anteriormente afirmado, la sustitución de la gramática castellana por la alemana. Hemos traducido siempre verso á verso, como Schlegel tradujo al alemán nuestros poetas. Las formas rítmicas, sencillísimas en Heine, por lo general, y sobre todo en las poesías intercaladas en los *Cuadros de Viaje*, han sido conservadas escrupulosamente, y si domina el romance octosílabo es porque los versos del original son de este

metro, y si están rimados, que no siempre lo están, es en forma alterna, por lo que el romance vuelve á ser más acomodado al efecto y más á propósito para la traducción fiel del texto. Véase la exactitud con que reproducen las del original de las dos estrofas antes citadas, las dos siguientes:

En la cima está la choza
Que al viejo minero alberga,
Do el verde abeto murmura
Y áurea la luna destella.
Hay dentro un sillón de brazos
Del cincel obra maestra;
Quien le ocupa es un dichoso;
¡Yo soy quien en él se sienta!

Los *xenies* del final de *Norderney* están en el original en versos de diez y seis sílabas, y no he tenido más que escribir cada uno en dos líneas y han resultado de ocho, conservando el efecto de los versos alemanes.

En *Ideas* todos los versos están traducidos también en su forma propia; los de la Iliada y la Odisea, que en el original son dos grupos de á cuatro pretendidos exámetros alemanes, los hemos trasladado en cuatro endecasílabos cada uno, prefiriendo concentrar el pensamiento á diluirle. La canción:

El tambor por doquier va sonando,
Por la noche al cuartel van llegando, etc.,

hecha sobre el ritmo de los tambores, y cuyas onomatopeyas son de una delicadeza de observación tal,

que trasladan hasta la repercusión del ruido del tambor en el silencio de la noche, hemos procurado trasladarla con escrupulosa exactitud.

Lo mismo hemos hecho en el II tomo con los motivos en verso y las canciones que abundan, sobre todo, en *Los baños de Lucca*, conservando sus ritmos propios, por más que alguna combinación parezca inusitada en español. Y nada hay que decir respecto á las del pobre y maltrecho Conde de Platen, pues no somos tan crueles que gustemos de ensañarnos en el caído. No quisiéramos haberle maltratado por nuestra parte. Conste que si lo hemos hecho ha sido involuntariamente.

Hemos llevado nuestra escrupulosidad hasta el punto de acudir al original en los versos y citas de autores clásicos y no alemanes, para que no resulten dos veces traducidos, pues tenemos aversión á esos tapices dos veces vueltos del revés, ó traducciones nietas, como llama un catedrático y escritor amigo nuestro á la mayor parte de las que del alemán poseemos; pues en verdad las obras alemanas hacen el viaje á España con sobrada lentitud, estándose en Francia el tiempo necesario para naturalizarse, y luego vienen ya con *hábitos* neolatinos; hasta hay casos en que no contentos los traductores con darnos copias que no recuerdan casi á sus originales—pues los franceses no dejan nunca de *remanier*, como haciendo un gran favor á cuanto cae en sus manos—nos dan á veces cosas francesas adulteradas, dentro

de obras alemanas, quizá porque á estas últimas no les pudieron conceder tiempo para su naturalización.

Ni el original ni la versión francesa llevan notas, pero nosotros hemos creído necesarias muchas, dado el diferente nivel de la instrucción general en nuestro país respecto al de Alemania, y, sabiendo la razón que nuestro público tiene para desconfiar de las traducciones que se le presentan, quizá hemos tomado sobradas precauciones contra toda desconfianza, y acompañado esta pobre versión con todo un arsenal de notas, algunas de las cuales tal vez parezcan pedantescas. Mas las primeras campañas llevan consigo, como es natural, el producir harto miedo al novel combatiente, y exponerle á no pocas imprudencias, que pueden acarrearle el quedar maltrecho en el campo de batalla, si es que queda para contarlo. Pero si sale con bien, va perdiendo el miedo, no se acuerda de armaduras ni cotas de malla, y tan pronto como le divisa el enemigo, comprende que tiene que habérselas con gente experta..... y le trata con consideración.

Y basta de prólogo. Yo he pretendido juzgar á Heine como traductor de su obra; otros habrán de juzgarme á su vez. Ya estoy ante mis jueces. Mas, señores, tened en cuenta que el traducir no es cosa tan fácil; que implica nada menos que el dotar á un alma despojada de su cuerpo, de otro digno de ella; de realizar, en fin, una transmigración sin rebajar al pobre espíritu del paciente.

EL TRADUCTOR.

PRÓLOGO A LA VERSIÓN FRANCESA (1).

Siempre será cuestión difícil de resolver la de cómo debe traducirse al francés un escritor alemán. ¿Deben aligerarse acá y allá pensamientos é imágenes cuando no responden al gusto civilizado de los franceses, y cuando pudieran parecerles una exageración desagradable y hasta ridícula? ¿O bien es preciso introducir el salvaje alemán (2) en el bello mundo parisién con toda su originalidad ultrarhenana, fantásticamente irisado de germanismos y sobrecargado de ornamentos demasiado románticos? A mi parecer no debe traducirse el salvaje alemán en francés culto; y aquí me presento á mi propio en mi barbarie primitiva, á la manera de los Charruas, á quienes el verano pasado dispensasteis una

(1) Traducido de su original francés, no de la traducción alemana de Strodtmann, que ofrece ya algunas alteraciones.

(2) Strodtmann traduce *barbaro, et sic de ceteris*.

acogida tan benévola. Yo también soy un guerrero como lo era el gran Tacuabé. Hoy ya no existe, mas su mortal despojo está preciosamente conservado en el Jardín de Plantas, en el Museo zoológico, ese panteón del reino animal.

Este libro es un teatro de exposición. Entrad, no hayáis temor alguno. No soy tan malo como parezco. No he pintado mi rostro con tan feroces colores, más que para asustar mejor á mis enemigos en la batalla. En el fondo soy dulce como un cordero. Tranquilizaos, pues, y dadme la mano. También podéis tocar mis armas, hasta el carcaj y las flechas, porque he embotado sus puntas, según tenemos costumbre de hacerlo los salvajes cuando nos aproximamos á un lugar sagrado. Aquí, para entre nosotros, las flechas no sólo eran aceradas, sino que estaban bien emponzoñadas también. Hoy son completamente benignas é inofensivas, y podéis distraeros en mirar sus matizadas plumas; hasta vuestros hijos podrían servirse de ellas á guisa de juguete.

Voy á abandonar el lenguaje tatuado y á expresarme en francés.

El estilo, el encadenamiento de las ideas, las transiciones, las salidas bruscas, las rarezas de expresión, en fin, todo el carácter del original alemán ha sido reproducido, en lo posible, palabra á palabra, en esta traducción francesa de los *Reisebilder*. El gusto, la elegancia, el adorno, la gracia, han sido sacrificados despiadadamente, por doquiera, á la fidelidad literal. Es, sin embargo, éste un libro alemán en lengua francesa, que no tiene la pre-

tensión de agradar al público francés, pero sí la de dar á conocer á este público una originalidad extraña. En fin, quiero instruir, ya que no éntretener. De este modo es como nosotros los alemanes hemos traducido á los escritores extranjeros, y nos ha aprovechado: hemos ganado en ello puntos de vista, formas de palabras y giros nuevos de lenguaje. Semejante adquisición no podrá perjudicaros.

Después de haberme propuesto, ante todo, haceros trabar conocimiento con el carácter de este libro exótico, me importa menos ofrecérosle todo entero, en primer lugar porque no reposando muchas de sus páginas más que en alusiones á localidades y épocas, en juegos de palabras y otras especialidades de este género, no podían ser reproducidas en francés; en segundo lugar, porque muchas de sus partes, dirigidas de la manera más hostil contra personas y situaciones en este país desconocidas, podrán, al repetirse en francés, dar lugar á malas interpretaciones de las más desagradables. Así es que he suprimido un trozo principal, en que hacía una descripción de la isla de Norderney y de la nobleza alemana. La sección de *Inglaterra* ha sido abreviada en más de la mitad; todo ello se referia á la política de entonces. En la sección de *Italia*, que fué escrita en 1828, los mismos motivos me han hecho renunciar á algunos capítulos. En verdad, debo decir que hubiera tenido que sacrificar toda esta sección, si me hubiera detenido ante semejantes consideraciones, en lo tocante á la Iglesia católica. Solamente no he podido dispensarme de quitar

una parte muy acerba, que se resentía de demasiado celo protestante, celo moroso que no es de buen gusto en la alegre Francia. En Alemania tal celo no estaba dislocado, porque, en mi calidad de protestante, podía yo propinar á los obscurantistas y tartufos en general, á los fariseos y saduceos alemanes, mucho más seguros golpes que si hubiese hablado como filósofo. No obstante, para que los lectores que quieran comparar el original con la traducción, no puedan acusarme, con motivo de estos cortes, de concesiones inoportunas, quiero explicarme claramente en este asunto.

Este libro, á excepción de algunas hojas, ha sido escrito antes de la revolución de Julio. En esta época, la opresión política había establecido un mutismo universal: habían caído los espíritus en un letargo de desesperación, y el hombre que, entonces, se atrevió aún á hablar, debió pronunciarse con tanta más pasión cuanto que desesperaba de la victoria de la libertad, y que los partidos del sacerdocio y de la aristocracia se desencadenaban más contra él. Empleo las expresiones *sacerdocio* y *aristocracia* por hábito solamente, porque me servi siempre en esta época de tales palabras, cuando sostenía yo solo esta polémica contra los campeones del pasado. Estas palabras eran comprendidas por todo el mundo, y debo confesarlo, yo vivía aún en la terminología de 1789, y desplegaba gran lujo de períodos contra el clero y la nobleza, ó como les he llamado, contra el sacerdocio y la aristocracia; pero, después, he ido más lejos en la senda del progreso, y mis buenos alemanes que, desper-

tados por el cañón de Julio, han seguido mis huellas, y hablan al presente el lenguaje de 1789, y hasta el de 1793, están todavía tan lejos de mí, que me perdieron de vista y creen que me he quedado atrás.

Se me acusa de moderantismo, de inteligencia con los aristócratas, y veo ya apuntar el día en que me van á decir que estoy en connivencia con el sacerdocio. El hecho real es que yo, hoy, bajo la palabra aristocracia no comprendo solamente á la nobleza de nacimiento, sino á todos los que viven á expensas del pueblo, lleven el nombre que quieran. La bella fórmula que, como muchas otras cosas excelentes, debemos á los Sansimonianos, *la explotación del hombre por el hombre*, nos conduce mucho más allá que todas las declamaciones sobre los privilegios del nacimiento. Nuestro antiguo grito de guerra contra el sacerdocio ha sido reemplazado igualmente por una divisa mejor. Ya no se trata de destruir violentamente la antigua Iglesia, sino de edificar una nueva, y muy lejos de querer aniquilar al sacerdocio, somos nosotros mismos los que hoy queremos hacernos sacerdotes.

Sin duda, para Alemania no ha terminado aún el período de las negaciones. En Francia, al contrario, parece tocar á su fin; al menos, me parece que aquí sería preciso más bien entregarse á tendencias positivas, y reedificar todo cuanto el pasado nos legó de bueno y bello.

Por una especie de superstición literaria, he dejado á mi libro su título alemán. Bajo el nombre de *Reisebilder*

hizo su camino en el mundo (mucho más que el autor mismo), y he querido que conservara ese afortunado nombre en la edición francesa.

ENRIQUE HEINE (1).

Paris, 20 de Mayo de 1834.

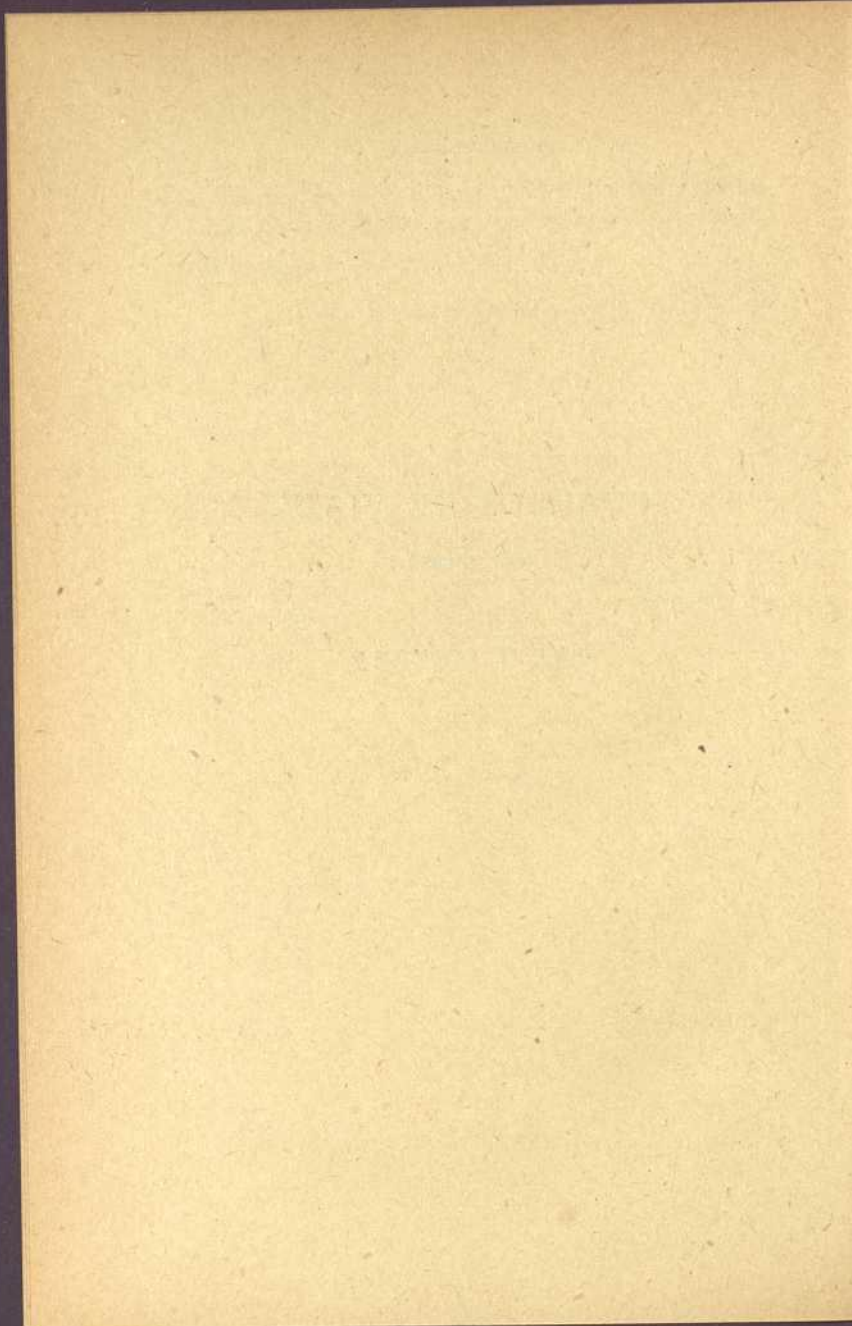
(1) Pronúnciese *Jaine* (la *e* ligeramente). En las palabras alemanas toda *h* inicial de palabra ó sílaba, suena como nuestra *j* andaluza, el diptongo *ei=ai*, y la *e* final es semimuda).

NOTA—Este prólogo sólo le conservamos aquí, donde va también en la edición alemana, en concepto de obra de Heine, y como comprobación de algo de lo que hemos dicho anteriormente, respecto á la versión francesa, pues no puede tener otro objeto al frente de una traducción completa y directa de los *Reisebilder*.

CUADROS DE VIAJE.

(REISEBILDER.)

PARTE PRIMERA.



I.

VIAJE AL HARZ.

(1824.)

*Nada tan duradero como el cambio;
nada tan constante como la muerte.
Cada latido del corazón nos abre una
herida, y la vida sería una eterna
pérdida de sangre, si la poesía no
existiese. Ella nos cumple lo que la
Naturaleza nos promete: una edad de
oro que no se oxida, una primavera
que no se desflora, una dicha sin nubes
y una juventud eterna.*

BÖRNE.

VIAJE AL HARZ (1).

¡Trajes negros, medias finas,
Blancos puños de etiqueta,
Dulces frases, mucho abrazo.....
Corazones ¡ay! tuvieran!

¡Corazones en el pecho,
Do el amor les encendiera!
Me mata ese garrulismo
Que acentos de amor remeda.

Trepar quiero á las montañas,
Do se alzan chozas benéficas,
Do libre el pecho respira
Y el aura libre refresca.

(1) Pronúciase *Járts*. Es el primer elemento del apellido de nuestro ilustre *Harz-en-busch*=espinar del *Harz*, y que debía pronunciarse *Jártsenbüsch*, con sch=ch francesa, y no *Arcenbús*, como suele hacerse, cuando no *Arcenburs*, lo que es peor todavía.

Tregar quiero á las montañas
 Do obscuro abeto se eleva,
 Aguas corren, aves cantan,
 Y altivas las nubes vuelan.

¡Adiós, brillantes salones,
 Hombres cultos, cultas bellas!
 Tregar quiero á las montañas,
 Reir cuando abajo os vea (1).

La Ciudad de Göttinga, celebrada por sus saichichones y por su universidad, pertenece al Rey de Hannover, y contiene novecientos noventa y siete hogares, diversas iglesias, una casa de maternidad, un observatorio astronómico, una cárcel, una biblioteca y una bodega municipal, cuya cerveza es muy aceptable. El arroyo que corre ante la población se llama el *Leine*, y sirve de baño durante el estío; el agua es muy fría, y tan ancha la corriente en algunos sitios, que realmente *Lüder* debió tomar buena carrera, cuando la salvó de un salto.

La ciudad es bella, considerada en sí misma, y agrada mucho más vista de espalda. Debe contar larga fecha de existencia, pues recuerdo que, cuando hace cinco años estuve inscripto, y poco después fui relegado de ella, tenía ya el mismo aspecto gris y de prematura vejez, y estaba ya completamente provista de bedeles, perros de aguas,

(1) En la versión francesa este último verso aparece alterado, y dice: «y dejar bajo mis pies vuestro hormiguero.»



disertaciones, *thés dansants*, lavanderas, *compendia*, pichones asados, caballeros Güelfos, carrozas de promoción, cabezas de pipa y consejeros áulicos, de justicia, de relegación, farsantes y comparsa.

Hay quienes afirman que la ciudad fué edificada en la época de la inmigración de los pueblos, que cada tribu germánica dejó entonces en ella un ejemplar suelto de sus individuos, y que de ellos descendieron todos los vándalos, frisios, suabos, teutones, sajones, turingos, etc., que aun hoy día se ostentan en Göttinga, agrupados en hordas, que se distinguen por el color de sus gorros y la guarnición de sus pipas, en la calle de Weend, que luchan eternamente entre sí en los sangrientos campos de batalla de Rasenmühle, de Ritschenkrug y de Bovden (1), viviendo todavía con arreglo á los usos y costumbres del tiempo de la inmigración, rigiéndose, en parte, por sus *duces*, á quienes llaman *gallos principales*, y en parte, por su código primitivo llamado *comento*, que merece un lugar *in legibus barbarorum*.

En general, los habitantes de Göttinga se dividen en estudiantes, profesores, filisteos (2) y reata, cuyos

(1) Sitios de las cercanías, cuya traducción respectiva es: *Molino del césped*, *Cántaro rajado*, y algo referente á *setas*.

(2) Palabra estudiantil y despreciativa para designar á burgueses, tenderos, negociantes, etc., y por último, á los pedantes, cócoras y fastidiosos. Pero, bueno será oírse la explicar á los mismos alemanes. «Un filisteo es un *quidam* que no tiene por amigos más que á sí propio y á su bolsa; que al mismo Dios le lleva cuenta abierta por los céntimos que diera á un pobre aprendiz de obrero; que ante un buen traje saluda más profun-

cuatro estados no ofrecen, ni mucho menos, otros tantos grupos perfectamente distintos. El más considerable es el de reata. Sería demasiado prolijo referir aquí los nombres de todos los estudiantes y de todos los profesores ordinarios y extraordinarios; tampoco recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores, hay muchos que todavía carecen absolutamente de él. Pero el número de los filisteos de Göttinga debe ser muy grande; abundan como las arenas, ó mejor dicho, como el lodo á orillas del mar; verdaderamente, cuando yo les veía por la mañana con sus rostros sucios y sus blancos abonarés, plantados á la puerta del Consejo académico, apenas podía darme cuenta de cómo pudo crear Dios tamaña caterva de picaros.

Con toda comodidad pueden entresacarse mayores detalles, referentes á la ciudad de Göttinga, de la *Topografía* de la misma, escrita por K. F. H. Marx. Pero, aunque tenga los más sagrados deberes que cumplir para con el autor, que era mi médico y manifestó tenerme

damente que ante uno raído; que tiene al arte y á la ciencia por cosas estúpidas, porque con frecuencia no dan pan; que se acuesta á las diez, porque el trasnochar le pone pálido; que se considera obligado á divertirse el domingo, porque se pone camisa limpia; que se tiene por piadoso, porque va ordinariamente á la iglesia, á criticar el vestido nuevo de su vecina; un ser cuya vida puede describirse en una sola línea: nació, comió, enfermó, durmió..... y murió. He ahí lo que es un filisteo.» Benedix (Roderich).—*Das bemooste Haupt, oder: Der lange Israël* (La cabeza musgosa, ó El largo Israël), Drama en cuatro actos. Acto 1.º, Escena 7.ª

mucho cariño (1), no puedo, sin embargo, recomendar incondicionalmente su obra, y debo censurarle el no haber desmentido con suficiente energía la falsa especie de que las mujeres de Göttinga tienen los pies demasiado grandes.

Tan cierto es esto, que hace más de un año estoy dedicado á redactar una seria refutación de dicha especie, y para verificarlo he cursado anatomía comparada, he sacado notas de los libros más raros de la biblioteca, he estudiado detenidamente los pies de las damas que pasan por la calle de Weend, y en una erudita disertación que contendrá el resultado de estos estudios, hablo: 1.º, de los pies en general; 2.º, de los pies entre los antiguos; 3.º, de los pies de los elefantes; 4.º, de los pies de las mujeres de Göttinga; 5.º, compilo cuanto acerca de estos pies se ha dicho en el merendero de Ulrico; 6.º, considero estos pies en sus relaciones, y me extendo también, con este motivo, á la pantorrilla, rodilla, etc., y, finalmente, 7.º, en el caso de que logre encontrar papel de marca suficiente, le añadiré algunas láminas con facsimile de los pies de las damas (2) de Göttinga.

Era todavía muy de mañana cuando abandoné la ciudad, y el sabio** (3) yacía aún seguramente en su lecho, y soñaba, como de costumbre, que paseaba por un hermoso jardín, en cuyos acirates solamente crecían pa-

(1) En la versión francesa, en vez de, *y manifestó tenerme mucho cariño*, dice: *y me daba pocas medicinas*.

(2) En la versión francesa añade, *más distinguidas*.

(3) En la versión francesa cita su nombre: Eichhorn.

pelillos cubiertos de citas, que brillaban deliciosamente á la luz del sol; que arrancando de acá y de allá algunos, los transplantaba cuidadosamente á otro acirate, y en tanto, los rui señores alegraban su viejo corazón con sus más dulces acentos.

Ante la puerta de Weend me encontré con dos pequeños escolares de la población, uno de los cuales decía al otro: «De ningún modo quiero juntarme ya con Teodoro, porque es un pillete que ayer no sabia cómo hace el genitivo de *mensa*.» Por insignificantes que parezcan estas palabras, me creo en el deber de repetir las; sí, hasta quisiera hacerlas esculpir sobre la puerta de la ciudad, á manera de blasón, pues los pequeñuelos pían como silban los viejos, y dichas palabras pintan con toda exactitud la orgullosa y estéril erudición de la sapientísima *Georgia Augusta*.

Soplaba en la calzada la fresca brisa matinal, y los pájaros cantaban elegremente, comunicando poco á poco á mi alma nueva frescura y alegría. Falta me hacía tal refrigerio. La última temporada me la había pasado en el establo de las Pandectas; los casuistas romanos habían cubierto mi espíritu con una especie de gris tela de araña; mi corazón estaba como oprimido entre los férreos párrafos de los egoístas sistemas jurídicos; sonaba constantemente en mis oídos algo así como: «Triboriano, Justiniano, Hermogeriano y..... *Bobiciano*» (1); á dos

(1) En la versión francesa se lee Boociano (Bootien), palabra también burlesca, formada sobre la griega βοοτη; = *pastor* ó

amantes que se hallaban sentados al pie de un árbol, con las manos enlazadas, los tomé por una edición del *Corvus juris* (1).

Empezaba ya á estar animado el camino. Pasaban las lecheras, y también los arrieros con sus rucios educandos. Detrás de Weend encontráronme Schäfer y Doris, no la idílica pareja cantada por Gessner, sino dos bien remunerados bedeles de la Universidad, que debían espiar cuidadosamente, á fin de que ningún estudiante se batiere en Bóvdén, y de que ningún profesor privado especulador, introdujera algunas ideas nuevas de las que aun debían sufrir cuarentena durante algunos decenios ante las puertas de Göttinga. Schäfer me saludó muy académicamente, pues es también escritor, y ha hecho frecuente mención de mí en sus escritos semestrales (2); á más de que también me ha citado con frecuencia, y si no me encontraba en casa, tenía siempre la amabilidad de dejarme la cita por escrito, con tiza, en la puerta de mi cuarto.

De cuando en cuando pasaba un vehículo tirado por un solo caballo, bien atestado de estudiantes que emprendían el camino para ir á pasar las vacaciones ó para más no volver. Pues en esta ciudad universitaria hay un constante ir y venir; cada tres años se encuentra

domador de bueyes; pero el original alemán dice *Dummerjian*, palabra despreciativa familiar que significa: *bobo, necio, mentecato*, etc.

(1) Falta en la versión francesa este último inciso.

(2) En la versión francesa añade: *la lista de los estudiantes*.

en ella una nueva generación de estudiantes; es un eterno río de hombres en el que una ola semestral empuja á otra, y solamente los viejos profesores permanecen quietos, en medio de este general movimiento, fijos é inmóviles como las pirámides de Egipto;—sólo que en estas pirámides universitarias no se esconde sabiduría alguna (1).



En Rauschenwasser vi salir á caballo, del bosquecillo de mirtos, á dos jóvenes de grandes esperanzas. Una mujer que allí ejercía su profesión horizontal (2), guióles hasta la carretera, dió unas palmaditas, con mano ejercitada, sobre las enjutas ancas de los caballos, rió á careajadas cuando uno de los jinetes le aplicó algunas galanterías con el látigo, sobre la amplitud inferior de su dorso (3), y volvióse inmediatamente hacia Bovden. Mas los jóvenes trotaron hacia Nörten, dando alegres voces y entonando de un modo bastante agradable la romanza de Rossini (4): *¡Bebe cerveza, querida Lisa!* Aun escuché largo tiempo á lo lejos el canto, si bien pronto perdí completamente de vista á los alegres cantores, pues, aunque en el fondo parecían tener un cachazudo carácter alemán (5), espoleaban y fustigaban de

(1) En la versión francesa dice: *tesoro alguno*.

(2) En la versión francesa dice: *la filosofía horizontal*, pero en el original se lee *Handwerk*, y no *Philosophie*.

(3) En la versión francesa dice: *en el mismo sitio*.

(4) En la versión francesa dice: *nuestro aire nacional*.

(5) En la versión francesa falta este entrecomadado.

un modo horrible á sus caballos. Que en ninguna parte se les desuella tan atrocemente como en Göttinga, y, con frecuencia, al ver un caballejo bañado en sudor y cojeando, atormentado por un misero puñado de forraje, como lo eran por nuestros jinetes de Rausschenwasser, ó bien teniendo que arrastrar un vehiculo atestado de estudiantes, pensaba yo también (1): «¡Pobre animal, seguramente tus mayores devoraron en el paraíso la cebada prohibida!»

En la hostería de Nörten volví á encontrarme á los dos jóvenes. El uno devoraba una ensalada de arenques, y el otro se entretenía con Fusia Canina, criada de tez amarillenta, llamada también Trittvogel (2). Le decía algunas bromas y acababan por venir á las manos. Yo, con el fin de aligerar mi maleta, tomé de ella un doblado pantalón azul, muy notable desde el punto de vista histórico, y se lo regalé al muchacho de la hostería. Entretanto, Bussenia (3), la vieja hostelera, me servía pan con manteca, quejándose de que la visitara ya tan raras veces, porque es persona que me quiere mucho.

Cuando dejé á Nörten á mi espalda, el sol estaba ya

(1) En la versión francesa añade: como *Voltaire*.

(2) En la versión francesa la llama *Hochequeue*, ave que mueve mucho la cola, *pajarilla*, *pajarito pequeño* y de extrema movilidad, llamado vulgarmente *aguzanieves*; pero el nombre alemán está compuesto de *Tritt* = *paso*, y *Vogel* = *ave*, este es: *Ave de paso*, calificación no menos propia, y la primitiva con que el autor designó á la criada.

(3) Este nombre parece también ser intencionado epíteto, pues *Busse* significa *penitencia*, *enmienda*.

alto y brillante en el cielo. Se portó dignamente conmigo, calentándome la cabeza de modo que todos mis pensamientos en agraz llegaron á madurar completamente.

No es de despreciar tampoco el amable Sol de la hostería de Nordheim: entré en ella y encontré dispuesta la comida. Todos los platos estaban sabrosamente condimentados, y fueron más de mi gusto que los insípidos platos académicos (1), más que la insulsa y correosa merluza seca, con su col atrasada, que me hubieran presentado en Göttinga. Y cuando estuvo mi estómago un poco satisfecho, observé que en la misma habitación de la hostería se encontraban un caballero y dos señoras disponiéndose á partir.

El caballero estaba completamente vestido de verde; hasta llevaba unos lentes verdes que proyectaban sobre su nariz, de un rojo cobrizo, un cárdeno reflejo. Se parecía al rey Nebucadnesar, considerado en sus últimos años, cuando, según la tradición, como un animal salvaje, no comía más que ensalada. Quiso el caballero verde que yo le recomendase una fonda en Göttinga, y le aconsejé que, una vez allí, preguntase al primer estudiante que encontrara por la fonda de Brühbach.

Una de las damas era su esposa, alta y dilatada señora, de rojo semblante, como de una legua cuadrada, con unos hoyuelos en las mejillas que parecían escupideras del dios del amor, con una larga, carnosa y col-

(1) En la versión francesa: *y me convenían más que la cocina académica y los eternos stokfisch de Göttinga*. En lo cual resume todo el punto del original.

gante doble barba, que pretendía ser una mala continuación de su rostro, y un voluminosísimo seno, que, cubierto con deteriorados encajes, cuyos festoneados y deshilachados bordes remedaban torrecillas y bastiones, hacía el efecto de una fortaleza, que, seguramente, como aquella otra de que habla Filipo de Macedonia, no podría resistir, ni mucho menos, á un asno cargado de oro (1). La otra señora era su hermana, y formaba un contraste completo con la que acabamos de describir. Si aquélla descendía de las vacas gordas de Faraón, ésta descendía de las flacas. Su rostro era tan sólo una boca entre dos orejas, su seno desolado y seco como las lanas de Lüneburgo; toda su consumida persona parecía gratuita mesa servida á teólogos pobres.

Ambas preguntáronme al mismo tiempo si en la fonda de Brühbach se hospedaban personas decentes. Afirmé que sí, con la conciencia tranquila, y cuando partió la amable hoja de trébol (2), todavía la saludé desde la ventana. El hostelero del Sol rióse malignamente: debía saber que á la fonda de Brühbach la llamaban en Göttinga los estudiantes la cárcel.

Más allá de Nordheim el suelo va haciéndose montañoso, y acá y allá se levantan lindas eminencias. Encon-

(1) En la versión francesa este punto aparece alterado así: *su enorme seno, cubierto de ruidas puntillas y festones deshilachados en forma de medias lunas y bastiones, parecía una fortaleza. No sentí desseo alguno de asediarla.* Con este último punto ha sustituido el resto hasta el punto del original.

(2) La versión francesa dice: *el amable trio.*

tré en el camino gran número de mercaderes que se dirigian á la feria de Brunswick, y también un enjambre de mujeres, cada una de las cuales llevaba á cuestras una jaula, casi tan alta como un edificio, cubierta con una tela blanca. En ellas iban prisioneras aves canoras de toda especie, que piaban y gorjeaban sin cesar, en tanto que sus portadoras triscaban y charlaban alegremente. Me pareció cosa bastante cómica ver que unas aves llevaran á otras al mercado.



Era de noche, negra como la pez, cuando llegué á Osterode. No tenía gana de comer, y me metí al punto en la cama. Me sentía cansado como un perro, y dormí como un dios. En sueños me volví á Göttinga y á su biblioteca.

Hallábame en un rincón de la sala de Derecho, revolviendo antiguas disertaciones; me abismé en su lectura, y al salir de mi abstracción ví con gran asombro, que era de noche, y que la sala estaba iluminada con lámparas de cristal. La campana de la vecina iglesia marcaba precisamente las doce; abrióse lentamente la puerta de la sala, y entró una orgullosa y gigantesca matrona, respetuosísimamente acompañada por los miembros y agregados de la facultad de Derecho. La gigantesca matrona, aunque entrada en años, conservaba en su rostro los rasgos de una belleza austera; cada una de sus miradas revelaba á la descendiente de los titanes, á la poderosa

Themis; llevaba descuidadamente en una mano la espada y la balanza, y en la otra tenia un rollo de pergamino; dos jóvenes *doctores juris* sostenían la cola de su veste gris pálida.

A su derecha, saltaba ágilmente, de un lado á otro, *Rusticus* (1), el flaco consejero áulico, el Licurgo de Hannover, y declamaba pasajes de su nuevo proyecto de ley; á su izquierda cojeaba con galantería y buen humor su *cavaliere servente*, el consejero particular de justicia *Cujacius* (2), siempre en busca de donaires jurídicos, y se los reía él mismo de tan buena fe, que hasta la seria diosa se inclinaba alguna vez hacia él sonriendo, le daba golpecitos en el hombro con su gran rollo de pergamino, y le decía en voz baja y amistosamente: «¡Bribonzuelo suelto, cómo tajas los árboles de arriba abajo!» (3). Todos los restantes caballeros fueron igualmente adelantándose y tuvieron todos alguna observación que hacer y algo que reir; ya un sistemilla erigido sobre nuevas

(1) En la edición francesa le añade el apelativo *Baner*, que sin duda es una errata de las muchas que dicha edición contiene respecto á nombres. Heine querría decir *Bauer*, y, como ocurre con frecuencia, en vez de *u*, leyó el cajista *n*. Decimos que, con toda seguridad, la cosa ocurrió así, porque *Baner* no es palabra alemana que nada signifique, y en cambio, *Bauer* significa *labrador* y *campesino* en general, lo que añadido á *Rusticus*, forma *Rustico campesino*, algo así como nuestra despreciativa calificación de *destripa-terrones*. La versión francesa dice: *saltaba como un lebre!*

(2) En la edición francesa: *Cujacius*, célebre legista.

(3) En la edición francesa alterado: *¡Mal hombrecillo, qué bien satirizas y que mal razones!*

sutilezas ó una insignificante hipótesis, ó algún aborto análogo de su propio raquíptico cerebro.

Por la puerta abierta de la sala entraron también varios señores extranjeros que se dieron á conocer como otros grandes hombres del ilustre orden, compañeros angulosos y solapados los más, que, con excesiva arrogancia, desatáronse al punto á definir y distinguir, disputando sobre cada artículo de un título de las Pandectas. Continuamente entraban nuevos personajes, viejos jurisconsultos con anticuados trajes, blancas y prolongadas pelucas y caras ha mucho tiempo olvidadas, y se asombraban mucho de ver que á ellos, altas glorias del pasado siglo, no se les dedicaba especial consideración; pero tomaban parte, á su modo, en la charla, gañidos y chilladiza general, que, como el rugir de las olas, cada vez se hacia más confuso y estrepitoso, aturdiendo á la ilustre diosa, hasta que ésta perdió la paciencia, y en un tono de gigantesco dolor, exclamó de repente:

—«¡Callaos, callaos! ¡Oigo la voz del querido Prometheo; la fuerza que insulta y el poder que calla, encadenan al inocente á la roca del martirio, y toda vuestra charlatanería, todas vuestras controversias, no pueden refrescar sus heridas ni romper sus grillos» (1).

(1) En la versión francesa alterado en esta forma: *¡Silencio! ¡Callaos! Oigo la voz de mi querido Prometheo: la fuerza insultante y la violencia muda de la santa alianza han encadenado al héroe á una roca en el Océano, y vuestra charlatanería y vuestras querellas no pueden refrescar sus heridas, y romper sus hierros.»*

Habló así la diosa, y un rio de lágrimas se precipitó de sus ojos; toda la asamblea lanzó un alarido, como sobrecogida por mortal angustia; crujió la techumbre del salón, los libros cayeron de sus tablas; en vano el viejo Münschausen (1) salió de su marco para restablecer el orden; el estruendo y vocerío era cada vez más espantoso, y, huyendo de aquel ruido y batahola de casa de enfurecidos locos, fui á ponerme en salvo en la sala de Historia, en aquel lugar de asilo en que se alzan una al lado de otra las sagradas imágenes del Apolo de Belvedere y de la Venus de Médicis, y me precipité á las plantas de la diosa de la belleza. A su vista olvidé por completo la horrible tráfaga de que había escapado; mis ojos apuraron con embeleso la eurtimia y la eterna amabilidad de aquel benditísimo cuerpo; griega serenidad difundióse por mi alma, y sobre mi cabeza, á manera de bendición celeste, derramó Febo-Apolo los más dulces acordes de su lira.

Al despertarme, escuchaba aún gratos sonidos. Los rebaños salían á pastar, y sonaban sus campanillas. La amable y dorada luz del sol penetraba por la ventana é iluminaba los cuadros que pendían de las paredes de la

(1) Gerlach Adolfo, barón de Münschausen, hombre de estado alemán, de una de las familias más antiguas de Hannover (1688-1770), primer ministro del electorado de Hannover, hombre ilustrado y patriota, director ó *curator* de la Universidad de Göttinga durante treinta y dos años, que enriqueció la biblioteca, reformó la enseñanza, fundó la Sociedad académica, su Diario literario y premios anuales, y proporcionó á los sabios medios para viajar por Europa.

habitación. Eran asuntos tomados de la guerra de la Independencia, en los que se hallaba fielmente representado que todos fuimos unos héroes, habiendo también escenas de ejecuciones verificadas en los tiempos de la revolución; Luis XVI en la guillotina, y otras degollaciones análogas, que no podían mirarse sin dar gracias á Dios porque se encontraba uno descansando tranquilamente en su lecho, tomaba buen café, y conservaba muy agradablemente todavía la cabeza sobre los hombros.

Después de tomar café, vestirme, leer las inscripciones de los vidrios de las ventanas, y de haberlo arreglado todo en la hospedería, abandoné á Osterode.

Esta ciudad tiene tantas y cuantas casas, diferentes habitantes, y entre ellos muchas almas, según con mayor exactitud puede verse hojeando el *Manual del viajero del Hartz*, de Gottschalk. Mas antes de emprender carretera adelante, subí á ver las ruinas de la primitiva fortaleza de Osterode, consistente ya sólo en la mitad de una gran torre de espesos muros, que parece devorada por un cáncer. El camino que va á Klausthal me condujo otra vez montaña arriba, y desde la primer altura contemplaba aún allá abajo el valle en que se divisaba la ciudad, cuyos rojos tejados salían, de entre sus verdes bosques de abetos, á manera de una rosa de musgo. El sol enviaba una luz dulce y tenue. Desde este punto se veía la imponente espalda de la media torre que aun se mantenía en pie.

Aun existen en esta comarca muchos otros restos de fortalezas. El de Hardenberg, en Nörten, es el más bello. Y si, á fuer de liberal, tiene uno, como es debido, el corazón al lado izquierdo, no puede defenderse de todo sentimiento elegíaco, en presencia del nido roquizo de aquellas privilegiadas aves de rapiña, que desde el momento en que salen aún débiles del huevo, ya han heredado un poderoso apetito. Así me encontraba yo esta mañana; á medida que me alejaba de Göttinga se iba deshelando poco á poco mi inspiración; volví á recobrar mi espíritu romántico, y, por el camino compuse la siguiente canción (1):

¡Alzaos sueños antiguos!
 ¡Abre, corazón, tus puertas!
 ¡Canto alegre y lloro triste
 Fluya en abundosa vena!

Quiero vagar entre abetos
 Do el agua brotando alegre,
 Los ciervos pasan altivos
 Y amante el zorzal gorjea.

Trepar quiero á las montañas,
 Allá sobre abrupta peña,
 Do de un castillo las ruinas
 De aurora á la luz se muestran.

(1) Desde el principio del párrafo hasta el fin de la poesía
 ita en la versión francesa.

Cabe ellas iré á sentarme
Pensando en antiguas épocas
En viejas razas viriles,
En derrocadas grandezas.

La hierba cubre la plaza
Do altivo noble esgrimiera,
Que á los fuertes derribando,
Venció en la ruda pelea.

Hiedra crece en los balcones
Do asomaron damas bellas,
Que al vencedor orgulloso
Con sus miradas vencieran.

¡Ay, vencedor, vencedoras,
Derribó la muerte fiera!....
¡Ese campeón escuálido
A todos tiende en la arena!

Después de haber caminado largo trecho, me encontré con un joven artesano que venía de Brunswick, y me refirió, como un rumor que allí circulaba, que el joven Duque había sido hecho prisionero por los turcos, camino de Tierra Santa, y que sólo podría recobrar su libertad mediante un fuerte rescate. El largo viaje del Duque tal vez dió ocasión á este cuento, pues el pueblo conserva siempre esa propensión psicológica á lo tradicional y fabuloso, que tan deliciosamente se manifiesta en

su *Duque Ernesto*. El narrador de dicha novedad era un oficial de sastre, un gentil adolescente, tan delgadito, que á través de él, podrían percibirse las estrellas, como á través de los nebulosos fantasmas de Ossian, y era, en suma, popular y barroca mezcla de buen humor y de melancolía. Esta última manifestábase singularmente en él en la manera picarescamente conmovedora como cantaba la admirable canción popular:

«En el seto un insecto posó,
¡Zúm..... zúm!....»

Lo que hay de bueno entre nosotros, los alemanes, es que no existe uno tan perturbado que no encuentre otro aún más que él que le comprenda. Y sólo un alemán puede identificarse con el sentimiento de esta canción hasta el punto de morir de risa y de pena. También apreció en este momento cuán profundamente ha penetrado en la vida popular la palabra de Göthe, pues mi sutil compañero de viaje de tiempo en tiempo canturreaba por lo bajo:

«¡Ya alegre, ya triste, es libre el pensar!»

Semejante corrupción del texto es, en cierto modo, frecuente en las clases populares (1).

(1) Se trata de una de esas alteraciones por sustitución de una palabra por otra de sonido análogo, que altera en mucho el sentido y alcance de la composición.

Cantó también otra canción en que se entristece Carlota antes la tumba de su Werther, y el sastre desbordó su sentimentalismo en la frase:

«¡Vengo á llorar donde surge la rosa,
Do tarde la luna mil veces nos vió,
Gimo alrededor de la fuente amorosa
Que tantas delicias fluyendo arrulló!»

Pero poco después sobrepúsose en él la travesura y me refirió lo siguiente : «Tenemos en Cassel, en la casa del gremio, un prusiano que compone canciones como éstas; no da puntada de provecho; cuando tiene un cuarto en el bolsillo, tiene dos de sed, y cuando está borracho, toma el cielo por una chupa azul, llora como un canalón y canta una canción con poesía doble.»

Deseé que me aclarara su última frase, pero mi sastrecillo saltaba de un lado á otro sobre sus piernecitas de cabra montés, repitiendo siempre : «¡La poesía doble es la poesía doble!» Por fin deduje que queria decir poesía con rimas dobles, y particularmente, estancias.

Entretanto, el exceso de movimiento y el viento contrario habian cansado extraordinariamente al caballero de la aguja. Verdad es que se dispuso decididamente á andar, y aun añadió la siguiente bravata : «Ahora tomo el camino entre piernas.....» Pero pronto se quejó de que se le habian levantado ampollas en los pies, de que el camino no se acababa nunca, y, por último, se dejó caer dulcemente sobre el tronco de un árbol, agitó su

tierna cabecita como cola de cordero afligido, y sonriendo melancólicamente exclamó: ¡Ah, pobre acémila, qué cansado estás!

Hacianse aquí las montañas más escarpadas, los bosques de abetos fluctuaban abajo como un verde mar, y arriba, en el cielo azul, bogaban las blancas nubes. La unidad, y al mismo tiempo la simplicidad del país, atenuaban su aspecto salvaje, pues la Naturaleza, como buen poeta, no gusta de bruscas transiciones. Por más extrañamente contorneadas que á veces aparezcan las nubes, colóranse de un matiz blanco ó de un tinte suave que corresponde armónicamente al azul del cielo y al verde de la tierra; todos los colores de un paisaje se funden entre sí, como los acordes de suave música, y el aspecto de la Naturaleza calma nuestros nervios y tranquiliza nuestro ánimo. El difunto Hoffman hubiera pintado las nubes de abigarrados colores; mas, precisamente, la Naturaleza, como un gran poeta, sabe producir los efectos más grandes con poquisimos medios, que no son más que un sol, árboles, flores, agua y amor. Mas, seguramente, si falta el último en el corazón del espectador, presentará todo un miserable aspecto, y el sol tendrá entonces no más que tantas ó cuantas leguas de diámetro, los árboles serán buenos para leña, las flores para clasificadas según sus estambres, y el agua una cosa húmeda.

Un chiquillo que buscaba en el bosque leña menuda para su tío enfermo, me mostró la aldea de Lerrbach, cuyas chozuelas, coronadas por grises techumbres, se

extendían como media legua á través del valle: « Ahí—me dijo el muchacho—viven imbéciles con papera y negros blancos », que así son vulgarmente denominados los albinos. El chiquillo se hallaba en buena inteligencia con los árboles; los saludaba como á buenos amigos, y ellos parecían contestar á su saludo murmurando. Pió como un canario, por doquiera le contestaron gorjeando los demás pájaros, y antes que yo notarlo pudiese, ya había desaparecido entre la espesura del bosque con sus pies descalzos y su hacecillo de ramas. Los niños, pensaba yo, son más jóvenes que nosotros, pueden acordarse todavía de cuando fueron árboles ó pájaros, y se hallan aún en estado de comprenderlos; pero nosotros somos ya viejos y tenemos demasiados cuidados, demasiada jurisprudencia y hartos malos versos en la memoria para hacer lo mismo.



Al entrar en Klausthal, presentábase vivamente á mi memoria el tiempo aquel en que las cosas pasaban de otro modo (1).

Llegué á esta linda y diminuta ciudad, que no es visible hasta que no se encuentra uno á sus puertas, precisamente cuando las campanas marcaban las doce, y los

(1) Este último punto está algo abreviado en la versión francesa.

niños salían de la escuela alegremente. Aquellos lindos pequeñuelos, casi todos ellos de mejillas sonrosadas, azules ojos y cabellos del color del lino, saltaban y chillaban gozosos, y despertaban en mí el sereno, pero melancólico recuerdo de un tiempo en que, siendo un estudiantillo, en el sombrío convento católico de Düsseldorf, no podía levantarme en toda la mañana de mi banco de madera, teniendo que sufrir tanto latín, tantas palizas y tanta geografía, y en que gritaba y me regocijaba extraordinariamente cuando la vieja campana de los franciscanos dejaba oír las doce (1).

Por mi maleta conocieron los niños que yo era forastero, y me saludaron muy hospitalariamente. Uno de ellos me contó que acababan de tener conferencia de Religión, y me mostraba el Catecismo real de Hannover, con arreglo al cual se les examinaba de cristianismo. Este librito estaba muy mal impreso, y temí que por ello el dogma de fe hiciera en el espíritu de los niños una impresión igualmente desagradable y borrosa; como también me causó desagradable temor el ver que la tabla aritmética, que pugna de un modo peligroso con el dogma de la Santísima Trinidad, estaba impresa en su última página; cosa que puede llegar á inspirar á los niños impías y prematuras dudas. En esto somos mucho más prudentes los prusianos, y en nuestro celo por convertir á aquellas gentes, tan diestras en contabilidad, nos

(1) Este último punto, algo alterado en la versión francesa, *dolorosamente riente*, en vez de *sereno pero melancólico*.

guardamos bien de dejar imprimir la tabla detrás del Catecismo (1).

Comí en la hostería de *La Corona* de Klausthal. Tomé una sopa verde primaveral con perejil, lombarda, un asado de ternera, grande como un Chimborazo en miniatura, y también una especie de arenques ahumados, que llaman *bückingas* (2), del nombre de su inventor, Guillermo Bücking, muerto en 1447, quien, en virtud de tal descubrimiento, fué tan honrado por Carlos V, que en 1556 viajó éste desde Middelburgo á Bievlíed, en Zelanda, tan sólo por visitar la tumba del grande hombre. ¡Qué soberanamente sabe un manjar cuando se conocen las noticias históricas á él referentes, y se le come (3)!

Sólo se me quitó la gana de tomar café después de la comida (4), pues un joven tomó asiento á mi lado para pronunciar un discurso, y charló de un modo tan horrible, que se cortó la leche encima de la mesa (5). Era un joven dedicado al comercio, con veinticinco abigarrados

(1) En la versión francesa ha sido abreviada esta última parte, habiendo suprimido la frase *y en nuestro celo por convertir á aquellas gentes tan diestras en contabilidad.*

(2) La *ü* con dos puntos se pronuncia como *u* francesa.

(3) En la versión francesa falta: *«y se le comen.* que es, sin duda, lo esencial.

(4) En la versión francesa se lee: *Sólo una fatalidad envidiosa me privó de mi café.*

(5) Algo exagerado es esto último, pero la versión francesa dice: *le lait tourna dans le vase*, en el mismo sentido de *torcerse*, y en alemán no cabe duda alguna, pues dice: *sauer wurde*; á la letra, *se puso ácida.*

chalecos, otros tantos sellos de oro, anillos, alfileres de pecho, etc. Pareciase á un mono vestido con un ajustado chapetín rojo, que va diciendo por sí mismo: ¡ Se hacen trajes! (1) Sabia de memoria una inmensa multitud de charadas y anécdotas, que siempre citaba cuando menos venían al caso. Me preguntó qué ocurría de nuevo en Göttinga, y le referí que antes de mi partida se había publicado un decreto del Senado académico en el que, bajo la pena de tres *thalers* de multa, se prohibía cortar la cola á los perros, puesto que, durante la canícula, los perros rabiosos llevaban la cola entre piernas, y, por tanto, podía distinguirse de los no rabiosos, lo cual no podría ocurrir si careciesen de cola.

Después de comer me puse en camino á fin de visitar las minas, las fundiciones de plata y la casa de moneda.

En las fundiciones de plata, como ocurre muchas veces en la vida, no vi la plata. En la casa de moneda logré ya más, y pude ver cómo se fabrica el dinero. A decir verdad, nunca pude pasar de ahí. Tampoco en esta ocasión gocé más que de su vista, y creo que si los *thalers* hubieran llovido del cielo, yo no hubiera obtenido de semejante lluvia más que algunos agujeros en la cabeza, mientras que los hijos de Israel habrían recogido gozosos el argentino maná.

Con un sentimiento en que cómicamente se mezclaban el respeto y la emoción, contemplé los recién nacidos y brillantes *thalers*, tomé en la mano uno que acababa de

(1) Falta este punto en la versión francesa.

salir del troquel, y le dije: ¡Oh, joven thaler, qué destino te está reservado! ¡Cuántos bienes y cuántos males causarás! ¡Cómo protegerás el vicio y zurcirás la virtud! ¡Cómo serás amado para ser luego maldecido! ¡Cómo servirás de medio á disipaciones, tercerías, embustes y asesinatos! ¡Cómo circularás, sin reposo, pasando de manos limpias á sucias, hasta que al fin, cargado de culpas y cansado de pecados, seas reunido á los tuyos en el seno de Abraham, que te funda y purifique y te convierta á una nueva y mejor existencia; quizá en una inofensiva cucharilla de té con que algún día remueva su papilla mi propio tataranieto! (1)

Encontré sumamente interesante el descenso á las dos principales minas de Klausthal, *Dorotea* y *Carolina*, y me creo en el deber de referirle circunstanciadamente.

A media hora de camino de la ciudad, se llega á dos edificios grandes y negruzcos. Allí le reciben á uno los mineros. Visten éstos un chaquetón azul oscuro, que les llega á los muslos, pantalón del mismo color, un mandil de cuero atado á la espalda, y un sombrero verde de fieltro, desprovisto de alas, á modo de cono truncado. Pónese el visitante un traje análogo, á excepción sólo del mandil, y un minero, un maestro, le conduce hasta una abertura sombría, parecida al tubo de una chimenea; descende él hasta la altura de su pecho, le da reglas acerca de la manera de sostenerse en las es-

(1) En la versión francesa termina en *existencia* el párrafo, suprimiendo el resto.

calas, y le invita á seguirle con tranquilidad. La cosa no tiene en sí misma nada de peligroso; pero no lo cree uno así al principio, sobre todo, cuando nada se entiende de minería.

Ya produce una impresión *sui generis* lo de tener que vestirse un traje sombrío que se asemeja al de los penados. Después hay que bajar apoyándose en manos y pies; el obscuro agujero lo es mucho, y sabe Dios cuál puede ser el largo de la escala. Pero pronto se repara en que no es una sola la que descende hasta el fondo de aquella negra eternidad, sino que son varias de quince á veinte peldaños, cada una de las cuales conduce á una tablita, en que puede uno detenerse, y en la que se abre un nuevo agujero y comienza una nueva escala.

Bajé primero á la Carolina, que es la Carolina más sucia y desagradable que he conocido. Los peldaños de la escala están húmedos de lodo, y va uno descendiendo, pasando de una escala á otra, precedido del maestro, que asegura continuamente que no hay peligro alguno, ni más que afirmar bien las manos en los peldaños, no mirar á los pies, no sufrir vértigo, y sólo pisar en el cuerpo de la tabla, nunca en el lado, por donde sube la crujiente maroma de los toneles, y por donde, catorce días antes, se precipitó un imprudente y, por desgracia, se desnucó.

Abajo hay un ruido y un murmullo confuso; se roza uno continuamente con tirantes y maromas en movimiento, para izar los toneles llenos de trozos de mineral ó del agua que se rezuma. De cuando en cuando, llega

uno á pasadizos transversales, llamados galerías, donde se ve crecer el metal, y donde el solitario minero se pasa todo el día arrancando penosamente de la pared los pedazos de ganga, á golpe de martillo.

No descendí hasta lo más profundo de la mina, desde donde, según afirman algunos, se puede ya oír cómo las gentes de América gritan: ¡*Hurrah, Lafayette!*; pero, dicho sea entre nosotros, el punto á donde llegué, me pareció ya bastante profundo: oíanse ruidos y zumbidos incesantes, extraño movimiento de máquinas, rumor de subterráneos manantiales; mana el agua por todos lados, humeantes vapores terrestres se elevan, y la luz de la lámpara, palideciendo cada vez más, oscila en la solitaria noche.

Verdaderamente, aquello era aturdidor, la respiración se hacía difícil, y sosteníame con trabajo en los peldaños resbaladizos. No experimenté ningún acceso de vértigo, pero, cosa extraña, allí, en aquel abismo, me acordé de que el año anterior, casi por la misma época, había corrido una tempestad en el mar del Norte, y pensaba en este momento, que era, de seguro, mucho más agradable sentir cómo el buque se bambolea, y los vientos ejecutan su sonata de trompetería, y en medio de tal estruendo, oír el alegre vocear de los marinos, todo ello bañado por el fresco y libre ambiente que Dios envía. ¡Ah, el ambiente!

Para aspirar el aire, volví á subir algunas docenas de escalas, y el maestro me condujo, á través de una estrecha y larguísima galería abierta en la montaña, á la mina Dorotea.

Aquí había más alegría y frescura y las escalas eran más limpias, pero también más largas y empinadas que en la Carolina. Aquí me hallaba más á gusto, ante todo volví á encontrar huella de personas vivientes. En el fondo se veían también errantes luces; los mineros que con sus lámparas ascendían poco á poco, nos saludaban diciendo: «¡Feliz subida!» saludo que les era devuelto por nuestra parte y pasaban. Asaltóme un recuerdo afectuoso y tranquilo; pero al mismo tiempo atormentadoramente enigmático al ver la clara y pensativa mirada, los semblantes gravemente piadosos, algo pálidos y misteriosamente iluminados, de aquellos hombres jóvenes y viejos, que se habían pasado el día entero en la solitaria cortadura, y ahora subían anhelantes en busca de la amada luz del día y de la vista de su esposa é hijos.

Mi propio *cicerone* era un alemán adicto y fiel por naturaleza, como un perro de aguas. Me enseñó, con íntima alegría, el sitio en que el Duque de Cambridge comió con todo su séquito, cuando bajó á la mina, y donde estaban aún la extensa mesa de madera del festín y el sillón de mineral en que el Duque se sentara. «Esto debe conservarse para eterno recuerdo»—me dijo el buen minero—y me refirió, con entusiasmo, cuantas fiestas tuvieron entonces lugar; cómo se adornaron todas las galerías con luces, flores y ramaje, y un joven minero tocó la guitarra y cantó; cómo el complacido, amable y craso Duque bebió sendas copas á la salud de todos, y cómo muchos mineros, y en particular él, se hubieran

dejado matar por el amable y panzudo Duque y por toda la Casa de Hannover.

Me siento íntimamente conmovido siempre que veo cómo se manifiesta este sentimiento de fiel sumisión en el sencillo natural del vulgo. ¡Es un sentimiento tan hermoso! ¡Es un sentimiento tan verdaderamente alemán! Podrán otros pueblos ser más aptos, más ingeniosos, más graciosos, pero ninguno tan fiel como el pueblo alemán. A no saber que la lealtad es tan antigua como el mundo, creería que un corazón alemán la había inventado. ¡Oh, la lealtad alemana no es una moderna fórmula de mera cortesía! En vuestras cortes se cantará y volverá á cantar, ¡oh príncipes alemanes!, la canción del fiel Eckart y del mal Burgondo, que había hecho dar muerte á los hijos amados de aquél, y no obstante siempre le encontró adicto. Tenéis un pueblo fidelísimo, y os equivocáis al creer que el viejo perro, inteligente y leal, pueda enfurecerse de pronto y atentar á vuestras sagradas pantorrillas (1).

Como la fidelidad alemana, la lámpara del minero, sin grandes resplandores, nos había guiado tranquila y seguramente á través del laberinto de excavaciones y galerías; salimos de la húmeda noche de la mina; el sol estaba radiante.—¡Feliz subida!



La mayor parte de los trabajadores de las minas vi-

(1) Falta este párrafo en la versión francesa.

ven en Klausthal y en Zellerfeld, pequeña población de la montaña, inmediata á aquella. Visité á muchas de estas buenas gentes; reparé en el arreglo de sus casitas; escuché algunas de sus canciones, que se acompañaban muy lindamente con la guitarra, su instrumento favorito; hice que me narrasen antiguos cuentos de la montaña, y hasta que me repitiesen las plegarias que acostumbran á recitar juntos antes de descender á las sombrías excavaciones, alguna de las cuales he recitado con ellos. Un maestro anciano pensó hasta en que debía quedarme con ellos y hacerme minero; y cuando me despedí me hizo un encargo para su hermano, residente en las cercanías de Goslar, y el de que diera muchos besos á su querida sobrina.

Por inmóvil y tranquila que parezca la vida de estas gentes, es, no obstante, una verdadera vida animada. La decrepita y temblorosa anciana que, frente á un gran armario, está sentada al otro lado de la estufa, puede que haga un cuarto de siglo que se sienta allí, y sus pensamientos y sentimientos están seguramente identificados con todos los ángulos de la estufa y con todos los cincelados del armario. Y armario y estufa viven, porque un hombre les ha inspirado una parte de su alma.

Solamente en esta vida de profunda intuición, de relación inmediata, tienen su origen los cuentos alemanes, cuyo carácter consiste en hacer hablar y obrar no sólo á los animales y á las plantas, sino también á todos los objetos que aparecen inanimados. A un pueblo pensador y sin pesares, en la tranquila y pacífica intimidad de sus

chozuelas de la montaña ó del bosque, manifestóse la vida interior de tales objetos, que adquirieron un carácter necesario y consecuente, dulce mezcla de capricho fantástico y de puro sentimiento humano; y así vemos en los cuentos cosas maravillosas, como si se explicaran por sí mismas: agujas y alfileres vienen del albergue de los sastres y se pierden en las tinieblas; la pajita y el carbón quieren atravesar el arroyo y perecen; el cogedor y la escoba están en la escalera, regañan y se pegan; el espejo interrogado presenta la imagen de la mujer más hermosa (1); hasta las gotas de sangre comienzan á hablar siniestras palabras de la más peligrosa compasión.

Por la misma razón es tan infinitamente significativa nuestra vida en la infancia; en aquella época todo nos es igualmente importante, lo oímos todo, lo vemos todo, hay proporcionalidad en todas las impresiones, en vez de ser intencionados, como sucede más tarde cuando obramos aislada y exclusivamente, cambiando con trabajo el oro puro de la intuición por el papel moneda de las definiciones de los libros, con lo que nuestra vida gana en extensión lo que pierde en profundidad.

Ahora ya somos personas formadas y distinguidas; ocupamos con frecuencia una nueva habitación; la criada arregla y modifica como le parece la colocación de los muebles, que nos interesan poco, que, ó son nuevos ú hoy pertenecen á Juan y mañana á Isaac; hasta

(1) Así ve Fausto á Margarita por primera vez en el poema de Göthe.

nuestros vestidos nos son extraños; apenas sabemos cuántos botones tiene el frac que llevamos sobre nosotros en este momento; cambiamos cuanto podemos de prendas de vestir, ninguna de ellas se relaciona con nuestra historia interna y externa..... ¡Apenas podemos acordarnos del efecto de aquel chaleco gris, que tantas risotadas nos proporcionó, y sobre cuyas anchas rayas se posó tan deliciosamente la mano de nuestra amada!

La anciana, sentada frente al gran armario, al otro lado de la estufa, vestía una falda floreada de una tela de lana, ya antigua, que fué del traje de boda de su difunta madre. Su biznieto, muchacho blondo, de ojos brillantes, vestido al modo de los mineros, estaba sentado á sus pies y contaba las flores de su falda, acerca de la cual le habría contado ella muchas historias, muchas serias y lindas historias que seguramente no olvidará tan pronto el joven; pues en breve, cuando, como un hombre hecho y derecho, trabaje solitario, sumido en la noche de las galerías de la Carolina, flotarán todavía con frecuencia ante él, acaso las volverá á referir, cuando ya haga mucho tiempo que falleciera la querida abuela, y él mismo, ya extinto anciano de argentados cabellos, se sentará en el círculo formado por sus nietos, frente al gran armario, al otro lado de la estufa.

Pasé la noche también en la *Corona*, á cuya hostería había llegado en tanto, de Göttinga, el consejero áulico B. (1), y tuve el gusto de ofrecer mis respetos al anciano

(1) Buterweck, en la versión francesa.

señor. Cuando me inscribí en el libro de los hospedados, al hojear el mes de Julio, encontré también el queridísimo nombre de Adalberto de Chamisso, biógrafo del inmortal Schlemihl (1), y el huésped me dijo que este señor había llegado con un tiempo horriblemente malo, y que se había ido haciendo otro nada mejor.

Á la mañana siguiente quise aligerar de nuevo mi maleta, arrojé por la ventana un par de botas que en ella llevaba, y caballero sobre mis pies me dirigí á Goslar, donde llegué no sé cómo. Sólo me acuerdo de que distraidamente subí montañas, las bajé, y me abismé en la contemplación de lindos valles cubiertos de césped. Murmuraban las aguas cristalinas, gorjeaban dulcemente las aves en el bosque, sonaban las campanillas de los rebaños, los árboles de diferentes tonos verdes se doraban á los espléndidos rayos del sol, y arriba, la cubierta de gasa azul del cielo estaba tan transparente, que podían verse hasta las profundidades del *Sancta-sanctorum*, donde los ángeles se sientan á las plantas del Señor, y estudian en los rasgos de su semblante los fundamentos del Universo (2).

Sin duda vivía yo aún bajo la influencia del sueño de la noche anterior, que no podía arrojar de mi espíritu. Era el antiguo cuento, en que un caballero descende al lejano fondo de un pozo, donde yace encantada y sumergida en profundo sueño la más hermosa de las princesas.

(1) Pedro, en la ídem íd.

(2) *La base fundamental*, dice la versión francesa.

Yo mismo era el caballero, y el pozo la obscura mina de Klausthal; de repente aparecen muchas luces, de todas las cavidades laterales, se precipitan los enanitos, sus guardianes, haciendo coléricos gestos; esgrimen contra mí sus espaditas cortas; soplan en sus cuernos, á cuyo sonido más y más acuden presurosos, y agitan horriblemente sus anchas cabezas. Cuando les herí y corrió la sangre, reparé al punto en que eran las cabezas de los cardos de flores rojas y largas barbas, que el día anterior había derribado con el bastón, yendo por la carretera. Al punto los ahuyenté á todos y llegué á un salón magnífico y esplendente; en medio de él estaba la amada de mi corazón envuelta en blanco velo, y rígida, inmóvil, como una estatua; la bese en la boca, y ¡juro por Dios vivo! que sentí el hálito embriagador de su alma y el dulce movimiento de sus amantes labios. Quedé, como si escuchara á la voz divina exclamar: «¡Hágase la luz!» deslumbrado al herirme un rayo de la luz eterna; pero en el mismo instante volvió á hacerse de noche, y todo precipitóse rodando á la vez en salvaje y revuelto mar. ¡Salvaje y revuelto, sí!; sobre las aguas espumantes vagaban angustiados los fantasmas de los muertos; sus blancos sudarios flotaban al viento, y tras ellos, hostigándolos; corría, restallando su látigo, un arlequín de casaca multicolor: este arlequín era yo mismo. Mas, de pronto, de las oscuras olas sacan los monstruos del mar sus deformes cabezas, alargan hacia mí sus distendidas garras, y el terror me despertó.

¡Cómo se estropean á veces los más hermosos cuen-

tos! Lo que realmente debe hacer el caballero, una vez que ha encontrado á la dormida princesa, es cortar un trozo de su magnífico velo; y cuando, gracias á su bravura, roto el sueño mágico, vuelve ella á su palacio, á sentarse de nuevo en su dorada silla, debe el caballero presentarse y decirle: «Hermosísima princesa, ¿me conoces?»—Y contestar ella:—«Valerosísimo caballero, no te conozco.» Entonces muestra éste el trozo que falta á su velo, al cual queda instantánea y perfectamente unido; ambos se abrazan tiernamente, suenan las trompetas y se celebra la boda.

Es realmente una desgracia característica el que mis sueños amorosos tengan rara vez tan bello desenlace.



Suena tan agradablemente el nombre de Goslar, y se ligan á él tantos antiguos recuerdos imperiales, que esperé encontrar una ciudad imponente y magnífica. Pero, ¡lo que sucede cuando se miran de cerca las celebridades! Encontré un nido con calles, en su mayor parte, estrechas, tortuosas y laberínticas, por entre las cuales se desliza un poco de agua, probablemente el Gose, calles miserables y cubiertas de fango, con un empedrado tan escabroso como los exámetros de Berlín. Sólo las antiguiedades de su recinto, restos de muralla, de torres y de almenas, dan algún atractivo á la ciudad. Una de estas

torres, llamada el *Zwinger* (1), tiene tan gruesos muros que se han abierto en ellos aposentos enteros. La plaza que se extiende ante la ciudad, y en la que tiene lugar el tan celebrado juego del arcabuz (2), es una bella y amplia pradera rodeada de altas montañas. El mercado es pequeño, y en su centro se halla una fuente cuya agua se vierte en una gran cuba metálica que, en casos de incendio, la golpean á veces, y produce un sonido que se escucha á gran distancia. Pero nada se sabe acerca del origen de esta cuba: algunos dicen que el diablo la colocó, tiempo ha, una noche, en medio del mercado. En aquel tiempo eran aún las gentes bastante necias, y el diablo también, para hacerse mutuos obsequios.

La Casa consistorial de Goslar es un cuerpo de guardia embadurnado de blanco. La inmediata casa de los Gildos (3) tiene ya mejor aspecto. Casi á igual distancia del suelo y de la techumbre hállanse las estatuas de los emperadores alemanes, como ennegrecidos por el humo, y dorados en parte, con el cetro en una mano, y en otra el globo terrestre; parecen bedeles universi-

(1) Nombre que no significa más que *torre fortificada* que corona el muro de una ciudad, ó que sirve de *prisión*.

(2) Ejercicio público de tiro con este arma, en que se adjudicaba premio al mejor tirador.

(3) Pronúnciese como si estuviera escrito *Guildos*. Los Gildos (*Gilden*) constituyen una corporación, especie de cooperativa, que provee á cualquier dispendio por medio de una cotización en dinero, *Geld*, de donde parece derivarse el nombre de *Gilden*. Es en especial una asociación mercantil.

tarios asados. Uno de estos emperadores tiene espada en lugar de cetro. No puedo adivinar qué quiere decir esta diferencia, que seguramente tiene su explicación, pues los alemanes tienen la costumbre, digna de ser notada, de proponerse algo en todo cuanto hacen.

En el *Manual* de Gottschalk había yo leído muchas cosas acerca del primitivo domo (1) y de la célebre silla imperial de Goslar; pero cuando quise ver uno y otra, me dijeron que el domo había sido derribado y la silla imperial llevada á Berlín. Vivimos en un tiempo cruelmente significativo: se derriban los templos de hace mil años, y se arrojan las sillas imperiales á la guardilla trastera.

Algunas cosas notables del difunto domo se ostentan ahora en la iglesia de San Esteban: vidrieras pintadas, que son admirables; algunos malos cuadros, entre ellos uno que debe ser de Lucas Cranach; además un Cristo crucificado, tallado en madera, y un ara de sacrificios, pagana, de un metal desconocido, que tiene la forma de una caja rectangular, sostenida por cuatro acurrucadas cariátides, que apoyan sus manos sobre la cabeza, haciendo un gesto horriblemente desagradable (2). Pero más desagradable es el gran crucifijo de madera, ya mencionado, que está contiguo. Aquella cabeza de Cristo con cabellos naturales y espinas, con el rostro

(1) Catedral.

(2) Desde aquí al fin del párrafo, y todo el siguiente, faltan en la versión francesa.

manchadò de sangre, representa de un modo acabadísimo la muerte de un hombre, pero no la de un divino Salvador. En aquel rostro sólo está esculpido el dolor material, no la poesía del dolor, y semejante imagen corresponde, más bien que á una casa de Dios, á una cátedra de anatomía.

La señora Küsterin, muy versada en cosas de arte, que me servía de *cicerone*, mostróme también, como singular rareza, un voluminoso trozo de madera poliédrico y pintado de negro, cubierto de números en blanco, que, á manera de lámpara, pendía en el centro de la iglesia. ¡Oh! ¡qué brillantemente se ostenta en él el espíritu inventivo de la iglesia protestante! Los números inscriptos en el trozo de madera son los de los psalmos que habitualmente se escriben con tiza en una tabla negra, lo cual acaso no influye en el despertar del sentimiento estético; pero ahora dicha invención no sólo sirve para adornar el templo, sino para suplir suficientemente á los cuadros de Rafael que suelen cubrir sus muros. Semejante progreso me produjo inacabable regocijo, porque á mí, que soy protestante, y acaso luterano, me entristece siempre profundamente el que nuestros contrarios los católicos puedan burlarse del aspecto vacío y como abandonado de Dios de las iglesias reformadas,

Me hospedé en una posada próxima al mercado, donde mejor me hubiera sabido la comida, á no haberse sentado junto á mí el posadero, con su largo y superfluo rostro y sus interminables preguntas; pero felizmente me vi pronto libre de él, á causa de la llegada de otro viajero,

que hubo de sufrir igual interrogatorio, y hasta en el mismo orden: ¿Quién? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Con qué medios? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? (1). El forastero era un hombre viejo, cansado y gastado, que, según se deducía de sus palabras, había recorrido el mundo, había vivido largo tiempo en Batavia, donde ganó mucho dinero y donde todo lo había vuelto á perder, y ahora, después de treinta años de ausencia, regresaba á Quedlinburgo, su ciudad natal,—«porque—añadía—allí tiene nuestra familia su sepultura hereditaria.»

El huésped hizo la sabia observación, de que al alma le es indiferente dónde el cuerpo sea enterrado.—«¿Lo da usted por cierto?»—replicó el forastero; y al mismo tiempo arqueáronse ligera y tristemente sus apenados labios y sus empañados ojillos.—«Pero—añadió, dulcificando angustiosamente su rostro—no quisiera haber dicho nada malo, con esto, respecto de las sepulturas extranjeras..... Los turcos entierran sus muertos más artísticamente que nosotros; sus cementerios son ordinariamente jardines; siéntanse allí sobre las losas sepulcrales, blancas, coronadas por un turbante, y sombreadas por un ciprés, acarician gravemente su barba y fuman tranquilamente su tabaco turco en sus largas pipas turcas..... Y, entre los chinos, es un regocijo como otro cualquiera el ver cómo danzan ceremoniosamente

(1) Perdonen los latinistas que haya romanceado los términos del interrogatorio, *quis? quid? ubi? quibus auxiliis? cur? quomodo? quando?* en obsequio de los que no lo sean.

alrededor de las tumbas de sus muertos, y oran, y toman té, y tocan el violín, y saben adornar lindísimamente las sepulturas que les son caras, con toda clase de trabajos de laca y dorados, figurillas de porcelana, trozos de vistosas telas de seda, flores artificiales y farolillos de colores..... Todo muy bonito..... «¿Cuánto me falta para llegar á Quedlinburgo?»



No me agradó mucho el cementerio de Goslar; me agradó mucho más una rizada cabecita, que al llegar yo á la ciudad miraba sonriendo desde la ventana de un piso bajo algo elevado. Después de comer busqué nuevamente la querida ventana, pero sólo encontré en ella un vaso de agua en que había unas blancas campanillas. Trepé, tomé las florecillas del vaso y las puse tranquilamente en mi gorra, sin cuidarme lo más mínimo de las abiertas bocas, petrificadas narices y espantados ojos con que presenciaban las gentes que pasaban por la calle, en especial las viejas, aquel robo calificado.

Cuando una hora más tarde volví á pasar por delante de la misma casa, estaba la joven á la ventana, y cuando se aseguró de que llevaba sus campanillas en mi gorra, se ruborizó y se retiró vivamente; pero esta vez había yo visto con más detención su lindo rostro; dulce y transparente encarnación del soplo de la brisa en una tarde de estío, del resplandor de la luna, del canto del ruiseñor y del perfume de la rosa.

Más tarde, cuando acabó de obscurecer, bajó á la puerta. Llegué, me acerqué, ella retrocedía lentamente en el oscuro portal de la casa, le así de la mano y dije:—Soy amante de las lindas flores y los besos, y cuando no se me dan voluntariamente, los robo; le dí un rápido beso, y, como quisiera huir, murmuré, para tranquilizarla: ¡Mañana parto, para nunca más volver! Entonces sentí, en la sombra, la presión de sus deliciosos labios, de sus manos breves..... y me escapé de su lado riendo. Si, tengo que reirme, cuando pienso en que pronuncié inconscientemente la mágica fórmula, mediante la cual nuestros trajes encarnados y azules vencen con más frecuencia que nuestra barbuda amabilidad el corazón de las mujeres: «¡Mañana parto, para nunca más volver!»



Mi habitación tenía magníficas vistas al Rammelsberg (1). Era una hermosa tarde. La noche galopaba sobre su negro corcel, cuyas largas crines flotaban al viento. Hallábame á la ventana y contemplaba la luna. ¿Habría realmente en la luna un hombre? Dicen los eslavos que se llama Clotar, y que hace crecer la luna derramando agua. Cuando yo era pequeño, había oído que la luna era un fruto que, cuando llegaba á madurar, le arrancaba el buen Dios y le colocaba junto á las demás lunas llenas, en un gran armario que se encuentra al

(1) *Montaña del pisón*, llamada así tal vez por su forma.

fin del mundo, donde éste se limita por una valla de tablas. Pero cuando fui mayor observé que no está el mundo encerrado en tan estrechos límites, y que el espíritu humano ha franqueado el armario de madera, y ha abierto todos los siete cielos con una gigantesca llave de San Pedro, con la idea de la inmortalidad (1).

¡Inmortalidad! ¡idea hermosa! ¿Quién te pensó primero? Fué sin duda un bien alimentado burgués de Nürenberg, que, cubierta la cabeza con su blanco gorro de dormir, y con su pipa de arcilla blanca en la boca, sentado, en perezosa tarde del estío, á la puerta de su casa, pensaba muy á sus anchas que sería linda cosa poder continuar vegetando, en dulce eternidad, sin perder su pipa ni su leve soplo de existencia. O bien fué un joven enamorado el que en brazos de su amada tuvo el pensamiento de la inmortalidad, y lo pensó porque lo sentía; porque, ¿podía acaso pensar y sentir de otro modo?

¡Amor! ¡inmortalidad! Tal fuego se encendió repentinamente en mi pecho, que creí que los geógrafos habían cambiado de sitio el Ecuador, y que pasaba precisamente por mi corazón en aquel momento. Desbordáronse de él los sentimientos amorosos, y derramáronse con ansia en el vasto seno de la noche. Las flores del jardín, situado bajo mi ventana, exhalaban penetrante aroma. Los aromas son los sentimientos de las flores, y así como el corazón humano por la noche, cuando se

(1) En la versión francesa, *con una ingeniosa llave que llaman la idea de la inmortalidad.*

cree solo y no espiado, siente con mayor intensidad, parece también que las flores esperan pudorosas á que la obscuridad las envuelva para abandonarse completamente á sus sentimientos y exhalarlos en suaves aromas.

¡Derramaos, aromas de mi corazón é id á buscar tras aquellas montañas á la amada de mis sueños! Ahora yace en su lecho y duerme; á sus pies está un ángel de rodillas, y cada una de las sonrisas que dibuja su rostro en sueños es una plegaria que repiten los ángeles; en su seno está el cielo con todas sus bienaventuranzas, y cuando ella respira, aun de lejos, se estremece mi corazón. Tras de las sedosas pestañas que velan sus ojos se ha puesto el sol; cuando los abra será de día, cantarán las aves, sonarán las campanillas de los rebaños, brillarán las montañas con su ropaje de esmeralda, y yo dispondré mi maleta y partiré.

En estas consideraciones filosóficas y sentimientos íntimos, vino á sorprenderme la visita del consejero áulico B. (1), que acababa de llegar también á Goslar.

En ninguna ocasión pudiera haberme impresionado más profundamente la benévola disposición de ánimo de este hombre. Yo le veneraba por su distinguida y provechosa sagacidad, pero más todavía por su modestia. Le encontré sereno, fresco y activo en alto grado. Que conserva la última cualidad lo probó hace poco en su nueva obra *La religión de la razón* (2), libro que tanto

(1) Buterweck (Federico).

(2) *Die Religion der Vernunft*.

entusiasma á los racionalistas, encoleriza á los místicos y conmueve al público en general. Yo mismo soy acaso en este momento un místico, pues que, según precepto de mi médico, debo evitar todo lo que á pensar me incite, aunque no desconozco el valor inapreciable de los esfuerzos de un Paulus, de un Gurlitt, de un Krug, de un Eichhorn, de un Buterweck, de un Wegscheider, etc.

Casualmente me es en alto grado provechoso á mí mismo el que esos señores continúen limpiándonos de tantos males inveterados, especialmente limpiando los viejos escombros de la Iglesia, de debajo de los cuales salen muchas sierpes y gases deletéreos. Se puso tan espesa y tan ardiente la atmósfera en Alemania, que con frecuencia temí asfixiarme en ella, ó ser estrangulado en un acceso de ardiente amor por mis amados comísticos. Por eso no me incomodaré, ni mucho menos, con los buenos racionalistas, si consiguen poco ó mucho refrescarla. En último resultado, la Naturaleza misma asigna su límite al racionalismo: el hombre no puede vivir ni bajo la máquina pneumática, ni en el polo Norte (1).



La noche que pasé en Goslar me ocurrió una cosa muy extraña, que aun no puedo recordar sin terror. No

(1) Faltan este párrafo y el anterior en la versión francesa.

soy medroso por naturaleza (1), y sabe Dios que jamás experimenté angustia semejante, cuando, por ejemplo, una afilada cuchilla trató de entablar conocimiento con mi nariz, ó cuando me perdí de noche en un bosque vedado, ó cuando en un concierto bostezó un teniente, amenazando devorarme; pero temo á los espíritus casi tanto como el *Observador austriaco*. Mas, ¿qué es el miedo? ¿Proviene de la inteligencia ó de la sensibilidad? Sobre este asunto he disputado frecuentemente con el doctor Saul Ascher, cuando estando en Berlín nos encontrábamos por acaso en el *Café Royal*, donde fui á comer durante largo tiempo, y afirmaba siempre, que tememos algo, porque las conclusiones de la razón nos lo dan á conocer como terrible; que solamente la razón es una fuerza, no siéndolo la sensibilidad. Y en tanto que yo comía bien y bebía mejor, él me iba demostrando las excelencias racionales, y al final de su demostración era imprescindible que, después de mirar su reloj, le cerrara con esta frase: «¡La razón es el más alto de los principios!»

¡La razón! Cuando escucho esta palabra paréceme ver al doctor Saul Ascher con sus piernas abstraídas, su estrecho traje de un gris trascendental y su escabroso semblante de hielo que hubiera servido de lámina para un tratado de geometría; pues este hombre, que tendría sus cincuenta años bien cumplidos, era una línea recta

(1) En la versión francesa falta desde *por naturaleza* hasta *pero temo*.

personificada. En su inclinación á lo positivo, el pobre hombre había filosofado sobre todo lo más magnífico de la vida, sobre todo rayo de sol, sobre toda fe, sobre toda flor, y no le quedaba más que la fría y positiva tumba. Acerca del Apolo de Belvedere y del cristianismo tenía una malicia especial. Contra este último hasta había escrito un folleto en que probaba que era irracional é insostenible. Sobre todo, había dado á luz una multitud de libros, en los cuales siempre la razón rompe lanzas en pro de su propia excelencia, y en los que el pobre doctor piensa bastante en serio, y es, por tanto, digno de todo respeto en este punto. Pero en esto mismo estriba lo que en él hay de esencialmente cómico, el gesto ridículamente serio que adopta, cuando no puede comprender lo que comprende un niño, precisamente por el hecho de serlo.

Alguna vez visité en su propia casa al doctor de la razón y encontré en ella muchachas bonitas, porque la razón no prohíbe la sensualidad. Por fin, cierto día que estuve á verle, me dijo su criado:—«El Sr. Doctor acaba de morir»;— lo que no me causó más sentimiento del que me causara si me hubiera dicho:—«El Sr. Doctor se ha mudado».

Pero volvamos á Goslar. «¡El más alto de los principios es la razón!» me decía á mí propio para tranquilizarme, al tiempo que me metía en la cama. No obstante, de nada me sirvió. Acababa de leer en los *Cuentos alemanes* de Varnhagen de Ense, que había traído conmigo desde Klausthal, aquella terrible historia del hijo que

quiere asesinar á su propio padre, y á quien el espíritu de su madre difunta viene á disuadir por la noche. La admirable composición de esta historia produjo en mí, á su lectura, un íntimo pavor que me hizo estremecer. Verdad es que los cuentos de aparecidos producen más temerosos sentimientos cuando se leen yendo de viaje, y mucho más de noche, en una ciudad, en una casa y en una habitación en que nunca ha estado uno. ¿Cuántos horrores habrán ocurrido en este sitio en que ahora te encuentras?—piensa uno involuntariamente. Además de esto, penetraba entonces en el cuarto la luz de la luna, pero tan dudosa...; movíanse en las paredes todo género de sombras importunas, y al incorporarme en el lecho y mirar en torno mío, vi....

No hay nada más extraño que el efecto que produce el ver uno casualmente su propio rostro en un espejo, á la luz de la luna.

En el mismo momento sonó un reloj de torre, lento, como bostezando, á tan largos intervalos, que cuando dió la última campanada creía yo seguramente que, desde que empezó á sonar, habían transcurrido doce horas completas, y que debían empezar de nuevo á sonar todas. Entre la anteúltima y última campanadas se oyó la de otro reloj, que marcaba con rapidez casi regañona, acaso incomodada por la lentitud de su comadre. Cuando ambas lenguas metálicas hubieron callado, y un silencio de muerte reinó en toda la casa, me pareció de pronto oír que en el corredor, frente á mi cuarto, algo se bamboleaba y vacilaba, como el inseguro paso de un anciano.

Por fin, se abrió mi puerta, y lentamente penetró el difunto doctor Saul Ascher (1). Un frío febril invadió hasta la médula de mis huesos, temblé como la hoja del álamo, y apenas me atrevía á mirar al fantasma.

Estaba como antes; el mismo traje gris trascendental, las mismas piernas abstractas, el mismo rostro matemático; sólo estaba algo más amarillento, la boca que antes formaba dos ángulos de $22 \frac{1}{2}$ grados estaba contraída y la órbita de sus ojos tenía mayor radio. Vacilante, apoyándose como siempre en su bastón de caña, se me acercó y me dijo amistosamente en su dialecto escorbútico habitual:

—«No tema usted, no me crea un fantasma. Es una ilusión de su fantasía el creer ver en mí un aparecido. ¿Qué es un fantasma? ¡Deme usted su definición! ¡Dedúzcame usted las condiciones de posibilidad de un fantasma! ¡En qué relación lógica está semejante fenómeno con la razón? La razón, digo la razón....»

Y entonces el fantasma se puso á hacer un análisis de la razón; citó la *Crítica de la razón pura* de Kant, parte 2.^a, sección 1.^a, lib. II, cap. III. *Distinción de los fenómenos y los nómenos*; reconstruyó entonces la problemática creencia en los fantasmas, amontonó silogismo sobre silogismo, y dedujo como lógica consecuencia que

(1) *Asche* significa *ceniza*, y quizá este apellido que Heine asigna al doctor en cuestión, tiene un fin satírico como hemos visto en otras anteriores denominaciones, dado el nihilismo representado en este personaje, á quien, según el autor, «sólo quedaba la fría y positiva tumba.»

no existe fantasma alguno. Entretanto, frío sudor me corría por la espalda, mis dientes, al entrechocarse repicaban como castañuelas; tal era mi angustia que hacía un signo de asentimiento incondicional á cada razonamiento con que el doctor-duende probaba la absurdidad de todos los fantasmas, declamando con tal vehemencia, que esta vez, distraído, en vez de su reloj de oro, sacó del bolsillo, donde le guardaba, un puñado de gusanos, y al notar su error, volvió á guardarlos con cómica y medrosa precipitación. «La razón—exclamó—es el más alto....» En este momento sonó la una y el fantasma desapareció.

Á la mañana siguiente salí de Goslar, caminando á la ventura, si bien con intención de ir á ver al hermano del minero de Klausthal. Hacía un tiempo hermoso, de día de fiesta. Trepé á colinas y montañas; contemplé cómo procuraba el sol desvanecer la niebla; caminé alegre á través de imponentes bosques, y en torno de mi soñadora cabeza repicaban las campanillas de la joven de Goslar. Lucían las montañas su blanca bata de noche; los abetos sacudían de sus miembros el sueño; la fresca brisa de la mañana rizaba su verde y desprendida cabellera; las avecillas entonaban sus oraciones; la pradera del valle centelleaba como áureo tapiz sembrado de diamantes, y el pastor le hollaba con su sonoro rebaño. Bien podía haberme extraviado. Siempre marcha uno por atajos y veredas, creyendo que así va á llegar más pronto á su objeto, y en el Harz ocurre lo mismo que en la vida, si bien hay buenas almas que le vuelven á uno á traer al

buen camino, y lo hacen de buena gana, encontrando, sobre todo, singular placer en ello, á juzgar por el aire de superioridad y el tono brusco, pero benévolo, con que manifiestan qué gran rodeo hemos hecho, en qué abismos y lagunas podíamos habernos precipitado, y qué fortuna hemos tenido en encontrar tan á tiempo gentes tan conocedoras del camino como ellos.

No lejos de Hartzburgo tropecé con un guia de esta especie. Era un burgués bien nutrido de Goslar, de rostro brillante, carnoso y de expresión entre inteligente y estúpida: parecía el inventor de la epizootia. Caminamos juntos buen trecho, y me contó toda clase de historias de aparecidos, que hubieran sido bonitas, si todas ellas no viniesen á parar en que él no había visto ningún duende, sino que la blanca visión era un cazador furtivo, que las voces lastimeras procedían de un jabato recién nacido, y que el ruido que se oyera en el desván era causado por el gato de la casa. Sólo cuando el hombre está enfermo—añadía—cree ver fantasmas; pero refiriéndose á su humilde persona, rara vez lo habia estado; sólo padecía á veces enfermedades cutáneas, y entonces se las curaba con saliva en ayunas. Me hizo reparar en la oportunidad y utilidad naturales: los árboles son verdes, porque este color es bueno para la vista. Le dí la razón, y añadí que Dios creó el ganado vacuno, porque la sopa de caldo de carne fortifica al hombre; creó al asno para que le sirviera de término de comparación, y creó al hombre mismo, para que comiera sopa de cocido y no fuera nunca un asno. Mi compañero estaba contentísimo,

porque había encontrado uno de su misma opinión; su cara estaba radiante de alegría, y cuando nos separamos se conmovió.

Mientras aquel hombre fué en mi compañía, la Naturaleza pareció perder todo su encanto; así que se marchó comenzaron los árboles á hablar de nuevo, á cantar los rayos del sol, á danzar las flores del prado, y el cielo azul abrazó á la verde tierra. Sí, lo sé muy bien: Dios creó al hombre para que admirara la magnificencia del Universo. Todo autor, por grande que sea, quiere que su obra sea alabada; y en la Biblia, es decir, en las Memorias de Dios, está expreso que creó al hombre para que le alabara y glorificara.

Tras largo vagar de un lado para otro, llegué á la morada de mi amigo de Klausthal, pernocté en ella, y lo pasé allí como se verá en la bella composición que sigue:

I.

En la cumbre está la choza
Que al viejo minero alberga,
Do el verde abeto murmura,
Y áurea la luna destella.

Hay dentro un sillón de brazos,
Del cincel obra maestra;
Quien le ocupa es un dichoso:

¡Yo soy quien en él se sienta!

Sobre un escabel la niña,
Su brazo apoya en mis piernas;
Su boca es rosa purpúrea,
Sus ojitos dos estrellas.

Las azules estrellitas
Celestiales me contemplan,
Puesto en la purpúrea rosa
El dedito de azucena.

No nos observa la madre
Que hilando está con gran priesa;
Toca el padre la guitarra,
Canta vieja cantinela.

Quedito me habla la niña,
Quedo, en voz que se oye apenas:
¡Cuánto secreto importante
Me confió ya su lengua!

—«Desde que murió la tía
No pude hacer que volvieran
A Goslar, do todo es bello,
De arcabuces á la fiesta.

»Aquí, al revés, siempre solos,
En fría montaña escueta,

Y en el invierno, entre nieve
Que por poco nos entierra.

»Yo soy muchacha medrosa
Que como un niño tiembla
Ante los malos espíritus
Que por la noche trastean.»

Calla la niña de pronto,
De sus palabras se aterra,
Y, con ambas manecitas,
Hace á sus ojos cubierta.

Fuera murmura el abeto,
El torno cruje y reniega,
Suena á la vez la guitarra,
La vieja canción con ella.

—«No temas, querida niña,
De malos genios la guerra;
Que día y noche te hacen,
Los ángeles centinela.»

II.

Con dedo verde el abeto
Llama á la ventana cauto,
La luna, amarillo espía,

Lanza su luz en el cuarto.

Padre y madre tenue roncan
En aposento inmediato,
En dulce charla, nosotros,
Seguimos solos velando.

—«Creer que ya tanto rezas
Me va costando trabajo,
Que no procede del rezo
Ese temblor de tus labios.

»Siempre terror me produce
Tu frío gesto malvado,
Pero al punto le disipa
La luz de tus ojos claros.

»También dudo que tú creas
En lo que de fe llamamos:
¿Crees, por ventura, en Dios Padre,
Hijo y Espíritu Santo?»

—¡Ay, niña, cuando pequeño,
De mi madre en el regazo,
Creía yo en un Dios Padre
Que allá rige, grande y santo!

¡Que el bello mundo creara,
Los hombres que le poblaron,

El que á sol, luna y estrellas
Sus órbitas ha marcado!

Cuando fui mayor, querida,
Mucho en alcances ganando,
Comprendí, fui razonable,
Fe tuve en el Hijo al cabo.

¡En el amoroso Hijo,
Que el amor ha revelado,
Y al que el pueblo, es su costumbre,
Clavó en una cruz, en pago!

Ahora que soy un hombre,
Que he leído y he viajado,
De fe henchida el alma creo
En el Espíritu Santo;

Pues realizó mil prodigios,
Aun hoy mayores obrando;
Abatió las fortalezas,
Rompió el yugo del esclavo.

Que heridas mortales cura,
Cual nueva ley promulgando:
¡Iguales todos nacimos
Y noble estirpe formamos!

Disipa malignas nieblas,

Negros fantasmas soñados
Que dicha y amor perturban
Día y noche amenazando.

Mil armados caballeros
Nombró el Espíritu Santo,
Para cumplir sus designios
Valor en su alma inspirando.

¡Su rica espada flamea,
Flota su estandarte sacro!
¿No quisieras ver tú, niña,
Caballeros tan gallardos?

Pues, mírame bien, hermosa,
Bésame y ve mi entusiasmo:
¡Yo mismo, yo, un caballero
Soy del Espíritu Santo!

III.

Detrás de los verdes tilos
Se esconde, afuera, la luna,
Y la lámpara en el cuarto
Arde poco y casi alumbra.

Mas mis azules estrellas
Brillan radiantes y lúcidas,

Arde la purpúrea rosa,
Y dice la niña, escucha:

—«Un enjambre de enanitos
El tocino, el pan nos hurta,
Un día está en la alhacena
Y al otro en vano se busca.

»Los enanitos golosos
La nata de leche gustan,
Dejan descubierto el plato,
Y la gata el resto apura.

»Y es la gata una hechicera,
Que de noche, en sombra oculta,
De los fantasmas al monte,
Va, á torre hundida y vetusta.

»Allí hubo un castillo, el gozo
brilló en él, las armaduras;
Bailó de antorchas la danza
Noble dama y paje á una.

»Entonces castillo y gentes
Maldijo perversa bruja,
Y sólo ruinas quedaron
Donde anidan las lechuzas.

»Mi tía me aseguraba

Que si en forma se conjura,
Por la noche, á cierta hora
Y un sitio, en esas alturas,

»Estas ruinas trocáranse
De nuevo en la mansión fúlgida,
Do á danzar vuelvan alegres
Noble dama y paje á una;

»Tendrá el que diga el conjuro
Castillo y gentes por suyas,
Y trompetas y timbales
Honrarán su nueva alcurnia.»

Así nacen las consejas
De su boca roja y pura,
Que el destello de sus ojos
Con sidérea luz alumbran.

Cón su áurea trenza la niña
Mi mano enlazar procura,
Da á mis dedos lindos nombres,
Ríe, besa..... y queda muda.

Todo en el cuarto tranquilo,
Familiar se me insinúa,
Mesá, armario, me parece
Les vi ya desde la cuna.

Serio el reloj va marcando
Tenue la guitarra zumba,
Y á sonar comienza sola;
Que sueño se me figura.

—La hora precisa es ésta,
Este es el lugar, sin duda:
No te cause, niña, asombro
Que halle la palabra justa.

Pronunciada es la palabra,
Y huye la sombra nocturna,
Resuenan aguas y abetes,
El monte al sopor renuncia.

Suenan guitarras, y enanos
Cantan en quiebras profundas;
Y una loca primavera
De flores todo lo inunda.

Flores mágicas y osadas,
De hojas de mítica anchura,
Vario aroma y tallo inquieto,
Do la pasión se columbra.

Rosas, cual llamas rojizas,
Destacan de la haz confusa;
Llega al cielo la azucena
Cual cristalina columna.

Estrellas grandes cual soles,
Con ansia al mirar fulguran:
Las azucenas gigantes
Con olas de luz inundan.

En nosotros mismos, niña,
Mayor cambio se denuncia:
De antorchas, seda, oro, el brillo
En torno nuestro deslumbra.

Tú te has cambiado en princesa,
La choza en morada augusta,
Donde jubilosos danzan
Noble dama y paje á una.

¡Y en cuanto á mí, que he ganado
Gente, alcázar, tu alma pura,
Las trompetas y timbales
Celebran mi nueva alcurnia!



Remontábase el sol. Huían las nieblas como fantasmas al tercer canto del gallo. Volví á trepar montañas y á descender de ellas, y ante mí cerníase hermoso el sol, siempre iluminando nuevas bellezas. El espíritu de la montaña me favorecía visiblemente; sabía muy bien que un poeta puede referir muchas lindas cosas, y me dejó

ver su Hartz en esta mañana, seguramente como nadie le vió; pero también me vió á mi el Hartz como pocos me han visto. En mis párpados brillaban perlas tan preciosas como las del césped del valle; amoroso rocío matinal humedecía mis mejillas. Los susurrantes abetos me entendían, desviaban sus ramas, moviéndolas de arriba abajo, como el hombre mudo, que manifiesta su alegría por medio de sus manos, y á lo lejos se oían, rodeados de arrobador misterio, como los ecos de las campanas de la iglesia de una olvidada aldea. Dícese que son las campanillas de los rebaños que en el Hartz están acordadas de la manera más deliciosa, clara y pura.

Era mediodía, según la posición del sol, cuando encontré uno de estos rebaños, y el pastor, amable joven blondo, me dijo que la gran montaña, á cuyo pie me hallaba, era el viejo y celeberrimo Brocken. En muchas leguas á la redonda no había ninguna casa, y me agradó bastante el que el joven me invitase á comer en su compañía. Sentámonos ante un desayuno-comida que consistía en pan y queso; los corderillos recogían las migajas, las ternerrillas saltaban en torno nuestro, sacudiendo traviesamente sus cercerrillos, y nos sonreían con sus grandes y placenteros ojos. Celebramos regio festín, sobre todo mi huésped me pareció un rey, y puesto que hasta ahora es el único monarca que me ha dado de comer, quiero cantarle regiamente:

Es un rey el pastorcillo,
Su trono altura esmeralda,
Y el sol sobre su cabeza,
Corona de oro que aplana.

Mira á sus pies los carneros,
Grey lisonjera y cruzada ;
Hidalgos en las terneras
Que pavoneándose marchan.

Histriones son los cabritos,
Y los pájaros y vacas,
Con flautas y campanillas,
Son sus músicos de cámara.

Hábiles cantan y tocan,
Y tan suaves acompañan
La cascada y los abetos,
Que adormecen al monarca.

Entretanto, del gobierno,
Como ministro, se encarga
Perro que en torno despierta
Los ecos, si airado ladra.

El joven rey dice en sueños:
«¡Cuánto el gobierno me cansa!
¡Ah! ¡quién me viera en mi choza
Junto á mi reina adorada!

»¡En los brazos de mi reina
Mi real cabeza descansa;
Y en sus ojos amorosos
Mi reino sin fin se abarca!»

Nos despedimos amistosamente, y lleno de contento volví á trepar montañas. Pronto me recibió una selva de abetos que llegaban al mismo cielo, y que me inspiraban respeto en todos sentidos; porque á estos árboles no les ha sido muy fácil llegar á tal desarrollo, y su juventud ha debido ser muy trabajada. En este punto está sembrada la montaña de numerosos bloques de granito, y la mayor parte de los árboles tienen que rodear estas rocas con sus raíces ó dilatar éstas y buscar penosamente suelo de donde extraer su alimento. Acá y allá están las piedras unas sobre otras, formando á manera de pórticos, en cuya parte superior se elevan árboles cuyas desnudas raíces, descendiendo de aquella elevación hasta su pie, y llegando apenas á tocar el suelo, parecen crecer al aire libre. Mas aunque lanzados á tan inmensa altura, y aumentándola, gracias á las piedras á que asen sus raíces, se mantienen más firmes que sus cómodos colegas implantados en el dócil suelo del llano. Así se yerguen en la vida los grandes hombres que se han fortalecido y afirmado, salvando desde luego todo género de obstáculos y trabas.

Encaramábanse las ardillas sobre las ramas de los

árboles y bajo ellos se paseaban los rubios ciervos. Cuando veo á tan dulce y noble animal no puedo comprender cómo gentes civilizadas puedan hallar placer en hostigarle y darle muerte. Uno de estos animales fué más caritativo que los hombres, y amamantó al lánguido y doliente fruto de Santa Genoveva.

Penetran alegremente los dorados rayos del sol por entre el verde sombrío de los abetos. Las raíces de los árboles forman una especie de escalera natural. Por doquiera vense mullidos bancos, pues las piedras están cubiertas por una capa, de un pie de espesor, de las más hermosas clases de musgo, formando como almohadones de terciopelo verde claro. Siéntese dulce frescura y soñador murmurio de fuentes. Acá y allá se ve correr por debajo de las piedras el agua, en plateados hilos que van á bañar las desnudas raíces y fibrillas de los árboles. Y cuando, sintiéndose atraído, se inclina uno sobre ellas, parece sorprenderse la misteriosa historia de la formación vegetal y el tranquilo latir del corazón de la montaña.

En ciertos sitios brota el agua de las piedras y de las raíces con más fuerza, y forma pequeñas cascadas. Tales sitios invitan á sentarse. Se oyen allí murmullos y susurros misteriosos; las aves cantan con acento entrecomado por la pasión; los árboles charlan como las lenguas de mil doncellas, y nos miran como otros tantos bellos ojos (1), las extrañas flores silvestres, extendiendo hasta

(1) Falta este entrecomado en la versión francesa,

nosotros sus hojas anchísimas y malignamente estriadas; centellean acá y allá juguetones los alegres rayos del sol; las delicadas hierbecillas se cuentan verdes consejas; todo está como encantado, va haciéndose cada vez más misterioso, cobra vida un olvidado sueño, aparece la amada..... ¡Ah! ¿por qué tan rápidamente vuelve á desvanecerse?

Cuanto más se asciende por la montaña tanto más bajos y raquíticos van haciéndose los abetos; parecen irse encogiendo cada vez más, hasta que sólo se encuentran zarzales, frambuesos y brezos. La temperatura se hace sensiblemente más fría. Aquí son ya por completo visibles los extraños grupos de bloques graníticos, que con frecuencia afectan asombrosas dimensiones. Quizá sean éstas las pelotillas que los malos espíritus se arrojan mutuamente en noche de aquelarre, cuando vienen á este punto las brujas cabalgando en mangos de escoba y horquillas, y comienzan los extravagantes é infames regocijos que refiere la crédula nodriza, y pueden verse en los lindos dibujos de Fausto, del maestro Retsch.

Sí, un joven poeta que, haciendo un viaje de Berlín á Göttinga, pasó por el Brocken en la primera noche de Mayo, hasta observó que algunas damas literatas tomaban en comandita su estético té sobre un picacho de la montaña y leían tranquilamente la *Gaceta de la tarde* (1); sus poéticos cabritillos saltaban balando en torno de la mesa cuando ensalzaban el genio universal y pronun-

(1) *Abendzeitung*.

ciaban inapelable juicio acerca de todas las publicaciones de la literatura alemana; mas cuando juzgaron el *Ratcliff* y el *Almanzor* (1), y desahuciaron á su autor con toda piedad y caridad cristiana, se le erizaron los cabellos al joven, le sobrecogió el espanto....., espoleé al caballo y pasé al galope (2).

En efecto, cuando se llega á la mitad superior del Brocken, no puede uno menos de pensar en las encantadoras historias del Blocksberg (3), y especialmente en la gran tragedia mística y nacional alemana del doctor Fausto. Parecíame siempre que un pie de caballo trepaba también al lado mío, y que alguien jadeaba irónicamente. Creía yo que al mismo Mefistófeles (4) había de costarle trabajo respirar, al subir á su montaña favorita; porque es un camino aniquilador, y alegróseme el alma cuando llegué á divisar la tan deseada hostería del Brocken.

Esta casa, conocida por muchos dibujos, consta solamente de planta baja, y está erigida en la cumbre del monte. Fué construida en 1800 por el conde Stolberg Wermigerode, por cuya cuenta corre aún la administración de la hostería. Los muros son de un grueso extraordinario, para contrarrestar el viento y el frío; la techumbre es baja, y en su centro hay un mirador en forma de torre. Todavía existen junto á la casa otros dos edi-

(1) Tragedias de Heine.

(2) Falta en la versión francesa todo este párrafo.

(3) *Montaña de los bloques.*

(4) La edición alemana sólo dice *Mephisto.*

ficios pequeños, uno de los cuales servía en tiempos de posada á los que visitaban el Brocken.



Al entrar en la casa del Brocken experimenté una impresión extraordinaria y fantástica, pues tras larga, solitaria y tortuosa ascensión por entre abetos y rocas, se cree uno transportado de repente á una mansión formada de nubes. Ciudades, montañas y bosques quedan abajo, y se encuentra arriba una extraña reunión de gentes desconocidas que, como es natural en semejante sitio, le reciben á uno casi como á esperado compañero, de un modo entre curioso é indiferente.

Encontré la casa llena de huéspedes, y á fuer de hombre precavido, pensé al punto en la noche, en la incomodidad de un lecho de paja; con voz moribunda pedí que me sirvieran té, y el huésped fué bastante cuerdo para comprender que un hombre enfermo como yo necesitaba un lecho regular para pasar la noche, y me lo proporcionó en un estrecho cuartucho donde se hallaba instalado ya un joven comerciante, especie de larga dosis de emético envuelto en obscuro gabán.

En la sala de la hosterío todo era vida y movimiento. Había estudiantes de varias universidades. Unos acababan de llegar y restauraban sus fuerzas, otros se disponían á partir, cerraban sus sacos de viaje, inscribían sus nombres en el libro del establecimiento, recibían ramilletes del Brocken de manos de las muchachas de la casa;

allí se pellizcaban las mejillas, cantaban, saltaban, gritaban, saludaban y se respondían: ¡Que le haga buen tiempo! ¡Buen viaje! ¡Buen provecho! ¡Adiós! Algunos de los que se iban estaban algo iluminados, y éstos disfrutaban doblemente, á vista del hermoso paisaje, pues en semejante estado todo se ve doble.

Después de haber descansado convenientemente, subí al mirador, donde encontré á un señor bajito con dos damas; una joven y otra de más edad. La joven era hermosísima; tenía un rostro soberano, y sobre sus rizosos cabellos un sombrero de raso negro en forma de casco, con cuyas blancas plumas jugaba el viento; sus delicados miembros estaban tan ceñidos por su abrigo de seda negra, que ponía más de relieve sus nobles formas, y sus ojos rasgados y puros se abismaban tranquilos en el vasto y despejado horizonte.

Cuando yo era muchacho no pensaba más que en historias de encantos y maravillas; toda dama bella que llevaba en la cabeza plumas de avestruz era considerada por mí como una reina de los silfós, y si notaba que la cola de su vestido estaba mojada la tenía por una ondina. Ahora pienso de otro modo desde que sé por la historia natural que aquellas plumas simbólicas proceden de la más estúpida de las aves, y que la cola de un vestido de señora puede humedecerse de la manera más natural.

Si hubiese mirado con mis ojos de niño á la hermosa joven citada y en la situación dicha, sobre el Brocken, seguramente hubiera pensado: Esta es el hada de la mon-

taña y acaba de pronunciar la encantada frase, que hace que allá abajo todo aparezca tan maravilloso. Si, en alto grado maravilloso nos parece todo, cuando por vez primera miramos desde el Brocken: todas las facetas de nuestro espíritu reciben impresiones nuevas, en su mayor parte diferentes y hasta contradictorias, que se unen en nuestra alma en un sentimiento sublime, pero aun enmarañado, ininteligible. Mas si logramos razonar este sentimiento, entonces reconocemos el carácter de la montaña. Este carácter es completamente alemán, tanto considerado en sus defectos como en sus excelencias.

El Brocken es un alemán. Muéstranos con minuciosidad alemana como en panorama gigantesco, clara y distintamente los muchos centenares de ciudades, villas y aldeas, que en su mayor partese hallan al norte; y alrededor de toda la montaña, bosques, ríos y llanos que se extienden al infinito. Pero, precisamente por esto, tiene todo el aspecto de un mapa particular de angulosas líneas y masas de color fuertemente acusadas, sin que por ninguna parte se regocije la vista ante paisajes propiamente bellos.

Eso mismo nos ocurre siempre á los alemanes, compiladores de concienzuda exactitud, que queriendo referirlo todo, no podemos pensar en presentar en bella forma cada uno de los detalles. Tiene también la montaña algo de la calma, de la inteligencia y de la tolerancia alemanas; precisamente porque puede mirar las cosas con tal amplitud y claridad. Y cuando semejante montaña abre sus gigantescos ojos, bien puede ver algo más

que nosotros, pigmeos, que con nuestros ojillos miopes vamos trepando por ella. Muchos afirman también que el Brocken es muy pedantesco, y Claudius dice:—«El Blocksberg es un grandísimo pedantón.»— Pero esto es erróneo. Gracias á su cabeza calva, que á veces cubre con blanco gorro de nieve, reviste quizá cierto aspecto de petulancia; pero como en tantos otros grandes alemanes, esto es pura ironía. Es hasta notorio que el Brocken tiene sus chiquilladas de estudiante y sus venas de loco, por ejemplo, en la primera noche de Mayo. Entonces arroja alegremente al aire su gorro de nieblas, y desvaría como los demás de un modo completamente alemán y romántico.

Traté al punto de entablar conversación con la hermosa dama, pues sólo se goza de las bellezas naturales cuando se puede hablar de ellas inmediatamente. No estaba dotada de mucho ingenio, pero sí de notable buen sentido, y de verdadera distinción en sus modales. Mas no se trata aquí de esa distinción vulgar, tiesa y negativa, que sabe al dedillo lo que debe dejarse de hacer, sino de esa otra más rara, natural y positiva, que nos dice aun con más precisión lo que ha de hacerse, dotándonos espontáneamente de la mayor seguridad en nuestros actos. Lucí, con gran asombro mío, vastos conocimientos geográficos; dije á la bella, ansiosa de saber, los nombres de todas las ciudades que ante nosotros se divisaban, las busqué y se las mostré en mi mapa que, con el aire más doctoral del mundo, extendí sobre la mesa de piedra que había en medio del mirador. No pude encontrar en él al-

gunas ciudades, acaso porque las buscaba más bien con los dedos que con los ojos, que se orientaban mientras en el rostro de la linda dama, encontrando en él comarcas más bellas que *Schierke* y *Elend*.

Su rostro era de esos que nunca exaltan y rara vez enajenan, pero que agradan siempre; y yo amo tales semblantes, porque su sonrisa calma la impetuosidad enfermiza de mi corazón (1). La dama no estaba aún casada, pero sí en ese estado de completa florecencia que autoriza demasiado á aspirar á estarlo. No obstante, es un fenómeno que todos los días vemos: el de la mayor dificultad que se ofrece á las más lindas jóvenes en encontrar marido. Ya en la antigüedad, como es notorio, se dió el caso de que las tres Gracias se quedaran solteras.

No pude adivinar en concepto de qué parentesco acompañaba el señor bajito á las damas. Tenia éste una cara delgada, pero notable. Una cabecita, cubierta á trozos por ralos cabellos grises, que bajaban por su deprimida frente hasta sus ojos verdosos como libélulas; su nariz era redonda y muy pronunciada; al contrario, su boca y su barba se deprimían de nuevo en dirección á las orejas. Este rostro parecía hecho de esa arcilla blanda y amarillenta de que se sirven los escultores para sus primeros modelos, y cuando sus delgados labios se contraían, marcábanse sobre sus mejillas millares de delgadas arrugas semicirculares. El hombrecillo no pronunciaba una palabra, y sólo de cuando en cuando, al

(1) Falta lo restante del párrafo en la versión francesa.

hablarle la dama de más edad, algo en voz baja y amistosamente, sonreía como un dogo acatarrado.

La dama de más edad era la madre de la más joven, y tenía también las más escogidas formas. Sus ojos revelaban una profundidad soñadora y enfermiza; en torno de su boca había cierto sello de rigurosa piedad: aun me pareció que un tiempo debió ser muy bella y hubo de haber recibido y devuelto muchos besos. Su rostro parecía un códice palimpsesto, en el que bajo la nueva y negra escritura monacal del texto de un Padre de la Iglesia, se describían los semiextintos versos de un antiguo poeta erótico griego.

Ambas damas habían estado en Italia aquel mismo año con su acompañante, y me contaron toda clase de bellezas de Roma, Florencia y Venecia. La madre me habló mucho de los cuadros de Rafael en la Iglesia de San Pedro; la hija me habló más de la ópera en el teatro *Fenice* (1). Ambas estaban admiradas del arte de los *improvisatori*.

La ciudad natal de las damas era Nürenberg, acerca de cuya antigua magnificencia supieron decirme poco. El grato arte de los *Muestras de canto*, cuyas buenas tradiciones, cuyos últimos acentos recibiéramos, se ha extinguido, y las burguesas de Nürenberg se educan ahora en la improvisación italiana y en el canto de los típles. ¡Oh San Sebald, que pobre patrón eres ahora!

Mientras hablábamos comenzó á obscurecer; el aire

(1) Falta lo restante del párrafo en la versión francesa.

se hizo más frío, el sol se inclinó más y más, y el mirador se llenó de estudiantes, obreros jóvenes y algunos respetables burgueses, juntamente con sus esposas é hijas, pues todos ellos querían ver la puesta del sol. Es un sublime espectáculo que inclina el alma á la oración.

Todos permanecieron más de un cuarto de hora guardando el más solemne silencio, contemplando cómo el hermoso globo de fuego desaparecía poco á poco en el Occidente; ilumináronse los semblantes con los rojos rayos del crepúsculo; las manos se enlazaron involuntariamente; parecía que fuésemos una silenciosa comunidad, que en la nave de Catedral gigantesca viera al sacerdote elevar el cuerpo del Señor y escuchase brotar del órgano las notas del eterno coral de Palestrina.

Estando yo aún sumido en devota contemplación oí que uno exclamaba á mi lado: «¡Qué hermosa es la Naturaleza en general!» Estas palabras partieron del sensible corazón del joven comerciante, mi compañero de cuarto. Merced á esta frase conseguí recobrar mi estado habitual, y al punto me hallé en situación de poder decir muchas lindas cosas á las damas acerca de la puesta del sol, y de conducir las tranquilamente á su cuarto, como si nada hubiera sucedido.

Me permitieron que estuviese conversando con ellas aún más de una hora, y como nuestro planeta, la conversación giró en torno del sol. La madre dijo que el sol, al perderse entre la niebla, le había parecido una rosa purpúrea que el gaiante cielo arrojaba en el anchuroso y blanco velo de desposada de su amada la Tierra.

La hija sonrió y pensó que la vista frecuente de tales fenómenos naturales debilita la impresión que causan. La madre rectificó este falso pensamiento con un pasaje de las Cartas de viaje de Göthe, y me preguntó si había leído el *Werther*. Creo que hablamos también de los gatos de Angola, de los vasos etruscos, de los chales turcos, de los macarrones y de Lord Byron, de cuyas poesías recitó la dama de más edad algunos trozos relativos á la puesta del sol, seseando y suspirando graciosamente (1).

A la dama más joven, que no entendía una palabra de inglés, le recomendé las traducciones de mi bella y espiritual compatriota, la Baronesa Elisa de Hohenhausen; y con ocasión de ello, no dejé de airarme, como es debido, cuando se habla con jóvenes, contra el ateísmo, dureza de corazón, desesperación, y Dios sabe qué más, de Byron.

(1) Según Strodtmann, este pasaje ha sido alterado por Heine, pues en la 1.^a edición alemana del *Viaje al Hartz*, decía:

«La madre rectificó este falso concepto por medio de un pasaje de las Cartas de Viaje de Göthe, y la conversación recayó sobre las obras de este poeta. Ninguno de mis estéticos colegas se hubiera dejado arrebatar la ocasión que se le presentaba de hablar largo y tendido sobre este asunto; pero no escribo con gusto lo que no es verdad, y realmente no hablamos mucho de Göthe, pues temiendo yo como literato alemán, tomar por mi cuenta el tema favorito, llevé á otro asunto la conversación, y así, vino á recaer en los vasos romanos, en los gatos de Angola, Lord Byron, los macarrones, los chales turcos, etc. La dama de más edad recitó seseando dulcemente una descripción de la puesta del sol de las poesías de Byron.»

Después, me fui todavía á pasear al Brocken, pues nunca en él es completa la obscuridad. La niebla no era densa, y divisaba los contornos de las dos columnas denominadas *altar de las brujas* y *cátedra del diablo*. Disparé mis pistolas, pero no se produjo eco alguno. De pronto oí voces conocidas, y me sentí abrazar y besar. Eran mis paisanos que habían dejado á Göttinga cuatro días después, y que estaban muy admirados de volverme á encontrar completamente solo en la cima del Blocksberg. Allí hubo narraciones, asombros, proyectos, risas y recuerdos, y nos volvimos con la imaginación á nuestra sabia Siberia (1), donde la cultura es tal que los osos están atados en las posadas y las cibelinas dan las buenas tardes al cazador.



En la sala común estaba dispuesta la cena. Veíase una larga mesa con dos filas de estudiantes hambrientos. Al principio, según costumbre universitaria, sólo se habló de duelos, y duelos y más duelos; mas como la mayor parte de los allí reunidos eran de Halle, llegó á ser esta ciudad el asunto capital de la conversación. Los vidrios de las ventanas del consejero áulico Schütz fueron anotados exegéticamente; después se refirió que en la última recepción del rey de Chipre, había éste elegido á un hijo natural, que quería contraer matrimonio

(1) En vez de Göttinga, con cuya palabra termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

por detrás de la Iglesia con una princesa de Lichtenstein (1), que había despedido á su dama oficial, y que todo el Ministerio conmovido, prévia prescripción, había llorado. No es necesario decir que todo esto se refiere á dignidades de cervecería de Halle.

Después pusieron sobre el tapete la cuestión de los dos chinos que hace dos años se hicieron ver en Berlín, y que ahora han sido nombrados profesores extraordinarios de estética china en Halle. Y aquí comenzaron las jocosidades. Afirmóse el caso de un alemán que en China se dejó ver por dinero, y á este fin se le redactó un anuncio-reclamo en que los mandarines Chin-Chang-Chung é Hi-Ha-Ho manifestaban que á su parecer era un verdadero alemán, en el que además se enumeraban sus habilidades, consistiendo las principales en filosofar, fumar tabaco y tener paciencia, y, por último, se advertía, que á las doce, hora en que el alemán tomaba su alimento, no se debía llevar consigo perro alguno, porque éstos solian arrebatár al pobre tudesco su mejor bocado.

Un joven individuo de la *Juventud escolar* (2), que

(1) *Piedra de luz* (fosforita).

(2) La *Burschenschaft*, sociedad de estudiantes que tendía á borrar el regionalismo fomentado por la *Landmannschaft* ó *Sociedad de los paisanos*, en que los estudiantes alemanes se agrupaban por regiones, haciendo vida común con arreglo á un código que regulaba la elección de jefes, duelos, etc; era análogo en la forma, aunque opuesta en la tendencia. La primer *Burschenschaft* se fundó en Jena en 1815 por estudiantes que habían hecho la guerra de la Independencia, extendiéndose después á Halle, Heidelberg, Berlín, etc., llegando á reunirse en 1818 las

acababa de ir á purificarse á Berlín, habló mucho de esta ciudad, pero sólo desde un punto de vista. Había concurrido á Wisotzki (1) y al Teatro (2), y á ambos los juzgaba erróneamente. «La juventud pronto está dispuesta á hablar.....» (3). Habló de gastos de guardarropa, y de escándalos de actores y actrices. No sabía el joven que siendo lo principal en Berlín la apariencia de las cosas, como lo da á entender bastante la frase vulgar: «*asi se llená uno*» (4); esta apariencia debe florecer ante todo en las tablas, y de aquí que la Intendencia tenga que cuidar principalmente del «color de la barba con que se representa un papel», y de la fidelidad del traje, que es dibujado por historiógrafos juramentados y cosido por sabios y distinguidos sastres.

Y esto es de toda necesidad. Pues si María Stuart lleva por acaso una delantera perteneciente á la época de la reina Ana, en seguida el banquero Christian Gumpel se quejará de que esto le ha quitado la ilusión; y si Lord Burleigh se pone por equivocación la trusa de Enrique IV, estoy cierto de que el consejero de guerra

de 14 ciudades bajo una sola constitución. Pero si bien trabajaban en pro de la gran unidad nacional, hoy realizada en Alemania, se convirtieron al cabo en asociaciones políticas, habiendo llegado á tenerse que proceder judicialmente contra las conspiraciones demagógicas de algunas de ellas.

(1) Versión francesa: *el figón de Wisotzki*.

(2) Idem, *el Teatro Real*.

(3) Idem, *dice Schiller*.

(4) «*Man so duhn*» (*duhn* quizá de *dehnen*, hincharse, de donde proviene el adjetivo popular *dunn*, repleto, hinchado).

Steinzopf (1), natural de Lilienthau (2), no apartará de su vista en toda la noche semejante anacronismo.

Semejante cuidado por mantener la ilusión, á cargo de la Intendencia general, no se limita sólo á guarda-infantes y trusas, sino que también alcanza á las personas que con ellas se cubren. Así es que, en lo futuro, el *Othelo* será desempeñado por un verdadero negro, que el profesor Lichtenstein habrá escriturado *ad hoc* en África; en *Misanropia y arrepentimiento* (3), *Eulalia* será representada por una mujer realmente perdida; *Pedro* por un tonto de capirote, y el *desconocido* por un verdadero marido burlado, tres personajes que no se necesitará encargar al África (4). En el *Poder de las conveniencias* (5), deberá desempeñar el papel del protagonista un escritor auténtico, que haya recibido un par de bofetadas; en la *Abuela* (6), el artista que haga de Jaromir (7), debe haber robado alguna vez, ó por lo menos hurtado; la *Lady Macbeth* (8), será desempeñada por una dama, que, según el deseo de Tieck (9), tenga una amable naturaleza, pero que, por otra parte, ofrezca en cierto modo el as-

(1) *Coleta de piedra*.

(2) *Lirio escarchado*.

(3) *Menschenhass und Reue*; drama de Kotzebue.

(4) En la v. fr. falta el resto del párrafo.

(5) *Die Macht der Verhältnisse*; drama de L. Robert.

(6) *Die Ahnfrau*; drama de Grillparzer.

(7) La J alemana suena como nuestra Y ante vocal. Léase, pues, *Yaromir*.

(8) Léase: *Lédy Márbex*.

(9) Traductor alemán del *Macbeth* de Shakespeare.

pecto sangriento de un asesino; y, finalmente, para representar con especialidad ciertos tipos ligeros, necios, vulgares, hay que contratar á los reptiles, á la *turba multa*, que siempre entusiasma á sus colegas sin meollo, pues ella sabe elevarse á su verdadera grandeza, ¡alto, alto, á pulgada por harapo!

Si el susodicho joven había comprendido mal el conjunto del teatro de Berlín, notó mucho menos todavía que la ópera de genizaros de Spontini con sus címbalos, elefantes, trompetas y tantanes, es un medio heroico para fortalecer á nuestro guerrero pueblo adormecido, un medio que ya habían recomendado hombres de Estado tan astutos como Platón y Cicerón. Pero lo que menos comprendía el joven era la importancia diplomática del baile. Trabajo me costó probarle que hay más política en los pies de Hoguet (1) que en la cabeza de Buchholz; cómo todas sus piruetas significan negociaciones diplomáticas; cómo cada uno de sus movimientos tiene una significación política.

Así, por ejemplo: qué piensa en nuestro Gabinete, cuando se inclina lleno de impaciencia, con las manos todo lo más extendidas posible; qué piensa en la Dieta federal, cuando gira cien veces sobre el mismo pie, sin moverse de un sitio; qué se acuerda de los principillos cuando salta en todas direcciones, á pies juntillas, como si los tuviera atados; qué designa el equilibrio europeo cuando vacila de un lado á otro como si estuviera

(1) *Hoguet-Vestris*, según la versión francesa.

ébrio; qué significa un Congreso cuando devana sus encorvados brazos á manera de ovillo; y por fin, qué piensa nuestro grandísimo amigo del Este, cuando irguiéndose cada vez más, permanece largo tiempo tranquilo en esta posición, y de pronto rompe en terribles saltos.

Disipóse la niebla que cubría (1) los ojos del joven, y entonces advirtió por qué se honra más á los bailarines que á los grandes poetas; por qué el baile es un inagotable asunto de conversación para el Cuerpo diplomático, y por qué con frecuencia es sostenida particularmente una bella bailarina por un ministro, á quien noche y día procura hacer comprender su sistema político. ¡ Por vida de Apis; cuán grande es el número de los visitantes exotéricos del teatro y qué pequeño el de los esotéricos! Allí está la miope muchedumbre, con la boca abierta, admirando saltos y giros, estudiando anatomía en las actitudes de la Lemière, aplaudiendo las cabriolas de la Röhnisch, y charlando de gracia, armonía y riñones.....; pero ninguno repara en que en estas cifras de baile tiene ante sus ojos la suerte de la patria.

Al mismo tiempo que se cruzaban tales conversaciones, no se perdía de vista lo útil y se departía con ahinco con los grandes platos honradamente llenos de carne, patatas, etc. No obstante, la comida era mala. Se lo indiqué por lo bajo á mi vecino, quien me contestó con un acento en que reconocí al suizo, y bastante descortesmente, que á nosotros los alemanes nos era tan des-

(1) A la letra: *quitáronse las telarañas que cubrían.*

conocida la verdadera libertad como la templanza republicana. Encogíme de hombros y le hice notar que, en todas partes, los verdaderos lacayos de los príncipes y los pasteleros son suizos; que generalmente reciben esta denominación (1); y que, sobre todo, los actuales héroes de la libertad suiza, que de tanta audacia política se jactan en público, siempre me han hecho el efecto de las liebres, pues si se disparan unas pistolas en pleno día, en medio de la plaza, con toda su intrepidez, se sobrecogen muchachos y campesinos, y recurren á talones.

El hijo de los Alpes no era, de seguro, mal intencionado: «era un hombre grueso, y por consiguiente un buen hombre», como dice Cervantes. Pero mi vecino del otro lado, que era de Greifswald (2) se picó mucho al oír la observación; afirmó que no se habían extinguido la energía y la sencillez alemana, golpeándose violentamente el pecho, y vaciando una enorme vasija de cerveza blanca.—«¡Vamos, vamos!» decía el suizo. Y cuanto más tranquilizadamente lo repetía, más se exaltaba el prusiano.

Era éste un hombre de aquellos tiempos en que ciertos parásitos se daban buenos días, y en que los peluqueros estaban temiendo morir de hambre. Usaba una larga y colgante cabellera, un birrete caballeresco, un traje negro á la antigua alemana, una camisa sucia, que des-

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

(2) *Prusiano de Greifswald*, en la versión francesa.

empeñaba al mismo tiempo el oficio de chaleco, y debajo llevaba un medallón con una madejita de cerdas del caballo blanco de Blücher (1). Era, en fin, un tonto de tamaño natural. Como me gusta la animación en la cena, me dejé enredar por él en una conversación patriótica. Era él de opinión de que Alemania debía ser dividida en treinta y tres comarcas; yo afirmé á mi vez que debía serlo en cuarenta y ocho, porque entonces podría escribirse un manual más sistemático acerca de su geografía, y era necesario poner de acuerdo la vida con la ciencia.

Mi buen prusiano de Greifswald era también un bardo germánico, y según me dijo en confianza, trabajaba en la composición de un poema heroico nacional en loor de Hermann (2) y de la batalla de su nombre (3), y, respecto á la factura de esta epopeya, le di algunos consejos provechosos. Le hice notar que podía, mediante la onomatopeya, dar idea de los pantanos y ásperas veredas del bosque de Teutoburgo, valiéndose de versos flojos y escabrosos, y que hasta sería patriótica delicadeza, que tanto á Varo como á los demás romanos no les hiciese decir más que necedades. Espero que este torturador del

(1) Gerhard Lebreht de Blücher, príncipe de Wahlstatt, feld-marisca! de los ejércitos de Prusia, célebre en todas las campañas contra Napoleón, valiente, pero cruel é inferior á su siglo, considerado por los franceses como otro Atila.

(2) El *Arminius* de los romanos.

(3) Llamada también batalla de Teutoburgo (fortaleza de Dios (*Teut*), de donde procede la denominación de *Teutones* que antes se les daba, y la de *Deutsch* que hoy se dan los alemanes).

arte habrá logrado como los demás poetas berlineses, producir la ilusión más completa imaginable.

Iban creciendo en nuestra mesa la familiaridad y la gritería; el vino substituyó á la cerveza, humearon los *bols* de ponche; se bebió, se brindó y se cantó. Resonaron el antiguo *Padre de la patria* (1), las magníficas canciones de W. Müller, Rückert, Uhland y otros; las bellas melodías de Methfessel. Pero lo que más sublimemente resonó fué la frase de nuestro Arndt: «*¡El Dios que el hierro hizo brotar, no quiso hubiera esclavos!*» Repitieronse fuera los gritos, como si la vieja montaña uniera su voz á la nuestra, y, algunos de los más alcoholizados comensales, hasta llegaron á afirmar que había sacudido alegremente su cabeza calva, y que por eso nuestra sala había oscilado.

Vaciaronse las botellas y llenáronse las cabezas: uno imitaba relinchos, otro sonidos de flauta, un tercero declamaba un pasaje de *La Culpa* (2), un cuarto hablaba latín, un quinto predicaba sobre la templanza, y un sexto trepando sobre una silla, explicó: — «Señores: La tierra es un cilindro, los hombres puntitas metálicas sobre él esparcidas, al parecer al acaso; pero gira el cilindro, las puntitas son puestas en vibración, y suenan, unas con frecuencia, otras raras veces, y esto produce una admirable y complicada música, que se llama la Historia universal. Hablaremos en primer lugar de la música, des-

(1) Canto de los estudiantes.

(2) *Die Schuld*, drama de Müllner.

pués del universo, y finalmente de la Historia. Ah, á esta última la dividiremos en: historia positiva y cantáridas.....» Y continuó así ensartando agudezas y disparates.

Un sentimental Mecklenburgués que tenía metida la nariz en su vaso de ponche, y aspiraba sus vapores sonriendo como un bienaventurado, hizo la observación de que estaba allí tan divertido como si se hallase en el *ambigu* del teatro de Schwerin. Otro tenía su vaso de vino ante los ojos, á guisa de catalejo, y parecía mirarnos con él atentamente, mientras que el vino tinto le caía desde las mejillas en su enorme boca abierta. El de Greifswald precipitóse sobre mi pecho exclamando, con repentina exaltación:—«¡Oh! ¿me comprendes? ¡Soy un enamorado; soy un hombre feliz! ¡Soy correspondido, y, Dios me confunda, si ella no es una joven distinguida, pues tiene un seno turgente, viste de blanco y toca el piano! En cuanto al suizo, lloraba, y besando mis manos tiernamente, gemía sin cesar:—«¡Oh, Babeli! ¡Oh, Babeli!» (1).

En aquel confuso movimiento, en que los platos aprendían á bailar y los vasos á volar, vi sentados frente á mi dos jóvenes, hermosos y pálidos como estatuas de mármol: el uno se parecía á Adonis y el otro á Apolo. Apenas se les notaba el leve matiz rosado que arrojara

(1) ¡Oh niño, oh niño Babeli! forma suiza por *Babel*; inglés *baby* y francés *bebé*; del alemán *babeln*; inglés *babble*; francés *babiller*; balbucear.

el vino sobre sus mejillas. Mirábanse con infinito cariño, como si el uno pudiera leer en los ojos del otro, y los de ambos irradiaban, como si en ellos hubieran caído algunas gotas de luz de esa copa llena de ardiente amor que un piadoso ángel transporta allá arriba de una á otra estrella.

Hablaban bajo y con voz temblorosa y melancólica; eran historias tristes las que en tono de extraño dolor se transmitían.—«¡Lora ha muerto!»—dijo el uno, suspiró, y después de una pausa, refirió que una joven de Halle (1), enamorada de un estudiante, cuando éste abandonó la ciudad, no quería hablar á persona alguna, comía poco, y lloraba día y noche, contemplando siempre el canario que su amado le regalara.—«El pájaro murió, y poco después también murió Lora!»

Así acabó la narración, y los dos jóvenes callaron de nuevo y suspiraron, como si el corazón quisiera saltárseles del pecho. Por fin dijo el uno:

—¡Mi alma está triste! ¡Ven conmigo fuera, busquemos la obscura noche! Quiero respirar el hálito de las nubes y los rayos de la luna. ¡Compañero de mi dolor, yo te quiero; tus palabras suenan como el murmullo de las cañas, como el resbalar de una corriente; hallan eco en mi pecho, pero mi alma está triste.»

Levantáronse los dos jovencillos, el uno pasó el brazo alrededor del cuello del otro, y abandonaron la estruendosa habitación. Seguiles de cerca, y ví que entraron en

(1) Pronúnciese: *Jal-le*.

un obscuro cuarto, y el uno, en vez de ventana, abrió un gran armario ropero, ante el cual quedaron ambos con los brazos extendidos melancólicamente:

— «¡ Oh vientos de la obscura noche—dijo el primero—qué agradablemente refrescáis mis mejillas! ¡Qué cariñosamente jugáis con mi flotante cabellera! ¡Estoy en la anubarrada cumbre de la montaña; abajo yacen las ciudades de los hombres y resplandecen las azules aguas! ¡Escucha, allá abajo, en el valle, suenan los abetos! ¡Allá sobre la colina pasan en forma de nieblas los espíritus de nuestros padres! ¡Oh, si pudiera yo galopar con vosotros sobre corcel de nubes á través de la tempestuosa noche y sobre el rugiente mar, hasta los mismos astros! Pero, ¡ah! ¡el dolor me agobia, y mi alma está triste!»

El otro jovencillo tenía igualmente los brazos extendidos sentimentalmente hacia el armario ropero, las lágrimas se precipitaban de sus ojos, y dirigiéndose á unos calzones de cuero amarillo, que tomaba por la luna, les dijo con voz melancólica:

— «¡Bella eres, hija del cielo! ¡Bienhechor el aspecto de tu tranquilo rostro! ¡Te adelantas cariñosa! ¡Los astros siguen tu azulada senda hacia el oriente! ¡A tu vista regocíjense las nubes y se aclaran sus rostros sombríos! ¡Quién se parece á tí en el cielo, oh hija de la noche! Avergüénzanse ante tí las estrellas y desvían sus verdes y centellantes ojos. Cuando por la mañana palidece tu faz, ¿á dónde huyes abandonando tu ruta? ¿Tienes como yo tu palacio? ¿Vives á la sombra del dolor? ¡Han

caído del cielo tus hermanas? Ellas, que alegremente atravesaban contigo la noche, ¿dó están ya? ¡Si, se precipitaron, oh bella luz, y tú te ocultas con frecuencia para llorarlas! ¡Mas al cabo llegará la noche, y tú también pasarás, y habrás abandonado allá arriba tu azulada senda! ¡Entonces alzarán los astros sus verdes cabezas, que antes inclinaron vergonzosas ante tí, y se regocijarán! Pero ahora, vestida estás con tu radiante pompa, y miras hacia abajo desde las puertas del cielo. ¡Rasgad, oh vientos, las nubes, que la hija de la noche pueda surgir luciente, abrillantar la montaña cubierta de maleza, y hacer que el mar agite á su luz sus espumantes olas!»

Un buen amigo mío, nada flaco por cierto, que había bebido más que comido, aunque esta noche, como de costumbre, se engullera una ración de carne de vaca capaz de hartar á seis tenientes de guardias y á un inocente muchacho, se puso de excelente humor, esto es, como un zaque, y entrando precipitadamente empujó á los dos elegiacos amigos con alguna rudeza al interior del armario; fué de rechazo á dar contra la puerta de la casa, y promovió un horrible estruendo.

El ruido de la sala era cada vez más confuso y sordo. Los dos jovencillos lanzaban ayes y gemidos en el armario, creyendo que yacían destrozados al pie de la montaña; aligerábanse del noble licor que les llegaba al cuello, inundándose reciprocamente, y uno á otro se decían:

—«¡Adiós! Siento que me desangro.—Aura prima-

veral, ¿por qué me despiertas? Tú me acaricias y dices: Yo te rociaré con celestiales perlas. ¡Pero se acerca el instante de mi muerte, se acerca la tormenta que ha de precipitar al suelo mi follaje! ¡Mañana llegará el viajero, llegará el que me viera radiante de hermosura; me buscarán sus ojos, escudriñando el campo en todas direcciones, y no me encontrarán!»

Pero todo fué dominado por la bien conocida voz de bajo de mi amigo, que afuera, delante de la puerta, entre juramentos y blasfemias se quejaba de que en toda la obscura calle de Weend no ardía un solo farol, y no se podía ver en qué casa habían roto los cristales de una ventana.

Yo puedo beber mucho—la modestia no me permite fijar el número de botellas—así que me hallaba en bastante regulares condiciones cuando me retiré á mi cuarto. El joven comerciante estaba ya en la cama, provisto de su gorro de dormir, de un color blanco grisáceo, y de su saludable traje de franela amarilla. No dormía aún, y procuró emprender conversación conmigo. Era de Francfort del Mein, y, por consiguiente, habló al punto de los judíos, que han perdido todo sentimiento de lo bello y de lo noble, y venden los géneros ingleses con un veinticinco por ciento de rebaja de su precio de fábrica (1). Me entraron deseos de darle un chasco, y, á este fin, le dije que era sonámbulo, y le rogaba desde luego me dispensase si acaso llegaba á interrumpir su sueño. El

(1) En la versión francesa falta todo este punto.

pobre hombre, según me confesó al día siguiente, no pudo dormir en toda la noche, por impedirselo el temor de que fuera á causar una desgracia con las pistolas que tenía á mi alcance. En verdad que yo no lo había pasado mucho mejor que él, pues había dormido muy mal.

Asaltáronme sueños angustiosos y desoladores (1); hasta soñé en una partitura de piano sobre el *Infierno* del Dante. Por fin soñé también que presenciaba la representación de una ópera jurídica titulada la *Falcidia*, libreto de Gaus, fundado en las leyes de sucesión, y música de Spontini. Fué un sueño extravagante.

Brillaba el *forum* romano en todo su esplendor; Servio Asinio Göscheno (2) ocupaba su silla, en calidad de pretor, y dejando caer su toga en soberbios pliegues, entreteníase entonando un estrepitoso recitativo; Marco Julio Elverso, hacia de *prima donna legataria*; y haciendo todos sus femeniles encantos entonaba el aria de *bravura*, con sus toques amorosos, *quicumque civis romanus*; refrendarios, embadurnados con polvo de ladrillo, bramaban haciendo de coro de menores; profesores extraordinarios, vestidos de genios, con mallas de color de carne, bailaban una composición coreográfica antejustiniana y coronaban de flores las *doce tablas*; entre truenos y relámpagos elevábase de la tierra el maltra-

(1) Falta en la versión francesa desde aquí hasta el fin del párrafo.

(2) Nombre también intencionado: *siervo ó servil asno de gran boca*, pues *Gosche* y su sinónimo *Maul*, significan *boca de animal*.

tado espíritu de la romana legislación; y después sacabuches, tantanes, y lluvia de fuego *cum omni causa*.

Sacóme de este estrépito el hostelero del Brocken, que me despertaba para que fuera á presenciar la salida del sol. En el mirador encontré á algunos que esperaban, frotándose las ateridas manos, á otros que subían tambaleándose, con los ojos todavía soñolientos; en fin, estaba reunida otra vez la silenciosa comunidad de la tarde anterior; mirábamos con recogimiento, cómo iba elevándose en el horizonte el pequeño globo de un rojo carmineo, esparciendo esa luz propia del crepúsculo de invierno; cómo nadaban las montañas en un mar de blancas nieblas, dejando ver solamente las cumbres, de manera que le parecía á uno hallarse sobre una pequeña colina, en medio de una llanura inundada, de la que apenas quedaban en seco acá y allá algunos terrenos. Con objeto de fijar el espectáculo y la impresión que producía, por medio de palabras, bosquejé la siguiente poesía:

Ya va aclarando el Oriente
Del sol diminuta brasa,
Y allá á lo lejos las cumbres
En mares de nieblas nadan.

De siete leguas las botas
Tuviese, y raudo ganara
Aquella cumbre, y corriera
Al dulce hogar de mi amada.

Del lindo lecho en que duerme,
Alzando leve las gasas,
Su frente cauto, y su boca
De rojos rubís besara.

De blanco lirio á su oído
Dijérale en voz muy baja:
—¡Pensando en nuestro amor sueña,
Que nada á borrarle alcanza!

Entretanto, era también grande el anhelante deseo que me arrastraba en pos del desayuno, y no bien dirigi algunas frases corteses á las damas, bajé apresuradamente al abrigado cuarto á tomar café. Bien lo necesitaba, pues mi estómago parecía estar tan vacío como la iglesia de San Esteban de Goslar. Pero gracias al arábigo brebaje recorrió todos mis miembros el cálido Oriente, sus rosas me envolvieron en su perfume, resonó el dulce canto del *būlbūl*, los estudiantes se transmutaron en camellos, las mozas del Brocken, con sus miradas á la *congreve*, trocáronse en huries, las narices de los filisteos en minaretés, etc.

El libro que tenía á mi alcance no era el Corán ni mucho menos, aunque es verdad que encerraba bastantes tonterías. Era el llamado *libro del Brocken*, en el cual inscribían sus nombres todos los viajeros que subían á la montaña, á veces un pensamiento, y en defecto de éste,

sus impresiones. Muchos se expresaban también en verso. En este libro se veía qué horrores pasan cuando la *turba multa* de los filisteos se ha propuesto, en las ocasiones de rigor, como la de hallarse en la cumbre del Brocken, echárselas de poeta.

El palacio de la princesa de Pallagonia no contiene tan grandes insulseces como este libro, en que brillan especialmente los señores recaudadores de derechos de entrada con sus altos sentimientos enmohecidos, el aprendiz de comercio con los poéticos desahogos de su pecho, los *dilettanti* de la revolución en sentido teutómano con sus gimnásticos lugares comunes, los maestros de escuela de Berlín con sus desventuradas frases de arrobamiento, etc. El Sr. Juan Hagel (1) quiere también mostrarse literado y describe la majestuosa pompa de la salida del sol; más allá se clama contra el mal tiempo, se habla de ilusiones engañosas, de la niebla que vela todas las vistas.—«¡Llegué arriba nebuloso y descendí anubarrado!»—Esta es una gracia constante que se copian unos á otros centenares de veces. Una Carolina escribe, que á su ascenso á la montaña llegó con los pies mojados. Un inocente Juanito toma á pechos dicha queja, y escribe lacónicamente: «También yo llegué con la cara mojada.» En fin, huele por todas partes el libro á queso, á cerveza y á tabaco; se cree uno estar leyendo una novela de Clauren.

(1) *J. Pedrisco*.—En la versión francesa traduce Heine este apellido por *Pepin*, pepita, semilla, etc.

Aun estaba, como digo, tomando café y hojeando el álbum del Brocken, cuando entró el suizo con las mejillas muy arrebatadas, y lleno de entusiasmo refirió el sublime espectáculo de que disfrutara en la torre-mirador, cuando la tranquila luz del sol, símbolo de la verdad, luchaba con las masas de nocturnas nieblas; pues á él le había parecido ver en ello un combate, en que coléricos gigantes desnudaban sus largas espadas; caballeros cubiertos con su arnés, que montaban impetuosos corceles; carros de guerra, banderas flotantes, extraños animales fabulosos surgiendo del más horrible caos; hasta que por fin todo aquello, girando en las más frenéticas contorsiones, había ido palideciendo poco á poco, hasta desaparecer por completo.

Yo me había perdido el presenciar este fenómeno demagógico-natural, y si bien se examina el caso, puedo asegurar que nada percibí, fuera del sabor del buen café tostado. ¡Ah! éste tuvo también la culpa de que me olvidara de mi hermosa joven, que en este momento aparecía en la puerta con su madre y su caballero, en actitud de subir al carruaje. Apenas tuve tiempo de acercarme y asegurarles que hacía frío. Ellas parecían disgustadas por que no hubiera acudido antes; mas pronto borré las malhumorados pliegues de su bella frente, regalándole una admirable flor, que el día antes había cogido en el escarpado flanco de una roca con peligro de desnucarme. La madre quiso saber el nombre de la flor, como si encontrara inconveniente el que su hija prendiera en su seno una flor desconocida; pues, en efecto, la flor

obtuvo esta envidiable distinción, en que seguramente el día antes no podía soñar en su solitaria eminencia. El silencioso acompañante abrió en este momento la boca, contó los estambres de la flor y dijo con la mayor sequedad:—«Pertenece á la octava clase».

Me incomodo cuando veo que también á las flores amadas por Dios se las ha dividido lo mismo que á nosotros en castas, y con arreglo á exterioridades análogas, como la diferencia de estambres. Si es preciso una clasificación, sigase la propuesta por Teofrasto que quería clasificar las flores por su espíritu, esto es, según su aroma. Por mi parte, tengo en historia natural mi sistema propio, y según él, lo divido todo, en comestibles y no comestibles.

No obstante que, para la dama de más edad, la misteriosa naturaleza de las flores era poco menos que arca cerrada, manifestó espontáneamente que le gustaban mucho las flores cuando crecen en el jardín ó en el tiesto, y que, al contrario, estremecía su pecho un penoso sentimiento de dolorosa angustia al ver una flor cortada, porque era en dicho estado un verdadero cadáver, y así tronchado el tierno cadáver de flor, dejaba caer tristemente su cabecita mustia como un niño muerto. Y la dama quedó casi aterrada ante el recuerdo triste que despertó en ella su propia frase, viéndome obligado á combatir su impresión con algunos versos de Voltaire.

¡De qué modo un par de palabras francesas bastan para devolvernos al punto el buen humor!

Hubo risas, besamanos, sonrisas afectuosas, relincha-

ron los caballos, y el carruaje arrancó y empezó su descenso, traqueteando lenta y pesadamente.

También los estudiantes hacían sus preparativos de viaje, cerraban sus sacos, pagaban las cuentas, que, contra lo que podía esperarse, no parecieron excesivas; las generosas muchachas de la casa, en cuyos rostros aparecían las huellas de dichosos amores, ayudaban á todos, según costumbre, á asegurar en las gorras los ramitos del Brocken, siendo recompensadas con algunos besos ó algunos *groschen* (1). Todos emprendimos el descenso, dirigiéndonos unos, como el suizo y el de Greifswald, hacia Schierke, y otros, cerca de unos veinte, entre ellos mis paisanos y yo, conducidos por un guía, hacia Ilseburg, pasando por los llamados *Schneelöcher* (2).



Bajamos precipitadamente, como quien dice, de coronilla. Los estudiantes de Halle marchan más de prisa que la *Landwehr* (3) austriaca. Antes que reparara en ello, ya habíamos dejado atrás la parte desnuda de la montaña, con sus dispersos grupos de rocas, y entrábamos en un bosque de abetos, como el que viera yo el día antes. Derramaba el sol sus más alegres rayos, é iluminaba á los regocijados estudiantes pintorescamente ves-

(1) Moneda de unos 12 céntimos.

(2) *Agujeros de nieve*.

(3) Literal: *defensa del país*: milicia así denominada.

tidos, que se internaban aturdidamente por la espesura, desapareciendo por un lado para volver á aparecer por otro, corriendo por cima de los troncos atravesados sobre sitios pantanosos, deslizándose por abruptas pendientes, asidos á las raíces trepadoras, cantando á todo pulmón alegres canciones, que recibían pronta y tan alegre respuesta de parte de los gorjeadores pájaros del bosque, de los rumorosos abetos, de las invisibles y murmuradoras fuentes y de los resonantes ecos. Cuando la alegre juventud y la bella Naturaleza se reunen, regocijense mutuamente.

Cuanto más bajábamos, tanto más deliciosamente sonaban las aguas subterráneas; sólo acá y allá, bajo peñas y malezas, brillaban y parecían acechar cautelosamente, como si fueran á atreverse á salir á luz, y por fin llegaba á brotar una decidida y pequeña onda. Succedía entonces lo que ocurre ordinariamente; el más atrevido comienza, y la gran muchedumbre de los medrosos se ve de repente, y con asombro propio, reanimada, y corre á unirse al primero. Otras muchas fuentes saltaban ya apresuradamente de sus escondrijos, reuníanse á las que ántes brotaran y, juntas, formaban al fin, un ya considerable arroyuelo, que descendía al valle haciendo innumerables cascadas y admirables ondulaciones.

Este es el Ilse, el amable y dulce Ilse, que corre á través del valle feraz de su nombre, á cuyos dos lados elevanse insensiblemente las montañas, cubiertas, en gran parte desde su pie, de hayas, encinas y frondosos

arbustos, aunque no de abetos y otros árboles de hojas aciculares; pues estas especies crecen predominantemente en el *Harz inferior*, como se denomina á la vertiente oriental del Brocken, en oposición á la occidental del mismo, llamada *Harz superior*, que realmente es mucho más alta, y, por tanto, más apropiada para el desarrollo de las coníferas.

Es indescriptible el regocijo, la sencillez y la gracia con que se precipita el Ilse sobre los fragmentos de roca extrañamente configurados que en su curso encuentra, ya silbando aquí el agua de un modo salvaje, ó corriendo espumosa, ya brotando allá por todo género de grietas, como por una regadera, derramándose en arcos puros, volviendo á saltar más abajo sobre las piedrecillas como una inquieta muchacha. Sí, la tradición es cierta, el Ilse es una princesa que descende de la montaña riente y espléndida (1). ¡Cómo brilla á la luz del sol su blanca veste de espuma! ¡Cómo flotan al viento las argentadas cintas de su seno! ¡Cómo centellean y relampaguean sus diamantes!

Las altas hayas se yergen á su lado como serios papás que observan, riendo furtivamente, las travesuras de la querida niña; los álamos blancos se balancean como placenteras tías, que á veces se aterran á vista de peligrosos saltos; la orgullosa encina lo mira como el malhumorado tío que ha de pagar las resultas de la diversión;

(1) Como *rio* es palabra femenina en alemán, la tradición le personifica en una mujer.

los pajarillos en el aire aplauden alegres y las flores murmuran tiernamente en la orilla: ¡Llévanos, llévanos contigo, querida hermanita!

Pero la alegre joven sigue saltando sin descanso, y, de pronto, se apodera del poeta soñador, y se precipita sobre mí una lluvia de flores, de rayos sonoros y de sonidos radiantes; mi razón se extravía ante tanta magnificencia, y oigo ya sólo una dulce voz aflautada que dice:

Yo soy la princesa Ilse,
Que en Isenstein (1) habito,
Felices ambos seremos,
Conmigo ven al castillo.

Rociar sabré tu cabeza
Con olas de claro líquido:
¡Yo haré tu dolor olvides,
Tus cuitas, mi triste amigo!

En mis blanquísimos brazos
Y sobre mi seno nítido,
Reposo habrás, mientras sueñes
Las dichas del cuento antiguo.

Daréte besos y abrazos,
Cual diéralos, con delirio,

(1) Pronúnciese «*Isenstein*»=*roca de Ilse*.

Á Enrique, imperial monarca
Que hoy yace en sepulcro frío.

Los muertos muertos se quedan
Y sólo viven los vivos,
Y yo soy bella y lozana
Y el gozo en el pecho abrigo.

Mi pecho late, allá bajo,
Mi alcázar ve cristalino (1),
Do hidalgos, damas y pajes
Danzando van en mil giros.

Las faldas de seda crujen,
De espuelas suena el chirrido,
Violín, timbal, trompa y corno
Tocando están enanitos.

Te estrecharé entre mis brazos
Que á Enrique hubieron cautivo;
Á quien, al son de la trompa
Supé cerrar los oídos.

(1) En el *Libro de los cantares* (tomo xv de las obras de Heine) aparece esta poesía y las precedentes, formando una especie de poema, bajo el título: *Del viaje al Hartz*, y estos dos versos dicen allí:

«Ven comigo á mi palacio,
Á mi alcázar cristalino.»

Infinitamente dichoso es el sentimiento que se experimenta, cuando corren parejas el mundo de la realidad y el de nuestra fantasía, y verdes árboles, pensamientos, canto de aves, melancolía, azul de cielo, recuerdos y aroma de plantas se combinan en agradable arabesco. Las mujeres son las que mejor este sentimiento conocen y por eso quizá flota en sus labios una sonrisa tan afectuosamente incrédula, cuando nosotros con escolástico orgullo celebramos nuestros hechos lógicos, que tan lindamente hemos dividido en objetivos y subjetivos como si consideráramos nuestra cabeza como una botica con miles de cajoncillos, en uno de los cuales se encierra la inteligencia, en otro el entendimiento, en un tercero el buen sentido, en el cuarto el malo, y en el quinto..... nada, es decir, la idea.

Como caminaba soñando, apenas reparé en que abandonábamos la profundidad del valle del Ilse y volvíamos á trepar al monte, que se iba haciendo tan pendiente y penoso, que algunos de nosotros estábamos ya sin aliento; pero como nuestro difunto primo, sepultado en Mölln, pensamos de antemano en la bajada, y nos pusimos de mejor talante. Por fin llegamos á la cima de Ilsenstein.

Es ésta una enorme roca granítica que se eleva alta y atrevidamente desde el abismo. Tres de sus lados están rodeados de altas montañas cubiertas de bosques, el cuarto, el lado Norte, está libre, y desde él se ve abajo á Ilsenburgo (1) y el Ilse, que desciende á lo lejos hasta

(1) Población del Ilse, como si dijéramos el *Burgo de Ilse*,

la llanura. En la cumbre de la roca, que parece la plataforma de una torre, se eleva una gran cruz de hierro, y en caso de necesidad, aún queda trecho para cuatro pies humanos.

Como la Naturaleza ha adornado á Ilsenstein con fantásticos atractivos, mediante su situación y su forma, también la leyenda ha derramado sobre ella su rosada luz. Refiere Gottschalk: «Cuéntase que existía en este punto un castillo encantado, en el cual vivía la rica y bella princesa Ilse que, aun hoy día, se baña todas las mañanas en el arroyo de su nombre, y el que es bastante afortunado para llegar en el momento oportuno, es conducido por ella á la roca, do está su castillo, y regiamente recompensado.» Otros hablan de los amores de la señorita Ilse y del caballero de Westenberg, linda historia que ha cantado en la *Gaceta de la tarde* (1) uno de nuestros más conocidos poetas románticos.

Otros cuentan á su vez, que fué sin duda el antiguo emperador sajón Enrique, el que pasó al lado de Ilse, la bella hada de las aguas, las horas más imperiales en su encantado castillo roquero. Un nuevo escritor, el ilustre Niemann, que ha escrito un libro de viaje al Hartz, en el cual determina, con loable diligencia y cifras exactas, la altura de los montes, las variaciones de la aguja imantada, las deudas de las ciudades y otros datos ana-

sólo que en alemán á veces significa castillo, prescindiendo del pueblo fundado á su amparo.

(1) *Abendzeitung*, periódico.



logos, afirma no obstante: «Que cuanto se cuenta de la bella princesa Ilse pertenece al dominio de la fábula.»

Así habla toda esa gente á quien nunca se le ha aparecido semejante princesa, pero nosotros, que somos singularmente protegidos por las bellas damas, sabemos mucho más en este punto, y también el emperador Enrique lo sabia.

No en vano eran los antiguos emperadores sajones tan aficionados á su patrio Hartz. Hojéese sólo la linda crónica de Lüneburgo, donde estos buenos y antiguos señores están retratados en admirables y fidelísimos grabados en madera, armados de punta en blanco, sobre sus encapazonados corceles de guerra, con la sagrada corona imperial en la cabeza querida, cetro y espada en sus seguras manos; y sobre sus amables y barbudos rostros puede claramente leerse, con cuánta frecuencia habrán suspirado por el dulce corazón de sus princesas del Hartz y por el murmullo familiar de sus bosques, cuando se hallaban en el extranjero, aun en Italia, rica en limones y venenos, adonde él y sus secuaces eran tantas veces arrastrados por el deseo de llamarse emperadores romanos, manía de títulos exclusivamente alemana, que ha arruinado á imperio y emperador (1).

Pero yo aconsejo al que se encuentre en la cumbre de Ilsenstein, que no piense en emperador, imperio ni bella Ilse, sino únicamente en sus pies; porque cuando yo estuve allí, con la mente extraviada, oí de pronto la subte-

(1) Bien nos la hizo deplorar Carlos I.

ránea música del castillo encantado, y vi que las montañas de alrededor se precipitaban sobre mi cabeza, que las rojas techumbres de Ilsenburgo comenzaban á danzar, y los verdes árboles á girar en el azul horizonte, que todo se convirtió á mis ojos en verde y azul, y de seguro víctima del vértigo, hubiera rodado al abismo, si en mi angustioso estado no me asiera con fuerza á la cruz de hierro. Creo que nadie llevará á mal que lo hiciese en situación tan apurada (1).

(1) Este último punto falta en la versión francesa. Pero en los fragmentos de los *Reisebilder*, traducidos por Loewe-Veimars, bajo el título de *Excursión al Blocksberg y á las montañas del Hartz*, etc., en vez de la última frase del texto, suprimida en la versión francesa del autor, léese: *No siempre es bueno para el lector ni para uno mismo que el viajero sea un poeta.*

EPÍLOGO ⁽¹⁾.

El *Viaje al Hartz* es y continúa siendo un fragmento, y los matizados hilos tan lindamente retorcidos para enlazarlos en un todo armónico, han sido cortados de repente, como por la tijera de la inexorable parca. Quizá los teja más adelante con otros futuros cantares, y lo que ahora he velado prudentemente lo diga entonces por completo. Al fin, nada importa cuándo y cómo se dice una cosa, con tal que se diga, que es lo principal.

Bien puede una obra seguir siendo un fragmento, cuando en su conjunto forma un todo, pues mediante esta correlación se pueden completar acá y allá muchos pasajes deficientes, allanar escabrosidades y dulcificar asperezas (2). Esto sucedería acaso con las primeras páginas del *Viaje al Hartz*, que podrían producir una impresión menos desagradable, si añadiera que el resentimiento que abrigó contra Göttinga en general, es más

(1) Sin epígrafe en el original ni en la versión francesa.

(2) Falta en la versión francesa desde aquí hasta el fin del párrafo.

grande aún de lo que he manifestado, pero no tanto como la veneración que siento por algunos de sus individuos. Y ¿por qué callarlo? Aludo aquí especialmente á aquel hombre queridísimo que en mis primeros tiempos me recibió tan afectuosamente, me inspiró profundo amor hacia los estudios históricos, me animó después para continuarlos con afán, y de este modo guió mi espíritu por más tranquilas vías, dando saludable dirección á los sentimientos de mi vida, y preparándome, sobre todo, aquellos consuelos históricos, sin los cuales jamás hubiera podido soportar los diarios y atormentadores sucesos. Hablo de Jorge Sartorius, del gran investigador y grande hombre, cuyos ojos son claras estrellas en nuestros oscuros tiempos, y cuyo corazón hospitalario está abierto á todos los dolores y alegrías, á los cuidados del mendigo ó del rey, y á los últimos suspiros de los pueblos decadentes y de sus dioses.

No puedo menos de hacer notar aquí que el Hartz superior, la parte del Hartz, que comienza desde el principio del valle del Ilse, que es la que he descrito, no ofrece en general tan agradable aspecto como el romántico y pintoresco Hartz inferior, y en su salvaje aspereza, en la hermosura de sus sombríos abetos contrasta completamente con él; asimismo los tres valles del Hartz inferior, formados por el Ilse, el Bode y el Selke, contrastan entre sí agradablemente, si se sabe personificar el carácter de cada uno de ellos. Son tres mujeres tales que es difícil llegar á determinar cuál es más bella.

Ya he hablado de la amable y dulce Ilse, y he can-

tado cuán amable y dulcemente me recibió. Bode, belleza sombría, no me recibió tan graciosamente, y cuando la vi por primera vez en la negra comarca de Rübeland, me pareció regañona y se envolvió en su velo de lluvia de un gris plateado; pero inflamada por repentino amor despojóse de él, y cuando llegué á la altura de Rosstrappe, brillaba ante mí su rostro con la magnificencia de un sol, todos sus rasgos exhalaban colosal ternura, y su enternecido seno roquizo, algo como apasionados suspiros y acentos lánguidamente melancólicos.

Menos tierna, pero más alegre se me mostró la bella Selke, bella y amable joven, cuya noble sencillez y serena calma aleja de sí toda sentimental familiaridad; pero cuya medio encubierta sonrisa delata una intención provocativa, á la cual pudiera yo muy bien atribuir la multitud de detalles desagradables que me ocurrieron en el valle de Selke. Al querer saltar la corriente, caí precisamente en medio; después, cuando hube sustituido mi calzado mojado por unas chinelas, perdí una, y bien pude destrozarme los pies, porque una racha de viento me llevó la gorra, y las espinas me desgarraron las piernas, con otros contratiempos más. Pero yo perdono gustoso á la dama todos estos detalles desagradables, porque es bella, y en este momento la veo en mi imaginación con todos sus tranquilos y amorosos atractivos, y parece decirme:—«Por más que soy burlona os tengo muy buena voluntad, y os suplico que me cantéis.»

Surge también en mi memoria la magnífica Bode, y sus oscuros ojos me dicen:—«Tú me igualas en or-

gullo y en dolor, y quiero que me ames.» También la bella Ilse llega saltando, con rostro, figura y movimientos elegantes y encantadores; se parece en un todo á la dulce criatura que me hace dichoso en sueños, y como ella, me mira con incontrastable indiferencia, y al mismo tiempo de un modo tan íntimo, tan eterno, tan verdaderamente transparente!.... Pues bien, soy Paris; las tres diosas están en mi presencia, y otorgo la manzana á la bella Ilse.

Hoy es el primero de Mayo, la primavera se derrama sobre la tierra como un océano de vida; la blanca espuma de las flores permanece suspendida de los árboles, y ámplia, cálida y brillante niebla se extiende por doquier; brillan alegremente las vidrieras en las ventanas de las casas; los gorriones trabajan en sus niditos sobre las techumbres; las gentes pasan por las calles admirándose de lo provocativo del ambiente, y de su extraña disposición de ánimo; las campesinas de abigarrados trajes traen ramos de violetas; los niños expósitos con sus lindos semblantes ilegítimos suben por *Jungfernstieg* (1) y se regocijan como si hoy hubieran de recobrar á su padre; el mendigo está al extremo del puente con aire tan placentero como si le hubiera tocado el premio grande; hasta al negro y aun no ahorcado corredor, que se pasea allá con su canallésco rostro de mercader, le alumbrá el sol con sus más tolerantes rayos. Salgamos fuera de las puertas.

(1) *Escalera de las vírgenes*: sitio de la población.

Es el primero de Mayo, y pienso en tí, oh bella Ilse, ó *Inés*, si así he de llamarte, porque este nombre es el que más me gusta; pienso en tí y quisiera volver á ver con qué esplendor descendes de la montaña. Sobre todo, quisiera estar en lo profundo del valle y recibirte en mis brazos.

¡ Hermoso día! Por doquiera miro el color verde, el color de la esperanza. Por doquiera, cual por maravilloso encanto, se abren las flores y también mi corazón quiere florecer. Este corazón es también una flor, pero una flor muy extraña. No es una modesta violeta, ni una rosa riente, ni un lirio puro, ninguna de esas florecillas que regocijan con su graciosa gentileza los sentidos de las doncellas, y que se dejan lindamente prender sobre tan lindos senos, marchitándose hoy para recobrar su fragancia mañana. Este corazón se asemeja más bien á esa grande y extraña flor de los bosques del Brasil, que, según la leyenda, sólo brota una vez cada siglo.

Yo recuerdo haber visto una vez esta flor, cuando era niño. Oímos por la noche como un disparo de pistola, y á la mañana siguiente me contaron los niños del vecino que habian sido sus áloes que con tal estruendo habian abierto sus flores. Me llevaron á su jardín y allí vi con asombro, que la planta baja y dura, con sus hojas de un ancho extravagante y rodeadas de estrias, con las que fácilmente podía uno herirse, se habia elevado extraordinariamente, y en su cima, ostentaba á manera de áurea corona, la magnífica flor.

Como éramos pequeños no podíamos verla á seme-

jante altura, y el anciano y sonriente Christían, que nos queria tanto, construyó una escala de madera en torno de la flor, y trepamos por ella como gatos, contemplando curiosamente el cáliz de la flor abierta, del que surgían con inusitada pompa sus amarillos estambres y su aroma extraño y salvaje.

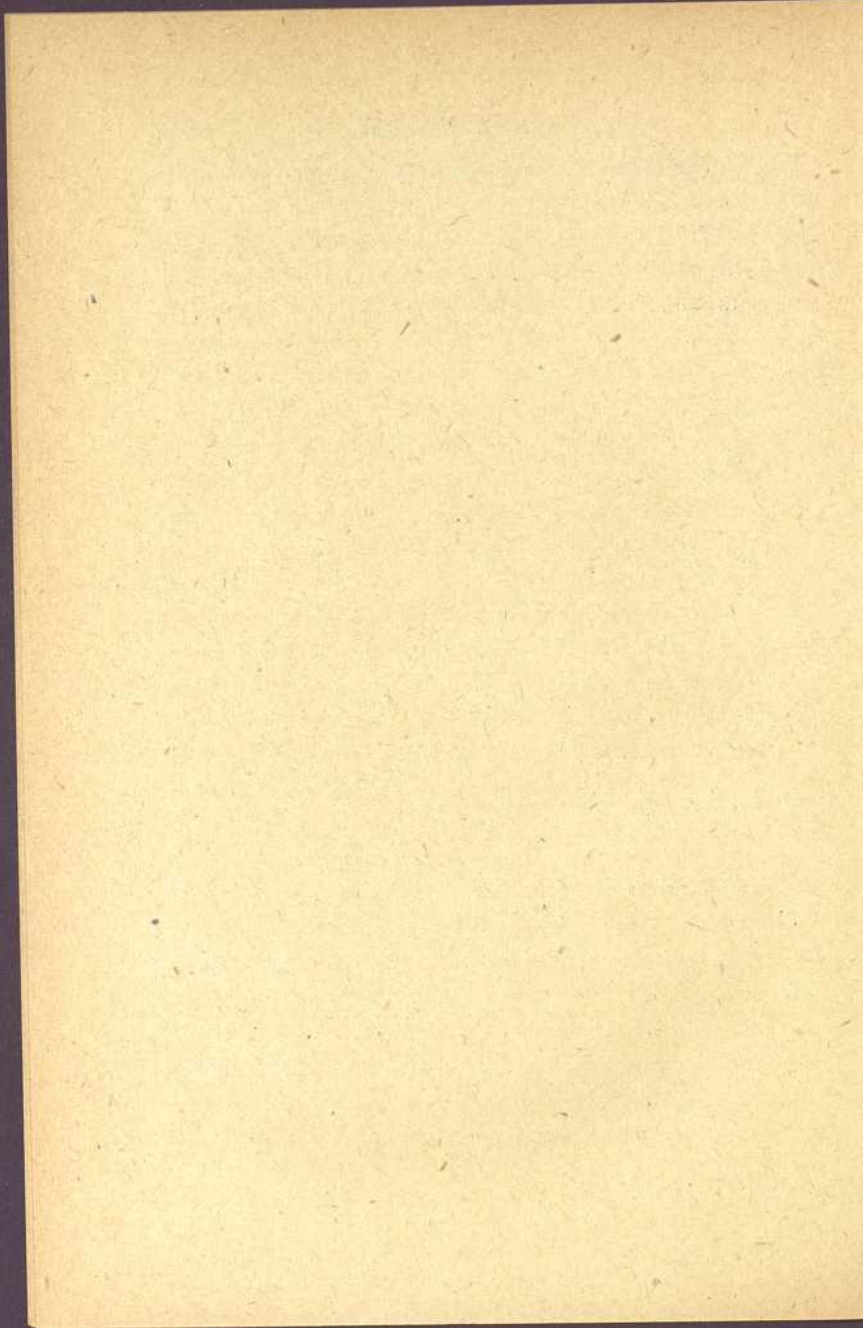
Sí, Inés, este corazón no florece ni con frecuencia ni con facilidad; hasta donde llegan mis recuerdos, no ha florecido más que una sola vez, y esto hace ya tanto tiempo que ocurrió, que seguramente ha transcurrido un siglo. A lo que creo, ¡qué magníficamente hubiera desplegado entonces su flor, si no la hubiera entristecido la carencia de luz y de calor, y no la hubiera arrancado violentamente un oscuro vendaval de invierno! Pero ahora se agita é hinche nuevamente en mi pecho, no te asustes, ¡oh niña, cuando de pronto oigas su estampido! No será que me haya suicidado, sino que mi amor abre sus botoncillos, y estalla en radiantes cantos, en ditirambos eternos, en sonoras y alegres armonías.

Pero este amor hacia tí, ¡oh niña! se ha elevado tanto, que para poder apreciarle, debes subir la escala de madera, y mirar desde lo alto de ella á mi floreciente corazón.

Aun es temprano, apenas el sol se halla á la mitad de su curso, y mi corazón exhala tan penetrantes perfumes, que en densa atmósfera suben á mi cabeza, y no sé ya donde cesa la ironía y comienza el cielo. Pueblo con mis suspiros el aire, y quisiera en dulces átomos disolverme en la increada divinidad; pero ¿qué será de esto cuando se haga de noche, y las estrellas aparez-

can en el cielo, «las infelices estrellas, qué pueden decirte.....?»

Es el 1º. de Mayo, el más mísero de los horteras tiene hoy derecho á ponerse sentimental ¿podrías impedirselo al vate?



II.

NORDERNEY.

(1826.)

MOTIVO: *Monumentos Biográficos*
de Varnhagen de Ense.—Parte I, pá-
ginas 1.^a y 2.^a

NORDERNEY (1).

(Escrito en la isla de este nombre.)

..... Los indigenas son extremadamente pobres y viven de la pesca, que comienza ya en el inmediato mes de Octubre, con el tiempo borrascoso. Muchos de estos insulares sirven también como marineros en los buques mercantes de otras naciones, y permanecen largos años lejos de sus casas, sin hacer llegar á sus familias noticia alguna de su existencia. No es raro que hallen la muerte en el mar. He encontrado en la isla algunas pobres mujeres, cuya parentela masculina ha perecido de esta suerte, lo que fácilmente ocurre, porque el padre suele lanzarse al mar en el mismo buque en compañía de sus hijos.

La navegación tiene mucho atractivo para estos hombres; pero, no obstante, creo que donde más á gusto se encuentran es en su casa. Pues aun cuando llegan en sus buques á esos países meridionales en que el sol luce esplendoroso y la luna brilla románticamente, todas sus

(1) En el original alemán no hay epigrafe, pero la versión francesa lleva el siguiente: *La isla de Norderney. Escrito en 1826.*

flores no pueden cerrar la vía de agua abierta en su corazón, y, en medio de la aromada patria de la primavera vuélvense sus ansiosos pensamientos hacia su isla arenosa, hacia su chozuela, hacia el flameante hogar, en torno del que se acurrucan los suyos, envueltos en toscos sayales, tomando un té, que sólo en el nombre se diferencia del agua del mar hervida, y hablando una lengua, que apenas parece concebible cómo ellos mismos pueden entenderse con ella.

Lo que enlaza tan firmemente á estos hombres, no es tanto el interno y místico sentimiento del amor, como el hábito, la mutua convivencia natural, la comunidad inmediata. Á igual alteza de espíritu, ó mejor dicho, á igual bajeza de espíritu, iguales necesidades é iguales tendencias; á igual experiencia y parecer más fácil inteligencia mutua. Se sientan en la mayor armonía junto al hogar en sus chozuelas; acercan sus escaños cuando hace frío; se leen en los ojos los pensamientos y en los labios las palabras, antes de pronunciarlas; todas las relaciones comunes de la vida están presentes á su memoria, y una sola emisión de voz, un gesto expresivo, un movimiento mudo excita entre ellos tanta risa, llanto ó recogimiento como nosotros podemos excitar en nuestros semejantes por medio de exposiciones, demostraciones y declaraciones. Porque, en último resultado, nosotros vivimos en la soledad del espíritu; á causa de un método especial de educación, ó de una lectura especial, casualmente escogida, hemos adquirido cada uno un carácter diferente; cada uno de nosotros, espiritualmente

disfrazado, piensa, siente y quiere de distinto modo que los demás, y vienen á ser tantas las malas inteligencias, que se hace difícil la vida común en las más vastas casas y nos hallamos doquiera estrechos, doquier desconocidos y como en país extraño.

En esa igualdad de pensamiento y sentimiento que vemos en nuestros insulares, vivieron con frecuencia pueblos enteros, y vivió con frecuencia toda la antigüedad. La Iglesia romano-cristiana en la Edad Media pretendió sin duda establecer un estado semejante en todas las corporaciones de Europa, y tomó, por esta razón, bajo su tutela todas las relaciones de la vida, todas las fuerzas y manifestaciones, á todo el hombre físico y moral. No se puede negar que por este medio se cimentó una dicha pacífica, que la existencia se desarrolló más ferviente y más íntima, y que las artes, cual flores que se abren en silencio, desplegaron esa magnificencia que todavía admiramos, y que no podríamos imitar con todo nuestro saber inquieto. Pero el espíritu tiene sus eternos derechos; no se deja envolver en dogmas ni adormecer con sonidos de campana; rompió sus cadenas y destrozó los férreos andadores con que su madre la Iglesia le guiaba, recorrió toda la tierra en la embriaguez de su emancipación; trepó á la cumbre de las más altas montañas; lanzó alegres gritos de victoria; recordó sus dudas primitivas; pensó en las maravillas del día y contó las estrellas de la noche.

Pero aun no conocemos el número de las estrellas; aun no hemos descifrado las maravillas del día; la anti-

gua duda se ha apoderado más de nuestra alma (1). ¿Somos ahora más dichosos que entonces? Sabido es que si tenemos en cuenta á la gran mayoría, no es fácil contestar afirmativamente á esta pregunta; pero también sabemos que la felicidad debida á la mentira no es felicidad verdadera, y que en algunos pasajeros momentos de estado de alta y divina espiritualidad (2), se puede gozar más dicha que en sus largos años de existencia vegetativa pudo alcanzar la estúpida fe de un carbonero.

En todo caso, esta dominación de la Iglesia era una esclavitud de la peor especie. ¿Quién nos respondía de su buena intención, tal como acabo de mostrarla? ¿Quién puede probar que no se mezclaba de tiempo en tiempo algún mal designio? Roma ha querido siempre dominar, y cuando cayeron sus legiones, envió dogmas á las provincias.

Asentábase Roma cual araña gigantesca en el centro del mundo latino y cubriale con su infinita tela. Generaciones de pueblos vivian bajo ella una vida tranquila tomando por un cielo próximo lo que no era más que un tejido romano; sólo el espíritu de alto vuelo que veía á través de la tela, sentíase oprimido y miserable, y

(1) Alterado en la versión francesa: *no obstante, muchos viejos enigmas están ya resueltos, sabemos mucho y adivinamos más.*

(2) Alterado en la versión francesa: *y que, en ciertos momentos de un estado de espíritu más libre y divino, en que el hombre posee toda su dignidad intelectual, puede....*

cuando trataba de abrirse paso, la astuta araña echábale mano fácilmente y chupaba la atrevida sangre de su corazón. ¿No se compraba demasiado caro el sueño de felicidad de la cegada muchedumbre á precio de semejante sangre?

Han pasado los días de la esclavitud del espíritu; vieja caduca, entre los rotos pilares de su coliseo, siéntase la antigua araña crucifera, y sigue tejiendo su vieja tela, pero como ya está floja y quebradiza, no puede aprisionar en ella más que mariposas y murciélagos, en vez de las águilas de las rocas del Norte.



Es cosa verdaderamente digna de risa el que cuando me proponía disertar lo más benévolutamente posible acerca de las intenciones de la Iglesia romana, se apoderó súbitamente de mí el actual celo protestante, que siempre le atribuye las peores; y precisamente esta divergencia de opiniones que en mí mismo hallo, viene á darme una idea de lo destrozada que está la lógica en nuestros días. Lo que ayer admirábamos hoy lo aborrecemos, y acaso mañana nos burlaremos de ello con indiferencia.

Desde cierto punto de vista todo es igualmente grande é igualmente pequeño, y, al ver el humilde estado de nuestros pobres insulares, tengo que acordarme de las grandes transformaciones que los tiempos han realizado en Europa. También se hallan éstos en los umbrales de

la nueva época, y su antigua unidad y simplicidad de espíritu será perturbada mediante la prosperidad de los baños de mar, pues descubren en sus nuevos huéspedes cosas que no saben compaginar con su antigua y habitual manera de vivir.

Detiéndense por la noche ante las iluminadas ventanas del casino, y contemplan allí el comercio de caballeros y damas, sus miradas de inteligencia, sus gestos concupiscentes, sus lúbricos bailes, sus regalados banquetes, la codicia de los jugadores..... y todo esto no deja de producir fatales consecuencias para aquellos hombres; consecuencias que de ningún modo puede compensar la ganancia que les proporciona su establecimiento balneario. Este dinero no basta para satisfacer las nuevas necesidades que introduce; de aquí la perturbación interna de la vida, una excitación perniciosa, un gran dolor.

Cuando yo era muchacho sentía los más vehementes deseos al ver pasar junto á mí á alguno que llevaba al descubierto, exhalando su aroma, hermosas tortas de las que nada había de tocarme; más tarde me aguijoneaba el mismo sentimiento al ver cruzar ante mí hermosas damas descotadas con arreglo á la moda (1), y ahora pienso que los pobres insulares que viven aún como niños, tienen con frecuencia ocasión de experimentar parecidas sensaciones, y bueno fuera que los propietarios de bellas tortas y mujeres tales las cubriesen algo más (2).

(1) La versión francesa añade: *como diosas del Olimpo.*

(2) La versión francesa añade: *cuando las exponen á las miradas de la inocente multitud.*

Tantas golosinas descubiertas, y en las que estas gentes sólo pueden dar pasto á los ojos, deben despertar mucho su apetito, y si acaso las pobres insulares, en su embarazo, tienen toda clase de refinados antojos, y dan por fin á luz niños parecidos á los bañistas, esto es bien fácil de explicar (1). No se trata aquí de relaciones ilícitas. No, la virtud de las insulares está protegida de antemano por su fealdad, y especialmente también por su olor á pesca, que al menos á mí me era insoportable.

Además, se ha trasladado aquí, por la temporada de baños, una persona del Continente que resume en sí todas las faltas de los huéspedes forasteros, gracias á la que, estarán aseguradas las insulares de todo mal influjo. Sólo que éste es un mal medio inaplicable, no digo á una pequeña isla, sino hasta á una gran ciudad marítima, donde las personas públicas, por decirlo así, son el baluarte y el pararrayos que aseguran la moralidad de las hijas de familia; pues me mostraron en Hamburgo una mujer muy gruesa, á quien en cierto modo cubre á medias su capa de cosmético, como el largo y delgado pararrayos hembra que protege en verano á la gran calle de San Juan (2).

Como queda dicho, la virtud de los insulares está protegida de antemano, y si sus hijos nacen con fisonomías parecidas á las de los bañistas, habré de reconocer en

(1) En la edición francesa: *no debe uno asombrarse de tales accidentes.*

(2) Falta este párrafo en la edición francesa.

ello más bien un fenómeno psicológico, y como tal explicarle por aquellas místicas leyes materiales que tan bellamente desenvuelve Góthe en sus *Afinidades electivas*.

Es asombroso el ver cuántos enigmáticos fenómenos naturales se pueden explicar por dichas leyes. Cuando el año pasado fui arrojado por una tempestad á otra isla del oriente de Frisia, vi allí, en la choza de un barquero, un mal grabado en cobre, titulado: *La tentación de un anciano*, que representaba á un viejo en su estudio, perturbado por la aparición de una mujer, desnuda hasta las caderas, que emergía de una nube; y, ¡cosa singular! la hija del barquero tenía la misma lúbrica faz mal encarada de la mujer del cuadro. Y, para citar otro ejemplo, en casa de un cambiante, cuya mujer estaba encargada del despacho, y examinaba de continuo atentamente los cuños de las monedas, hallé que los niños tenían fisonomías asombrosamente parecidas á las de los más grandes monarcas de Europa, y cuando estaban todos reunidos y peleaban unos con otros, me parecía ver un pequeño congreso.

Por esta razón no es cosa indiferente para los políticos el cuño de la moneda. Como las gentes aman tan profundamente el dinero, y le contemplan, seguramente, con tal ternura, los niños adquieren con gran frecuencia los rasgos del soberano del país, que las monedas representan, y el pobre príncipe viene á ser considerado maliciosamente como padre de sus súbditos. Los Borbones tienen razón que les sobra para hacer fundir los na-

poleones de oro; no quieren ya ver entre sus franceses tantas cabezas napoleónicas. Prusia es la que ha llegado á más en punto á policía monetaria, pues sabe disponer una inteligente aleación de cobre que, en la nueva moneda divisionaria, enrojece al punto las mejillas del monarca, y de algún tiempo á esta parte han adquirido los niños en Prusia un aspecto más saludable que antes, siendo, por lo regular, un gusto contemplar sus florecientes caritas de *groschen* de plata.



Al hablar de la corrupción de costumbres de que están amenazados los insulares, no he dicho nada respecto á su baluarte espiritual, esto es, su pastor y su iglesia.

El primero es un hombre fuerte y de voluminosa cabeza, que no parece haber descubierto ni el racionalismo ni el misticismo, y cuyo único mérito consiste en haber alojado en su casa á la mujer más hermosa del mundo (1). Respecto de su iglesia no puedo dar noticias precisas, porque aun no he estado en ella. Bien sabe Dios que soy un buen cristiano, y que hasta tengo con frecuencia intenciones de visitar su casa; pero siempre me veo fatalmente imposibilitado de realizarlas, pues ordinariamente encuentro en el camino á un charlatán, y si consigo llegar alguna vez á las puertas del templo, se me ocurre

(1) En la versión francesa falta este punto.

indefectiblemente una chocarrería, y entonces considero que al entrar cometería un pecado.

El domingo pasado me ocurrió una cosa así; cuando estaba á la puerta de la iglesia me acordé del pasaje del Fausto de Göthe, en que Fausto pasa en compañía de Mefistófeles junto á una cruz, y le pregunta:

«Mefisto (1); ¿tienes prisa?

¿Por qué así ante la cruz bajas los ojos?»

A lo que que contesta Mefistófeles:

«Demasiado sé ya que es un prejuicio;

La cosa me repugna y eso es todo.»

Estos versos no se han impreso, que yo sepa, en ninguna edición del Fausto, y solamente el difunto consejero áulico Moritz, que los había leído en el manuscrito de Göthe, los comunicó en su «*Felipe viajero*», novela ya olvidada que contiene la historia del autor, ó más bien la historia de unos cien *thalers* que el autor no tenía, por cuya causa fué toda su vida una serie de privaciones y desencantos, si bien sus deseos eran bastante inmodestos, como lo era, por ejemplo, el de ir á Weimar y entrar de criado en casa del autor de Werther, bajo cualquier condición, con tal de vivir cerca de aquél que, entre todos los hombres de la tierra, había causado más viva impresión en su ánimo.

¡Cosa admirable! ya despertaba entonces Göthe tal

(1) En el original está así la palabra incompleta.

entusiasmo, y sólo «nuestra tercera generación» se hallará en estado de comprender su verdadera grandeza.

Pero esta generación ha producido también hombres de cuyo corazón no brotan más que aguas estancadas, y que quisieran por tanto obstruir también en el de los demás todo manantial de sangre juvenil, hombres de sensibilidad extinta, que calumnian la vida y quieren disgustar á los demás de todas las magnificencias de este mundo, pintándolas como otros tantos señuelos que el diablo coloca ante nosotros, solamente con el fin de perdernos, á la manera que la astuta ama de casa deja en su ausencia fuera el azucarero con los terroncitos contados, á fin de probar la sobriedad de la criada (1). Y estos hombres han reunido en torno suyo á un virtuoso vulgo y le predicán la cruz contra los grandes idólatras y sus desnudas divinidades, que de buena gana sustituirían por su disfrazado y estúpido diablo.

El disfraz es con razón su más alto objeto, la divina desnudez les es fatal, y un sátiro tiene siempre sus buenas razones para que si él viste calzon también le vista Apolo. Las gentes le toman entonces por hombre moral, y no saben que en los ridículos cuernos del sátiro disfrazado hay más torpeza que en la completa desnudez de un Wolfgang Apolo (2), y que precisamente en los

(1) Falta en la versión francesa desde aquí hasta «de acuerdo con el espíritu», pág. 140.

(2) Alude sin duda á Göthe, llamado también *Musageta*, director de las musas, sobrenombre que llevaba Apolo. Además Wolfgang es el nombre del gran poeta.

tiempos en que la humanidad usaba unos bombachos que se llevaban sesenta varas de tela, no eran las costumbres más decorosas que hoy.

Pero ¿irán á reprocharme las damas que diga calzones en vez de vestido de las piernas? (1). ¡Oh, delicado sentimiento el de las damas! Al fin sólo los eunucos van á poder escribir para ellas, y sus espirituales servidores de Occidente van á tener que ser tan inofensivos como sus servidores corporales de Oriente.

Esto me recuerda un pasaje del Diario de Berthold. Decía el Doctor M. á una dama que había llevado á mal una manifestación algo atrevida: «si bien lo reflexionamos, vamos completamente desnudos dentro de nuestros vestidos.»



La nobleza de Hannover está muy descontenta de Goethe, y afirma que difunde la irreligiosidad, que pudiera producir fácilmente una falsa opinión política, cuando se debía retrotraer al pueblo por medio de la antigua fe á su antigua modestia y templanza. También oi discutir mucho en estos últimos tiempos si Goethe es más grande que Schiller ó viceversa. Hallábame la última vez tras la silla de una dama, que contaría unos

(1) *Hosen*; calzones es menos culto en alemán que *Beinkleid* (lit. vestido de las piernas).

sesenta y cuatro antepasados, y escuché un violento discurso sobre el mismo tema, discutido entre ella y dos nobles de Hannover, cuyos antepasados descendían del zodiaco de Denderah, uno de los cuales, jovencillo, larguirucho y lleno de mercurio, que parecía un barómetro, ponderaba la virtud y pureza de Schiller, en tanto que el otro, también adolescente de excesivos medros, susurraba algunos versos del «*Honrad á las mujeres*», al tiempo que sonreía con tanta dulzura como un asno que hubiese metido la cabeza en una vasija de jarabe y se estuviera relamiendo golosamente el hocico.

Ambos jóvenes reforzaban sus afirmaciones á cada paso con la muletilla afirmativa: «Es más grande aún, es realmente más grande, verdaderamente es más grandé, juro á usted por mi honor que es más grande.» La dama fué tan bondadosa que me hizo terciar en esta estética conversación preguntándome: «Doctor, ¿qué piensa usted de Göthe?» Pero yo me crucé de brazos, incliné la cabeza como un creyente y dije: «*¡La illah ill allah, wua-mohammed rasul allah!*» (1).

Sin saberlo, había hecho la dama la más capciosa de las preguntas; porque, seguramente, no puede preguntarse á nadie de buena fe: ¿Qué piensas del cielo y de la tierra? ¿Qué concepto tienes del hombre y de la vida humana? ¿Eres una criatura racional ó un pobre diablo?

(1) *Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta.* Fórmula de sumisión de los árabes que se encuentra hasta en sus monedas. (لا لله الا الله محمد رس ل الله).

Todas estas preguntas van envueltas en las inocentes palabras: ¿Qué piensa usted de Göthe? Porque, cuando tenemos á la vista todas las obras de Göthe, al poder comparar rápidamente con el nuestro el juicio que otro forma de ellas, llegamos, por este medio, á obtener una norma segura á que podemos ajustar todos sus pensamientos y sentimientos, y él ha manifestado inconscientemente su propio juicio. Mas como Göthe es un mundo que á todos pertenece, que está abierto á la consideración de todos, será para nosotros el mejor medio de llegar á conocer á las gentes, el poder llegar á conocer otra vez á Göthe mismo mediante el juicio que él forma de objetos que todos tenemos á la vista, y sobre los cuales ya nos han comunicado su parecer los hombres más importantes.

Desde este punto de vista pudiera yo interpretar á la perfección el *El Viaje á Italia* de Göthe, pues ya por haberle visitado ó ya por referencia, todos conocemos el país italiano, y es por lo mismo fácil observar cómo unos le miran con ojos subjetivos, éste con mal humorados ojos de arca de madera, que sólo ven lo malo, y aquél con los inspirados ojos de Corina, que ante todo sólo ven lo sublime; mientras que Göthe, con sus claros ojos griegos, lo ve todo, la obscuridad y la claridad; nunca da color á las cosas con arreglo al estado momentáneo de su ánimo, y nos pinta países y hombres con los verdaderos contornos y colores de que Dios le revisitiera.

Este es un mérito de Göthe que sólo le reconocerán

épocas posteriores (1); porque nosotros, completamente enfermos, las más veces, estamos demasiado apegados á nuestros débiles y desgastados sentimientos románticos, recogidos mediante la lectura de todos los países y tiempos, para que podamos ver inuadiatamente cuán sano, uno y plástico se muestra Göthe en sus obras. Él mismo observa ya algo; en la sencilla ignorancia de su propio poder, se admira de que se le atribuya *un pensamiento objetivo*; y al querernos dar, por medio de su autobiografía, un auxiliar crítico para juzgar sus obras, no pone á nuestra disposición norma alguna, sino solamente nuevos hechos, según los cuales puede juzgársele, porque es seguramente natural que ningún ave puede aventajarse á sí misma al vuelo.

Épocas posteriores descubrirán en Göthe, además de aquel poder de intuición, sentimiento y pensamientos plásticos, muchas cosas que ni aun presentimos ahora. Las obras del espíritu permanecen eternamente inmutables; pero la crítica es algo movediza, parte del concepto de la época, y sólo tiene importancia para ella, y cuando no tiene por sí misma valor artístico, como, por ejemplo, la

(1) M. Philarète Chasles, en sus *Etudes sur l'Allemagne ancienne et moderne*, pág. 337 y 338, hablando de Göthe, dice que nadie le ha analizado mejor que Heine, y traduce con cierto desorden este párrafo y el anterior. Pero no entiende el principio de este y traduce: *He aquí lo que los siglos futuros no volverán á ver*. Todo por un adverbio, por un *erst* que no comprendió, y le hizo decir. *Voilà ce que les siècles à venir ne reverront. plus*, en vez de: *Ce n'est que les siècles à venir qui pourront le voir*.

de Schlegel, descende á la tumba con esa misma época que la produjo. Toda edad, al adquirir nuevas ideas, adquiere también nuevos ojos, y ve mucho nuevo en las antiguas obras del espíritu. Un Schubarth ve ahora en la *Iliada* algo más, mucho más que una colección de exámetros (1): críticos vendrán á su vez, que vean en Göthe más que Schubarth.

¡Si podía, no obstante, haber charlado acerca de Göthe! Pero son muy naturales semejantes digresiones, cuando, como en esta isla, le está á uno zumbando continuamente el mar en los oídos, poniéndose placenteramente de acuerdo con el espíritu (2).



Sopla un fuerte viento nordeste, y las brujas vuelven á pensar en hacer muchas malas pasadas. Que aquí se cuentan extraños cuentos de brujas que saben evocar la tempestad, y principalmente, en todo el mar del Norte, existe tal superstición, afirmando los marineros, que muchas islas están completamente bajo el misterioso dominio de ciertas brujas, á cuya mala voluntad hay que atribuir los contratiempos de todo género que ocurre á los buques que navegan cerca de ellas.

(1) *Alejandrinos*, dice el original.

(2) En la edición francesa comienza el párrafo siguiente:
*En este momento ya han desertado de la isla todos los bañistas.
El ruido del mar zumba sin cesar en mis oídos.*

El año pasado, que permanecí algún tiempo en el mar, me contó el piloto de nuestro buque que eran especialmente poderosas las brujas en la isla de Wight, y procuraban detener hasta la noche á todo buque que trataba de cruzar por allí de día, para atraerle entonces á los escollos ó á la misma isla. En este caso, se oía á las brujas zumbar y mugir en torno del buque con tal estruendo que apenas el *klabótermann* mismo, con mucho trabajo, podía contrarrestarlas.

Como le preguntase quién era el *klabótermann*, contestóme el narrador con gran seriedad: «Es el bueno é invisible patrono del barco, que impide que ocurra una desgracia á los marinos leales y sobrios; el que mira por sí mismo, si por todas partes reina el orden, y procura una buena navegación.» Y el pobre piloto aseguró en voz misteriosa, que yo mismo podía muy bien oír en los ruidos del buque, con qué cuidado arrimaba los géneros, produciendo el rugir de toneles y cajones, cuando el mar se encrespa, y haciendo zumbar las vigas y las tablas.

Con frecuencia el *klabótermann* da golpes de martillo en la parte exterior del buque, y esto avisa al carpintero que debe ir al punto á reparar una avería; pero le gusta, sobre todo, sentarse en el mastelero de juanete, en señal de que sopla ó ha de soplar en breve viento favorable.

A mi pregunta de si no se podía ver al *klabótermann* contestó: No, no se le ve, ni tampoco desea verle nadie, porque solamente se muestra cuando ya no hay salvación alguna. Y aunque el buen piloto no se había visto en semejante caso, pretendía saber por otros que enton-

ces se oye al *klabótermann* hablar, desde lo alto de la vela de juanete, con los espíritus que le están sometidos; y cuando la tempestad arrecia demasiado y es inevitable el naufragio, se sienta al timón, se muestra por vez primera y desaparece haciéndole pedazos; pero los que le ven en este terrible momento encuentran al punto la muerte entre las olas.

El capitán del navío que había escuchado también la narración, sonreía más ladinamente de lo que pudiera esperarse, dado su rostro rudo y avezado á vientos y temporales, y me aseguró además que hacia cien años y aun cincuenta que tan viva había sido entre los marinos la creencia en el *klabótermann*, que siempre en la mesa se ponía un cubierto para él, y se le servía en su plato lo mejor de cada manjar, habiendo buques en que aun hoy se practica así.



Me voy á pasear con frecuencia á la playa y pienso en estos maravillosos cuentos de los marineros. El que más interesa es seguramente la historia del *Holandés volante*, al cual se ve navegar á toda vela en plena tempestad, y de cuando en cuando echa al agua un bote, para dar á los buques que encuentra todo género de cartas que después no se sabe cómo hacer llegar á su destino, porque van dirigidas á personas que hace mucho tiempo murieron.

A veces pienso también en el antiguo y delicioso

cuento del *hijo del pescador* que espiaba junto á la orilla del mar la ronda nocturna de las ondinas, y después recorrió el mundo todo con su violín, extasiando cual por encanto á la humanidad, cuando ejecutaba la melodía del vals de las ondinas (1); cuento que me refirió un amigo, cierto día que en un concierto, en Berlín, oíamos tocar á un admirable jovencillo, á Félix Mendelssohn=Bartholdy.

Lo que ofrece un atractivo característico es el dar la vuelta alrededor de la isla. Pero ha de hacer buen tiempo, han de tomar las nubes extrañas formas, y ha de estar uno echado boca arriba sobre el puente, mirando al cielo, y, mejor aún, teniendo un pedacito de cielo en el corazón. Entonces murmuran las olas toda clase de extrañas puerilidades, toda clase de palabras que hacen revolotear queridos recuerdos, toda clase de nombres, que suenan en el alma á manera de dulces presentimientos. — «¡Oh, Evelina!» Después llegan los buques y pasan, y se saludan como si pudieran volverse á ver todos los días. Sólo por la noche tiene el encuentro de buques extranjeros un no sé qué de penoso; se empeña uno en creer que pasan en silencio sus amigos mejores, á quienes hace años no ha visto, y que los pierde para siempre.

Yo amo el mar como á mi alma.

Con frecuencia se me ocurre, que el mar es propiamente mi alma misma; pues como existen en el mar plan-

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa, suprimiendo el resto.

tas acuáticas escondidas, que sólo en el momento de su eflorescencia emergen á la superficie, y en el de marchitarse vuelven á sumergirse, así surgen también á veces del fondo de mi alma maravillosas imágenes de flores (1) que exhalan su perfume, brillan, y desaparecen de nuevo. — «¡Oh, Evelina!»

Dícese que no lejos de la isla, donde ahora no hay más que agua, se alzaban en otro tiempo las más bellas aldeas y ciudades, que repentinamente fueron inundadas todas por el mar, y que cuando el tiempo está claro todavía ven los barqueros las brillantes agujas de las torres de las sumergidas iglesias, y hasta algunos oyen también en la mañana del domingo el piadoso repique de las campanas. La historia es verdadera, pues el mar es mi alma (2).

«Hay aquí un bello mundo sumergido;
De pie, en el fondo, encuéntranse sus restos,
Y cual áureas centellas en el éter,
Los miro en el espejo de mis sueños.»

(W. MÜLLER.)

(1) La versión francesa intercala: *Flores de azules ojos y bermejos labios, azucenas pudorosas y rosas de belleza.*

(2) La versión francesa añade: *y puedo decir, como mi amigo Müller:*

También en España, en la provincia de Zamora, ya limitrofe de Galicia, cerca de Cedillo y Trefacio, hay un lago de S. Martín, en cuyo fondo, según la tradición, existe un convento y las gentes del país creen oír á veces sus campanas.

Al despertarme escucho como un lejano repicar de campanas y el canto de sagradas voces:—«¡Evelina!»

Cuando va uno á pasear á la playa, los buques que cruzan ofrecen un hermoso aspecto, llevan tendidas sus deslumbrantes velas blancas, y parecen grandes cisnes nadando. Pero el espectáculo es bellissimo cuando se pone el sol tras los flotantes buques, y quedan éstos rodeados de una radiante y gigantesca aureola de luz.

También debe ofrecer un gran placer la caza á lo largo de la costa; pero, por mi parte, no sé apreciarle debidamente. El sentimiento de lo noble, de lo bello y de lo bueno puede adquirirle con frecuencia el hombre mediante la educación, pero el de la caza se funda en la sangre. Cuando los abuelos han tirado desde tiempo inmemorial á los corzos, encuentra también el nieto un placer en esta legítima ocupación. Pero mis abuelos no pertenecían á los cazadores, sino más bien á los cazados, y se me subleva la sangre al tener que disparar sobre los descendientes de sus antiguos colegas. Sí, por experiencia sé que, hasta cierto punto, mucho más fácil me sería disparar sobre un cazador de los que echan de menos los tiempos en que la del hombre también pertenecía á la alta venatoria. ¡Gracias á Dios estos tiempos han pasado!

Si á alguno de estos cazadores le asalta hoy el capricho de volver á cazar un hombre tiene que pagarle, como por ejemplo, al andarín que vi en Göttinga hace dos años. Un domingo, estaba ya el pobre bastante fatigado de correr bajo un calor sofocante, cuando algunos hidal-

gos de Hannover que estudiaban allí *humanidades*, ofrecieron darle un par de *thalers* si quería volver á repetir la carrera; el pobre hombre corrió, iba pálido como un muerto, vestido con su jaqueta roja, y tras él agolpados, entre un torbellino de polvo, galopaban los nobles y bien alimentados jovencuelos, caballeros en soberbios potros, cuyos cascos alcanzaban á veces al hostigado y jadeante carrerista, ¡y era un hombre!

A manera de ensayo, pues debo hacer contraer más nobles hábitos á mi sangre, fui ayer de caza. Disparé sobre algunas gaviotas que revoloteaban en torno mío, con harta confianza, pues no podían saber con certeza que yo tiraba mal. Yo no quería acertarles, sino solamente advertirles, para que tuvieran más precaución ante hombres provistos de escopeta; pero erré el tiro, y tuve la desgracia de matar á una gaviota nuevecita. Me alegré de que no fuera una grande, pues ¿qué hubiera sido entonces de las pequeñuelas que aun yacen implumes en su nido de arena sobre la gran duna? Hubieran perecido de hambre. Ya presentía yo que en la cacería me había de ocurrir una desgracia, porque me había saltado una liebre en el camino.

¡Qué cosas tan admirables se me ocurren cuando á la hora del crepúsculo me paseo solo por la playa! A mi espalda dunas aplanadas, de frente el mar undoso é in-

menso, y sobre mí el cielo cual gigantesca cúpula de cristal.

Entonces aparezco á mis ojos diminuto como una hormiga, y no obstante, mi alma adquiere las proporciones de un mundo. La sublime sencillez de la Naturaleza, tal como aquí me rodea, me anónada y me eleva al mismo tiempo, quizá en más alto grado que nunca lo lograra otro maravilloso recinto. Nunca una catedral me pareció bastante grande; mi alma con su plegaria de titán subía siempre más allá que los pilares góticos, y quería siempre abrirse paso á través de la cúpula. Sobre el picacho de *Rosstrappe* (1), parecieronme imponentes á primera vista las colosales rocas y sus atrevidas agrupaciones; más no fué muy duradera esta impresión, mi alma estaba sólo sorprendida, pero no dominada, y aquellas enormes masas roquizas fuéronse poco á poco empequeñeciendo á mis ojos, y al fin me parecieron mezquinos restos de un gigantesco palacio desmoronado, donde acaso mi alma se hubiera encontrado con holgura (2).

Aunque haya de mover á risa, no puedo callarlo, la desavenencia entre el cuerpo y el alma me atormenta un poco, aquí junto al mar, en el seno de la Naturaleza, se me hace á veces patente, y la metempsicosis es con frecuencia el objeto de mis reflexiones. ¡Quién penetra

(1) V. *Viaje al Hartz*.

(2) En la versión francesa aparece alterada la última frase del modo siguiente:no me parecieron más que las ruinas de algún mezquino palacio, en el cual, si aun estuviera en pie, se encontraría mi alma harto estrechamente albergada.

la gran ironía de Dios, á quien plugo hacer surgir entré el cuerpo y el alma todo género de contradicciones? ¿Quién puede saber en qué saestre habita ahora el alma de un Platón, y en qué maestro de escuela vive la de un César? ¿Quién sabe si el alma de Gregorio VII no se halla instalada en el cuerpo del Gran Turco y no se siente más á su gusto entre mil acariciadoras manecitas de mujer, que un tiempo vestida de su purpúrea cota de célibe?

Por el contrario, ¡cuántas almas de fieles musulimes del tiempo de Alí se hallan hoy tal vez en nuestros gabinetes antihelénicos! Las almas de los dos ladrones crucificados á los lados del Salvador, moran hoy acaso en el cuerpo de ventrudos concejales, llenas de fervor por la doctrina ortodoxa. El alma de Gengis-Kan anima hoy acaso á un crítico, que diariamente y sin saberlo, da de sablazos en un periódico á sus más fieles Baschkiros y Kalmucos.

¡Quién sabe, quién sabe! El alma de Pitágoras ha pasado tal vez á un pobre candidato que sucumbe en el examen por no saber demostrar el teorema de Pitágoras, mientras en sus señores examinadores habitan las de los bueyes que un tiempo sacrificara á los eternos númenes el filósofo, en celebración del descubrimiento de su teorema. No son los Hindos tan ignorantes como creen nuestros misioneros, pues honran á los animales por amor al alma humana que en ellos presienten; y pues fundan hospitales para monos inválidos, á la manera de nuestros académicos, bien puede ser que habiten en

aquellos monos las almas de grandes eruditos, ya que, al contrario, visible es que en algunos grandes eruditos sólo se ocultan almas de mono.

¡Quién, con la omnisciencia del pasado, pudiera ver desde arriba las tendencias de los hombres! (1) Cuando me paseo por la noche á la orilla del mar y escucho el canto de las olas, que despierta en mí todo género de presentimientos y recuerdos, me parece que he mirado un día desde bastante altura y que, sobrecogido de vertiginoso terror, caí precipitado á la tierra; páreceme también que entonces tuvieron mis ojos tanto alcance como un telescopio, y que ví viajar por el cielo las estrellas en su tamaño natural, deslumbrado por todo aquel esplendor giratorio. Como del fondo de diez siglos surgen entonces en mi mente toda clase de pensamientos, pensamientos de primitiva sabiduría; pero son tan nebulosos, que no comprendo lo que quieren decirme. Solamente sé, á lo más, que toda nuestra prudente ciencia, nuestras aspiraciones y nuestros resultados deben parecerle á un espíritu superior tan pequeños y nulos, como á mí una araña que solía contemplar con frecuencia en la biblioteca de Göttinga.

Sobre un in-folio de historia universal hallábase muy aplicada tejiendo; miraba con tan filosófica seguridad en torno suyo, que tenía toda la erudita afectación de Göttinga; estaba orgullosa de sus conocimientos matemá-

(1) En la versión francesa falta desde *Aunque haya de morir á risa*, pág. 147, hasta aquí.

ticos, de sus trabajos artísticos, de sus solitarias lucubraciones (1) y, no obstante, nada sabía de todas las maravillas que se encerraban en el libro en que había pasado toda la vida, y en el que moriría también, si el astuto cazador, Dr. L. (2), no venía á arrojarla de él. Y, ¿quién es el astuto Dr. L.? Acaso un tiempo vivió su alma en una araña semejante, ahora guarda los infolios en que un tiempo se albergó, y, si los lee, ignora aún su verdadero contenido.

¿Qué habrá pasado en otro tiempo en el suelo porque ahora me pasee? Un co-rector, que aquí se bañaba, pretendía que, en tiempos, se había celebrado en este sitio el culto de Hertha, ó mejor dicho, de Forsete, acerca de lo cual habla tan misteriosamente Tácito. ¡A no ser que los narradores oficiales á quienes Tácito siguió se equivocaran y tomaran un carruaje de los baños por la carroza sagrada de la diosa! (3)

En el año de 1819, cuando asistía yo en Bonn, en el mismo semestre, á cuatro cátedras, en la mayor parte

(1) En la versión francesa aparece trastocado este párrafo al principio: falta la palabra *telescopio*; se lee *esfuerzos*, en vez de *resultados* (*Hervorbringen*); *trabajos sabios ó eruditos*, en vez de *trabajos artísticos* (*Kunstleistungen*).

(2) En la versión francesa se lee: *si el viejo Stiefel (bota), el bibliotecario, no viene un día á paso de lobo á asaltarla súbitamente y arrojarla de sus dominios*. Y aquí termina el párrafo.

(3) En la versión francesa comienza el párrafo: *Un gran conocedor de la arqueología germánica que se encontraba últimamente en los baños de Norderney, pretendió..... Léese también: antiguos corresponsales de periódicos romanos, en vez de narradores oficiales* (*Berichterstatter*).

de las cuales se explicaban antigüedades alemanas de los tiempos más míticos—en la 1.^a Historia de la lengua alemana, por Schlegel, quien se llevaba casi tres meses desenvolviendo las más barocas hipótesis sobre el origen de los alemanes; en la 2.^a La Germania de Tácito, por Arndt, quien buscaba en los antiguos bosques alemanes las virtudes que echaba de menos en los salones actuales; en la 3.^a Derecho político germánico, por Hüllmann, cuyas ojeadas históricas no tienen la menor vaguedad; y en la 4.^a Historia primitiva alemana, por Radloff, que al fin del semestre no había llegado más que á la época de Sesostris—entonces pudo haberme interesado más que ahora el mito de la antigua Hertha.

No asentí á que residiera allí como un penado, y la coloqué más bien hacia una isla al oriente de Frisia, mas un joven erudito está encariñado con una hipótesis particular suya.

De ningún modo hubiera yo creído en aquel tiempo que un día me pasearía por las playas del mar del Norte sin pensar en la antigua diosa con patriótico entusiasmo, mas no sucede realmente así, sino que pienso en jóvenes diosas completamente distintas, sobre todo cuando paseo por el sitio conmovedor donde no hace mucho nadaban como ondinas las más hermosas mujeres; pues ni caballeros ni damas se bañan aquí bajo toldos, sino que pasean á mar descubierto. Por esta razón en los baños están separados los dos sexos, pero no á gran distancia, y el que lleve un buen antejo puede en el mundo ver mucho. Se cuenta que un nuevo Acteón vió de este

modo á una bañista Diana, y, ¡cosa admirable! no él, sino el esposo de la bella fué el que adquirió los cuernos (1).

Los carruajes de los baños (2), los *cabriolés* del mar del Norte, sólo son arrastrados aquí hasta la orilla del agua, y consisten generalmente en cuatro palos colocados á los cuatro ángulos, cubiertos con una tela encerada. Ahora en el invierno están en el salón y mantienen seguramente unas conversaciones tan secas y tirantes como las de la escogida sociedad que se pervertía allí aun no hace mucho.

Pero cuando digo, escogida sociedad, no comprendo en ella á los buenos burgueses del oriente de Frisia, pueblo que es llano y vulgar como el suelo que habita, que ni sabe cantar ni charlar, pero que no obstante, posee un talento superior á todos los gorjeos y hojarascas; un talento que ennoblece al hombre y le eleva sobre aquellas almas vanas y serviles que se imaginan ser ellas solamente nobles; hablo del talento de la libertad. Late el corazón libre, y este latido ennoblece tanto como el ingreso en una orden de caballería; así lo saben los libres frisios y usan su epíteto popular.

A excepción del periodo de los jefes de tribu, nunca ha dominado la aristocracia en la Frisia oriental; han vivido allí pocas nobles familias, y el influjo de la nobleza de Hannover, que se extiende hoy por el país, por

(1) Faltan en la versión francesa este párrafo y el anterior, que forman uno solo en el original.

(2) Especie de cabriolé de cuatro ruedas llamado *droshkis*.

medio de los cargos administrativos y militares, entristece á más de un libre corazón frisio, mostrándose sobre todo la predilección hacia el antiguo gobierno prusiano (1).

Mas respecto á la queja de toda Alemania acerca del orgullo de la nobleza de Hannover, no puedo unirme á ella incondicionalmente. El cuerpo de oficiales de Hannover no da el menor motivo para que de orgulloso se le acuse. Cierto es que, como en Madagascar, sólo los nobles tienen derecho á hacerse carniceros, tenía antes la nobleza de Hannover un privilegio análogo, puesto que sólo ella podía obtener la categoría de oficial. Pero desde que en la legión alemana se han distinguido tantos burgueses y se han elevado al puesto de oficiales, también se ha olvidado aquel vicioso derecho consuetudinario. Si, todo el cuerpo de la legión alemana ha contribuido mucho á debilitar antiguos prejuicios, pues estos hombres han corrido mucho mundo y visto mucho en él, especialmente en Inglaterra; y han aprendido bastante, pues da gusto oírles hablar de Portugal, España, Sicilia, las islas Jónicas, Irlanda y otros muchos países donde han guerreado y «visto muchos hombres y ciudades, y aprendido costumbres», hasta el punto de que se figura uno escuchar una *Odisea*, que por desgracia no encontrará su Homero.

(1) A los dos párrafos que preceden, uno en el original, les faltan en la versión francesa: *Late el corazón libre; ...usan su epíteto popular*, al primero, y al fin del segundo, desde la última coma; terminando en, *corazón frisio*.

También hay entre los oficiales de este cuerpo muchos despreocupados que han abandonado las costumbres inglesas, que contrastaban con los tradicionales usos hannoverianos mucho más de lo que queremos creer en el resto de Alemania, puesto que nosotros atribuimos generalmente al ejemplo de Inglaterra gran influencia sobre Hannover. En este país no se ven más que troncos á los que hay atados caballos; á fuerza de árboles se obscurece la comarca, y á pesar de todos los caballos no se da un paso. Nada, á través de este bosque de la nobleza de Hannover no penetró jamás un rayo del sol de la libertad británica, ni jamás pudo oírse una canción liberal inglesa entre los agudos relinchos de los hannoverianos corceles.

Hace muy poco que he sabido lo que es una canción liberal inglesa; en medio de un temporal salvaje vi pasar un buque inglés, en cuya cubierta iban varios marineros, y casi desafiando temerariamente á los vientos y á las olas, dominaban su fragor con su antigua:

*¡Rule, Britannia, rule the waves,
Britons never shall be slaves! (1).*

Las quejas generales contra el orgullo de la nobleza de Hannover se refieren principalmente á la amable juventud de ciertas familias que rigen ó creen regir indi-

(1) Esto es: *¡Vence, Bretaña, vence á las olas, nunca los ingleses serán esclavos!*

rectamente el país. Mas esta aristocrática juventud corregiria pronto sus faltas de cortesía, ó mejor dicho, su descortesía, si conociera algo más el mundo ó recibiese mejor educación. Cierto es que se les envía á Göttinga, pero allí forman grupo aparte y hablan solamente de sus perros, de sus caballos y de sus abuelos; asisten poco á la cátedra de historia moderna, y si asisten alguna vez, su pensamiento está absorto entretanto en el espectáculo de la *mesa de los condes*, cosa característica de Göttinga, destinada solamente á los estudiantes de elevada alcurnia.

Mediante una educación mejor, la nobleza de Hannover podria evitarse muchas quejas; pero, nada, los jóvenes se hacen como los viejos; tienen la misma ilusión de creerse ellos las flores del mundo, en tanto que los demás no somos más que el césped; la misma necedad, pues quieren cubrir su nulidad propia con el mérito de sus antepasados; la misma ignorancia acerca de lo problemático de este mérito, pues ni remotamente piensan en que los príncipes rara vez han honrado á sus más fieles y virtuosos servidores, sino, con mucha frecuencia, á los terceros, á los aduladores y á ciertos infames favoritos.

Muy pocos de aquellos orgullosos abuelos podrian determinar lo que hicieron sus antepasados, y sólo muestran que su nombre se halla inscripto en el *Libro de los torneos* de Ruxner; sí, pueden también probar que acaso éstos fueron como cruzados á la conquista de Jerusalén; pero antes de engreirse algo por ello, deberian también

probar, que aquellos caballeros lucharon con honor, que sus férreas perneras no estuvieron forradas de amarillo miedo, y que bajo su roja cruz abrigaron un corazón de hombre honrado.

Si no existiera la *Iliada*, y si solamente un catálogo de los nombres de los héroes que se hallaron ante Troya, y sus nombres subsistieran todavía, ¡quién sabe el aristocrático orgullo que hincharía á los señores de Thersites! (1) No quiero hablar absolutamente de la limpieza de sangre; los filósofos y los caballeros tienen sobre este asunto las ideas más extrañas (2).

(1) No puede darse burla más sangrienta. Thersites es un indigno personaje que presenta Homero en el canto 2.^o de su *Iliada*, físicamente deforme, charlatán, desvergonzado que interrumpe á Agamenón con sus gritos, risas é insultos, para aconsejar á los griegos que se vuelvan á su patria antes de que empiece la lucha, por lo que Ulises le increpa y le apalea con su cetro de oro, siendo su llanto y gestos el ludibrio de las gentes.

(2) Estos párrafos ofrecen en la versión francesa, no sólo variantes y cortez, sino hasta novedades; hélas aquí: *defectos de raza* en vez de *faltas de cortesia*, ó mejor dicho, *esta descortesia..... mesa de los condes*, lugar aparte, reservado exclusivamente á los estudiantes de elevada alcurnia. **Esta mesa de los condes caracteriza bien el espíritu servil de la Universidad de Goettinga.** Verdaderamente, por medio de una educación de la juventud hannoveriana, se podrían evitar muchos desafueros. Pero los jóvenes se hacen como los viejos; es la misma presunción, la locura: querer cubrir la falta de mérito propio con el de sus antepasados: la misma ilusión acerca de los méritos de sus abuelos, que, sobre todo en el país de Hannover, han debido á veces su elevación á sus bajezas de cortesanos, á la prostitución de sus nobles esposas, cortesanas desvergonzadas, como los Schulenburg, los Kélmanssegge y los Platen. Desde: en el Libro de las

Mi reproche, como queda dicho, se dirige principalmente contra la mala educación de la nobleza hannoveriana, contra la ilusión que les inculcan desde muy niños, acerca de la importancia de ciertas formas de buena educación ¡Oh! cuántas veces me he tenido que reir, al reparar en lo que se jactan de poseer estas formas como si fuera tan extremadamente difícil aprender, ese representar, ese presentarse, ese sonreír sin decir nada, ese decir sin pensar algo, y todas esas nobles artes, que el pobre burgués admira embobado, como una maravilla, y que, no obstante, posee mejor cualquier maestro de baile francés, que el noble alemán á quien han ejercitado pacientemente en ellas en Lutecia (1), pulidora de osos, y vuelve á su casa á transmitir las á sus descendientes con profundidad y pesadez alemana! Esto me recuerda la fábula del oso que bailaba en las plazas, que habiéndose fugado del lado de su maestro y conductor, volvióse al bosque con sus compañeros, y les encomiaba cuán difícil es el arte de danzar y hasta qué punto había adelantado en él, y, en efecto, al dar la prueba de su habilidad, las pobres bestias no pudieron ocultar su asombro. Pues bien, lo mejor de dicha nación formaba la escogida sociedad que este año ha brillado aquí en mar y en tierra; eran personas verdaderamente agradables, y jugaban todas bien (2).

torneos de Rüaner, salta á: Si no existiera la Iliada, y sigue igual hasta el fin del párrafo.

(1) París.

(2) Este párrafo falta en la versión francesa.

También ha habido aquí príncipes, y debo confesar que eran más modestos en sus pretensiones que la nobleza inferior; aunque no pretendo decidir si esta modestia habita en el corazón de tan elevadas personas ó bien es producto de su situación externa. Digo esto refiriéndome sólo á los príncipes alemanes mediatizados, pues en estos últimos tiempos se ha cometido con ellos una gran injusticia, al arrebatarles una soberanía á que tienen tan buen derecho como los grandes príncipes, á no ser que se quiera admitir con mi incrédulo colega Spinoza, que lo que no puede sostenerse por su propia fuerza no tiene derecho alguno á existir.

Mas para la harto fraccionada Alemania fué, no obstante, un beneficio que tuvieran que cesar en su gobierno cierto número de tiranuelos, pues miedo da pensar cuántos tenemos que alimentar los pobres alemanes; que, aunque estos mediatizados no usen ya cetros, siguen usando cuchara, cuchillo y tenedor, y no comen avena, aunque ya la avena sería bastante costosa. Creo que América nos aligerará un día algo de esta carga de príncipes, pues pronto ó tarde los presidentes de los Estados libres de allá se trocarán en soberanos, y entonces carecerán esos señores de esposas que tengan siquiera visos de legitimidad y se darán por muy contentos con que les cedamos nuestras princesas. Si toman seis les daremos la séptima *gratis*, y así nuestros principillos podrán emplearse más tarde en sus hijas. Por esta razón han obrado muy políticamente los príncipes mediatizados al reservarse al menos el derecho de igual-

dad de abolengo, y estimar en tanto sus árboles genealógicos, como los árabes los de sus caballos, y acaso con la misma intención, pues saben bien que Alemania fué siempre la gran yeguacería de príncipes, que tiene que proveer á todas las vecinas casas reinantes de las yeguas y caballos padres que necesiten (1).

En todos los baños, es un antiguo derecho consuetudinario el que tienen los huéspedes que se quedan de criticar algo duramente á los que se fueron, y como yo, soy el último que aquí resta, bien puedo permitirme ejercitar plenamente este derecho (2).



Tan solitaria está ahora la isla, que me comparo á Napoleón en la isla de Santa Elena. Sólo que yo he encontrado aquí un entretenimiento que á aquél le faltaba allí, y es precisamente del gran Emperador del

(1) Este párrafo y el anterior ofrecen en la versión francesa algunas pequeñas variantes y algunos cortes: en vez de *situación externa*, dice: *caducidad y su falsa posición actual*. Falta: *con mi incrédulo colega Spinoza, y que aunque estos mediatizados..... hasta, sería bastante costosa*. En vez de: *..... y estimar en tanto sus árboles genealógicos como los árabes los de sus caballos, y acaso con la misma intención*, léese: *y en el orden social de las familias soberanas de Europa, si no en el orden político del poder efectivo, son iguales á los príncipes reinantes. Si se han reservado este privilegio, porque saben.....* y termina añadiendo: *de alta alcurnia*.

(2) Tras este párrafo aparecen en la versión francesa dos líneas de suspensivos, no obstante, la alemana, no sólo no añade texto alguno, sino que no tiene dichos puntos.

que aquí me ocupo. Un joven inglés me ha traído el libro de Maitland que acaba de aparecer.

Cuenta este marino el modo y manera como Napoleón se entregó y como se portó en el *Bellerophon*, hasta que por orden del Ministerio inglés fué conducido á bordo del *Northumberland*. De este libro resulta claro como el sol, que el Emperador, en su romántica confianza en la generosidad británica, y tratando al fin de procurar reposo al mundo, se dirigió á los ingleses más como huésped que como prisionero. Fué esta una falta en que seguramente no hubiera incurrido ningún otro, y mucho menos un Wellington. Pero la historia dirá que tan bella, tan elevada, tan sublime es esta falta, que para incurrir en ella era preciso poseer más grandeza de alma de la que los demás pudiéramos disponer para la realización de todos nuestros grandes hechos.

La causa que obliga ahora al capitán Maitland á publicar su libro, parece no ser otra que la necesidad de purificación moral que siente todo hombre honrado á quien su mala suerte ha comprometido en una empresa equívoca. Pero el libro, en sí mismo, es una adquisición inapreciable para la historia de la cautividad de Napoleón, que constituye el último acto de su vida; deshace admirablemente todos los enigmas de los actos precedentes, y, como debe hacerlo una verdadera tragedia, conmueve, purifica y reconcilia los ánimos.

La diferencia de carácter de los cuatro principales escritores que nos han dado cuenta de esta cautividad, sobre todo, en lo que se revela en el estilo y en el cri-

terio, sólo mediante su comparación puede apreciarse.

Maitland, el imperturbable marino inglés, consigna los hechos con precisión y sin prejuicio, como si fueran los fenómenos naturales que apunta en su libro de navegación (1). Las Cases, entusiasta gentilhombre de cámara, pone lo que escribe en cada línea á los pies del Emperador, no como un esclavo ruso, sino como un francés libre, á quien hace involuntariamente doblar la rodilla la admiración de un heroísmo y de una gloria inauditos; O'Meara, el médico, aunque nacido en Irlanda completamente inglés, es como tal antiguo enemigo del Emperador, pero reconociendo ahora la majestad de los derechos de la desgracia, escribe con franqueza, sin adorno, como historiador, casi en estilo de lapidario; al contrario, no un estilo, sino un estilete, es la manera punzante, agresiva del médico francés Autommarchi, italiano vivamente impregnado en el reñor y en la poesía de su país.

Ambos pueblos, el inglés y el francés, han producido, cada uno por su parte, dos hombres de espíritu ordinario, más no sobornados por el poder reinante, y este juzgado juzgó al Emperador y sentenció: que vivirá eternamente, que será eternamente admirado y eternamente sentido.

* Muchos grandes hombres han pasado por este mundo,

(1) Puesto en el original en inglés: *log-book*; en la versión francesa se lee *livre de Loch*, lo que no parece dar idea exacta, pues *loch* es la guindola ó barquilla en forma de cuadrante para medir con la corredera lo que anda el buque.

acá y allá vemos las lucientes huellas de sus heroicos pasos, y en sagradas horas aparécense á nuestro espíritu como vaporosos fantasmas; pero el que también es grande hombre vé á sus predecesores más claramente; en una sola chispa de su radiante estela reconoce su acción más íntima, en una sola olvidada palabra reconoce todos los pliegues de su corazón; y de este modo viven los grandes hombres de todos los tiempos en mística comunidad, se saludan de lejos á través de millares de años, se miran bien significativamente, se encuentran sus miradas sobre las tumbas de las pasadas generaciones que se han empujado entre ellos, y se entienden y se aman. Pero nosotros, pigmeos, á quien no es dado estar en tan íntimas relaciones con las grandezas del pasado, que sólo rara vez percibimos su huella y su vaporoso fantasma, para nosotros es de altísimo precio aprender muchas cosas referentes á uno de estos grandes hombres para que nos sea fácil concebirle en nuestro espíritu con la más viva claridad, ensanchándole de esta manera.

Tal es para nosotros Napoleón Bonaparte. Sabemos de él, de su vida y tendencias, más que de los demás grandes de este mundo, y cada día aprendemos más y más. Vemos desenterrar lentamente su efigie divina sepultada, y á cada paletada de terrestre limo que de ella se aparta, crece nuestro gozoso asombro al ver la proporción y la pompa de las nobles formas que se descubren, y los rayos de sus enemigos, que quisieron destruir su colosal estatua, sirven solamente para iluminarla con más esplendor. Tal sucede especialmente con

las manifestaciones de Madama Staël, que, con toda su acritud, no dice más que el Emperador no era un hombre como los demás, y que su espíritu no puede ser medido por el común rasero.

A un espíritu semejante es al que se refiere Kant, al decir que podemos pensar en una inteligencia, que, por no ser discursiva como la nuestra, sino intuitiva, va de lo general sintético, de la contemplación del todo como tal, á lo particular, esto es, del todo á la parte (1). En efecto, lo que nosotros reconocemos sólo mediante los lentos análisis de la reflexión y de largas conclusiones, semejante espíritu lo había visto y concebido profundamente en un salo instante. De aquí su talento para comprender lo actual, su época, para enamorar su espíritu y aprovecharle siempre sin jamás herirle.

Más, puesto que el espíritu de la época no es puramente revolucionario, sino que se ha formado mediante el concurso de ambos puntos de vista, el revolucionario y el contra-revolucionario, Napoleón no obró nunca completamente en un sentido ni en otro, sino siempre en el de los dos objetivos, de los dos principios, de las dos

(1) Según dice Strodtmann, este párrafo ha sido modificado posteriormente por Heine, pues en la edición primera seguía este razonamiento: «No es aquí de ningún modo necesario probar la posibilidad de semejante *intellectus archetypus*, sino solamente que nosotros, dada la oposición del nuestro discursivo, de las ideas necesarias de la inteligencia (*intellectus ectypus*) y de lo contingente de su esencia, hemos de seguir la idea de un *intellectus archetypus*; esto tampoco admite objeción alguna.»

tendencias que se reunían en él, y, por tanto, obraba siempre de un modo natural, sencillo y grande, nunca ruda y convulsivamente, siempre con dulce tranquilidad. Tampoco intrigó jamás á la menuda, y descargó sus golpes siempre con arreglo á su arte de comprender y conducir las masas. Los espíritus pequeños y analíticos son inclinados á las intrigas embrolladas y lentas, al contrario, los espíritus sintéticos saben combinar de un modo admirablemente genial los medios que les ofrece el presente, de manera que puedan aplicarlos rápidamente á su fin. Los primeros se estrellan con gran frecuencia porque no hay perspicuidad humana capaz de prever todas las contingencias de la vida, y las ocasiones que ofrece nunca son muy estables; los últimos, al contrario, los hombres intuitivos logran realizar sus proyectos con gran facilidad, porque sólo necesitan darse cuenta exacta del presente, y obrar con tal rapidez que el oleaje del mar de la vida no pueda hacerle experimentar ningún repentino é imprevisto cambio.

Es una feliz coincidencia la de que precisamente haya vivido Napoleón en una época que tenía especialísima afición á la historia, á sus disquisiciones y documentos. Pocas serán las noticias referentes á Napoleón que no hayamos adquirido mediante las Memorias de sus contemporáneos, y diariamente se aumenta el número de los libros históricos que tratan de presentarle más ó menos en relación con el resto del mundo. El anuncio de un libro de esta clase, debido á la pluma de Walter Scott, despierta por tanto una curiosidad excesiva.

Todos los admiradores de Scott deben temblar por él, pues semejante libro puede venir á ser fácilmente la campaña de Rusia de aquella gloria laboriosamente adquirida, por medio de una serie de novelas históricas, que, más bien por su tema que por su fuerza poética, han conmovido á todos los corazones de Europa. Pero este tema no es puramente una queja elegíaca sobre la magnificencia nacional de Escocia, que ha ido siendo desposeída poco á poco por costumbres, dominación y manera de pensar extrañas; sino el gran dolor de la pérdida de singularidades nacionales que van desapareciendo en la uniformidad de la cultura moderna; dolor que hoy palpita en el corazón de todos los pueblos, pues los recuerdos nacionales están más profundamente encarnados de lo que comunmente se cree, en el corazón de los pueblos. Atrévase no más á desenterrar las antiguas estatuas, y en una noche volverá á abrirse el antiguo amor con sus flores. Y esto no es una expresión figurada, sino un hecho real. Cuando hace algunos años desenterró Bullock en Méjico un antiguo ídolo de piedra, se encontró al otro día que la estatua había sido coronada de flores durante la noche, á pesar de que España había destruído á hierro y fuego las antiguas creencias de Méjico, y hacía tres siglos que removía profundamente y laboreaba sus almas, sembrando en ellas el cristianismo.

Estas flores son las que se abren también en las poesías de Walter Scott, estas poesías mismas despiertan los antiguos sentimientos, y como un día en Granada hombres y mujeres, dando gritos de desesperación, se lan-

zaban fuera de las casas al sonar en las calles la canción de entrada del rey moro, hasta el punto de que se llegara á imponer pena de muerte al que la cantase, así el tono dominante en las poesías del bardo escocés ha estremecido dolorosamente á un mundo. Este tono resuena en el corazón de nuestra nobleza que ve derrumbarse sus castillos y sus blasones; resuena en el corazón del burgués, cuya cómoda si estrecha vida de tiempos atrás es invadida por un amplio, pero incómodo modernismo; resuena en las catedrales católicas, de donde huye la fe, y en las sinagogas rabinicas, de donde hasta huyen los creyentes; suena en toda la tierra, hasta en los bosques de bananos del Indostán, donde el Brahama prevé suspirando la agonía de sus dioses, la destrucción de su cosmogonía primitiva y la completa victoria de los ingleses (1).

Pero este tono, el más poderoso que el bardo escocés sabe arrancar á su arpa gigantesca; no se adapta al canto imperial de Napoleón, del hombre nuevo, del hombre de los tiempos modernos, del hombre en quien tan brillantemente se ha reflejado esta nueva época, que casi nos deslumbrara, y en tanto, no volvemos á acordarnos de un pasado ya muerto ni de sus ya extintos fulgores.

(1) En la versión francesa vense en el último punto de este párrafo, algunas faltas de precisión que destruyen ciertos contrastes, como son oponer *estrecha á vaga*, suprimir *cómoda* y dejar luego *incómoda*; por último, léese *odoríferos* en vez de *bananos*, y *antiguo y santo imperio* en vez de *primitiva cosmogonía (uralten Weltordnung)*.

De creer es que Scott, dadas sus preferencias, se apoderará ante todo del importante elemento estable del carácter de Napoleón, del aspecto contra-revolucionario de su espíritu, en tanto que otros escritores sólo reconocen en él el principio revolucionario.

Bajo este último aspecto le hubiera retratado Byron, cuyas tendencias eran completamente opuestas á las de Scott, y en vez de lamentar, como éste, la muerte de las antiguas formas, se hubiera airado contra las que aun quedan en pie, queriendo derribarlas á fuerza de revolucionarias risas y rechinamientos de dientes; en medio de esta cólera hubiera ajado las más sagradas flores de la vida con su melódico veneno, y cual otro frenético arlequin, se hubiera clavado el puñal en el corazón, para salpicar graciosamente á caballeros y damas con la sangre que de él fluyera.

Verdaderamente, en este instante mi corazón me dice que no soy un imitador de Byron, ó mejor dicho, de su crimen; mi sangre no es tan *spléenicamente* (1) negra; mi acritud proviene sólo de las agallas de mi tinta, y si hay veneno en mí, no es más que un contraveneno, contra esas serpientes que espian, en son de amenaza, entre los escombros de las antiguas catedrales y fortalezas. De todos los grandes escritores es precisamente Byron el único cuya lectura me es completamente insoportable; cuando, al contrario, Scott, en todas sus obras me rego-

(1) En el original *spleenisch*, formada de la palabra inglesa *spleen* (pron. splin).

cija, tranquiliza y fortalece el corazón (1). Me regocijan hasta las imitaciones de éste, tal como las hallamos en Willibald-Alexis, Bronikowski y Cooper, el primero de los cuales casi iguala á su modelo, en su irónico Wallad-mor, y nos ha mostrado, en un poema posterior, tal abundancia de formas y de ingenio, que bien pudiera presentarnos con originalidad poética, pues sólo se sirve de la forma de Scott, los más preciosos momentos de la historia de Alemania en una serie de novelas históricas.

Pero ningún verdadero genio permite que de antemano se le tracen determinadas vías; están fuera de todo cálculo crítico, y puede considerarse como un inocente juego de inteligencia el que yo pronuncie mi juicio anticipado de la *Historia del Emperador*, de Walter Scott, mi *prejuicio*, que es la palabra más expresiva en este caso. Sólo una cosa puede afirmarse con seguridad, y es que el libro se leerá de Oriente á Poniente (2) y que nosotros los alemanes le traduciremos *.

(1) Y no obstante ha traducido soberanamente algunas poesías de Byron.

(2) En la versión francesa falta: *mi prejuicio*.... en este caso; en vez de *Oriente á Poniente*, dice: *en Inglaterra como en Francia*.

(*) Las páginas que preceden fueron escritas en 1826, é impresas al año siguiente en el segundo volumen de los *Reisebilder*. En 1828 apareció la *Historia de Napoleón Bonaparte* de Walter Scott, y con gran dolor mío, vi que mi pronóstico acerca del libro se había realizado; también hizo un *fiasco* completo, y desde este triste suceso se eclipsó la estrella literaria del gran desconocido. El exceso de trabajo que se había impuesto, para

También hemos traducido el libro de Segur. ¿No es verdad que es un lindo poema épico? También los alemanes escribimos poemas épicos, pero sus héroes existen solamente en nuestra imaginación. Al contrario, los héroes de la epopeya francesa son héroes verdaderos, que han realizado hechos mucho más grandes y experimentado sufrimientos mucho mayores de los que podemos imaginarnos en nuestras guardillas (1). Y, no obstante, tenemos mucha fantasía y los franceses bien poca. Acaso por esto ha compensado Dios de otro modo á los fran-

hacer frente á las exigencias de sus acreedores, habia minado la salud de Walter Scott; no obstante, se esforzó en escribir algunas novelas enojosas y casi insípidas, y poco tiempo después murió. En la época en que aparecía su libro sobre Napoleón, esa blasfemia en doce volúmenes, hallábame yo en Munich, donde publicaba una Revista mensual titulada *Annales politiques*, y para este periódico escribí sobre el libro un artículo, que más tarde, en 1830, incluí en el cuarto tomo de los *Reisebilder* (V. *Fragments ingleses*) Nota de Heine á la versión francesa (a).

(a) Respecto á la nota de Heine, colocada más adelante en la versión francesa, dice:..... *impresas el año siguiente en el 2.º volumen de la versión alemana de los Reisebilder*. Aquí se ha puesto *versión* por *edición*, pues la versión es la francesa. Al fin:y para este periódico escribí el artículo, ó más bien la *humorada* siguiente (pues le incluye), que más tarde, en 1830, hice aparecer en los **Reisebilder**. En la antigua edición francesa de este libro, formaba parte este trozo de una serie de fragmentos titulados **Inglaterra**; hoy se me ha ocurrido intercalarle en el lugar que ocupaba en la edición alemana.

Strodtmann, con buen acuerdo, le ha vuelto á los *Fragments ingleses*, con el número indicado entre paréntesis al fin de la nota de Heine.

(1) *Literarias*, añade la versión francesa.

ceses, que no necesitan más que relatar fielmente lo que han visto y realizado en los últimos treinta años, para tener una literatura *vívida*, como todavía no la ha producido pueblo ni época alguna. Esas Memorias de hombres de Estado, soldados y mujeres ilustres, que aparecen diariamente en Francia, forman un ciclo de leyendas en que tiene la posteridad bastante que pensar y que cantar, en el cual se elevará, como su centro, la vida del gran Emperador á modo de gigantesco árbol.

La historia de la campaña de Rusia de Segur es un canto, un canto nacional francés, que pertenece á dicho ciclo tradicional, y por su tono y asunto está al nivel de las poesías épicas de todos los tiempos. Una generación heroica que brotara en el suelo francés al grito mágico de *¡libertad! ¡igualdad!*, como en marcha triunfal embriagada de gloria y conducida por el mismo dios de ésta, recorrió el mundo estremecido y exaltado, danzó por fin la ruidosa danza pirriquia en los campos de hielo del Norte, hundióse éste, y los hijos del fuego y de la libertad perecieron de frío y á manos de esclavos.

Semejante descripción ó profecía de la ruina de un mundo heroico es el tono fundamental y asunto de los poemas épicos de todos los pueblos. Sobre las rocas de Ellora y de otros templos subterráneos, hállanse sepultadas análogas catástrofes épicas, cuya clave ha de hallarse en el Mahabarata; el Norte no ha empleado menos palabras de piedra en referir esta caída de los dioses; el canto de los Nibelungen celebra la misma trágica ruina, y su final tiene una singularísima semejanza con la des-

cripción que hace Segur del incendio de Moscou; la canción de Roland de la batalla de Roneesvalles, cuyas palabras dejaron de sonar, pero cuya tradición no se ha extinguido y que, hace poco, ha vuelto á evocar Immermann, uno de los más grandes poetas de Alemania, es también el canto de la antigua desventura, y el canto de Ilión exalta hasta lo sublime el antiguo tema, más no es por eso más grande ni más doloroso que el canto nacional francés en que ha celebrado Segur la caída de su heroico mundo.

Si, es una verdadera epopeya; la heroica juventud francesa es el hermoso héroe que muere prematuramente, desgracia que hemos visto en la muerte de Baldur, de Siegfried, de Roland y de Aquiles, que sucumben á la desventura y á la traición; y esos héroes que hemos admirado en *La Ilíada*, volvemos á hallarlos en el canto de Segur, los vemos discutir, airarse y combatir como un tiempo ante las puertas scéas (1).

Aunque la casaca del rey de Nápoles esté á la moderna matizada de todos colores, su valor en el combate y su temeridad son tan grandes como los del hijo de Peleo; en el noble caballero principe Eugenio, se nos ofrece un Héctor dulce y valiente; Ney pelea como un Ajax, Berthier es un Nestor sin sabiduría; Davoust, Daru, Caulincourt y tantos otros, esconden las almas de Me-

(1) *De Scéas*, puertas de Troya, donde tiene lugar el singular combate entre Aquiles y Héctor. (Canto XXII de *La Ilíada*.)

nelao, de Ulises y de Diómedes. Sólo el Emperador no tiene igual; en su cabeza está el olimpo del poema; y si en su soberana apariencia externa le comparo á Agamenón, es porque, lo mismo que á la mayor parte de sus gloriosos compañeros de heroísmo, le estaba reservado un destino trágico, y porque aun vive su Orestes (1).

Como las poesías de Scott, también tiene la epopeya de Segur un tono que subyuga el corazón; pero este tono no despierta el amor hacia los ya muertos días del pasado, sino que es un tono cuya forma de acorde nos da el presente, tono que precisamente por él nos entusiasma.

Los alemanes somos verdaderos *Pedros Schlemihle*. También en estos últimos tiempos hemos visto mucho y hemos sufrido mucho, por ejemplo, con los acuartelamientos y con el orgullo de la nobleza; y hemos derramado lo más noble de nuestra sangre, por ejemplo, en Inglaterra, que aun tiene que pagar diariamente una decete suma por los brazos y piernas que arrebataron á sus antiguos propietarios.

Nosotros hemos hecho en pequeño tantas grandes cosas que, si se sumaran, aventajarían á los más grandes hechos, por ejemplo, en el Tirol; y hemos perdido mucho, por ejemplo, nuestra sombra, el título del querido Santo Imperio Romano.....; mas con todas estas pérdidas, sacrificios, privaciones, desgracias y grandes hechos, nuestra literatura no ha adquirido un solo monu-

(1) *Y porque aún vive su Orestes*, falta en la versión francesa.

mento de gloria semejante á los que entre nuestros vecinos se erigen cada día, á manera de eternos trofeos. Nuestras ferias de Leipzig se han aprovechado poco de la batalla de Leipzig (1).

He oído que uno de Gotha quiere cantarla al fin en forma épica; pero como no sabe si ha oído que las de Hildburghausen llegaron á 100.000 almas, ó á 150.000 las de Meinigen, ó á 160.000 las de Altenburg, no puede comenzar su epopeya, pues tendría que hacerlo así: «¡Canto las almas inmortales, las almas de Hildburghausen, las..... almas de Meinigen, ó bien las almas de Altenburg, ó lo que es lo mismo, canto, canto la redención de los pecadores alemanes!» Para este regateador de almas, á quien ante el desgarrado corazón de la patria no se ocurre un pensamiento viril, y mucho menos una palabra enérgica, nuestros grandes hechos llegan á convertirse en ridículos por sus absurdas consecuencias, y mientras nos envolvemos malhumorados en el purpúreo manto que forma la sangre de los héroes alemanes, llega un bufón político y nos pone en la cabeza el gorro de cascabeles.

Debe compararse la literatura de nuestros vecinos de

(1) Aquí se encuentra en la versión francesa la nota de Heine que, siguiendo á la edición alemana, colocamos en la página 168; y bajo el epigrafe de *Apéndice*, sigue el artículo sobre la *Vida de Napoleón Bonaparte* de Valter Scott, que ocupa unas diez páginas en lugar de las catorce que siguen en el original alemán, verdadera conclusión de este *Cuadro de viaje*, y que traducimos á continuación.

allende el Rhin y el Canal, con nuestra literatura de bagatelas, para comprender el vacío y la insignificancia de nuestra vida de bagatelas también. Con frecuencia, cuando leo la *Crónica de la mañana* (1) y veo en cada línea al pueblo inglés con su nacionalidad, sus carreras de caballos, *boxeadores*, riñas de gallos, *assises*, debates parlamentarios, etc., vuelvo á tomar en mi mano, con el corazón entristecido, un periódico alemán, busco en él los latidos de una vida nacional y no encuentro más que literarias habladurías de comadres y revistas de teatro.

Y no hay que esperar otra cosa. Cuando en un pueblo se suprime toda vida pública, búscanse de común acuerdo otros objetos, y en Alemania sirven de tales sus escritores y sus actores. En vez de carreras de caballos, tenemos una carrera de libros después de la feria de Leipzig. En vez de boxeadores, tenemos místicos y racionalistas, que se sacuden en sus libelos, hasta hacer que uno entre en razón, ó que los otros dejen de oír y ver y la fe tenga en ellos cabida. En vez de riñas de gallos, tenemos periódicos, en los que, los pobres diablos que con ellos viven, se destrozan mutuamente el buen nombre, en tanto que los *filisteos* exclaman alegremente: «¡Ved, eso es un buen gallo! ¡Cómo se le hincha la cresta! ¡Qué pico tan agudo tiene! Al gallo joven, apenas ostenta sus plumas, se le debe espolear, etc.» Del mismo modo tenemos también nuestros *assises* ó tri-

(1) *Morning Chronicle*.

bunales públicos, esto es, los periódicos literarios de Sajonia, impresos en papel de estraza, en los que cada necio es juzgado por su igual, con arreglo á las disposiciones de un derecho criminal literario, que rinde culto á la teoría de la intimación y castiga todo libro como un crimen. Si su autor muestra ingenio, entonces el delito es calificado; pero puede probar que es ingenio huero (1) y entonces se dulcifica el castigo.

Verdad es que en esta justicia criminal literaria hay también un gran defecto, y es que muchas veces se pasa por alto la apreciación jurídica, tanto más cuanto que los jueces de nuestros libros, precisamente como Falstaff, no se dejan arrancar por fuerza sus razones, que á veces son hasta pecados secretos, y prevén que mañana serán ellos juzgados por los mismos delincuentes sobre quienes hoy iban á pronunciar su juicio. La juventud es en nuestro derecho criminal literario una razón importante de indulgencia, y más de un escritor viejo es juzgado benévolamente porque se le tiene por un niño.

También la experiencia adquirida en estos últimos tiempos, de que algunos jóvenes, al tiempo del desenvolvimiento de la pubertad, abrigan deseos morbosos de promover incendios, ha tenido su influjo en la estética, y se juzgan por esta razón benévolamente muchas tragedias incendiarias, por ejemplo, la de aquel

(1) El original dice *alibi*, adverbio latino compuesto de *allius* é *ibi*= en otro lugar.

fogoso jovencillo que puso fuego nada menos que al palacio real de Persépolis (1).

Tenemos también en cierto modo, y para poder establecer comparaciones, nuestros debates parlamentarios, quiero decir, nuestros críticos de teatro; hasta nuestro drama puede llamarse también propiamente la Casa de los Comunes, á causa de lo mucho común que en ella vive, gracias á la chavacana introducción de las obscenidades francesas, que nuestro público devora tranquilamente hasta en la noche en que le han dado una comedia de Raupach, como una mosca que, arrojada de una olla de miel, se posa con el mejor apetito en una inmundicia y en ella acaba su banquete. Me acuerdo principalmente de que vi representar *Los Conversos* (2) de Raupach el invierno pasado en Hamburgo á los actores más insignes, seguramente con el mismo éxito que *Diabluras estudiantiles*, sordidez perfumada que le ofrecieron después en la misma tarde.

Pero en nuestro teatro prospera no sólo el estiércol, sino también el veneno. En efecto, oigo cómo se recitan en nuestras comedias las más sagradas costumbres y los más santos sentimientos de la vida en un tono licencioso y con tal volubilidad, que, al fin, hasta se acostumbra uno á considerarlos como las cosas más indiferentes; oigo esas canallescas declaraciones amorosas, los sentimentales lazos de la amistad trocados en

(1) Quizá se refiera á Uechtritz.

(2) *Die Bekcherten*.

villanos embustes; la sonriente llaneza empleada para engañar á padres ó á esposos, y ¡cómo puede llamarse á todo esto motivos estereotípicos de la comedia! ¡Ah! ¡Íntimo terror é insondable lástima se apoderan de mi, y dirijo angustiosas miradas á las pobres, inocentes y angelicales cabecitas de las que, en verdad, no sin consecuencias declaman tales cosas en el teatro!

Los lamentos que acerca de la caída y perdición de la comedia alemana, se exhalan suspirantes de los honrados corazones; el celo crítico de Tieck y de Zimmermann, que desempeñan el difícil trabajo de limpiar nuestro teatro, como Hércules los establos de Augias, pues nuestro teatro debe limpiarse en tanto que aun viven los bueyes; los esfuerzos de hombres altamente dotados, que quisieron fundar una comedia romántica, la excelente y oportuna sátira, como, por ejemplo, *El Ave del Paraíso*, de Robert, nada producirán: suspiros, consejos, ensayos, flagelaciones, todo hiere en el vacío, y cuanto sobre ello se diga, será verdaderamente predicar en desierto.

Nuestra cámara alta, la tragedia, muéstrase en mayor esplendor, quiero decir, respecto á bastidores, decoraciones y guardarropia; pero también en esto hay un límite. En el teatro romano se llegó á hacer bailar á los elefantes en la maroma, y á hacerles dar grandes saltos; pero el hombre no pudo llegar más allá; el imperio romano decayó, y con tal motivo, también decayó el teatro romano. En nuestro teatro, quizá no faltan bailes y saltos, que todavía perfeccionan los trágicos modernos; y como ya sucedió que una mujer, á fuerza de grandes sal-

tos, de pronto se convirtió en hombre, un poetilla femenino, verdaderamente silbable, trata de hacerlo, cuando con sus yambos cojos ensaya grandes saltos á lo Alejandro.



Puesto que hasta más tarde no he de ocuparme en la crítica del tema referente á la miseria de la literatura alemana, daré una jovial compensación intercalando los siguientes *xenies* (1), que han brotado de la pluma de mi insigne colega Immermann, y hace poco que me obsequió con ellos. Los que abundan en mi opinión, han de agradecerme seguramente que publique estos versos, teniendo yo también el gusto de presentarles, como expresión de mi propio pensamiento, algunas breves adiciones que señalo con asteriscos.

(1) Se llamaban *Xenies*, en griego, ciertos regalos que se hacían para renovar el derecho de hospitalidad, y el mutuo afecto entre familias é individuos, y en Alemania se aplicó á ciertas poesías que se dedicaban unos á otros escritores, invitando el que publicaba una obra á su colega á escribir algo en ella, y los que siguen, fueron escritos á invitación de Heine, que en 14 de Octubre de 1826, decía á Immermann: «Si quiere usted escribir algo en mis *Cuadros de viaje*, libre tiene en ellos el mejor sitio, y le ofrezco dos luises de oro de honorarios que me abona Campe por el pliego de impresión. Sería linda cosa. » *Los cuadros* ofrecen el sitio en que expongo al público cuanto tengo por conveniente. »

EL ERUDITO LITERARIO (1).

No más risa, no más gestos,
 Dinos luego, sin mentir,
 Cuándo vió Hans Sachs (2) el día,
 Cuándo ha muerto Weekherlin (3).

Dijo hinchado el hombrecillo :
 «¡Todos hemos de morir!»
 ¡Viejos, jóvenes, bien poco
 Llega de ellos hasta aquí!

Con corteza de tocino
 Su calzado hizo pulir :
 Pías dudas de poeta
 Devorando el infeliz.

* *Comentar si quieres, Fränzel (4),
 Que Lutero no entre aquí
 Que es pescado que no gana
 En manteca hecho freir.*

(1) La traducción literal de este epígrafe sería *El literato poético*, frase que no expresa la idea alemana.

(2) Pronúnciese *Jans Sajs*, uno de los célebres *Maestros cantores*.

(3) Pronúnciese *Vékjerlin*.

(4) La *ä* es una *e* francesa.

DRAMÁTICOS.

1.º

«¡Del público por vengarme,
No escribiré más tragedias!»
Injúrianos cuanto gustes,
Mas cúmplenos tu promesa.

2.º

Al teniente de á caballo
Las sátiras se perdonen,
Que afectos manda y sentencias
Formados en escuadrones.

3.º

Melpómene, á ser doncella
Sensible, llana y amable,
Casarte te aconsejara
Con ese tierno elegante.

4.º

El difunto Kotzebue (1),
En castigo á sus pecados,
Reaparece en esos mónstruos

(1) Fecundo poeta dramático alemán, pues la colección de sus obras ocupa unos cuarenta tomos en 8.º

Hoy sin medias ni zapatos.

Y si viejos ya, consiguen
El renombre de unos sabios,
Son las almas de los muertos
Que á las bestias transmigraron.

POETAS ORIENTALES.

De gran mérito es ahora
Arrullar á lo Saadí (1),
No le hallo, si se cometen
Lapsus á estilo de aquí.

Cantó al despuatar la aurora
Ruiseñor ó *filomela*,
Ahora, si el *būlbūl* silba,
A igual garganta me suena.

Viejo vate, me pareces
Capador cantarratones,
Silbas de mañana, y siguen
De cantorcillos la corte.

Por muy cómodo venera
Las vacas piadoso el indio,

(1) Célebre poeta persa, autor del *Gulistan*.

Que así junto á cada establo
Se puede hallar un Olimpo.

De los frutos que robaron
Del bosque y jardín de Schiras,
Comieron tanto los pobres
Que así gacelas vomitan.

* CAMPANADAS.

Ved allí al pastor obeso
Que al pórtico está de gala;
Que se le honre en su casulla,
Repica ya en la campana.

Y que á verle diligente,
Los ciegos y cojos vayan,
Quien tenga opresión, calambres,
Y las histéricas damas.

Blanco unguento si no cura,
Los males tampoco agrava,
Y hoy son todos los librereros
Los que el unguento despachan.

Si esto sigue y todo preste
Se hace adorar á distancia,

Pronto al seno de la Iglesia
 Retorne acaso mi alma.

Y venere á un *presens numen*,
 Y hasta obedezca allí un Papa;
 Pero aquí en *numen* se trueca
 Cualquiera *luz* (1) ordinaria.

ORBIS PICTUS.

¿Por qué no tendrán un cuello
 Del mundo los corruptores?
 ¡Un solo cuello, altos númenes,
 Curas, poetas, é histriones!

Voy por la mañana al templo
 A asistir á la comedia,
 Y por la noche al teatro.
 A que el sermón me convierta.

Hasta el mismo buen Dios pierde
 Para mí mucha importancia,

(1) En el original hay en el último verso *lumen* haciendo juego con *numen* del anterior, pero he tenido que traducirle, porque en castellano no se puede concordar adjetivo alguno con un nombre neutro, cosa ajena á este idioma, y corriente en el alemán que dice: *ordiniertes lumen*.

Al hacer miles de tontos
A su propia semejanza.

Cuando os doy gusto, señores,
Soy cual tejedor de lienzo;
Pero al ver que os desagrado
Caudal de bilis aumento.

«¡Cómo domina el idioma!»
Cosa es de morir de risa,
Sólo al ver los batimanes
Con que sus miembros desquicia.

Malas cosas sufrir puedo,
Pero lo que asco me da,
Es ver á un hombre adamado
Hacer papel de gañán.

* Pudiste un tiempo agradarme
Galanteando á Lucinda:
Mas, ¡oh amor desvergonzado,
Querer pecar con Maria!

En Inglaterra, en España,
Hoy de Brahama en las tinieblas,
Traje alemán y calzado,
Doquier en pedazos queda.

Cuando las damas escriben,

Barajan sus sufrimientos :
Mal parto, virtud no ilesta.....
¡ Ah ! pero ¡ qué al descubierto !

—
Dejad en paz á las damas ;
Aconsejadles que escriban ;
Pluma de autor en su mano,
No será al menos dañina.

—
Créelo, pronto el cristianismo
Será un cuarto de costura ,
Dirán cuentos las comadres
Y los oirán las criaturas.

—
Fuera Gengiskan (1), oh China,
Te hubiera ya aniquilado,
Pues tu maldito té hervido
Nos va, sin sentir matando.

—
Todos dejan los negocios,
Los gordos son cachazudos:
Embolsa, que los principios
Siempre tuvieron apuros.

—
Llena es la ciudad de cantos,
Estatuas, retratos, versos,

(1) En el original: *Dschingischan*. Alude á las tertulias literarias.

Y *Hanswurst* (1) con su trompeta
En la puerta grita: ¡Adentro!

—Sin medida y sin cesura,
Estos versos son muy malos.
—¿Querrá vistan uniforme
De Panduros literarios?

Dime: ¿cómo usas palabras
De tan grosero descoco?
Para cruzar el mercado
Es preciso emplear el codo.

«Mas también pusiste en verso
Una buena y gran verdad»:
Mézclense cultos y vulgo
Y el vulgo dominará.

Si os acosaren las moscas
Matadlas á palmetazos:
Cuando pasen estas rimas,
Sacudidlas gorro en mano (2).

(1) Pronúciase *Jans-vurst*. Es el Juan de las viñas, arlequín ó polichinela alemán, *Hanswurst* ó *Wursthans*, como se lee en el original, significa á la letra *Juan-morcilla*.

(2) He aquí algo como los saetas de nuestro Cano, pero como, por desgracia no siempre podemos comprender la alusión, algunas nada nos dicen.

III

IDEAS.



EL LIBRO LE GRAND.

(1826.)

*La familia de Orindur
del s6llo firme columna,
vivirá, si bien su fin
Naturaleza apresura.*

MÜLLNER.

EVELINA,

*recibe estas páginas en prueba de la amistad
y cariño del autor.*



CAPÍTULO PRIMERO.

Ella era amable, y él la amaba; pero él no era amable, y ella no le amaba.

(*Antigua obra dramática.*)

Señora, ¿conoce usted la antigua pieza? Es una pieza completamente extraordinaria, y quizá demasiado melancólica. Una vez hice en ella el primer papel, y lloraron todas las damas; sólo una no lloró, no lloró ni una sola lágrima, y ésta fué precisamente la sal de la pieza, la verdadera catástrofe.

¡Oh! Esta sola lágrima atormenta eternamente mi pensamiento; cuando Satán quiere perder mi alma, murmura en mi oído un canto á esta lágrima no llorada; canto fatal á que acompaña una melodía que no lo es menos. ¡Ah! Sólo en el infierno se oye cosa semejante!....

.....

Puede usted imaginarse, señora, cómo se vive en el cielo, tanto más, cuanto que está usted casada. Allí se divierte uno soberbiamente; se disfruta de todos los placeres posibles; se vive en bulliciosa alegría, tan perfectamente como Dios en Francia. Se está uno á la mesa desde la mañana á la noche, y la cocina es tan buena

como la de Jagor (1): los gansos asados revolotean con la salsera al picó, y se sienten halagados cuando se les devora (2); brillantes tortas de manteca crecen sin cultivo como los girasoles; por doquiera arroyos de caldo y de *champagne*; por doquier árboles en que flotan servilletas; se come y se limpia uno la boca, volviendo á comer sin estropearse el estómago; se cantan psalmos, ó se juega y bromea con los amables y tiernos angelitos, ó se va uno á pasear á la verde pradera del Aleluya; los blanco y flotantes vestidos le están á uno cómodamente, y no destruye nuestro sentimiento de felicidad dolor ni disgusto, ni aun cuando alguien por casualidad le pise á uno un ojo de gallo, y exclame: «Usted dispense (3)», sino que le sonreimos, como manifestando y asegurando: «Tú pisada, hermano, no me ha causado dolor; al contrario (4), mi corazón ha sentido, al recibirla, tan sólo un más dulce y celestial deleite.»

Pero del infierno, señora, no puede usted formarse idea. De todos los diablos sólo conoce acaso al más chiquito, al pequeño Beelzebú, al amor (5), el gentil testafarro del infierno, y á éste mismo sólo le conoce usted por el D. Juan (6), ese burlador de mujeres que tan mal

(1) Falta este inciso en la v. fr.

(2) La id. id. dice: *cuando se les quiere coger*.

(3) En el original: *Excusez*.

(4) En el id.: *au contraire*.

(5) En la versión francesa faltan los entrecomados que preceden.

(6) La versión francesa añade: *por la ópera del*

ejemplo dió, y para quien jamás le parece á usted aquél bastante ardiente, por más que nuestras direcciones de teatro, dignas de todo encomio, hacen consumir en pro suyo tanto aparato de llamas, lluvia de fuego, pólvora y colofonium (1), como puede apetecer cualquier buen cristiano en el infierno.

Entretanto, todo esto parece allí mucho peor de lo que creen nuestros directores de teatro, que, á saberlo, no hubieran hecho representar tantas obras detestables. En el infierno hace un calor completamente infernal, y cuando yo estuve allí por los días de la canícula, le hallé insoportable.

No tiene usted idea del infierno, señora. Recibimos de allí pocas noticias oficiales, pero es una calumnia lo de que las pobres almas tengan que estarse todo el día leyendo los malos sermones aquí arriba impresos. No se obra tan mal en el infierno (2); jamás meditará Satán un tormento tan refinado. Al contrario, la pintura del Dante es demasiado moderada, y en su conjunto sobrado poética.

El infierno me pareció una gran cocina burguesa con un interminable horno, en el que había tres filas de marmitas de hierro, y en éstas se hallaban los condenados puestos á cocer. En una de las filas estaban las almas de los pecadores cristianos, y ¿podrá usted creerlo?

(1) Resina.

(2) La versión francesa dice: *La vida del condenado no es tan dura.*

Su número no era muy pequeño, y los diablos atizaban bajo ellas el fuego con especial actividad. En la otra fila estaban los judíos, gritando sin cesar y á quienes los diablos hostigaban de cuando en cuando, como ocurría chistosamente con un obeso prestamista que, ya sin aliento, se quejaba del excesivo calor, y un diablillo le derramaba por la cabeza algunos cubos de agua fría, para que viera que el bautismo es un beneficio verdaderamente refrigerante.

En la tercera fila estaban los paganos, que, lo mismo que los judíos, no podían tener parte en la bienaventuranza, y debían ser eternamente achicharrados. Oí, como uno de éstos, á quien un diablo de cuatro garras ponía debajo nuevos carbones, exclamaba indignado desde dentro de su marmita: «Tratadme bien, yo fui Sócrates, el más sabio de los mortales, yo enseñé la verdad y la justicia y consagré mi vida á la virtud.» Pero el estúpido diablo de las cuatro garras, sin interrumpir su ocupación murmuraba: «Bah! todos los paganos han de arder, y para uno solo no vamos á establecer excepciones.»

Aseguro á usted, señora, que hacia un calor terrible y se oían unos gritos, unos sollozos, unos gemidos, unos gañidos, unos llantos (1), unos alaridos..... y á través de toda esta algarabía espantosa oíase distintamente la melodía fatal de la canción de la lágrima no llorada.

(1) La versión francesa sustituye: *contorsiones y rechina-*
mientos.

CAPÍTULO II.

Ella era amable, y él la amaba; pero él
no era amable, y ella no le amaba.

(*Antigua obra dramática.*)

Señora, la antigua pieza es una tragedia, aunque su héroe no es asesinado ni se suicida. Los ojos de la heroína son bellos, muy bellos. ¿No percibe usted, señora, aroma de violeta? Son muy bellos, y tan aguzados que atravesáronme el corazón como puñales de vidrio (1), y salieron seguramente por mi espalda, mirando en sentido contrario; pero no morí al golpe de esos ojos que á traición asesinan. La voz de la heroína era también bella. ¿No escucha usted, señora, que en este momento trina un ruiseñor? Una voz bella, sedosa, un tejido dulce de sonidos radiantes, en que mi alma quedó envuelta, se ahogaba y retorció. Yo mismo—es el Conde del Ganges quien habla ahora, y la historia ocurre en Venecia—yo mismo me sentí más de una vez cansado de tales tormentos, y pensé hasta en dar fin (2) en el primer acto de la obra, haciendo saltar mi caperuza de loco

(1) *Glaserne* callado en la versión francesa.

(2) La versión francesa añade: *á la historia.*

juntamente con la cabeza, y me dirigí á una tienda de lujo de la *vía Bursta*, donde hallé un hermoso par de pistolas expuestas en el escaparate.

Aun lo recuerdo bien, estaban al lado de muchos alegres juguetes de nácar y oro, de corazones de hierro con áurea cadenita, de tazas de porcelana con tiernas inscripciones, de tabaqueras con lindas figuras, tales como la divina historia de Susana, el canto del cisne de Leda, el robo de las sabinas, Lucrecia, gruesa virtud humana, con el seno desnudo, en que se clava el puñal tardío, la difunta Bethmann (1), la bella Ferronière, todos ellos tentadores semblantes; pero compré las pistolas, sin regatear mucho; compré también pólvora y balas y me fuí á la cueva del *signor Inmodesto* (2), donde me hice servir ostras y un vaso de vino del Rhin.

No podía comer y mucho menos beber. Ardientes lágrimas cayeron en el vaso, y en él vi la amada patria, el azul y sagrado Ganges, el siempre radiante Himalaya, los gigantescos bosques de bananos, por cuyas frondosas avenidas cruzaban los prudentes elefantes y los blancos peregrinos; vi extrañas y quiméricas flores, que me compadecían en silencio; doradas y maravillosas aves chillaban salvaje y alegremente; los brillantes rayos del sol y los locos y dulces gritos de los risueños (3) menos me saludaban con cariño. Resonaban en las lejanas

(1) Falta este enciso en la versión francesa.

(2) *Inmodesto* (*Unbescheiden*), pero en la versión francesa se lee *Zampetto* (*salchichón de Módena*).

(3) La versión francesa dice: *traviesos* (*lutins*) pero el original *lachenden*.

pagodas las piadosas plegarias de los sacerdotes, y como fundida con ellas la quejumbrosa voz de la sultana de Delhi, que, sobre sus tapices, corría de arriba abajo como el vendabal, rasgaba su plateado velo, arrojaba al suelo á su esclava negra, provista del abanico de plumas de pavo real, lloraba, se enfurecía, gritaba..... Pero no podía comprenderla. La cueva del *signor Inmodesto* dista tres mil leguas del harén de Delhi, y además hacía tres mil años que había muerto la bella sultana..... Y yo bebía afanosamente el claro, el alegre vino, y mi alma se iba poniendo cada vez más sombría y triste..... Yo estaba condenado á muerte.

Cuando subía de nuevo la escalera de la cueva, oí doblar la campana de los ajusticiados. Giraban avanzando las oleadas de la multitud, mas yo me coloqué en la esquina de la *strada San Giovanni* y recité el siguiente monólogo:

En los romances hay áureos castillos,
Do suenan arpas, bailan las doncellas,
Brillan lujosos pajes, los jazmines,
La rosa, el mirto, exhalan sus esencias.....
No más que una palabra misteriosa
Polvo, en un punto, esta hermosura trueca
Queda sólo un montón de viejas ruinas,
Aves nocturnas y lagunas negras.
También yo así con sólo una palabra
Desencanté feraz naturaleza.

Ahora yace sin vida, mustia, inerte,
Cadáver régio envuelto en sus preseas,
De rojo embadurnadas las mejillas,
Y cuya mano el áureo cetro aferra.
Mas sus labios ved mustios, amarillos,
Que olvidaron teñir de igual manera;
Saltan en torno á su nariz ratones,
Y del cetro se burla su insolencia.

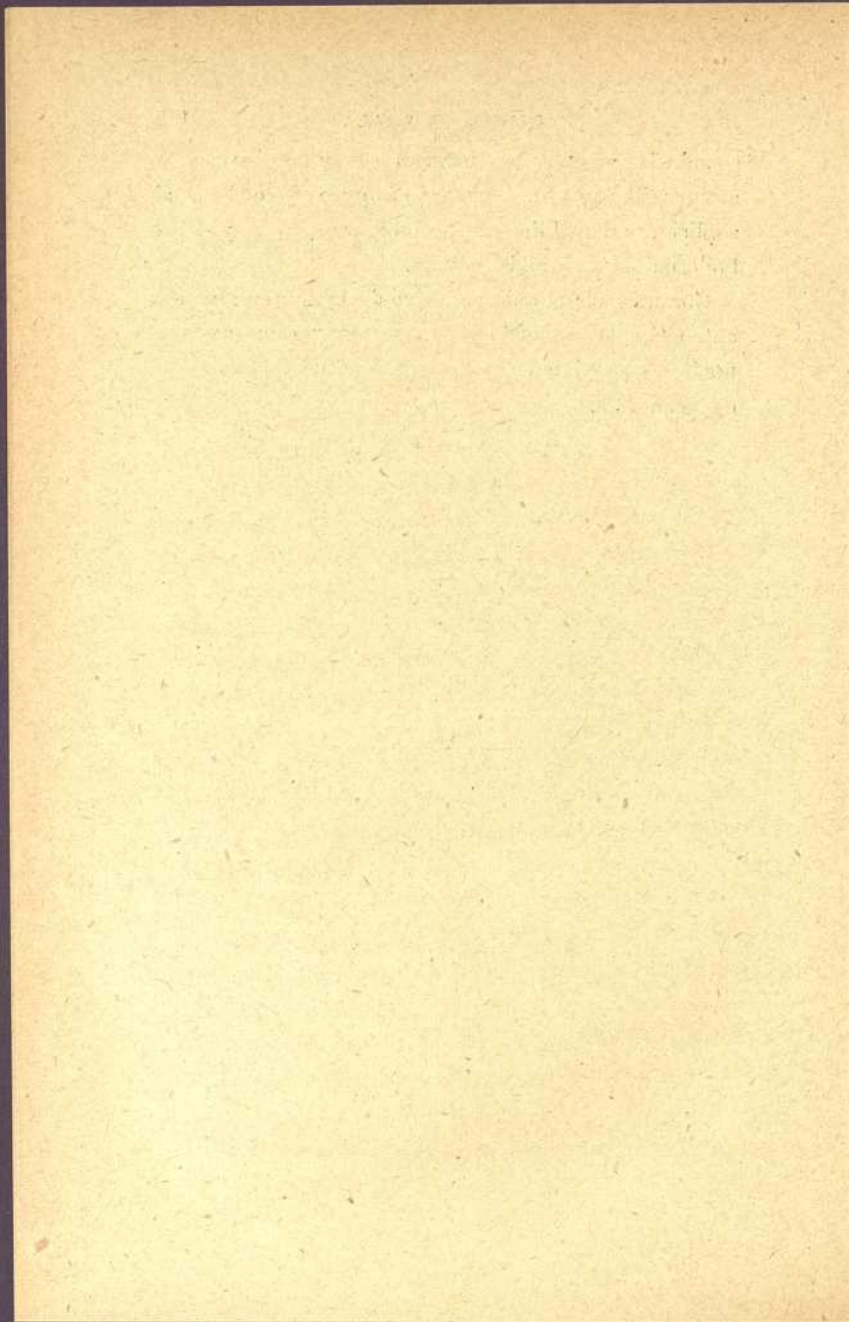
Es cosa generalmente admitida esto de recitar un monólogo antes de levantarse la tapa de los sesos. La mayoría de los hombres utiliza en semejante caso el de Hamlet: *Ser ó no ser*..... Es un buen pasaje y de buena gana le hubiera citado aquí, pero cada uno se prefiere á sí mismo, y cuando, como yo, se han escrito también tragedias, en las que hay tales discursos de despedida de la existencia, como, por ejemplo, en la inmortal *Almanzor*, es muy natural que prefiera uno sus propias palabras á las de Shakespeare. En todo caso tales discursos son de aplicación utilísima; al menos con ellos se gana tiempo.

Y ocurrió que me quedé algunos instantes parado en la esquina de la *strada San Giovanni*, y hallándome allí, como un sentenciado que camina al suplicio, de pronto ¡la vi!

Llevaba su vestido de seda azul y su sombrero rosa encendido; sus ojos me miraron tan dulces, de un modo que vencían á la muerte y obsequiaban con la vida..... Señora, bien sabe usted por la historia romana, que,

cuando las vestales encontraban en su camino, en la antigua Roma, á un condenado á quien se conducía al suplicio, tenían el derecho de otorgarle gracia, y el pobre criminal conservaba la vida.

Con una sola mirada me salvó de la muerte; estaba ante ella como animado por nuevo ser y como deslumbrado por el sol de su hermosura. Pasó adelante..... y me dejó con vida.



CAPÍTULO III.

Y me dejó con vida, y vivo, que esto es lo principal.

Gocen otros la dicha de que sus amadas adornen su tumba con guirnaldas de flores y la rieguen con lágrimas de fidelidad.

—¡Oh, mujeres, aborrecéme, reíos de mí, rechazadme, pero dejadme vivir!

La vida es harto alegre y dulce, y el mundo tan deliciosamente embrollado, que viene á ser el sueño de una embriagada divinidad que se despide á la francesa del banquete de los dioses y se va á dormir á un astro solitario, sin saber que va creando lo que sueña....., y las imágenes de su sueño se ofrecen unas veces locamente abigarradas, otras con racional armonía.....: la *Iliada*, Platón, la batalla de Marathon, Moisés, la Venus de Médicis, el Münster (1) de Strasburgo, la revolución francesa, Hegel, los buques de vapor, etc., son pensamientos aislados en este sueño creador de la divinidad.....; pero no dura mucho, el dios se despierta, restriégase los soñolientos ojos, y sonríe.....; y este mundo se precipitará en la nada; sí, ¡jamás ha existido!

(1) La catedral.

¡Me es igual, yo vivo! No soy más que la creación de un sueño, pero mejor es esto que la fría, negra y vacía nada de la muerte. La vida es el mayor de los bienes y la muerte el peor de los males. Búrlense cuanto quieran los tenientes de guardias de Berlín, y llamen cobardía el que retroceda el príncipe de Homburgo al ver su tumba abierta. Enrique Kleist tenía, no obstante, tanto valor como sus bien acordonados camaradas de alto pecho, y lo probó desgraciadamente. Pero todos los hombres esforzados aman la vida. El Egmont de Göthe no se separa gustoso «de la amiga costumbre de vivir y obrar». El Edwin de Immermann se ase á la vida «como la criatura al seno de la madre», y por más que le parezca duro vivir por gracia ajena, la implora sin embargo:

«Que es vivir, respirar, el bien supremo.»

Quando Ulises ve á Aquiles en el mundo inferior siendo caudillo de los difuntos héroes, y habla con encomio de su gloria entre los vivos y de su autoridad entre los muertos, contéstale éste:

«No hables de muerte en mi consuelo, Ulises!
 Antes quisiera laborear los campos,
 Ser un mendigo, sin herencia y bienes,
 Que el enjambre mandar de muertos vanos» (1).

Sí; cuando el mayor Duvent desafié á pistola al gran

(1) Homero. *Odisea*. Canto XI.

Israel Löwe, y dijo: « Si no viene usted, señor León (1), será usted un perro! » — Contestó Löwe: — « Más quiero ser un perro vivo que un león muerto. » Y tenía razón..... Me he batido con harta frecuencia, y puedo permitirme decirlo (2).

¡Dios sea loado! ¡Vivo! Hierve en mis venas el rojo licor de la vida, palpita bajo mis pies la tierra, estrecho con amoroso ardor á árboles y estatuas, y se tornan vivientes en mis brazos. Cada mujer es para mí un mundo que se ofrece; devoro las melodías de su semblante, y con una sola mirada de mis ojos puedo gozar más que otros en la plenitud y alcance de su organismo durante toda su vida. Cada instante es para mí, en efecto, una eternidad; yo no mido el tiempo con la vara de Brabante ó con la pequeña de Hamburgo, ni necesito que sacerdote alguno me prometa una segunda vida, puesto que me es dado gozar bastante de ella, con sólo *retrovivir* (3) en la vida de mis antepasados, y me conquisto la eternidad en el reino de lo que fué.

¡Y yo vivo! La gran pulsación de la Naturaleza late aún en mi pecho, y si exhalo un grito de alegría me contesta un millar de ecos. Oigo millares de ruiseñores. Les ha enviado la primavera para despertar á la tierra de su sueño matinal, y la tierra se estremece de gozo; sus flores son himnos que al sol dirige en su entusiasmo..... El

(1) Significado de Löwe.

(2) Este párrafo falta en la versión francesa.

(3) Permitaseme el neologismo, tan legítimamente formado como *retrotraer* y *retroceder*.

sol se mueve con harta lentitud ; quisiera yo flagelar sus corceles de fuego para que galoparan con más rapidez..... Pero cuando se sumergen en el mar piafando, y la augusta noche se eleva con sus abiertos y anhelantes ojos, ¡oh! entonces comienzo á sentir en mi el placer verdadero; cual acariciadoras doncellas penetran los vientos de la tarde en mi corazón rugiente, me hacen señas los astros, y me elevo flotando por encima de esta raquítica tierra, y de los raquíticos pensamientos de los hombres.

CAPÍTULO IV.

Pero al fin llegará el día, y se extinguirá el fuego en mis venas, el invierno habitará en mi pecho, sus blancos copos revolotearán acá y allá en torno de mi cabeza, y sus nieblas velarán mis ojos. Descansarán mis amigos en sus tumbas, ya cubiertas de verdura; yo solo sobreviviré como solitaria espiga olvidada por el segador; una generación nueva habrá surgido con nuevas aspiraciones y nuevas ideas; lleno de admiración escucharé nuevos nombres y nuevos cantos; los antiguos nombres se habrán olvidado, yo mismo lo estaré ya; quizá aun me honren algunos, muchos se burlen de mí y ninguno me ame. Vendrán á mí, saltando, niños de mejillas de rosa, pondránme la vieja arpa en la temblorosa mano, y diránme riendo: «¡ Viejo perezoso, hace ya mucho que estás callado; vuelve á cantarnos las canciones de los sueños de tu juventud! »

Entonces tomaré el arpa, despertaránse antiguos dolores y alegrías, rasgaráse la niebla, nuevas lágrimas brotarán de mis muertos ojos, la primavera latirá de nuevo en mi seno, dulces sonidos melancólicos flotarán en las cuerdas del arpa, volveré á ver el río azul y el

marmóreo palacio, los hermosos semblantes de damas y doncellas, y cantaré las flores del Brenta.

Este será mi último canto; las estrellas me contemplarán como en las noches de mi juventud; la amada luz de la luna besará de nuevo mis mejillas; el coro de los espíritus de los muertos ruiseñores gorjeará á lo lejos, cerraránse mis ojos ebrios de sueño, mi alma se exhalará como los sonidos de un arpa....., exhalarán su aroma las flores del Brenta.

Un árbol sombreará la losa de mi tumba. Quisiera que fuese una palmera, pero éstas no prevalecen en el Norte. Será, pues, un tilo, y en las noches del estío se sentarán allí á platicar los enamorados; el canario que, columpiándose en las ramas, les espíe será discreto, callará, y mi tilo susurrará cariñoso sobre las cabezas de los felices que lo son tanto, que ni aun tiempo tienen para leer la inscripción de la blanca losa de la tumba. Pero si más tarde pierde el amante á su amada, y vuelve otra vez hasta el bien conocido tilo, y suspira y llora y contempla largo tiempo y con frecuencia la mortuoria losa, leerá esta inscripción: **Él amaba las flores del Brenta.**

CAPÍTULO V.

Señora, he engañado á usted. Yo no soy el conde del Ganges. En mi vida vi el sagrado río, nunca la flor del loto que se retrata en sus piadosas ondas. Jamás soñé tendido bajo las índicas palmeras, ni me prosterné á orar ante el dios de los diamantes, Jaggernaut, que fácilmente pudiera haberme ayudado con ellos. Tanto he estado yo en Calcuta como el asado de su nombre que ayer comí. Pero procedo del Indostán, y por esto me siento tan bien en los dilatados bosques de cantos de Valmiki; los heroicos dolores del divino Rama conmueven mi corazón como un dolor conocido; de las floridas canciones de Calidasa surgen ante mí los más dulces recuerdos, y cuando, hace algunos años, me mostró en Berlín una bondadosa dama las lindas pinturas que su padre, que había sido durante largos años gobernador en la India, había traído de allí, parecíanme aquellos rostros, delicadamente pintados y rebosando tranquila beatitud, tan conocidos, que creía contemplar mi propia galería de familia.

Francisco Bopp, señora—pues seguramente habrá usted leído su *Nalus* y su *Sistema de conjugación del sanscrit*—me ha proporcionado muchos datos acerca de mis

mayores, y sé ahora positivamente que he surgido de la cabeza de Brahma y no de sus ojos de gallo; y hasta presumo que todo el Mahabarata, con sus doscientos mil versos, es meramente una alegórica carta de amor que mi tatarabuelo escribió á mi tatarabuela..... ¡Oh! se amaban mucho, sus almas se besaban, se besaban con los ojos; eran dos, pero sólo un beso!.....

Un encantado ruiseñor está posado en un rojo árbol de coral en el tranquilo Océano, y entona una canción sobre el amor de mis abuelos; las perlas miran curiosas desde sus conchas, las maravillosas flores marinas estremécense melancólicas; los prudentes caracoles vienen arrastrándose con sus matizadas torrecillas de porcelana á la espalda; las rosas marinas se ruborizan, las amarillas y esquinudas estrellas de mar y los moluscos cristalinos y multicolores se agitan y prolongan, y todo hormiguea y espía.

No obstante, señora, el canto del ruiseñor es demasiado largo para que aquí pueda reproducirse; es tan extenso como el mundo mismo; sólo la dedicatoria á Anangas, dios del amor, es tan larga como todas las novelas de Walter Scott juntas, y á esto alude un pasaje de Aristófanes, que dice en alemán:

«Tiotio, tiotio, tiotinx

»Totototo, totototo, tototinx.»

(Traducción de Voss.)

No, yo no he nacido en la India; vi la luz primera

las márgenes del hermoso río, donde la locura crece sobre verdes montañas, y en otoño se la recolecta, se la prensa, envasa y envía al extranjero. En verdad, que ayer le oí á uno decir la locura de que en el año 1811 había estado en un racimo que yo mismo vi crecer entonces en el *Johannisberg* (1). Pero se consume en el país mismo mucha locura, y los hombres son en él como en todas partes: nacen, comen, beben, duermen, rien, lloran, calumnian, se aplican afanosamente á propagar su especie, procuran parecer lo que no son y hacer lo que no pueden, no se afeitan nunca hasta no tener barba, y suelen tener barba antes que juicio, y, cuando le tienen, se embriagan con la locura blanca ó tinta.

¡Dios mío! si hubiera en mí tanta fe que pudiese transportar las montañas, el *Johannisberg* sería precisamente la que llevara conmigo por doquiera. Pero mi fe no es tan fuerte, tiene que venir la imaginación en su auxilio y transportarme rápidamente á las márgenes del bello Rhin.

¡Oh! éste es un hermoso país lleno de amabilidad y de sol. En la corriente azul se retratan las montañosas orillas con sus ruinas de fortalezas, sus bosques y sus ciudades arqueológicas. Allí los burgueses se sientan ante la puerta de su casa en las tardes de verano, beben en grandes jarros y charlan amistosamente de que, gracias á Dios, el vino se presenta bien, de que deben

(1) Pronúnciese *Yojannisberg* (la g final suave). Montaña de San Juan.

ser públicos los actos de los Tribunales; de cómo guillotinaron sin más ni más á María Antonieta; de cómo los impuestos sobre el tabaco le han encarecido; de cómo todos los hombres son iguales, y de cómo Görres (1) es una buena pieza.

Jamás me he cuidado de tales conversaciones, y con más gusto me sentaba con las jóvenes á la abovedada ventana y reía de su risa hasta hacer que me arrojaran á la cara sus flores, y me hacía el enfadado hasta que me contaban sus secretos ó alguna otra historia importante.

La hermosa Gertrudis se volvía loca de alegría cuando yo me sentaba á su lado; era una muchacha como una rosa encendida, y cuando un día se arrojó á mi cuello, creí que iba á arder y evaporarse entre mis brazos. La bella Catalina se deshacía en melodiosa ternura cuando me hablaba, y sus ojos eran de un azul tan puro, tan íntimo, como jamás le he hallado en hombres ni animales, y sólo rara vez en las flores; ¡con qué gusto se los miraba, y en cuántas dulzuras podía pensarse mirándolos!

Pero la hermosa Eduvigis me amaba; pues cuando yo me acercaba á ella, bajaba la cabeza mirando al suelo hasta que su negra cabellera caía sobre su rostro cubierto de rubor, y relampagueaban sus brillantes ojos como las estrellas en obscuro cielo. Sus pudorosos labios no decían una palabra, y tampoco yo podía decirle cosa al-

(1) Poeta católico de Munich

guna. Yo tosía y ella temblaba. A veces me suplicaba, por medio de sus hermanas, que no trepara con tal celeridad á las rocas, que no me bañara en el Rhin estando acalorado por haber corrido ó bebido. Escuché una vez su devota plegaria ante una pequeña imagen de María, adornada con oropeles y alumbrada por una lamparita que se hallaba colocada en un nicho sobre el dintel de la puerta, y oí claramente que rogaba á la madre de Dios, que *le* impidiese trepar, beber y bañarse. Seguramente me hubiera enamorado de la hermosa muchacha si hubiera estado indiferente conmigo; mas estuve indiferente con ella porque sabía que me amaba. Señora, quien quiera que yo le ame, debe tratarme como á un canalla.

La bella Juana era prima de las tres hermanas, y yo me sentaba gustoso á su lado. Sabía las más hermosas tradiciones, y cuando, desde la ventana señalaba con su blanca mano los montes donde todas aquellas cosas que referia habían ocurrido, me hallaba bajo el poder de un encanto: los antiguos caballeros salían visiblemente de sus castillos arruinados y resonaban sus férreas armaduras, *Lorelei* estaba á su vez en la cumbre de la montaña y cantaba desde allí su dulce y pernicioso canción, el Rhin murmuraba grande y tranquilo á la vez que provocativo y medroso, y la bella Juana me miraba de un modo tan extraño, tan íntimo, tan misteriosamente triste, como si ella misma fuera un personaje del cuento que en aquel momento narraba.

Era una joven alta y pálida, estaba mortalmente en-

ferma, abstraída, sus ojos eran claros como la misma verdad, sus labios piadosamente arqueados, y en los rasgos de su semblante estaba escrita una gran historia, pero una historia santa. ¿Acaso una leyenda de amor? No lo sé ni jamás tuve valor para preguntárselo. Cuando la contemplaba largo tiempo, me serenaba y tranquilizaba, como si fuera apacible día de fiesta en mi corazón, y los ángeles celebraran en él los divinos oficios.

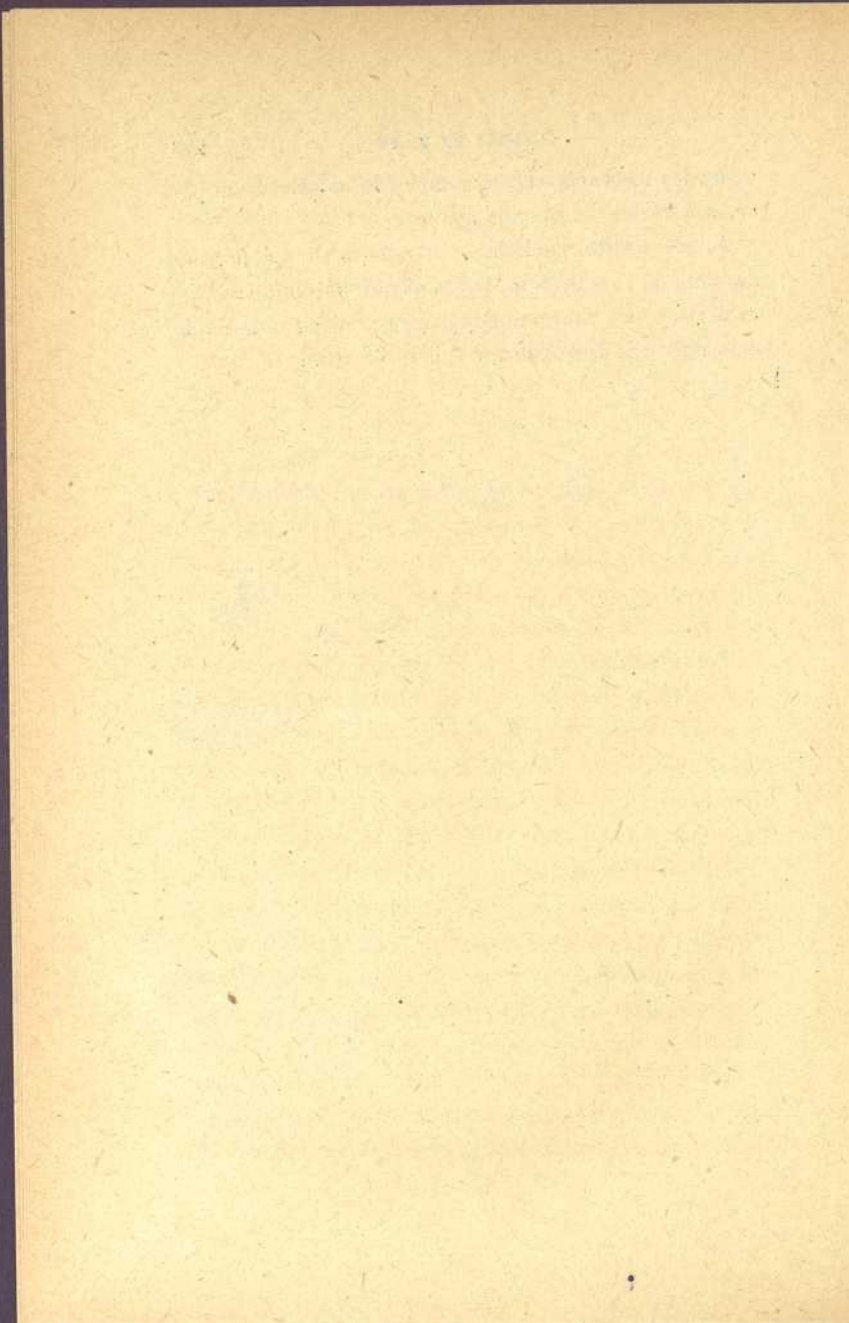
En aquellas serenas horas le contaba yo sucesos de mi infancia y ella los escuchaba siempre seriamente, y, ¡cosa rara! cuando yo no podía acordarme de un nombre, me le recordaba ella. Si entonces le preguntaba yo admirado, de dónde sabía tales nombres, me contestaba sonriendo que los había aprendido de los pájaros que anidaban entre los ladrillos de su ventana, y me quería hacer creer también que éstos eran los mismos pájaros que yo un tiempo cuando niño comprara con el dinero de mi bolsillo á los crueles muchachos del campo, y á quienes dejara volar libremente. Pero creo que ella lo sabía todo, porque estaba tan pálida, y en realidad murió pronto. También sabía cuándo iba á morir, y deseaba que yo la abandonase antes de este día. Al separarnos me dió sus dos manos.....; eran unas manos blancas, suaves, puras como una hostia, y me dijo: «Tú eres muy bueno, pero si te haces malo, acuérdate de la difunta niña Verónica.»

¿Le habrían revelado también los parleros pajarillos este nombre? Con frecuencia en esas horas anhelosas de

recuerdos me había estado rompiendo la cabeza sin poder acordarme del querido nombre.

Ahora, puesto que le he recobrado, vuelva á florecer para mí, al menos en mi pensamiento, mi infancia primera; soy otra vez un niño y juego con otros en la plaza del castillo de Düsseldorf, á orillas del Rhin.





CAPÍTULO VI.

Si, señora, allí he nacido y lo hago constar expresamente por si llega el caso de que, después de mi muerte, siete ciudades: Schilda, Krähwinkel, Polkwitz, Bockum, Dülken, Göttinga y Schöpenstedt, se disputen la honra de ser mi patria.

Düsseldorf es una ciudad situada á orillas del Rhin, en que viven 16.000 personas y en que yacen sepultados muchos centenares de millares más. Y entre estas últimas hay algunas que, según decía mi madre, más valiera que viviesen aún, tales como mi abuelo, mi tío, el viejo Sr. de Geldern y aun el joven Sr. de Geldern, que tan famosos doctores fueron ambos, que á tantos salvaron de la muerte, y no obstante tuvieron ellos que morir. La piadosa Úrsula, que de niño me llevara en sus brazos, también yace allí enterrada, y crece un rosal sobre su tumba; gustaba tanto en vida del olor de la rosa, que su corazón era solamente perfume de rosa y bondad. También descansa allí el viejo y prudente canónigo. ¡Dios mío, qué miserable aspecto tenía la última vez que le vi! No era más que espíritu y emplastos, y estudiaba no obstante noche y día como temiendo que los

gusanos echaran de menos algunas ideas en su cerebro.

También yace allí el niño Guillermo, y yo tengo de ello la culpa. Éramos compañeros de colegio en el convento de los franciscanos, jugábamos en el mismo sitio en que corre el Düssel entre muros de piedra, y le dije:

— «Guillermo, saca á ese gatito que acaba de caerse»; saltó alegremente sobre la tabla que cruzaba el arroyo, sacó el gatito del agua, pero se cayó él, y cuando le extrajeron estaba calado y muerto, mientras que el gatito vivió mucho tiempo aún.

La ciudad de Düsseldorf es muy bella, y cuando se piensa en ella desde lejos, y por casualidad ha nacido uno allí, experimenta sentimientos extraños. Yo he nacido en ella, y me parece que debiera volver al punto á mi patria. Y al hablar de ir á mi patria pienso en la calle de Bolker y en la casa en que nací.

Esta casa será algún día muy notable, y he mandado decir á la anciana señora que la posee, que no debe venderla de ningún modo. Apenas le darían hoy por toda la casa lo que importarán sólo las propinas que algún día den á la criada algunas distinguidas inglesas cubiertas con su velo verde, porque les enseñe el cuarto en que vi la luz primera, el gallinero en que mi padre solía encerrarme cuando le goloseaba las uvas, y la puerta oscura en que mi madre me enseñaba á escribir las letras con tiza. ¡ Ah, Dios mío, si he llegado á ser un escritor reputado, cuánto trabajo no costó á mi pobre madre!

Pero mi gloria duerme hoy todavía en el seno de un

bloque de mármol de Carrara; el pobre laurel con que se ha adornado mi frente no ha esparcido aún su aroma por el mundo todo, y cuando las distinguidas inglesas del velo verde vienen á Düsseldorf, pasan sin reparar en la célebre casa, y van directamente á la plaza del mercado á contemplar la negra y colosal estatua ecuestre que se eleva en su centro, y que trata de representar al príncipe elector Jan Wilhelm (1), que viste negro arnés y dilatadísima y colgante peluca.

Siendo muchacho oí referir que el artista que fundió la estatua, observó con terror al vaciar el líquido, que no tenía suficiente metal, y entonces los vecinos de la ciudad acudieron llevándole sus cubiertos de plata para completarla. Pues yo me pasaba las horas muertas delante de la estatua, y me devanaba los sesos calculando cuántos cubiertos de plata echarían y cuántas tortas de manzana se pudieran haber comprado con toda aquella plata.

Entonces constituían mi pasión las tortitas de manzana, ahora la constituyen el amor, la verdad, la libertad y la sopa de cangrejos; y precisamente, no lejos de la estatua del elector, á la esquina del teatro, acostumbraba á ponerse un pobre diablo extraordinariamente atezado, con sus piernas en forma de sable, blanco delantal y una cesta suspendida del cuello llena de las bien olientes tortitas de manzana, que con irresistible voz de soprano, elogiaba así: «¡Tortitas de manzanas tierneci-

(1) Pronúnciese: *Jan Vilhelm* (Juan Guillermo).

tas, acabadas de salir del horno! ¡Qué bien huelen!»

Verdaderamente, cuando en época posterior ha querido el diablo acercarse á mí, ha hablado en aquella atractiva voz de soprano, y no hubiera podido permanecer doce horas completas en casa de la *signora Giulietta* si ella no hubiese adoptado el dulce y oloroso tono de las tortitas de manzana. Aunque es seguro que no me hubieran atraído tanto las tortas de manzana, si el elevado Hermann no las hubiera cubierto tan misteriosamente con su blanco delantal. Los delantales son los que..... me extravían de mi asunto, pues hablaba de la estatua ecuestre que tenía tantos cubiertos en el cuerpo, sin una cucharada de sopa, y representaba al príncipe elector Jan Wilhelm.

Este había sido un buen señor muy amante de las artes y aun hombre muy hábil. Él fundó la galería de pinturas de Düsseldorf, y en el observatorio de la misma se enseña todavía una copa de madera sumamente artística, guardada en su estuche (1), que él mismo cincelara en sus ratos de ocio, que eran las veinticuatro horas del día.

Entonces no eran los príncipes todavía gentes atormentadas como ahora; la corona les crecía firme en la cabeza; por la noche la cubrían con un gorro de dormir, y dormían tranquilos; á sus pies dormían tranquilos los pueblos, y al despertar por la mañana, le decían éstos:—«¡Buenos días, padre!» y aquéllos contestaban:—«¡Buenos días, queridos hijos!»

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

Pero de pronto cambiaron las cosas. Cuando una mañana despertamos en Düsseldorf, y quisimos decir: «¡Buenos días, padre!» el padre había partido; en toda la ciudad no reinaba más que una muda estupefacción: todo tenía un aspecto fúnebre, y la gente se deslizaba en silencio hacia la plaza, y leía el largo cartel pegado en la puerta de la Casa Consistorial. Hacía un día sombrío, y el flaco sastre Kilian vestía aun su traje de Nankin, que sólo llevaba en casa, las medias de lana azul se le caían, descubriendo tristemente sus desnudas pierrecillas; sus delgados labios temblaban, en tanto que murmuraba para sí lo que el cartel decía. Un viejo inválido del Palatinado leía casi en voz alta, y de cuando en cuando le caía una brillante lágrima sobre su blanco y honrado bigote. Yo estaba junto á él y también lloraba, mas le pregunté por qué llorábamos. Entonces me contestó: — «El elector da gracias.....» y á poco siguió leyendo: «á sus súbditos por su probada lealtad..... y os desliga de vuestros juramentos.....» Y se puso á llorar aun más fuerte.

Es extraño ver que, un anciano, vestido de antiguo uniforme y con el rostro de soldado cubierto de cicatrices, llore de repente con tal fuerza. Mientras leíamos, quitaron el escudo de armas del elector de la Casa Consistorial; todo tomó un aspecto angustioso y desolado, como si se esperase un eclipse de sol; los señores Consejeros se paseaban lentamente, con aire de cesantes; hasta el omnipotente comisario de policía miraba, como si nada más tuviera que mandar, y permanecía allí tan

pacíficamente indiferente, aunque el loco Eloy bailoteaba sobre un pie, y con estúpidos gestos recitaba los nombres de los generales franceses, mientras el beodo y sinuoso Gumpertz se revolcaba en el arroyo cantando *¡ça ira, ça ira!* (1)

Pero yo me fuí á casa llorando y exclamando: «el príncipe elector da gracias.» Mi madre quiso tranquilizarme, mas yo sabía lo que sabía y no me dejé convencer, yéndome á acostar llorando.

Por la noche soñé que el mundo tocaba á su fin. Los bellos jardines floridos y las praderas verdes eran despegados de la tierra y enrollados como tapices; el comisario de policía estaba subido en una alta escala y descolgaba el sol del cielo; el sastre Kilian se hallaba allí cerca, y decía para sí: —«Vamos á casa, tengo que vestirme elegantemente, pues estoy muerto y hoy me han de enterrar.» Cada vez se oscurecía más el cielo, algunas estrellas brillaban escasamente en el espacio, y caían también como las amarillas hojas en otoño; poco á poco iban desapareciendo los hombres; yo, pobre niño, vagaba de un lado á otro lleno de angustia; me detuve al fin ante el pajar de una desierta casa de labranza, y vi allí á un hombre que con la azada removía la tierra, y junto á él una aborrecible y maliciosa mujer, que llevaba en el de-

(1) En la versión francesa se lee, en vez de *con aire de cesantes, con semblantes desengomados* (dégommées), y al fin, el canto de Gumpertz, en vez de la canción revolucionaria *ça ira, ça ira*, que hay en el texto alemán, es: *Malboroguh se va á la guerra*.

lantal algo como la cabeza cortada de un hombre, era la luna que colocaron cuidadosamente en la fosa abierta; y tras de mí se hallaba el inválido del Palatinado que sollozaba y delectaba:—«El príncipe elector da gracias.»

Cuando me desperté, reaparecía el sol, como de costumbre, penetrando por la ventana; en la calle se oían tambores; y cuando entré en su cuarto y dí los buenos días á mi padre, que estaba cubierto con blanco peinador, oí al corretón peluquero, mientras le rizaba los bucles, contarle, que aquel mismo día sería jurado en la Casa Consistorial el nuevo gran duque Joachim; que éste era de la mejor familia; que había tomado por esposa á la hermana del emperador Napoleón, y que realmente tenía mucho garbo y llevaba rizada en bucles su hermosa cabellera negra, y por último, que á su entrada había de agradar con seguridad á todas las mujeres.

Entretanto el tambor continuaba sonando; salí á la puerta de casa y vi marchar las tropas francesas, á ese alegre pueblo de la gloria, que atravesó el mundo cantando y tocando; los rostros graves y serenos de los granaderos, sus gorros de oso, sus escarapelas tricolores, sus brillantes bayonetas; la infantería ligera, llena de jovialidad y pundonor, y el inmenso tambor mayor, cubierto de bordados de plata, que sabía arrojar su bastón de porra dorada hasta un piso principal y su mirada hasta un segundo, á cuyas ventanas asomaban bellas jóvenes. Me regocijé al pensar que tendríamos alojados, lo que no agradaba á mi madre, y me fui corriendo á la plaza del mercado.

Tenía ésta un aspecto completamente distinto; como si el mundo hubiera sido revocado de nuevo. Un nuevo escudo pendía de la Casa Consistorial; la balaustrada de hierro del balcón estaba cubierta con una colgadura de terciopelo bordado; los granaderos franceses montaban la guardia; los viejos señores consejeros tenían nueva cara, vestían su traje de día de fiesta, mirábanse á la francesa y se decían: *bon jour*. Todas las ventanas estaban llenas de señoras; burgueses curiosos y brillantes soldados llenaban la plaza, y yo, juntamente con otros muchachos, me encaramé sobre el gran caballo del elector y contemplé desde allí el abigarrado hormiguelo de la plaza del mercado.

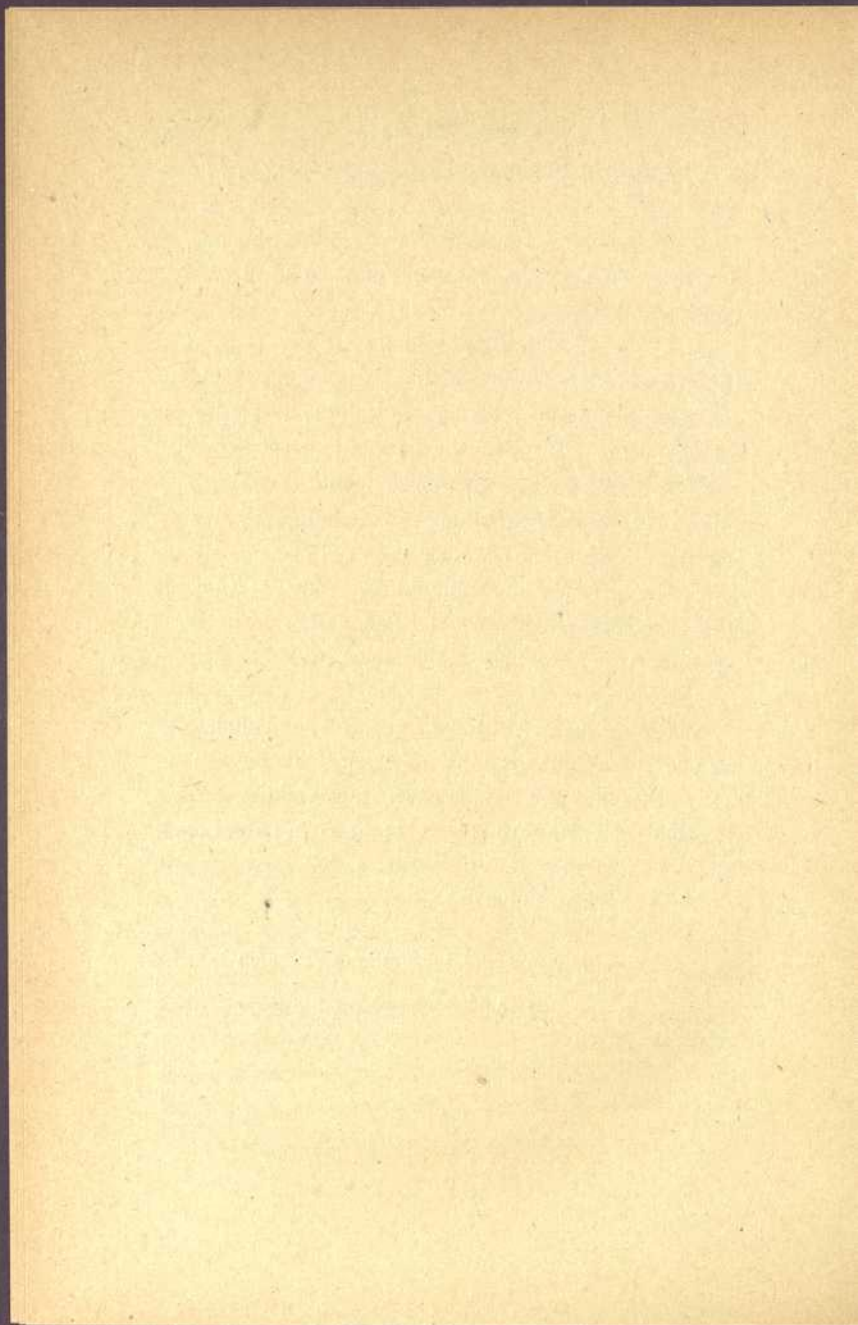
Pedro, el hijo del vecino, y el larguirucho Kunz debieron haberse desnucado en aquella ocasión, y hubiera sido mejor, porque el uno se escapó más tarde de la casa paterna, se fué con los soldados, desertó, y fué fusilado en Maguncia. El otro hizo descubrimientos geográficos en los bolsillos ajenos, por cuya causa vino á ser miembro activo de un establecimiento público de hilados, rompió los lazos de hierro que á la casa y á la patria le ligaban, atravesó felizmente el mar, y murió en Londres de resultas de una corbata estrechísima que se cerraba por sí propia, en cuanto un funcionario real retiraba la tabla situada bajo sus pies.

El larguirucho Kunz nos dijo, que á causa de la jura no había escuela aquel día. Tuvimos que esperar mucho hasta que aquélla se verificara. Al fin se llenó el balcón de la Casa Consistorial de abigarrados señores, banderas

y trompetas, y el señor burgomaestre, con su célebre uniforme rojo, pronunció un discurso, que se estiraba como si fuera de goma elástica, ó un gorro de punto en el que se arrojara una piedra— pero no la filosofal— llegando claramente á mi oído algunas frases, tales como: « se nos quiere hacer felices », y tras estas palabras, sonaron las trompetas, se agitaron las banderas, redoblaron los tambores y sonaron *vivas*; y al gritar yo mismo ¡*viva!* me asia fuertemente al viejo elector. Y bien lo necesitaba, porque sentía frecuentes mareos, y creía que la gente andaba de cabeza, porque se habia invertido el mundo, cuando la cabeza del príncipe elector con su larga peluca se incliuó murmurando: « ¡Agárrate á mí! » y sólo al estruendo del cañón que partía de la muralla, me despavilé y descendí con cuidado del caballo del elector.

Al volver á casa, vi otra vez al loco Eloy bailando en un pie, al paso que recitaba los nombres de los generales franceses; al sinuoso Gumpertz que, embriagado, revolcándose en el arroyo, berreaba: *ça ira, ça ira.....* y le dije á mi madre: Se nos quiere hacer felices, y por esta razón hoy no hay escuela (1).

(1) En la versión francesa las dos veces que se habla de asirse á la estatua del elector dice: *á la peluca*, á la *vieja peluca*; y en el último párrafo vuelve á decir: *Malborough se va á la guerra*, en vez de: *ça ira*.



CAPÍTULO VII.

Al día siguiente el mundo estaba otra vez completamente en orden, volvió á haber escuela como antes, y como antes había que aprender de memoria los reyes de Roma, la cronología, los nombres en *im*, los verbos irregulares, griego, hebreo, geografía, lengua alemana, cálculo oral..... ¡Dios! todavía se me va la cabeza.

Todo esto había que aprenderlo de memoria. Y muchas de estas cosas podían serme útiles en adelante, pues si no hubiera sabido de memoria los reyes de Roma, me hubiera sido después completamente indiferente, si Niebuhr probó ó no probó que jamás existieron. Si no hubiera sabido números, ¿cómo me hubiera visto en la gran Berlín, donde una casa se parece á otra como una gota de agua ó un granadero á otro, y donde no logra uno encontrar á sus conocidos, si no lleva en la cabeza el número de sus casas?

A cada conocido le asociaba al punto un acontecimiento histórico, cuya fecha coincidía con el número de su casa, así que me podía acordar fácilmente de éste si pensaba en aquél, y de igual manera, podía recordar siempre un suceso histórico en cuanto veía un conocido. Así, por ejemplo, si encontraba á mi sastre, pensaba al

punto en la batalla de Marathon; si encontraba el acicalado banquero Christián Gumpel, pensaba al punto en la destrucción de Jerusalén; veía á un amigo portugués plagado de acreedores, pensaba al momento en la huida de Mahoma; veía al rector de la Universidad, cuya estricta rectitud me era conocida, pensaba en la muerte de Aman (1); así que veía á Wadzeck, pensaba en Cleópatra.... ¡Ah, santo cielo! la pobre bestia ha muerto, los lagrimales se han secado, y puede decirse con Hamlet: «¡Después de todo, era una anciana; aun tendremos con frecuencia iguales suyos!»

Como decía, la cronología es absolutamente necesaria; pues conozco hombres que no tenían más que un par de fechas en la cabeza, y con ellas sabían encontrar ciertas casas en Berlín, y ahora son profesores ordinarios. Pero yo pasaba muy malos ratos en la escuela con las muchas cifras. Aun me iba mucho peor con el cálculo propiamente dicho. Lo que mejor comprendía era la substracción, pues hay en esto una regla práctica capital: «Cuatro de tres no puede ser; pues tomo una.» En este caso aconsejo que se tomen algunos *groschen* de más, pues no se puede saber..... (2).

Mas en cuanto al latín, no puede usted, señora, for-

(1) En el original *Hamán*. Desde aquí al fin del párrafo falta en la versión francesa.

(2) En la versión francesa hay algunas adiciones. Después de: *Aun me iba mucho peor con el cálculo propiamente dicho*, añade: *Comprendía poco la adición*; y sigue: *la sustracción, en aritmética, iba ya mejor..... tomo una*, y añade: *decena*; y al fin: *pues no se sabe lo que puede ocurrir*.

marse una idea de lo complicado que es esto. Seguramente que á los romanos no les hubiera quedado tiempo suficiente para conquistar el mundo si hubieran tenido antes que aprender latín. Estas dichosas gentes sabían ya en la cuna qué nombres hacen el acusativo en *im*. Yo, al contrario, tenía que aprenderlo de memoria con el sudor de mi frente; pero siempre es bueno que lo sepa, porque si, por ejemplo, al sostener públicamente en el aula de Göttinga mi tesis latina el 20 de Julio de 1825 (y, señora, esto vale la pena de oirse), hubiera dicho *sinapem* en vez de *sinapim*, acaso alguno de los *pipiolas* presentes lo hubiera notado, y esto hubiera sido para mí una deshonra eterna. *Vis, buris, sitis, tussis, cucumis, amussis, cannabis, sinapis....*; estas palabras, que tanto ruido han metido en el mundo, lo deben á pertenecer á una clase determinada, y no obstante constituir una excepción; por lo cual las estimo mucho, y el tenerlas á mano, cuando de pronto las necesito, me proporciona gran satisfacción y consuelo en ciertos tristes momentos de la vida.

Pero, señora, los verbos irregulares, que se distinguen de los regulares en que por su causa se reciben más palos, son horriblemente difíciles. En las sombrías arcadas del claustro de los franciscanos, no lejos de la clase, pendía entonces un gran Cristo crucificado, de madera gris, una imagen desolada, que aun se me acerca con frecuencia de noche en mis sueños, y me mira tristemente con ojos fijos y sangrientos; pues ante esta imagen me detenía yo con frecuencia y le rogaba: ¡Oh, tú,

pobre y también atormentado Dios, si por ventura te es posible, haz que retenga en la memoria los verbos irregulares!

Tampoco quisiera hablar del griego porque me incomoda demasiado. No dejaban de tener razón los monjes de la Edad Media al afirmar que el griego era un descubrimiento del demonio. Dios sabe los sufrimientos que me ha costado. Con el hebreo iba mejor, pues siempre tuve gran predilección por los judíos, si bien ellos, hasta la hora presente, han crucificado mi buen nombre; pero tampoco podía acomodarme al hebreo, hasta el punto que mi reloj, que había contraído muchas íntimas relaciones con los prestamistas sobre prendas, y había aceptado por ello muchas costumbres judías. Por ejemplo, el sábado no andaba. Aprendió la sagrada lengua, y más tarde, la emprendió con su gramática, pues en noches de insomnio le oí con asombro que, por sí, martilleaba continuamente: *katal, katalta, katalti..... kittel, kittalta, kittalti..... pokat, pokadeti..... pikat..... pik..... pik.....* (1).

No obstante, comprendía mucho mejor la lengua alemana, y eso que ésta no es tampoco una niñería; pues los pobres alemanes, ya bastante castigados con alojamientos, servicios militares, capitaciones y otras mil gabelas, tenemos todavía que cargar con el Adelung, y atormentarnos mutuamente con el acusativo y el ablativo. Aprendí mucho alemán con el viejo rector Schallmeyer, excelente señor eclesiástico que se interesó por mí

(1) Conjugación de verbos hebreos.

desde mi infancia. Pero también aprendí algo bueno del profesor Schramm, hombre que había escrito un libro sobre la paz eterna, y en cuya clase, mis traviosos condiscipulos andaban las más veces á mojicones.

Dejando correr la pluma y pensando en toda clase de asuntos, indeliberadamente, he puesto á usted al corriente de mis viejos recuerdos escolares, y aprovecho la ocasión para probarle, señora, que no fué por mi culpa por lo que tan poca geografía aprendí, que después no supiera orientarme bien en el mundo. Entonces los franceses habían trastocado todas las fronteras; todos los días estaban las naciones iluminadas de nuevo; las que habían sido azules, se trocaban de repente verdes; muchas se tiñeron también de color de sangre; el número de almas consignado en el texto se cambió y mezcló tanto, que ni el diablo le reconociera. Los productos de los países se cambiaron también: las achicorias y las remolachas crecían donde sólo se habían visto correr liebres é hidalguiños tras ellas; hasta cambiaron los caracteres de los pueblos; los alemanes se hicieron flexibles, los franceses se dejaron de cumplimientos, los ingleses no volvieron á tirar su dinero por la ventana, y los venecianos ya no fueron suficientemente astutos. Entre los principes hubo mucho progreso: los antiguos reyes recibieron nuevo uniforme; se amasaron nuevas monarquías que tuvieron tan buena salida como el pan de flor reciente; varios potentados fueron arrojados de casa y corte, y tuvieron que pensar en ganarse el pan de otra manera, optando algunos por aprender un oficio, y hacer, por ejemplo, lacre

para sellar..... Señora, este período tuvo al fin un término. El aliento me falta ya.....; en pocas palabras, no se puede en semejantes tiempos adquirir grandes conocimientos geográficos (1).

Mejor es, en este sentido, la historia natural, en la que no pueden ocurrir tantos cambios, y en la que hay grabados precisos de monos, canguros, cebras, rinocerontes, etc. Y como se me quedaban en la memoria tales imágenes, me ha sucedido después con frecuencia que, á primera vista, me parecieron muchos hombres antiguos conocidos.

También iba bien en mitología. Me era muy grata aquella chusma de dioses que tan alegremente desnuda gobernaba el mundo. No creo que haya sabido nunca, mejor que yo, un escolar de la antigua Roma los principales artículos de su catecismo, por ejemplo, los amorios de Venus. Y hablando en plata, una vez que habíamos de retener en la memoria los antiguos dioses, debíamos también haberlos conservado, puesto que tal vez no hallamos gran ventaja á nuestro *triteísmo* (2) neo-romano, ni á nuestro monoteísmo judaico (3). Quizá no era aquella mitología tan inmoral como se ha declamado en ofensa suya, pues que es, por ejemplo, una idea muy decente la

(1) En la versión francesa salta desde *la cre para sellar*, hasta *en pocas palabras*.

(2) Permitase la palabra, pues hace juego con *monoteísmo*, y está formada como ella.

(3) En la versión francesa se lee: *puesto que quizá no hemos hallado gran ventaja en nuestros modernos dioses, tristes y enojosos*.

de Homero, al poner un esposo al lado de la enamoradiza Venus.

Pero donde mejor me encontraba era en la clase francesa del Abate d'Aulnoi, emigrado francés que había escrito una multitud de gramáticas, que gastaba una peluca rubia, y hacía los más ridículos batimanes cuando explicaba *Arte poética* y su *Historia alemana*. Era el único que en todo el gimnasio enseñaba historia de Alemania. No obstante, también el francés tiene su dificultad, y para aprenderle se necesitan muchos alojados, muchos tambores, mucho *aprender de memoria*, y ante todo, es preciso no ser una *bestia alemana*. Entonces se usaban algunas frases agrías (1).

Me acuerdo tan bien, como si ayer hubiera ocurrido, de que experimentaba mucha antipatía hacia *la religión*. Lo menos seis veces me dirigió la pregunta:—*Enrique, ¿cómo se llama la fe en francés? Y seis veces, y siempre, contestaba yo lloriqueando: Se llama el crédito. Y á la séptima vez, con el rostro como una cereza, exclamó furioso el examinador: Se llama la religión..... y llovían palos, y todos los camaradas reían. Señora, desde entonces no puedo oír mencionar la palabra religión sin que mis espaldas palidezcan de miedo y mis mejillas enrojezcan de vergüenza. Y, palabra de honor, el crédito me ha sido más útil en la vida que la religión. En este*

(1) En la versión francesa se lee: *...bestia alemana, como decían nuestros profesores de idioma, los de las grandes charretas doradas.*

instante me sucede, que estoy debiendo cinco *thalers* en la fonda del León de Bolonia, y en verdad, me comprometía á no deber en ella otros cinco, con tal de no tener necesidad de volver á oír en esta vida la dichosa palabra *la religion* (1).

¡Pardiez, señora (2), en francés he hecho grandes progresos! No sólo entiendo el *patois*, sino también el francés de los nobles de Bonn (3). Aun no hace mucho que en una aristocrática sociedad, entendí casi la mitad de la conversación de dos condesas alemanas, cada una de las cuales contaba más de sesenta y cuatro años y otros tantos antepasados. Sí, en el café Royal de Berlín oí una vez hablar francés á *Monsieur Hans Michel Martens*, y entendí las palabras, por más que no formaban sentido. Es preciso conocer el espíritu de la lengua, y como mejor se aprende es por medio del tambor. *¡Pardiez!* ¡cuánto no tengo que agradecer al tambor francés que estuvo tanto tiempo alojado en casa, que parecía un diablo, y no obstante, tenía un corazón tan angelical y redoblaba tan perfectamente!

Tenía una cara pequeña y movable, unos terribles

(1) Este párrafo falta en la versión francesa. Las palabras y frases subrayadas en este párrafo y en el anterior están en francés en el original: *Art poétique..... Histoire allemande..... apprendre par cœur..... Bête allemande..... Henry..... le crédit..... la religion*, que hemos traducido para hacer más fácil su lectura.

(2) En el original: *Parbleu, Madame.*

(3) En la versión francesa: *sino también el francés de los condesinos y de la nobleza alemana.*

mostachos negros, bajo los cuales avanzaban fieramente sus rojos labios, en tanto que sus ojos de fuego disparaban en todas direcciones.

Yo pendía de él como un lampazo; le ayudaba á poner sus botones brillantes como espejos y á blanquear su chaleco con greda—pues á *Monsieur Le Grand* le gustaba agradar—y le seguía á la guardia, á la lista, á la parada..... Entonces no había más que brillo de armas y regocijo..... *¡días de fiesta huyeron ya!*

Monsieur Le Grand sólo sabía algunos recortes de alemán, las expresiones principales: pan (*Brod*), beso (*Kuss*), honor (*Ehre*)....., pero sabía hacerse comprender muy bien en su tambor. Por ejemplo, si yo no sabía lo que significaba la palabra *libertad* (*liberté*), marcaba el ritmo de la *Marsellesa*, y le entendía. Si no sabía la significación de la palabra *igualdad* (*égalité*), redoblaba la marcha *ça ira, ça ira..... les aristocrates à la lanterne!* y le entendía. No sabía lo que era estupidez (*bêtisse*), redoblaba la marcha de Dessau, que nosotros los alemanes, como también lo dice *Göthe*, redoblamos en Champagne....., y le entendía (1). Quiso una vez explicarme la palabra *Alemania* (*l'Allemagne*) y tocó esa primitiva melodía que se oye con frecuencia en días de mercado, para hacer bailar los perros, cuyo ritmo es:

(1) Las palabras subrayadas, en francés: *les jours de fête son passés!* En la edición francesa falta; *como también lo dice Göthe*, y se lee en vez de esto: *durante la revolución*. En vez de la palabra *bêtisse* se lee *sottise*.

Dum, dum, dum; me enfadé, pero lo entendí también (1).

De un modo análogo me enseñaba también la historia moderna. Quizá no comprendía yo las palabras que él me decía, pero como redoblaba constantemente en su tambor al paso que hablaba, sabía bien lo que quería decirme. En el fondo, éste es el método mejor de enseñanza. La historia de la toma de la Bastilla, de las Tullerías, etcétera, se comprende perfectamente, si se sabe qué se tocaba en el tambor en aquellas ocasiones. En nuestro compendio de la escuela, se leía únicamente: «Sus excelencias los barones y condes, y sus señoras esposas, fueron decapitados..... Sus altezas los duques y príncipes, y sus serenísimas esposas, fueron decapitados.... S. M. el rey y S. M. la reina su esposa, fueron decapitados.....» Pero cuando se oye redoblar la sangrienta marcha de la guillotina se comprende todo esto perfectamente, y se sabe por qué y cómo.

¡Es una marcha admirable, señora! Me hizo temblar hasta la médula de los huesos cuando la oí por primera vez, y me sentí tranquilo cuando la olvidé. Se olvida algo cuando se envejece; ¡pero un joven tiene ahora tantas cosas que retener en la memoria! El *whist*, el *boston* (2), las tablas genealógicas, las decisiones de la dieta, la dramaturgia, la liturgia, el arte de trinchar.....,

(1) Se enfadó porque *dumm* es una palabra alemana que significa *bestia*.

(2) Juegos de naipes, respectivamente, de origen inglés y americano.

y realmente, por más que me torturara el cerebro, no podría en mucho tiempo acordarme de aquella poderosa melodía. Pero, figúrese usted, señora, que no hace mucho, hallándome sentado á la mesa con toda una cáfila de condes, príncipes, princesas, gentileshombres de cámara, mariscalas, coperos, mayordomas mayores, tesoreros, monteras mayores, ó como quiera que se llamen todos estos distinguidos domésticos (1), y sus subdomésticos, corrían por detrás de sus sillas y les ponían los platos llenos ante la boca.....; pero yo, á quien habían pasado por alto, á quien no habían visto, estaba ocioso, sin la menor ocupación para mis mandíbulas, amasaba pelotillas de migas de pan, y, ya aburrido, me puse á tocar el tambor con los dedos, y, con asombro mío, comencé de pronto á redoblar la sangrienta marcha de la guillotina, hacía largo tiempo olvidada.

«Y ¿qué sucedió?» Señora, estas gentes no se dejan perturbar en sus comidas, y no saben que otras, cuando no han comido, se ponen de repente á redoblar tal vez esas curiosas marchas que se creían olvidadas hace tiempo.

Ahora bien, el tocar el tambor es en mi un talento ingénito, ó se ha desarrollado muy temprano; baste decir que reside en todos mis miembros, manos y pies, y que con frecuencia se manifiesta involuntariamente.

Hallábame en Berlín en el colegio del consejero íntimo Schmalz, hombre que había salvado al Estado con su

(1) En el original hay esta promiscuidad de sexos que no se halla en la versión francesa.

libro acerca del peligro de los mantos negros y rojos. Se acordará usted, señora, de haber leído en Pausanias que una vez por el rebuzno de un asno se descubrió precisamente un complot tan peligroso; también sabrá por Livio ó bien por la Historia universal de Becker, que los gansos salvaron el Capitolio, y por Salustio sabrá usted con toda precisión que por una cortesana parlanchina, por la señora Fulvia, vino á descubrirse la terrible conspiración de Catilina.

Pero volviendo al susodicho carnero, en el colegio del señor consejero íntimo Schmalz oía la explicación del Derecho de las naciones; era poco más de mediodía de uno de verano aburridísimo, yo estaba sentado en el banco y oía cada vez menos. Mi cabeza estaba dormida.....; pero de pronto me despierto al ruido de mis propios pies, que habían permanecido despiertos, y probablemente habían oído afirmar cosas contrarias al derecho de las naciones é insultar las ideas constitucionales, y mis pies, que con sus pequeños ojos de gallo penetran mejor las tendencias del mundo que el consejero íntimo con sus grandes ojos de Juno, estos pobres y mudos pies, incapaces de expresar con palabras su opinión, libre de prejuicio, quisieron hacerse entender batiendo marcha, y la batiéron con tal fuerza, que casi caí en desgracia.

¡Condenados, imprudentes pies! (1) Me jugaron otra análoga pasada, otra vez que me hospedaba en Göttinga,

(1) La versión francesa dice: *Jóvenes imprudentes, pies aturdidos!* pero el texto consigna *verdammt* (*condamnat*).

en casa del profesor Saalfeld, y éste con su desmañada movilidad saltaba de un lado para otro en su cátedra, y entraba en calor para poder injuriar debidamente al emperador Napoleón.—No, pobres pies, no puedo vituperaros el que entonces redoblarais; sí, nunca os lo hubiera vituperado, si en vuestra estúpida inocencia, os hubierais expresado pateando con más claridad (1).

¿Cómo, yo, el discípulo de Le Grand había de oír injuriar al Emperador? ¡Al Emperador! ¡al Emperador! al grande Emperador!

Cuando pienso en el gran Emperador, vuelven á matizarse mis recuerdos del verde y oro del estío; una larga calle de tilos álzase floreciente, y bajo las frondosas ramas se posan canoros ruiseñores; murmura la cascada, álzanse las flores en sus redondos acirates y mueven soñadoras su hermosa cabeza.—Yo estaba con ellas en misteriosa relación; los acicalados tulipanes me saludaban contoneándose con necio orgullo; los nerviosos lirios se inclinaban melancólica y tiernamente; las encendidas rosas, al contrario me sonreían desde lejos; las violetas nocturnas suspiraban; no había aun entablado conocimiento alguno con los mirtos y laureles, pues no me atraían con brillantes flores; pero tenía especial intimidad con la reseda. con la que ahora estoy en tan mala inteligencia—(2). Hablo del jardín de la corte en Düs-

(1) Aquí añade: *pero ¡con qué ardor se os oyó redoblar sobre el entarimado!*

(2) Esta parte del párrafo ha sido abreviada en la versión francesa.

seldorf, en el que reclinado con frecuencia sobre el césped, escuchaba piadosamente lo que Monsieur Le Grand me refería de los hechos de armas del gran Emperador, batiendo al mismo tiempo las marchas que resonaran al tiempo de realizarse, de manera que todo lo veía y oía como si estuviera ocurriendo.

Vi así la ascensión al Simplón..... al Emperador delante, y tras él trepando sus bravos granaderos, mientras que las asustadas aves lanzan graznidos y truenan á lo lejos los ventisqueros..... Vi al Emperador, bandera en mano, sobre el puente de Lodi; le vi en Marengo cubierto por gris manto; le vi á caballo en la batalla de las pirámides..... ¡No se veía más que humo de pólvora y mamelucos! Le vi en la batalla de Austerlitz..... ¡Cómo silbaban las balas sobre la brillante llanura helada! Vi, oí la batalla de Jena..... ¡Dum, dum, dum!..... Vi, oí la batalla de Eilan, la de Wagram..... No, ¡apenas pude soportarlo! Monsieur Le Grand redoblaba de modo que casi me destrozaba la membrana del tímpano.

CAPÍTULO VIII.

Pero ¿qué pasó por mi cuando vi en persona, con mis felicisimos y propios ojos ¡hosannah! al propio Emperador?

Fué precisamente en el paseo del jardín de la corte en Düsseldorf. Al introducirme por entre la embobada muchedumbre; pensaba yo en los hechos y batallas que me redoblara Monsieur Le Grand en su tambor, y mi corazón tocaba á generala..... No obstante, pensaba al mismo tiempo en las ordenanzas de policía que prohibían pasar á caballo por medio de dicho paseo, bajo la pena de cinco *thalers* de multa. Y el Emperador, seguido de su escolta, cabalgaba por medio de él; los árboles estremecidos se inclinaban hacia adelante; al paso que avanzaba, los rayos del sol penetraban, palpitantes de miedo y curiosidad, á través de la verde fronda, y sobre el cielo azul, allá arriba, flotaba distintamente un astro de oro.

El Emperador llevaba su modesto uniforme verde y su histórico sombrero. Montaba un caballito blanco, que marchaba tan tranquilo y orgulloso, con tal seguridad, y de una manera tan distinguida, que si yo hubiera sido el príncipe de la corona de Prusia hubiera envidiado á este caballito. El Emperador cabalgaba descui-

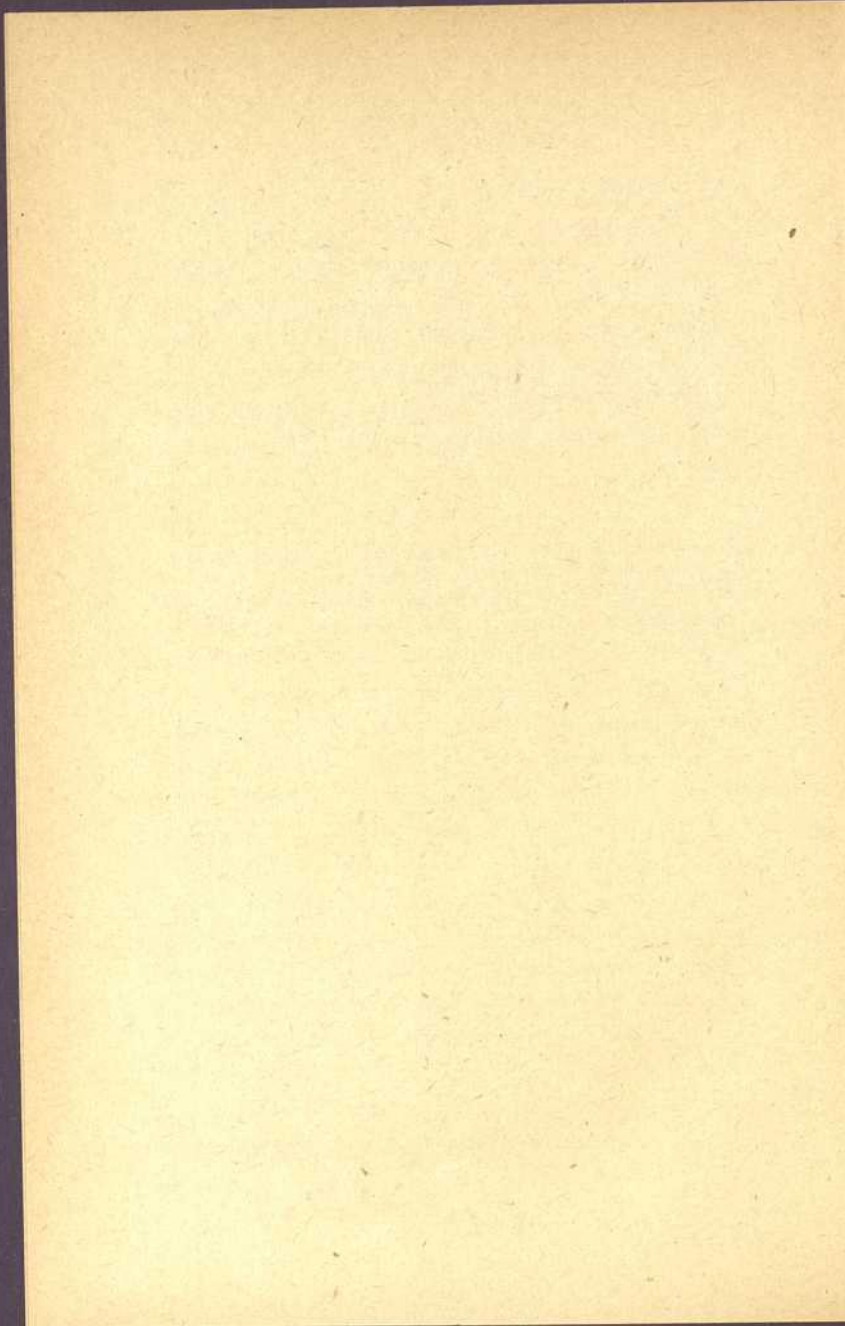
dadamente, casi inclinado; en una de sus manos llevaba en alto las riendas, y con la otra daba al caballito cariñosas palmadas en el cuello. Era esta una mano de radiante mármol, una mano poderosa, una de las dos manos que doblegaran al monstruo de mil cabezas de la anarquía, una de las que habían ordenado el duelo de los pueblos, y golpeaba cariñosamente el cuello del caballito. Tenía su rostro ese color que hallamos en los bustos griegos y romanos; sus rasgos eran de las nobles proporciones de los antiguos, y en este semblante estaba escrito: «Tú no tendrás otros dioses que yo.»

Flotaba en sus labios una sonrisa que enardecía y tranquilizaba los corazones, y se sabía que no tenían más que silbar aquellos labios, y *la Prusia no existiría ya*; que no tenían más que silbar y se había hundido el sacerdocio; que no tenían más que silbar y danzaría todo el Santo Imperio Romano. Y estos labios sonreían y también sonreían sus ojos. Tenía unos ojos claros como el cielo, sabía leer en el corazón de los hombres; veía rápida y simultáneamente todas las cosas, en tanto que los demás no las vemos sino sucesivamente y á veces sólo sus sombras matizadas. Su frente no estaba serena, anidaban en ella los espíritus de futuras batallas; con frecuencia latía su frente y eran los creadores pensamientos, los grandes pensamientos provistos de las botas de siete leguas, con que el espíritu del Emperador cruzaba el mundo sin ser visto.—Y yo creo que cada uno de estos pensamientos hubiera dado á un escritor alemán materia para escribir toda su vida.

El Emperador cabalgaba tranquilo por medio del paseo, y ningún agente de policía se le opuso; tras él, orgullosamente montada en espumantes corceles y cargada de oro y de joyas (1) seguía su comitiva; redoblaban los tambores; sonaban las trompetas; junto á mí bailaba el loco Eloy, recitando los nombres de sus generales, y no lejos murmuraba el ebrio Gumpertz (2), al tiempo que el pueblo gritaba con millares de voces: ¡Viva el Emperador!

(1) La versión francesa dice *plumas*, pero el original *Geschmeide*, que significa joya, trabajo artístico repujado, cincelado, etc.; y en efecto, para decir *plumas* hubiera usado: *Feder* (plumas), *Hutfeder* (plumero) ó *Federbusch* (penacho).

(2) La versión francesa dice: *Gumpertz berreaba su Malborough*.



CAPÍTULO IX.

El Emperador ha muerto. En una isla desierta del Océano Atlántico está su tumba solitaria, y él, para quien era estrecha la tierra, descansa en paz bajo una pequeña colina, donde cinco plañideros sauces dejan pender con desesperación su verde cabellera, y un piadoso arroyuelo pasa murmurando melancólicamente. No hay inscripción alguna sobre la losa de su tumba; pero Olio escribió sobre ella con su estilo justo invisibles palabras, que cual sonidos mágicos vibrarán á través de millares de años.

¡Inglaterra! tuyo es el mar. Pero no tiene el mar agua suficiente para lavar la vergüenza que te lega al morir el ilustre finado. No fué tu fanfarrón Sir Hudson, no, tú misma fuiste el esbirro siciliano que los conjurados reyes apostaran para vengar secretamente en este hombre del pueblo lo que el pueblo hiciera un día con uno de ellos á cara descubierta..... ¡Y era tu huésped, y se había sentado á tu hogar!

Hasta los tiempos más remotos seguirán cantando y repitiendo los niños en Francia la terrible hospitalidad del *Bellerophon*, y cuando esta canción burlona y lacri-

mosa resuene al otro lado del Canal, se enrojecerán las mejillas de todos los ingleses honrados. Pero llegará un día en que esa canción resuene, y ya no exista Inglaterra, yazga en tierra el pueblo del orgullo, y las tumbas de Westminster yazgan desechas, y olvidadas las cenizas Reales que encerraran.....; en que Santa Elena sea el Santo Sepulcro á que los pueblos de Oriente y Occidente acudan en peregrinación sobre empavesados buques á fortificar sus corazones con el gran recuerdo de los hechos del Salvador del mundo (1), del que padeció bajo Hudson Lowe, según escrito está en los evangelios de Las Casés, O'Meara y Autommarchi.

¡Cosa rara! á los tres mayores adversarios del Emperador le ha alcanzado el mismo terrible destino. Londonderry se ha degollado, Luis XVIII se ha podrido en su trono, y el profesor Saalfeld sigue siendo profesor en Göttinga.

(1) La versión francesa, en vez de *Salvador del mundo*, dice *Cristo temporal*.

CAPÍTULO X.

Érase un día claro y frío de otoño, cuando un joven con aspecto de estudiante, se paseaba lentamente por la avenida del jardín de la corte de Düsseldorf, y unas veces obedeciendo á infantil capricho, impulsaba con el pie las hojas caídas que cubrían el suelo, y otras elevaba melancólicamente la vista hacia los desecados árboles, de los que aun pendían algunas hojas de color de oro.

Al mirar arriba recordó las palabras de Glaucó:

Los hombres son lo mismo que las hojas:
Unas esparce el viento ya marchitas;
Brotar hace otras nueva primavera;
Así: ¡cuando este crece aquél termina! (1).

En días ya lejanos había contemplado el joven los mismos árboles, animado por pensamientos completamente distintos, pues entonces era un niño que buscaba nidos de pájaro ó insectos, y en extremo le agradaba oírles zumbiar alegremente, regocijándose ante el bello mundo, contentos con una sabrosa hojita verde, con una

(1) Homero. Iliada. Canto VI.

gotita de rocío, con un cálido rayo de sol y con el grato olor de la hierba. Entonces estaba el corazón del niño tan placentero como los insectillos alados. Pero ahora su corazón había envejecido, se habían apagado en él los rayos del sol, habían muerto en él todas las flores, se había disipado hasta el hermoso sueño de amor; no quedaba en el pobre corazón más que valor y tristeza, y para decir lo más doloroso..... era mi corazón.

En este mismo día había yo regresado á mi antigua ciudad natal, pero no quería pernoctar en ella, y deseaba ir á Godesberg á sentarme á los pies de mi amiga y á hablar de la niña Verónica. Había venido á visitar mis queridas tumbas. De todos mis amigos y parientes vivos, no había encontrado ni un tío ni una prima (1). Si encontraba aún en la calle rostros conocidos, ninguno me conocía ya, y la ciudad misma parecía extraña á mis ojos. Muchas casas habían sido revocadas; en las ventanas lucían nuevos semblantes; alrededor de las altas chimeneas revoloteaban decrepitos gorriones. Todo parecía tan muerto, y tan fresco sin embargo como las hierbas que crecen en el cementerio.

Donde un día se hablara francés, ahora se hablaba prusiano; pues hasta se había establecido en Düsseldorf una pequeña corte prusiana, y las gentes llevaban pedantescos títulos. La antigua peluquera de mi madre se había convertido en peluquera de la corte, y había ahora

(1) La versión francesa dice, á nadie, y añade: *habían muerto ó abandonado la ciudad.*

allí sastres, zapateros, extirpadoras de chinches y tiendas de aguardiente de la corte; toda la ciudad parecía un hospital de locos de la corte (1).

Sólo me conoció el antiguo elector que continuaba en la vieja plaza, pero que parecía haber enflaquecido. Precisamente, como se encuentra siempre allí en medio y ha visto todas las miserias de la época, tal espectáculo no es á propósito para engordar.

Me parecía estar soñando, y pensaba en el cuento de las ciudades encantadas. Corrí á las puertas de la población á fin de no despertar demasiado pronto. En el jardín de la corte eché de menos algún que otro árbol, otros estaban podridos, y habían empequeñecido los cuatro grandes álamos que un día me parecieron verdes gigantes. Algunas lindas muchachas iban de paseo, vestidas con trajes abigarrados, como tulipanes ambulantes. Yo había conocido á estos tulipanes cuando aún no eran más que cebollitas; eran ¡ay! niñas de la vecindad, con las que un día jugara á «la Princesa sube á la Torre».

Pero las lindas jóvenes que un día había conocido como rosas fragantes, las veía ahora convertidas en rosas marchitas; en más de una altiva frente, cuyo orgullo hechizara en otro tiempo mi corazón, había marcado Saturno profundas arrugas con su guadaña. Ahora ya, pero ¡ay! demasiado tarde, he descubierto lo que quieren decir las miradas que dirigían entonces á los jóvenes sol-

(1) En este punto la versión francesa hace á la *peluquera peluquero*, y suprime las *extirpadoras de chinches*.

teros; y había reparado en el extranjero en pasajes análogos de hermosos ojos (1).

Me conmovió profundamente el humilde saludo de un hombre á quien antes viera rico y distinguido, y que de entonces acá había caído en la indigencia. Por doquiera se ve, en cuanto el hombre pierde el equilibrio, según la ley de Newton, se precipita en la miseria cada vez con más terrible rapidez.

Pero el que me parecía no haber cambiado absolutamente era el baroncito que saltaba alegremente, como en otro tiempo, por el jardín de la corte, teniendo levantado con una mano el faldón izquierdo de su casaca, y haciendo vibrar con la otra en todas direcciones su delgado bastoncillo de junco. Seguía teniendo la misma afectuosa carita, cuya roseola se había concentrado en la nariz; llevaba el antiguo sombrero cónico, la antigua coetilla, sólo que lucía una escasa cabellera blanca en vez de la antigua, aunque escasa cabellera negra.

Mas por placentero que apareciese, sabía yo, no obstante, que el pobre barón había sufrido muchas penas; su semblante quería ocultármelo, pero los cabellos blancos de su coetilla me lo habían revelado á espaldas suyas. Y la coetilla misma lo hubiera disimulado de buena gana, á juzgar por su alegre balanceo.

No estaba cansado, pero sentí deseos de volverme á sentar una vez más en el banco de madera, en que un tiempo grabé el nombre de mi amada. Apenas pude vol-

(1) Este punto falta en la versión francesa.

ver á encontrarle, ¡tantos nuevos nombres habían sido grabados encima! ¡Ah! un día me dormí sobre este banco y soñé dicha y amor: «¡los sueños son espuma!» También acudieron á mi memoria los antiguos juegos infantiles, los antiguos y lindos cuentos; pero un juego nuevo y falso y un cuento aborrecible mezclábase á ellos constantemente. Era la historia de dos pobres almas que se habían sido reciprocamente infieles, y que tan allá fueron en materia de infidelidad, que al mismo Dios le hubieran hecho traición. Es una historia enojosa, y se puede llorar sobre ella, á no tener otra cosa mejor que hacer.

¡Oh, Dios! era en otro tiempo tan bello el mundo, las aves cantaban tus eternas alabanzas, la niña Verónica me miraba con tranquilos ojos, y nos sentábamos ante la mármorea estatua de la plaza del castillo!.... A un lado se alza la vieja y asolada fortaleza, habitada por fantasmas, donde pasea de noche una dama, sin cabeza, vestida con un traje de seda negra con su larga y crujiente cola; al otro lado hay un alto edificio blanco, cuyos salones superiores están llenos de pinturas con brillantes marcos dorados, y en cuyo piso inferior hay tantos millares de libros, que yo y la pequeña Verónica contemplábamos tantas veces con curiosidad, cuando la cariñosa Ursula nos levantaba á la altura de las grandes ventanas.

Después, cuando yo era ya un muchacho hecho y derecho, trepaba allí por las escalas más altas, y bajaba los libros colocados á mayor altura; y tanto tiempo lei

en ellos, que ya nada temía, y mucho menos á las damas sin cabeza; y me hice tan sabio, que olvidé todos los antiguos juegos, cuentos é imágenes, á la pequeña Verónica, y hasta su nombre.

Pero, estando sentado en el viejo banco del jardín de la corte, entregado á los sueños de mi pasada edad, oí á mi espalda confusas voces de gentes, que lamentaban la triste suerte de los franceses que, prisioneros en la guerra de Rusia, habían sido arrastrados á Siberia, donde fueron retenidos largos años, á pesar de haberse ajustado la paz, y que volvían ahora.

Así que alcé la vista, vi en efecto á aquellos huérfanos de la gloria; á través de los desgarrones de sus harapientos uniformes acechaba la desnuda miseria; en sus rostros descompuestos por la intemperie veíanse sus ojos hundidos y dolientes, y aunque mutilados, exánimes y cojos, en su mayoría, aun conservaban una especie de paso militar. Como si esto no fuera bastante, un tambor con su caja marchaba tambaleándose á la cabeza.

Con íntimo terror, me asaltó el recuerdo de la leyenda de los soldados que de día caen en el combate, por la noche vuelven á levantarse del campo de batalla, y, con el tambor al frente, marchan hacia su país, sobre lo cual dice la vieja canción popular:

«El tambor por doquier va sonando,
Por la noche al cuartel van llegando
Por la calle va el fragor,
Tral-leri, tral-lere, tral-lera,

Por la casa de su amor.

De mañana allí se hallan sus restos,
 Cual sepulcros en ala dispuestos,
 El tambor al frente va,
 Tral-leri, tral-lere, tral-lera,
 Ella verle bien podrá.» (1)

Verdaderamente, el pobre tambor francés parecía haberse levantado de la tumba á medio consumir; era una ligera sombra envuelta en un sucio y grasiento capote, un muerto y amarillento rostro con unos grandes mostachos que caían melancólicamente sobre sus pálidos labios; sus ojos eran como esos tizones moribundos en que sólo arden algunas chispitas, y no obstante, por uno solo de estos detalles reconocí á Monsieur Le Grand.

Él me conoció también, me atrajo sobre el césped, y nos sentamos como en otro tiempo, cuando con su tambor me enseñaba lengua francesa é historia contemporánea.

(1) En la versión francesa, en vez de una traducción sin metro ni rima de la anterior canción, como acostumbra á hacerla de sus demás poesías, aparece la siguiente, que es sólo la segunda estrofa de la canción popular francesa :

A minuit, les ossements se lèvent,
 Tous ces morts reprennent leurs
 [rangs,
 Le tambour battant marche en tête,
 Tran, tran, tral, tral, tral,
 Ils passent la maison de la belle.

A las doce los muertos se alzan,
 Todos vuelven su fila á ocupar,
 El tambor marcha al frente tocando
 Tran, tran, tral, tral, tral,
 De su amor por la puerta pasando.

La canción del texto es una reproducción hasta rítmica de la de Heine.

Allí estaba también la vieja caja por mí tan conocida, y no pude menos de admirarme de cómo la había salvado de la rapacidad rusa. Tocó como en otros días, aunque ahora sin hablar al mismo tiempo. Pero si sus labios estaban apretados de siniestro modo, sus ojos, más elocuentes, brillaban vencedores en tanto que batía las antiguas marchas. Los álamos próximos se estremecieron cuando hizo de nuevo resonar la sangrienta marcha de la guillotina. También tocó, como en otros días, en su tambor los antiguos combates por la libertad, las viejas batallas, los hechos del Emperador, y parecía que fuese el tambor un ser animado que se regocijara al poder expresar sus dichas íntimas.

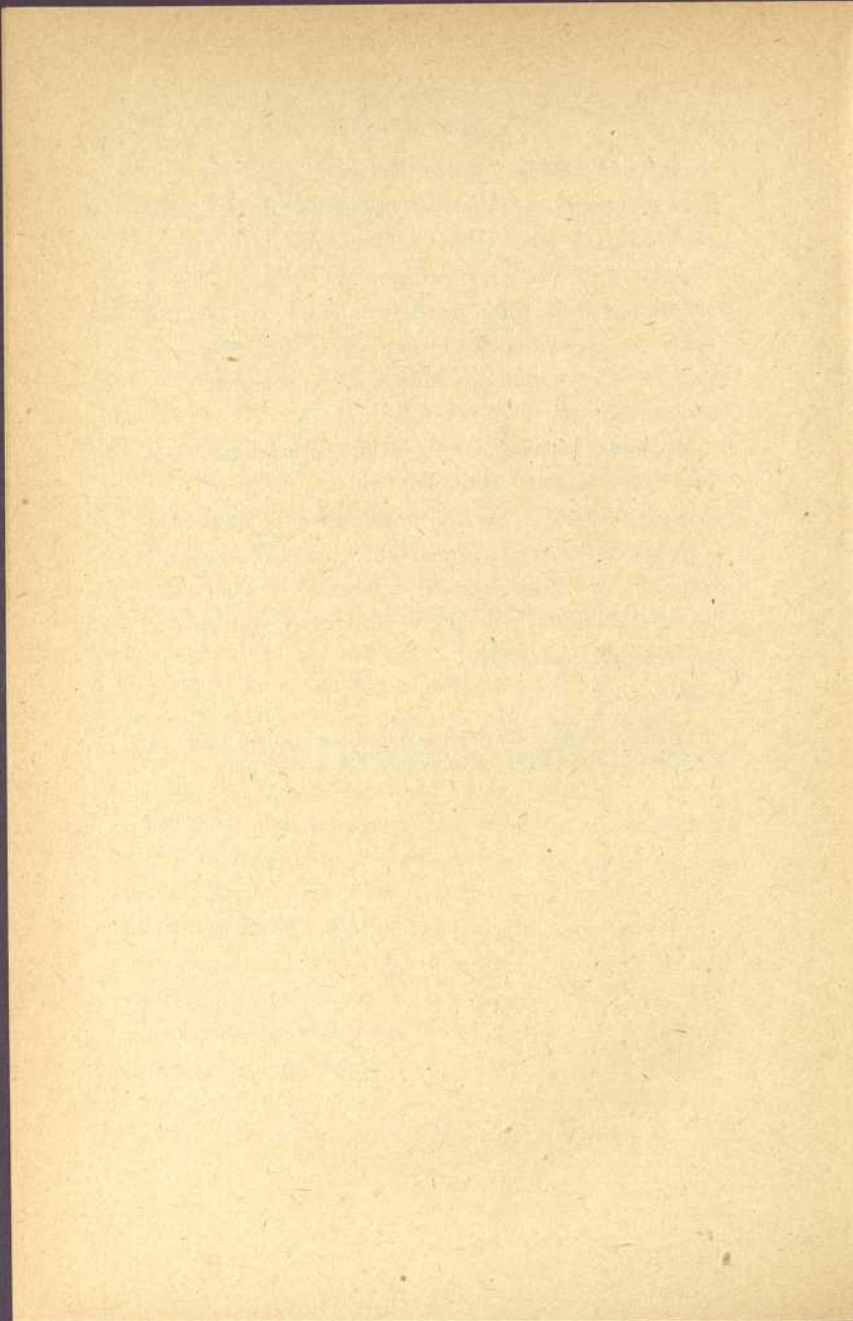
Volví á oír el trueno del cañón, el silbido de las balas, los ruidos del combate, y volví á ver el heroísmo de la guardia, las flameantes banderas y al Emperador sobre su caballo..... Pero, poco á poco deslizábase, en medio de aquellos alegres redobles, no sé qué entonación lúgubre, escapábanse del tambor sonidos en que se mezclaban siniestramente los gritos de la más salvaje alegría y de la más horrible angustia; parecía aquello una marcha triunfal y lúgubre al mismo tiempo. Los ojos de Le Grand dilatábanse como los de un espectro, y sólo veía en ellos un extenso y blanco campo helado cubierto de cadáveres.....; era la batalla del Moskowa.

Jamás hubiera creído que la vieja y ruda caja pudiera exhalar de su seno acentos tan dolotosos como los que Monsieur Le Grand sabía sacar de ella en este instante. Eran lágrimas arrancadas al tambor que resonaban cada

vez más dulcemente, y á manera de lúgubre eco, profundos suspiros se exhalaban del pecho de Le Grand, que, cada vez más débil, con más aire de aparecido, temblándole de frío las enflaquecidas manos, cayó en una especie de ensueño, hiriendo en el aire con los palillos, y como escuchando lejanas voces; dirigióme al fin una profunda y suplicante mirada....., le comprendí..... y después cayó su cabeza sobre el tambor.

Monsieur Le Grand no volvió á tocar el tambor en esta vida. Tampoco su tambor volvió á producir un sonido más; no debía servir á ningún enemigo de la libertad para batir servil retirada (1); había comprendido muy bien la última mirada suplicante de Le Grand, desnudé al punto el estoque de mi bastón y atravesé el tambor repetidas veces.

(1) En la versión francesa se lee en vez de este inciso: *no debía servir para reunir á los enemigos de la libertad.*



CAPÍTULO XI.

¡Señora, de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso! (1).

Pero la vida es en el fondo tan fatalmente seria, que no se la podría sobrellevar sin cierta combinación de lo patético con lo cómico. Bien lo saben nuestros poetas. Sólo en el riente espejo del ingenio nos muestra Aristófanes las espantosas imágenes de la locura humana; sólo en los burlescos versos de una representación de autómatas se atreve Göthe á expresar el gran dolor de un filósofo que concibe su propia nulidad, y sólo en boca de un loco, que sacude inquieto los cascabeles de su caperuza, pone Shakespeare las mortales quejas de las desgracias del mundo.

Todos ellos han imitado al gran poeta primitivo que, en su tragedia universal en un millar de actos, sabe llevar el humorismo hasta el extremo que vemos todos los días: después de la partida de los héroes, vienen los *clowns* y graciosos con su cabeza de muñeco y su sable de madera; después de las sangrientas escenas de la re-

(1) En el original en francés: *Du sublime au ridicule il n'ya qu'un pas, Madame.*

volución y de los hechos del Emperador, vienen de nuevo, balanceándose como patos, los gruesos Borbones con sus viejas y abandonadas burletas y sus tiernamente legítimos donaires (1); cerca de ellos, saltando graciosamente, la antigua nobleza con su hambrienta sonrisa, y detrás los piadosos cogullas (2) con cirios, cruces y estandartes.

Pero en los momentos más sublimes de la tragedia del mundo, suelen deslizarse rasgos cómicos: el desesperado republicano que, cual un Bruto, se clava un cuchillo en el corazón, acaso le ha olido antes, no fuera que con él hubieran partido sardinas; y sobre esta gran escena universal ocurre ostensiblemente lo mismo que en nuestros míseros escenarios. Hay sobre ella héroes que se embriagan, reyes que olvidan su papel, bastidores que se quedan colgados, sonoras voces de apuntador, bailarinas que hacen *efecto* con la poesía de sus caderas (3), trajes que brillan en primer término..... Y arriba, en el cielo, siéntanse entretanto en primera fila los amables angelitos, y nos atisban á los comediantes de abajo; y Dios ocupa gravemente su gran localidad y quizá se aburre ó calcula que este teatro no puede sostenerse mucho tiempo, porque uno cobra demasiado, el otro demasiado poco, y todos ellos trabajan demasiado mal.

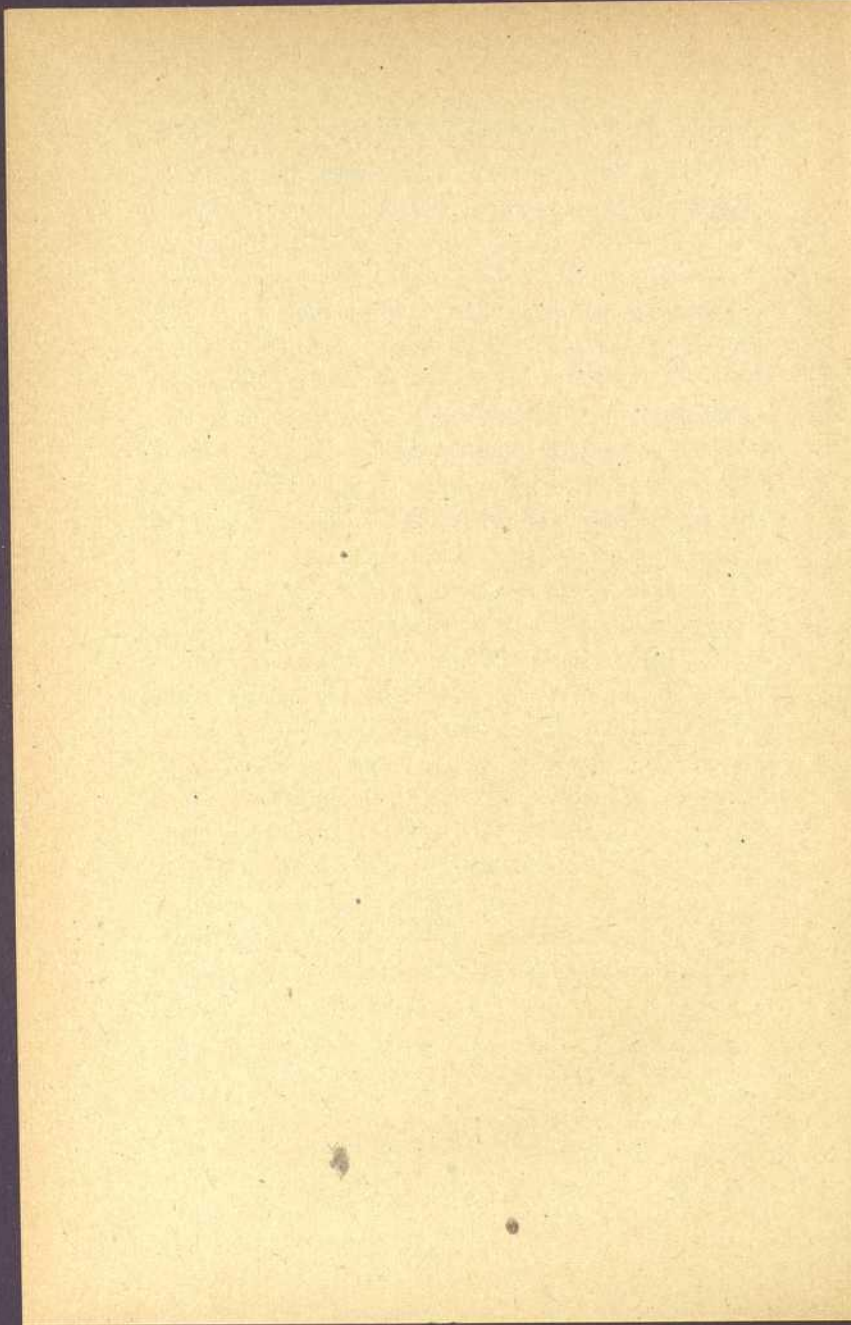
(1) En la versión francesa se lee: *reaparecen los gruesos Borbones con sus viejas jocosidades legítimas y sus malas ocurrencias.*

(2) En vez de *piadosos cogullas*, *hipócritas devotos.*

(3) Este inciso falta en la versión francesa.

¡De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, señora! (1) Mientras escribía el final del anterior capítulo, le contaba cómo murió Monsieur Le Grand, y cómo yo ejecuté concienzudamente el *testamentum militare* compendiado en su última mirada, llamaron á la puerta de mi cuarto y entró una pobre vieja preguntándome afectuosamente si era doctor. Como le afirmara que sí, me rogó con encarecimiento que fuera á su casa á cortarle á su marido los ojos de gallo.

(1) En el original en francés, como al principio.



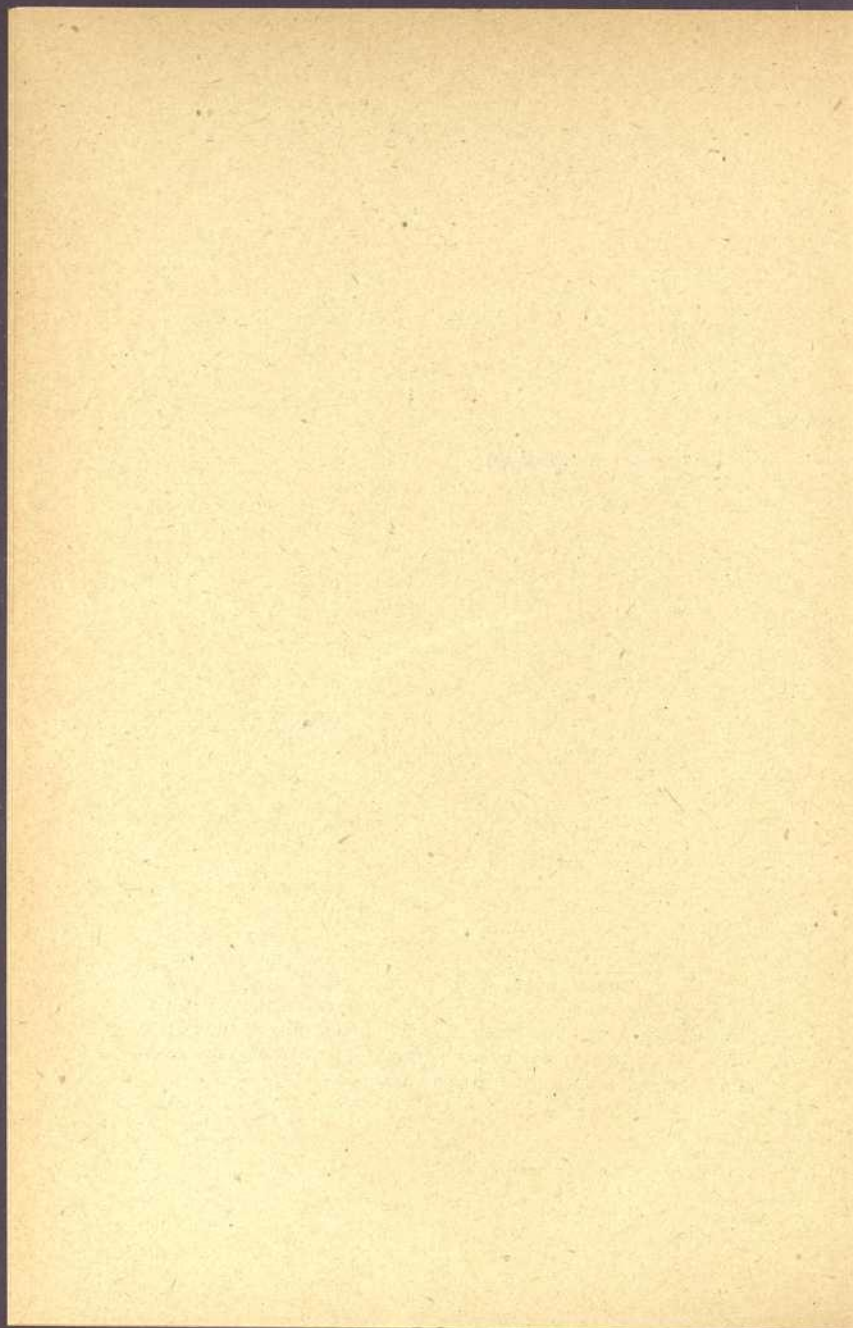
CAPÍTULO XII.

Los censores alemanes. _____

_____ estúpidos. _____

_____ (1).

(1) Los disgustos que á Heine causó la censura, no sólo mutilando sino hasta alterando sus obras, ofensa aún mayor y contrariedad más sensible, para un autor, que la misma pérdida del fruto de su trabajo, son causas suficientes para que no nos extrañe que se permita este pequeño desahogo.



CAPÍTULO XIII.

¡Señora! bajo los empolladores hemisferios de Leda incubábase ya toda la guerra troyana, y jamás podrá usted comprender las célebres lágrimas de Priamo, si antes no le cuento la historia de los huevos de cisne. Por esta razón no se queje usted de mis digresiones.

En todos los capítulos que preceden, no hay una sola línea que no sea pertinente al asunto, pues yo escribo concisamente, evito lo superfluo, y hasta paso por alto con frecuencia lo necesario. Por ejemplo, ni una vez, como fuera conveniente, he citado—no digo genios, sino ni siquiera escritores—y, sin embargo, el principal placer de un novel autor es el de citar libros antiguos y modernos, pues un par de citas profundamente eruditas decoran toda su humanidad.

No crea usted, señora, que me falte conocimiento de títulos de libros. Además conozco el procedimiento de los grandes ingenios entendidos en entresacar las pasas de Corinto de la harina y las citas de los cuadernos de colegio; sé hasta donde Barthel busca el mosto (1). Y en caso de necesidad puedo tomar un préstamo de notas de

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

mis sabios amigos. Mi amigo G. (1), de Berlín, es, por decirlo así, un pequeño Rothschild en materia de citas, y me presta gustoso algunos millones; y si él mismo no tuviera provisión de ellas, podría reunir las fácilmente en casa de otros banqueros intelectuales cosmopolitas.

A propósito, señora, las de Böckh, al 3 por 100, son baratas, pero las de Hegel, al 5 por 100, son caras. Mas no necesito ahora tomar ningún préstamo; soy un hombre que se encuentra en buena posición; puedo consumir al año mis diez mil citas, sí, y hasta he hecho el descubrimiento de cómo se pueden dar las citas falsas por verdaderas. Si algún grande y rico erudito, por ejemplo Michael Beer, quiere comprarme el secreto, se le cederé gustoso por diez y nueve mil *thalers*, con arreglo al cambio actual, y hasta rebajaría algo. Pero en bien de la literatura no callaré otro descubrimiento, voy á publicarle gratis:

Considero, pues, muy conveniente citar á todos los autores desconocidos con el número de su casa.

Estas «buenas gentes y malos músicos»—como Ponce de León apostrofa á la orquesta—estos oscuros autores poseen siempre siquiera un ejemplar de su ha tiempo olvidado librejo, y para poder encontrarlo se necesita saber el número de la casa. Si quería citar, por ejemplo, el *Librito de cantos para los obreros de Spitta*, ¿dónde encontraría usted este libro, querida señora? Pero si le cito:

(1) En la versión francesa Gans.

«Vid. *Librito de cantos para los obreros*, por P. Spitta, Lüneburgo, calle de Lüner, núm. 2, derecha, junto á la esquina» (1),

Ya puede usted, señora, si considera que merece la pena, encontrar el librejo. Pero no la merece.

Por lo demás, señora, no puede formarse una idea de la facilidad que tengo para poner notas. Por doquiera encuentro ocasión de traer á cuento mi profunda erudición. Hablo, por ejemplo de comer, pues consigno en una nota que los romanos, los griegos y los hebreos también comieron; cito todas los exquisitos platos preparados por la cocinera de Lúculo. — ¡Ay de mí, que he venido á nacer casi diez y ocho siglos más tarde! (2). Hago notar también que la comida en común entre los griegos se llamaba de tal modo, y que los espartanos comieron malas sopas negras.

Bueno ha sido que yo no viviera entonces, pues no puedo pensar en nada más horrible que el verme, pobre de mí, convertido en un espartano, siendo la sopa mi manjar favorito. Señora, pienso hacer inmediatamente un viaje á Londres; pero si es verdad que allí no se prueba la sopa, pronto la nostalgia me hará volver junto á la patria olla de sopa de carne.

Puedo hablar largo y tendido sobre la comida de los antiguos hebreos, y descender hasta la cocina judáica de

(1) En la versión francesa dice: *á la derecha, junto al tenébro.*

(2) El texto dice *quince siglos* (*anderthal Jahrtausend* = literal: millar y medio de años); pero la versión francesa dice, *près de dix-huit siècles*, fecha preferible á la del original.

los tiempos modernos. Citaré en esta ocasión á todo el Steinweg (1). Pudiera aún referir cuán humanamente se han expresado muchos sabios berlineses acerca de la mesa de los judíos, llegar á las demás superioridades y excelencias de los mismos, á los inventos que hay que agradecerles, por ejemplo: las letras de cambio, el cristianismo..... ¡Pero, alto! Este último no se lo cargaremos en primer término en cuenta, porque propiamente aun hemos hecho poco uso de él, y hasta creo que los judíos hicieron menos negocio con este descubrimiento que con el de las letras de cambio.

Con ocasión de los judíos podía también citar á Tácito, que dice que adoraban asnos en sus templos, y con ocasión del asno, ¡qué vasto campo de citas se abre ante mi! ¡Cuántas cosas notables pueden añadirse acerca del asno antiguo en oposición al moderno! ¡Qué razonables eran aquéllos, y ¡ah! qué estúpidos éstos! ¡Qué juiciosamente habla, por ejemplo, el asno de Bileam! (2).

Vid. Pentat, Lib.

Señora, en este instante no tengo á mano el libro, y dejaré este hueco en blanco para llenarle más adelante. En desquite, respecto á la insipidez de los asnos modernos, citaré:

Vid.
.

(1) *Calle de la Judería* (literal: camino empedrado).

(2) En la versión francesa: *el asno de Baarlám, hijo de Boër*.

No, dejaré también esta cita en blanco, á mi vez podría ser yo *citado* por difamación, esto es, *injuriarum*. Los asnos modernos son unos grandes asnos. Los asnos antiguos, que habían alcanzado tan alto grado de cultura,

Vid. Gesneri: De antiqua honestate asinorum.

(In comment. Götting., tom. II, pág. 32) (1),

se hubieran vuelto á la tumba, al oír cómo se habla de sus decendientes. En otro tiempo *asno*, era un título honorífico, equivalía á lo que ahora *consejero áulico*, *barón*, *doctor en filosofía*..... ¡Jacob compara con él á su hijo Isaschar, Homero á sus héroes, y ahora se compara con él al Sr. de!..... (2)

Señora, con ocasión de tales asnos, podía sumergirme bien adentro en la historia literaria; podía citar á todos los grandes hombres que han estado enamorados, por ejemplo: á Abelardo, Pico de la Mirandola, Borbon, Cartesio, Angel Policiano, Raymundo Lullio y Enrique Heine (3). Con ocasión del amor podía volver á citar todos los grandes hombres que no han fumado tabaco, por ejemplo: Cicerón, Justiniano, Goethe, Hugo, yo....., cinco que por casualidad, todos somos medio juristas. Mabilion no podía soportar el humo de una pipa extran-

(1) De la antigua honradez de los asnos.

(2) Según la versión francesa: *al Sr. de Stuhr, que quiere suicidarse por despecho amoroso.*

(3) En el original en latín, acus. de singular: Abelardum, etcétera.

jera, y en su *Itinere germanico* se queja de las hospederías alemanas, *quod molestus ipsi fuerit tabaci grave olentis fætor*.

Por el contraric, otros grandes hombres se dice que tuvieron predilección por el tabaco. Rafael Thorus compuso un himno al tabaco.....—No sabe usted quizá que Isaac Elzeviro le publicó en Leiden, anno 1628, en 4.^o, y Ludovicus Kinschot le ha escrito un prólogo en verso. Hasta Graevius ha hecho un soneto al tabaco, del que también gustaba al gran Boxbornius. Bayle, en su *Dict. hist. et critiq.*, refiere de él que se había dejado decir, que el gran Boxbornius usaba para fumar un gran sombrero con un taladro en la parte de delante del ala, por el cual hacía pasar con frecuencia la pipa, para que no le estorbara en sus estudios.

A propósito, en la nota del gran Boxbornius también podría citar á todos los grandes eruditos que se dejaron intimidar y escaparon (1). Pero me contentó con remitir á *Joh. Georg Martius: De fuga literatorum*, etc., etcétera, etc. Si recorremos la historia, señora, veremos que todos los grandes hombres han tenido que poner pies en polvorosa alguna vez en su vida: Loth, Tarquino, Moisés, Júpiter, Madama Staël, Nebucadnesar, Benjowsky, Mahoma, todo el ejército prusiano, Grego-

(1) Aquí hay un juego de palabras entre el apellido latinizado, *Boxbornius*, y su homónima la palabra *Bockshorn* (cuerno de cabra ó macho cabrío) de la frase familiar *sich in's Bockshorn jagen liessen*=literal: dejarse cazar en cuerno de cabra, y metafórico, *dejarse intimidar*.

rio VII, el Rabbi Jizchak Abarbanel, Rousseau..... y muchos más, cuyos nombres pudiera añadir, por ejemplo, los individuos que están apuntados en la tabla negra de la Bolsa (1).

Ya ve usted, señora, que no me falta solidez y profundidad. Sólo que aun no puedo avenirme con la *sistemática*. Como verdadero alemán debí haber comenzado este libro con una explicación de su título, según uso y tradición del Santo Imperio Romano. Verdad es que Fidias no le hizo un prólogo á su Júpiter, como tampoco en la Venus de Médicis—que yo he considerado por todos lados—se halla ninguna cita; pero los griegos eran griegos, y cada uno de nosotros es un honrado alemán, que no puede renegar del todo de la naturaleza alemana, y debo, por tanto, explicarme al punto acerca del título de mi libro.

Señora, voy á hablar:

I. De las ideas.

A. De las ideas en general.

a. De las ideas racionales.

b. De las ideas irracionales.

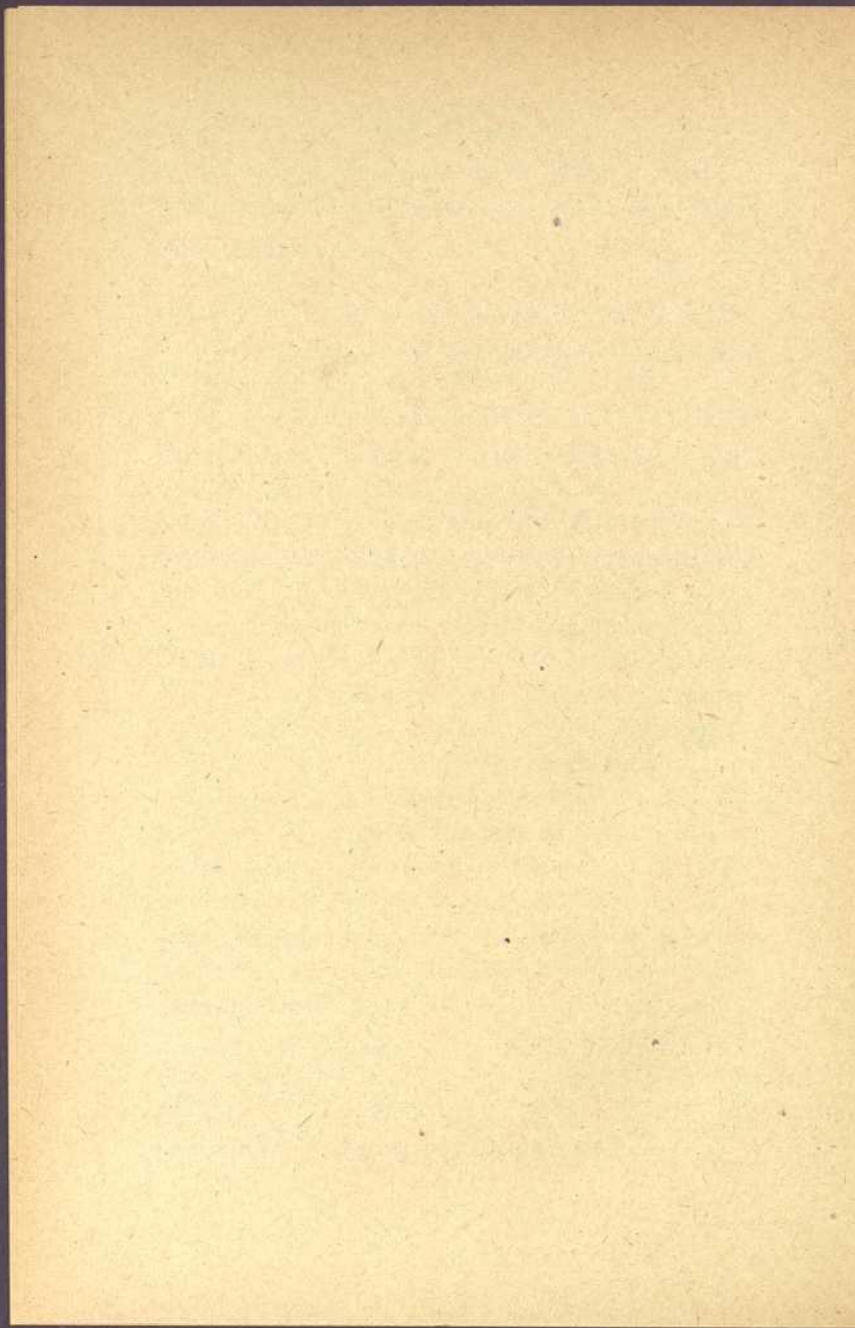
α. De las ideas ordinarias.

β. De las ideas encuadernadas en cuero verde (2).

Estas secciones se subdividirán en....., pero todo esto se hallará más adelante.

(1) En la versión francesa falta desde *A propósito*..... hasta fin del párrafo.

(2) En la versión francesa: *en piel de cerdo*.



CAPÍTULO XIV.

Señora, ¿tiene usted ante todo idea de lo que es una idea? ¿Qué es una idea?—«Hay algunas buenas ideas en esta prenda»—decía mi sastre, contemplando con grave aire de inteligente el *redingote* que me hiciera en mis días de elegancia en Berlín, y del que ahora había de hacer una respetable bata para casa. Mi lavandera se quejaba de que el pastor S. (1) había metido ideas en la cabeza de su hija, por lo que se había hecho imprudente y no quería atender más á razones. El cochero Pattensen masculla á cada instante:—«¡Esto es una idea! ¡Esto es una idea!»—Pero ayer se incomodó en toda regla al preguntarle yo qué se imaginaba él que era una idea. Y malhumorado murmuraba:—«¡Y bien, y bien, una idea es una idea! Ideas son todos los disparates que uno se forja.»—En semejante sentido se halla empleada la palabra como título de un libro del consejero áulico Heeren, de Goettinga.

El cochero Pattensen es hombre que en las vastas landas de Lüneburgo sabe encontrar el camino de noche y con niebla; el consejero áulico Heeren es hombre que

(1) En la versión francesa, Strauch.

también, con prudente instinto, vuelve á encontrar los antiguos caminos de las caravanas de Oriente, y que los recorre, hace años, con tanta seguridad y paciencia como un camello de la antigüedad; puede uno, pues, fiarse de tales gentes, puede uno seguirlos tranquilo, y por eso he titulado este libro *Ideas*.

El título del libro tiene tan poca importancia como el título del autor, que no es elegido por él por vanidad de erudito, y no debe, por tanto, expresar vanidad ni mucho menos. Aseguro á usted, con dolor de mi corazón, que no soy vano, y esta advertencia es necesaria, según más adelante tendrá usted ocasión de ver. No soy vano. Y aunque un bosque de laureles creciera en mi cabeza, y un mar de incienso se derramase en mi joven corazón, no me envanecería. Mis amigos y prójimos en tiempo y espacio han tenido especial cuidado en evitarlo.

Usted sabe, señora, que las abuelas denigran un poco á los niños, cuando se elogia su belleza, para que la alabanza no maleduque al querido pequeñuelo. Sabe usted también que en Roma, cuando el triunfador, al llegar del campo de Marte, coronado de gloria y vestido de púrpura, ceñidas sus doradas sienes de blancas rosas (1), sobresalía como un dios entre aquella vistosa procesión de lictores, músicos, danzantes, sacerdotes, esclavos, elefantes, porta-trofeos, cónsules, senadores y soldados, el populacho entonaba á su espalda toda clase de

(1) En la versión francesa falta este inciso.

canciones burlescas (1), y sabe usted, por fin, que en la querida Alemania abundan las viejas comadres y el populacho.

Según lo dicho, señora, las ideas de que aquí se trata distan tanto de las de Platón, como Atenas de Goettinga, y tan pocas grandes esperanzas puede usted abrigar respecto al libro como respecto al autor. En verdad, el que éste las haya podido concebir es tan incomprensible para mí, como para mis amigos. La condesa Julia quiere explicar la cosa, y asegura que cuando al susodicho autor se le ocurre alguna vez decir algo ingenioso y nuevo, sólo lo es en apariencia, porque en cuanto al fondo, es tan necio como los demás. Mas esto es falso, yo no aparento nada, hablo con arreglo al desarrollo de mi piezo, escribo con toda inocencia y sencillez lo que se me viene á las mientes, y no tengo la culpa de que ello tenga algo de sentido común.

Mas por ahora tengo más fortuna escribiendo que jugando á la lotería de Altona, ¡bien quisiera que fuese al revés! pues brotan de mi pluma muchas cédulas premiadas de sentimiento, muchas cuaternas de pensamiento, y esto lo hace Dios; pues ÉL, que rehusa á los piadosos cantores de Eloha y á los poetas edificantes todo bello pensamiento y toda gloria literaria, para que no lleguen á ser demasiado alabados por las criaturas terrestres y olviden por ello el cielo, donde ya los ánge-

(1) En la versión francesa, en vez de *canciones burlescas*, dice: *fescenias, sátiras insultantes*.

les les están preparando digno alojamiento; ÉL debe bendecirnos, tanto más á los demás escritores profanos, pecadores y heréticos, para quienes el cielo está cerrado á piedra y lodo, con soberanos pensamientos y mundana gloria, por gracia y misericordia divinas, con lo cual la pobre alma una vez que fué creada, no se vaya completamente de vacío, y al menos aquí abajo, sobre la tierra, encuentre una parte de esas delicias que allá arriba se le niegan.

Vid. Goethe y los autores de trataditos (1).

Ve usted, pues, señora, que puede leer mis escritos, que son un testimonio de la gracia y misericordia de Dios, ó que yo escribo confiando ciegamente en el Todopoderoso, por lo que soy, en este sentido, un verdadero escritor cristiano. Pues, hablando con franqueza, en el momento de comenzar el presente período, aun no sé cómo lo acabaré, ni aun propiamente lo que en él voy á decir, abandonándome en manos del buen Dios. Y ¿cómo pudiera yo escribir sin esta piadosa confianza? En mi cuarto está ahora el muchacho de la imprenta de Langhoff esperando original; la frase, apenas nacida, corre ardiente y húmeda á la prensa, y lo que pienso y siento en este instante puede estar impreso mañana al mediodía (2).

Fácilmente podrá usted tomar la palabra, señora,

(1) En la versión francesa: *Vid. Goethe y la Sociedad de los buenos libros.*

(2) En la versión francesa: *esta tarde.*

para recordarme el *nonum prematur in annum* de Horacio. Mas esta regla, como tantas otras de su especie, puede ser muy buena en teoría, pero en la práctica de nada sirve; pues al dar Horacio al autor la regla famosa de tener una obra nueve años en cartera, debiera darle al mismo tiempo la receta para poder vivir nueve años sin comer. Cuando Horacio la imaginó quizá estaba sentado á la mesa de Mecenas comiendo capones trufados, pudding de faisán en salsa de carne de venado, muslos de alondra con rabanillos de Teltow, lengua de pavo real, nidos de pájaros indios, y ¡Dios sabe! qué más, todo ello gratis. Pero nosotros, que desgraciadamente hemos nacido tarde, vivimos en otros tiempos; nuestros Mecenas son príncipes completamente distintos, que creen que los autores y los nisperos se hacen mucho mejores dejándoles algún tiempo sobre paja; creen que los perros no sirven para la caza de imágenes y pensamientos cuando se han puesto demasiado gordos. ¡Ah! y cuando por acaso alimentan á un pobre perro, siempre es ¡oh injusticia! al que menos dignó es de los mendrugos; por ejemplo, al faldero, que lame la mano, ó al diminuto boloñés que sabe estrecharse al perfumado seno de la señora de la casa, ó al paciente perro de aguas, que ha aprendido la ciencia de ganar el pan, y sabe traer objetos, bailar y tocar el tambor.

En el momento en que esto escribía, mi doguillo se pone de manos á mi espalda y ladra..... — Calla, amigo, no he hablado de tí, pues tú me amas, acompaña á tu amo en apuros y peligros y morirías sobre su tumba,

con tanta fidelidad, como algún otro perro alemán que, arrojado á extranjera tierra, se echa en los umbrales de la patria y gimiendo perece de hambre.

Perdone usted, señora, que haya hecho una digresión para satisfacer dignamente á mi pobre perro, y vuelvo á la regla de Horacio y á la imposibilidad de practicarla en el siglo XIX, en que los poetas no pueden pasarse sin la protección monetaria de las musas (1).

A fe mía (2), señora, yo no podría sostenerme veinticuatro horas, cuanto más nueve años, pues mi estómago tiene poca idea (3) de la inmortalidad. Lo he consultado conmigo mismo; sólo quiero ser inmortal á medias, y estar ahito del todo; si Voltaire podía dar trescientos años de su eterna gloria por la buena digestión de una comida, yo ofrezco el doble por la comida sólo. ¡Ah! Y ¡qué bellas, qué brillantes comidas se dan en este mundo! El filósofo Panglos tiene razón: ¡éste es el mejor de los mundos! Pero en el mejor de los mundos se necesita tener dinero, dinero en el bolsillo y no manuscritos en cartera. El hostelero del *Rey de Inglaterra*, señor Marr (4), es también escritor y conoce también la regla de Horacio, pero no creo que me diera de comer durante nueve años, si yo quisiera poner en práctica la regla.

(1) La versión francesa dice simplemente: *en que los poetas deben comer.*

(2) En el original en francés: *Ma foi.*

(3) La versión francesa: *poco gusto por.....*

(4) Falta en la versión francesa este nombre.

Bien pensado, ¿por qué la he de aplicar yo? Tengo tantas cosas buenas que escribir, que no necesito andar con largos preparativos. Mientras mi corazón esté lleno de amor y la cabeza de mis prójimos llena de locuras, no me faltará materia para escribir. Y mi corazón amará siempre, mientras haya mujeres; pues si se enfria para una, se inflama para otra; como jamás muere el rey en Francia, tampoco muere jamás la reina en mi corazón, donde una voz grita: *La reina ha muerto, viva la reina!* (1) Del mismo modo tampoco morirá jamás la locura de mis prójimos, porque no hay más que una sola cordura, y ésta tiene sus determinados límites; pero hay mil locuras inconmensurables. El sabio casuista y cura de almas Schupp llega hasta á decir: «En el mundo hay más locos que hombres.....»

Vid. Schuppí doctissima opera, p. 1121 (2).

Si se piensa en que el gran Schuppíus ha vivido en Hamburgo, no se encontrará exagerado este dato estadístico. Yo estoy en el mismo punto y puedo decir que me encuentro perfectamente, cuando pienso que puedo sacar partido, en mis escritos, de todos los tontos que aquí veo; que son honorarios contantes, dinero contante.

(1) En el original: *La reine est morte, vive la reine!*

(2) La versión francesa presenta toda la cita en latín, cuando en el original alemán sólo lo está el apellido del autor en genitivo, pero traduce *docta*, cuando *lehrreiche* (rica en doctrina) equivale á un superlativo. De estar el nombre del autor en latín, nos ha parecido más correcto poner también en latín el título de la obra.

Precisamente me encuentro ahora en plena recolección. El señor me ha bendecido: este año los tontos han producido una cosecha excepcional, y como hombre económico consumo poco, escojo lo mejor y lo guardo para lo porvenir.

Se me ve con frecuencia en el paseo, y se me ve alegre y de buen humor; como un rico comerciante que se frota las manos de gusto, paseándose entre las cajas, toneles y fardos de su almacén de géneros, así me paseo yo entre mis gentes. ¡Todos sois míos! ¡Todos me sois igualmente queridos, y os amo como vosotros mismos amáis vuestro dinero, que es mucho decir!

Hube de reirme de muy buena gana, al oír muy poco ha, que uno de mis individuos se había manifestado cuidadoso, porque no sabía de qué iba yo á vivir..... y, no obstante, es él mismo un necio tan *capital*, que solamente con él podría vivir, como de una fortuna (1). Pero hay necio que no sólo es para mí dinero contante, sino que he destinado á un objeto determinado el dinero contante que puedo sacar escribiendo de él.

Así, por ejemplo: con cierto obeso millonario bien relleno, me he de adquirir cierta silla bien rellena que los franceses llaman *silla agujereada* (2). Con su obesa millonaria me compraré un caballo. Cuando veo al grueso..... —un camello entrará antes en el reino de los cielos que

(1) En la versión francesa: *como de un capital consolidado.*

(2) *Chaise percée.*

este hombre pase por el ojo de una aguja;—cuando veo á este hombre en el paseo balancearse como un pato al andar, me pongo de un humor extraño; y aunque le soy completamente desconocido, le saludo involuntariamente, y él me saluda á su vez tan cordial, de tan insinuante manera, que al punto quisiera hacer uso de su bondad; pero me dejan perplejo los muchos hombres acicalados que al mismo tiempo pasan.

Su señora esposa no es una mujer despreciable; verdad es que no tiene más que un ojo, pero, por lo mismo, éste es mucho más verde; su nariz parece una torre, la que mira hacia Damasco; su seno es grande como el mar, y sobre él flotan toda clase de cintas como gallardetes de buques que navegan en aquel seno undoso. Con sólo verla se siente ya el mareo. Su nuca es también linda y almohadillada de grasa, como un.....—la imagen comparativa se halla un poco más abajo—y en el jardín de azules violetas que cubre dicha imagen comparativa, han tejido seguramente toda su vida miles y miles de gusanillos de seda.

—Ya ve usted, señora, ¡qué caballo puedo procurarme! Cuando me encuentro en paseo á la señora, el corazón me late satisfecho, me parece que cabalgo, que restallo el látigo, castañeteo los dedos, chasqueo la lengua, hago con las piernas toda clase de movimientos de equitación..... ¡hop! ¡hop!.... ¡brr! ¡brr!.... Y la amable señora me mira con tanta alma, con tanta inteligencia, relincha con los ojos, resopla con las narices, coquetea con la grupa, hace corbatas, y toma de repente un trotecillo

corto. Y yo entonces me quedo con los brazos cruzados, mirándola lleno de complacencia, discurriendo en mis adentros si la llevaré con freno, ó con filete, si la pondré una silla inglesa ó polonesa, etc.

Las gentes que entonces se me quedan mirando, no comprenden qué es lo que tanto me encanta en dicha señora. Algunos chismosos querían ya robar la tranquilidad á su señor marido, y le hacían señas como si yo contemplase á su honrada mitad con los ojos de un enroddado. Pero mi honorable *silla agujereada* de blando cuero hubo de responder que me tenía por un inocente, basta por un joven algo tímido que le miraba con cierta complacencia, como uno que siente la necesidad de acercarse y se ve contenido por cierta ruborosa timidez. Mi noble coreel, al contrario, pensaba que yo tenía un aire franco, ingenuo y caballeresco, y que mis solícitas atenciones significaban meramente que deseaba me invitasen alguna vez á ir á comer á su casa.

Ve usted, señora, cómo puedo utilizar á todos los hombres y cómo el indicador de señas es propiamente el inventario de mi casa. Por esto tampoco puedo nunca hacer quiebra, pues cambiaría mis mismos acreedores en fuente de productos. Además, como dejo dicho, vivo realmente con mucha economía, con una condenada economía. Por ejemplo, en el instante en que esto escribo, ocupo un cuarto, obscuro y triste, en la calle de las Tinieblas..... pero soy de buen acomodo, y si yo quisiera, podría seguramente establecerme en el más bello jardín, tan bien como mis amigos y primos; no tenía más que

realizar mis aguardentosos clientes (1). Estos, señora, consisten en peluqueros de poco pelo, casamenteros desconocidos, bodegoneros que nada tienen que comer, canalla pura, que sabe dar con mi casa, y mediante una propina en efectivo me cuenta la crónica escandalosa de su respectivo cuartel.

Señora, ¿usted se extraña de que no haya arrojado á la calle de una vez, para siempre, á tales gentes?—¡A qué pensarlo, señora! Estas gentes son mis flores. Yo les describiré un día en un bello libro, con cuyos honorarios me compraré un jardín, cuyas flores se me aparecen ya en sus rostros, rojos, amarillos, azules y pintarrajeados. ¿Qué me importa que la nariz de un extraño afirme que estas flores no huelen más que á cominos, tabaco, queso y vicio? Mi propia nariz, la chimenea de mi cabeza, por donde la fantasía sube y baja á modo de deshollinador, afirma lo contrario, y no encuentra en estas gentes más que aroma de rosa, de jazmín, de violeta, de clavel, de alelíes..... (2). ¡Oh, qué á gusto me encontraré un día por la mañana en mi jardín, oyendo el canto de las aves, calentando mis miembros al rayo del sol, respirando el fresco aliento de las hierbas y acordándome, al contemplar las flores, de mi canallesca clientela!

(1) En la versión francesa: *no tenía más que realizar mis parroquianos matinales.*

(2) El texto dice sólo *Violen* (violeta), sinónimo de *Veilchen*, que emplea dos palabras antes, pero en la versión francesa se lee *girafée*, lo cual supone una elipsis, en que *Violen* está por *Violen gelben* (literal: de violeta amarilla), *alelí*, también *Veilchen gelben*.

Por lo pronto, sigo aún establecido en la obscura calle de las Tinieblas, en mi obscuro cuarto, y me complazco en colgar en medio de él al mayor obscurantista del país. —«Pero, ¿verá usted entonces más claro? (1).—Al punto, señora..... Mas no se equivoque usted, yo cuelgo, no al hombre mismo, sino solamente la lámpara de cristal que me he procurado con los honorarios de lo que acerca de él escribo. No obstante, creo que aun sería mejor, y que se había de difundir gran claridad por todo el país, si se colgara *in natura* á los obscurantistas (2). Pero se puede no colgar á las gentes, si se las ha de marcar á fuego. Vuelvo á hablar figuradamente, marco *in effigie*.

En verdad, el señor de Weiss (3)—blanco é immaculado como una azucena—se ha hecho blanquear, y así que yo lo hube referido en Berlín, fué realmente marcado á fuego. El necio se hizo en virtud de ello reconocer por la autoridad y pidió certificado de que su espalda no tenía señal alguna de hierro, consideró este testimonio heráldico negativo como un diploma que le pudiera facilitar la entrada en los mejores círculos sociales, quedándose admirado, cuando, á pesar de él, le arrojaron, y ahora echa venablos contra mí, ¡pobre hombre! y desea matarme de un pistoletazo, donde quiera que me encuentre.

¿Y qué cree usted, señora, que haga yo por mi parte?

(1) En el texto en francés: *¿Mais, y verrez-vous plus clair alors?*

(2) Aquí da la versión francesa un gran corte.

(3) Blanco.

Pues, con ese tonto, digo, con los honorarios que el escribir acerca de él me reporte, me compraré un buen tonel de vino del Rhin de Rüdeshcim. Y digo esto, para que no crea usted que es malignidad la alegría con que le contemplo cuando encuentro al señor de Weiss en la calle. En verdad, señora, no hallo en él más que mi querido Rüdeshcim; así que le veo, me pongo de un humor excelente, delicioso, y empiezo involuntariamente á cantar:

«Al Rhin, al Rhin-do, crecen nuestras vides.....»
 «¡La imagen bella es sin igual!.....»
 «¡Oh blanca dama!.....» (1).

Mi Rüdeshcim parece entonces muy agrio, y era cosa de creer que estuviera compuesto de veneno y bilis..... pero aseguro á usted, señora, que es todo un buen vino; aunque no lleva impresa á fuego la marca de fábrica, no obstante, el conocedor sabe apreciarle; abriré con regocijo el tonelillo, y si fermenta con demasiada fuerza, y quiere estallar de un modo peligroso, entonces se le asegurará oficialmente con un aro de hierro.

Ve usted, pues, señora, que no debe tener cuidado por mí. Yo puedo mirarlo todo tranquilamente en el mundo. El Señor me ha bendecido con los bienes de la tierra, y aun cuando no ha provisto mi bodega de vino como yo quisiera, todavía me permite trabajar en su viña, y sólo necesito vendimiar la uva, llevarla al lagar, pren-

(1) Tal es el ritmo de la canción alemana: «*Am Rhein, am Rhein; da wachsen unsre Reben.*»—«*Dies Bildniss ist bezau-bernd schön.*»—«*O weisse Dame.....*»

sarla, envasarla y ya tengo el claro don divino; y si tampoco se me vienen volando á la boca los tontos asados, sino que vienen á mi encuentro crudos é insípidos, en cambio sé darles cuantas vueltas necesiten en el asador, estofarlos, sazonarlos con pimienta, hasta que se ponen blandos y de buen comer.

Va usted á experimentar una alegría, señora, el día que yo dé un gran banquete. Va usted á alabar mi cocina. Tendrá que confesar que sé regalar á mis sátrapas tan pomposamente como un tiempo lo hiciera Ahasveros, que reinaba desde la India á la Mauritania, sobre ciento veintisiete provincias. Haré llevar á cabo completas hecatombes de necios.

Aquellos grandes aguardentófilos (1), en forma de toro, como un día Júpiter para galantear con éxito á Europa, nos proveerán de asado de vaca; un triste poeta trágico que describió en la escena un triste reino de Persia, y nos presentó un triste Alejandro, en cuya educación ningún Aristóteles había tomado parte, proveerá mi mesa de una soberbia cabeza de cerdo, con su habitual sonrisa agridulce, con una rueda de limón en la boca, y cubierto de hojas de laurel por la artística cocinera (2); los cantores de los labios de coral, de los cuellos de cisne, de las vibrátiles colinas de nieve, de los ringorangos, de

(1) *Philoschnapps*.

(2) Se refiere al drama fugaz de Uechtritz, «*Alejandro y Dario*», sobre el que Heine había publicado por entonces una crítica mordaz en el *Corresponsal imparcial de Hamburgo*.—Nota de Strodtmann.

las pantorrillitas, de los nenúfares blancos, de los besitos y de los asesoritos, esto es, H. Clauren, ó como le llaman en la calle de Federico (1) las religiosas Bernardas: «¡Padre Clauren! ¡nuestro Clauren!» Este hombre veraz me proporcionará todos aquellos platos que él sabe describir tan perfectamente en su anual *Burdel de bolsillo* (2), con la imaginación de una joven cocinera golosa, y nos dará un especialísimo plato superior de apio, «tras el cual le salta á uno en el pecho el corazón enamorado». Una prudente y seca dama de la corte, cuya cabeza sólo es comestible, nos proporcionará un plato análogo, esto es, los espárragos; y no faltarán morcillas de Goettinga, cecinas de Hamburgo, pechugas de ganso de Pommerania, lengua de vaca, sesos de ternera guisados, hocico de vaca, merluza seca (3) y toda clase de helados, frutas de sartén berlinesas, tortas de Viena confituras, etc.

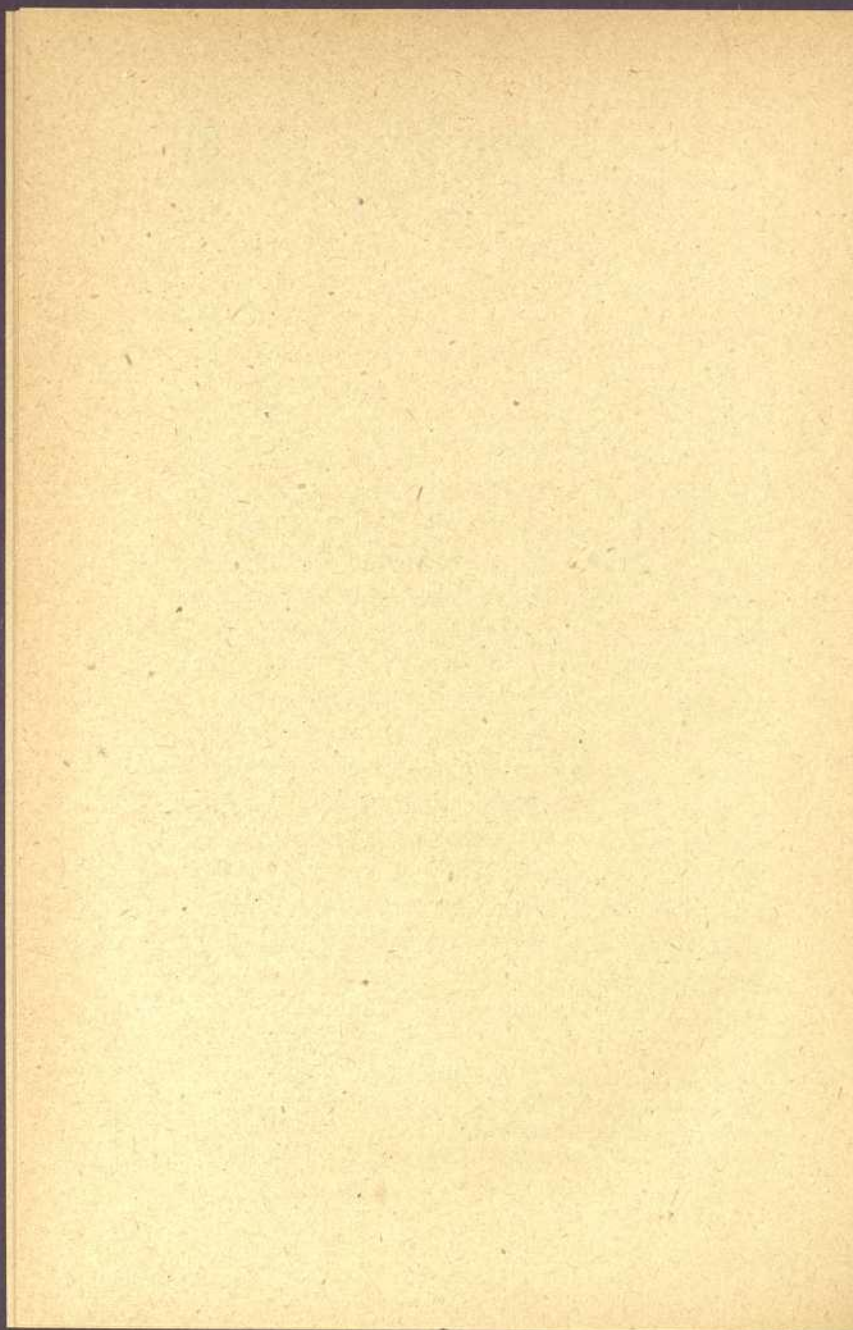
Señora, ¡á fe que he cargado en exceso idealmente el estómago! ¡Cargue el verdugo con tal glotonería! Yo no puedo resistir mucho; poseo malas facultades digestivas. La cabeza de cerdo obra sobre mí como sobre todo el público alemán, necesito comer después una ensalada Willibald=Alexis, que purifica.—¡Oh, infeliz cabeza de cerdo, con su aun más infeliz salsa, no gustas ni á la griega ni á la persa, sino que sabes como té con jabón verde!..... ¡Llamad á mi obeso millonario! (4).

(1) *Friedrichstrasse*.

(2) *Taschenbordellehen*, pariente de *La llave de oro*.

(3) *Stockfisch* (lit: *pejepalo*).

(4) ¡Pobre autor de «*Alejandro y Darion*»!



CAPÍTULO XV.

Señora, observo una ligera nube de mal humor en su hermosa frente, y parece usted preguntar, si no es una sinrazón que yo aderece de tal manera á los necios, los clave en el asador, los meche, despedace y hasta mate á muchos que han de quedar sin que los pruebe, sirviendo ahora los aguzados picos de los tordos burlones para llevar á cabo el destrozo, entre los llantos y alaridos de las viudas y los huérfanos....

Señora, ¡esta es la guerra! (1). Ahora voy á revelar á usted todo el enigma. Acaso yo mismo no sea de los sensatos, pero he abrazado su partido y hace cinco mil quinientos ochenta y ocho años que hacemos la guerra á los insensatos. Estos se creen perjudicados por nosotros, pues afirman que si existía en el mundo una determinada dosis de sensatez, toda esta dosis la habían usurpado los sensatos, Dios sabe cómo, y es cosa que clama al cielo, ver con frecuencia que un solo hombre ha acaudalado para sí tanta sensatez, y que sus conciudadanos y todo el país á la redonda, se ha quedado completa-

(1) En el original en francés: *¡Madame, c'est la guerre!*

mente á obscuras. Esta es la secreta causa de la guerra, que es una verdadera guerra de exterminio.

Los sensatos se muestran, como es natural, los más pacíficos, comedidos y *sensatos*; se han atrincherado en sus antiguas obras aristotélicas, tienen mucha artillería, bastantes municiones, pues ellos mismos son los que inventaron la pólvora, y de cuando en cuando arrojan entre sus enemigos bombas llenas de convicción. Mas por desgracia son éstos demasiado numerosos, su gritería es grande, y cada día cometen una execración; porque en realidad toda necesidad es una execración respecto de la sensatez.

Sus estratagemas son con frecuencia de la peor especie. Algunos cabecillas del gran ejército se guardan muy bien de darse por entendidos respecto á la causa misteriosa de la guerra. Han oído que un hombre falso muy conocido, tan adelantado en falsedad, que al fin hasta había escrito sus Memorias falsas, Fonché en fin, dijo una vez: *Las palabras se han hecho para ocultar nuestros pensamientos* (1); y ellos hacen muchas palabras, para ocultar que ante todo no tienen ninguna idea; pronuncian largos discursos y escriben gruesos libros, y, cuando se les oye, encomian la única bienhechora fuente de los pensamientos, la sensatez, y cuando se les ve, se dedican á la matemática, á la lógica, á la estadística, al mejoramiento de máquinas, al civismo, á la cría de ga-

(1) En el original en francés: *Les paroles sont faites pour cacher nos pensées.*

uados, etc.,—y como la mona se hacía más ridícula cuanto más quería parecerse á los hombres, tanto más ridículos se hacen los necios, cuanto más se la echan de sensatos.

Otros cabecillas del gran ejército son francos, y confiesan que les há cabido en suerte muy pequeña parte de inteligencia, que acaso no les ha tocado nada de sensatez, pero no pueden menos de asegurar que la razón es cosa muy acre y en el fondo de escasa valía. Quizá sea esto verdad, pero desgraciadamente no tienen el talento que se necesita para probarlo. Ásense por tanto á todo género de auxilios, descubren en sí mismos nuevas fuerzas, explican que, aunque no sean precisamente tan eficaces como la inteligencia, son todavía eficaces en caso de necesidad, por ejemplo, el sentimiento, la fe, la inspiración, etc., y con esta sensatez subrogada, con esta inteligencia de remolacha se consuelan.

Pero á mí, ¡infeliz!, me profesan singular aborrecimiento, pues afirman que soy de casa de uno de los suyos, que soy un apóstata, un prófugo que rompe los más sagrados lazos, y que ahora hasta soy un espía, que atisba en secreto lo que ellos, los necios, hacen en corporación, para entregarlo á la risa de sus nuevos colegas; y que soy tan torpe, que ni siquiera reparo en que éstos se rien al mismo tiempo de mí, y cada vez me van teniendo más por uno de sus iguales.—Y en esto tienen los locos completa razón.

Es verdad, aquéllos no me tienen por su igual, y esto me vale con frecuencia sus secretas burlas. Lo sé muy

bien, pero no dejo que lo noten. Mi corazón sangra entonces interiormente, y, cuando estoy solo, brota el llanto de mis ojos. Lo sé muy bien, mi situación es contranatural; todo lo que hago, es para los sensatos una necedad y para los insensatos una execración. Me aborrecen, y siento la verdad del adagio: «La piedra es pesada y la arena tiene peso, pero la ira de los necios es más pesada que ambas.»

Y no sin razón me aborrecen. Es completamente cierto, he roto los más sagrados lazos; por amor de Dios y de la razón debiera yo vivir y morir entre los necios. Y ¡ah! ¡qué bien me hubiera hallado entre esta gente! Si hubiera querido convertirme, me hubieran recibido con los brazos abiertos; hubieran leído en mis ojos lo que sólo una amante hubiera podido leer; me hubieran invitado todos los días á su mesa y me hubieran llevado consigo por la noche á sus tertulias y *clubs*; hubiera jugado con ellos al *whist*, fumado cigarros, hablado de política, y cuando ya bostezara, dirían á mi espalda: ¡Qué hermosos sentimientos! ¡Oh alma llena de fe!

Permitame usted, señora, que les consagre una lágrima de ternura. ¡Ah! y hubiera tomado ponche con ellos, hasta ponerme en estado de verdadera inspiración, y entonces me hubieran conducido á mi casa en una silla de manos, cuidando extremadamente de que no me enfriara; el uno me pondría á toda prisa las zapatillas, el otro la bata de seda, el tercero el blanco gorro de dormir; me hicieran entonces profesor extraordinario ó presidente de una sociedad de proselitismo, ó contador pri-

mero, ó director de las excavaciones de Roma, porque yo sería un hombre tan apto que se me podría utilizar en todas las esferas, puesto que sé distinguir perfectamente la declinación de la conjugación latina, y no confundo tan fácilmente como otros una bota de un postillón prusiano con un vaso etrusco.

Mi sensibilidad, mi fe, mi inspiración, podían además hacer mucho bien en los rezos públicos, esto es, en mi provecho; mi distinguido talento poético me hubiera prestado buenos servicios en natalicios y casamientos, y hasta no hubiera hecho mal en celebrar en una epopeya nacional á todos aquellos héroes, de cuyo descompuesto cadáver han salido arrastrándose gusanos que se hacen pasar por sus descendientes.

Muchos, que no habían nacido necios, sino que un día estuvieron dotados de sentido común, se pasaron á su bando para disfrutar de ciertas ventajas; viven entre ellos una verdadera vida regalona, y las necesidades, que al principio les costaron algún esfuerzo, ya han venido á ser para ellos una segunda naturaleza; en efecto, hoy no puede ya considerárseles hipócritas, sino verdaderos creyentes.

Uno de éstos, en cuya mente no han penetrado del todo las tinieblas, me quiere mucho, y hace muy poco, estando solo con él en su casa, cerró la puerta y me dijo con severo acento: «¡Oh necio, que desempeñas el papel de sabio, y no tienes más alcances que un recluta en el seno materno! ¡No sabes que los grandes del país sólo elevan á los que se rebajan á sí propios y rebajan su san-

gre, para ser más alabados que por los suyos! ¡Y lo que te perjudicas para con los piadosos del país! ¡Tan en extremo difícil es elevar los ojos fervorosamente, abrigar las manos, piadosamente cruzadas, en las mangas del gabán, dejar caer la cabeza como un cordero de Dios y balbucear sentencias de la Biblia, aprendidas de memoria? ¡Créeme, no cuentes con llegar á ser una gran lumbrera por tu irreligiosidad; los hombres que te amarían, te aborrecerán, calumniarán y perseguirán, y no harás carrera, ni en el cielo ni en la tierra!»

¡Ah, todo esto es verdad! Pero tengo siempre esa desgraciada pasión por la sensatez; yo la amo, aunque no tenga la felicidad de ser por ella correspondido; yo le doy todo, y ella no me otorga nada. ¡No me puedo pasar sin ella! Y como, un día el monarca judío Salomón, en elevadas canciones, entonadas por la Iglesia cristiana, y acaso bajo la forma de una doncella negra radiante de amor—porque nada repararon los judíos—he cantado en innumerables canciones, precisamente lo contrario, esto es, la sensatez, acaso bajo la forma de una doncella blanca y fría, que me mira y me rechaza, que tan pronto me sonríe como se encoleriza, y acaba por volverme la espalda.

Este secreto de mi desgraciado amor, que á nadie he descubierto, da á usted, señora, la medida para que pueda apreciar mi necedad; ve usted además que es de tan extraordinaria especie y grandeza que sobrepasa á los usuales impulsos necios de los hombres. Lea usted mi *Ratcliff*, mi *Almanzor*, mi *Intermedio*

lírico..... (1) ¡Sensatez, sensatez!..... ¡nada más que sensatez!..... y se aterrará usted ante el alcance de mi necedad. Con las palabras de Agur, del hijo de Jake, puedo decir: «Yo soy el mayor de todos los necios, la inteligencia humana no existe en mí.»

Allá á los aires elévase la encina del bosque; más arriba, sobre la encina se cierne el águila; más arriba, sobre el águila vuelan las nubes; más arriba, sobre las nubes irradian las estrellas. ¿No le parece á usted demasiado alto? *Pues bien* (2)....., más arriba, sobre las estrellas flotan los ángeles, y más arriba, sobre los ángeles..... nada, señora, no se puede llevar más allá mi locura. Usted la considera suficientemente grande. Usted se marea ante su propia sublimidad; pues ella me hace viajar con las botas de siete leguas (3).

Tengo un apetito tal, que devoraría todos los elefantes del Indostán, y me mondaría los dientes con la catedral de Strasburgo; por la tarde me pongo tan sentimental que apuraría la vía láctea del cielo, sin pensar en que se le pudieran á uno indigestar las pequeñas estrellas fijas; y por la noche da comienzo ya el espectáculo, se celebra

(1) Extraño poema lírico así titulado por haberse impreso por primera vez entre las dichas dos tragedias.

(2) En el original en francés: *eh bien*.

(3) En la versión francesa falta el texto comprendido entre: *Pero se puede*..... pág. 280, hasta *siete leguas*. La supresión de dicha parte del texto ha hecho desaparecer en la versión dicha el capítulo XV, y que lo siguiente sea en ella el final del capítulo XIV, cuando lo es realmente del XV suprimido.

en mi cabeza un congreso de todos los pueblos pasados y presentes, llegan asirios, egipcios, medos, persas, hebreos, filisteos, francfurtanos, babilonios, cartagineses, berlineses, romanos, espartanos, turcos, cominos turcos..... Señora, sería cosa de no acabar, si hubiera de describir á usted todos estos pueblos; no tiene más que que leer á Herodoto, á Livio, *la Gaceta de carruajes y transportes* (1), á Curcio, á Cornelio Nepote, el Compañero..... (2).

Entretanto voy á almorzar; no me siento esta mañana con tan buenas disposiciones para seguir escribiendo, noto que Dios me deja de su mano..... Señora, temo, hasta que lo haya usted notado antes que yo; sí, observo que la divina inspiración no es hoy conmigo.

Señora, comenzaré un nuevo capítulo (3), y refe-

(1) *Die Haude=und Spenersche Zeitung.*

(2) *Der Gesellschafter.*

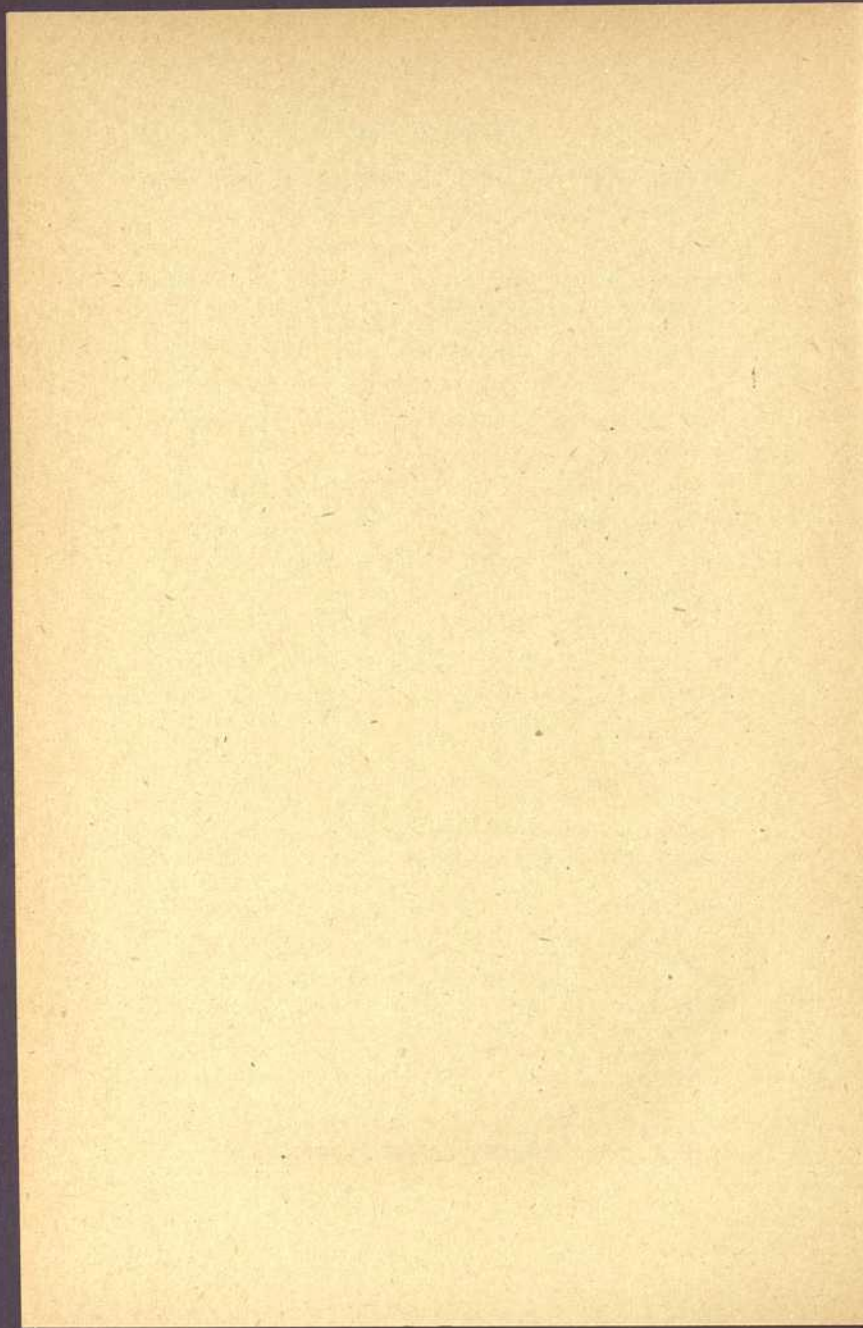
(3) El final de este capítulo á contar desde, *Tengo un apetito tal*, está alterado, trastocado y reducido en la versión francesa donde se lee:

«Señora, me acomete un súbito y gran deseo de almorzar, porque estoy escribiendo desde las siete, y comienzo á sentir frío en el estómago y en la cabeza. No me siento esta mañana con tan felices disposiciones para escribir; noto que el buen Dios me abandona..... Señora, temo que lo haya usted notado antes que yo..... Sí, observo que la asistencia divina no me ha sostenido una sola vez esta mañana..... Señora, voy á almorzar, y después comenzaré un nuevo capítulo, y contaré á usted cómo llegué á Godesberg después de la muerte de Le Grand.

«Tengo un hambre colosal. Me parece que podría devorar en mi desayuno todos los elefantes del Indostán, y que el Münster

riré á usted cómo llegué á Godesberg, después de la muerte de Le Grand

de Strasburgo podría servirme de mondadientes. Tengo siempre más hambre por la mañana que por la tarde. Pero por la noche se apodera de mí una sed tan sentimental, que me sorbería toda la vía láctea del cielo.»



CAPÍTULO XVI.

Cuando llegué á Godesberg, me senté otra vez á los pies de mi bella amiga, al lado mío se echó su zarcerillo tostado, y ambos á dos posamos nuestros ojos en los suyos.

¡Santo Dios! en aquellos ojos estaban todas las magnificencias (1) de la tierra y se hallaba además todo un cielo! Creí morir de felicidad al contemplar aquellos ojos, y si en aquel momento muriera, hacia ellos volara directamente mi alma. ¡Oh, yo no pudo describir aquellos ojos! Haré que venga de una casa de alienados un poeta á quien el amor haya enloquecido, á fin de que en el fondo de su extravío busque una imagen con que comparar aquellos ojos.—Aquí para *inter nos*, harto loco estoy yo mismo, para necesitar ayuda alguna en este asunto.

—¡*God d-n!* (2)—decía una vez un inglés—cuando le miran á uno así, con esa tranquilidad, de arriba abajo, se le derriten los botones de cobre del frac, y hasta

(1) La versión francesa dice: *Toda la felicidad*, pero en el texto se lee *Herrlichkeit* y no *Seligkeit*, como en el punto siguiente.

(2) Sin duda ¡*God damn!* juramento inglés, que viene á equivaler á: ¡*Por Dios vivo!* Lit. (*¡Dios le condene!*)

el corazón! ¡F—el (1) — decía un francés—tiene unos ojos de grueso calibre y cuando le dispara á uno una mirada de á treinta y seis, ¡crac! es uno hombre perdido! Estaba allí un abogado de Maguncia, de roja cabellera, que decía: ¡Sus ojos miran como dos tazas de café negro!—Y creía haber dicho una cosa muy dulce, pues echaba siempre una inmensidad de azúcar en su café. ¡Vaya unas comparaciones!

Yo y el tostado zarcerillo estábamos en silencio á los pies de la bella señora, mirábamos y escuchábamos. Ella estaba sentada al lado de un viejo y canoso militar, de caballeresca presencia y con la frente surcada de cicatrices. Hablaban ambos de las siete montañas que iluminaba con sus rayos el hermoso crepúsculo vespertino, y del Rhin azulado, que no lejos se deslizaba grandioso y tranquilo.

¿Qué nos importaban á nosotros las siete montañas, el crepúsculo, el Rhin azul, y las barcas con sus blancas velas, y la música que en una de ellas resonaba, y el bobalicón (2) que tan dulce y amorosamente cantaba en ella. Yo y el tostado zarcerillo, nos mirábamos en los

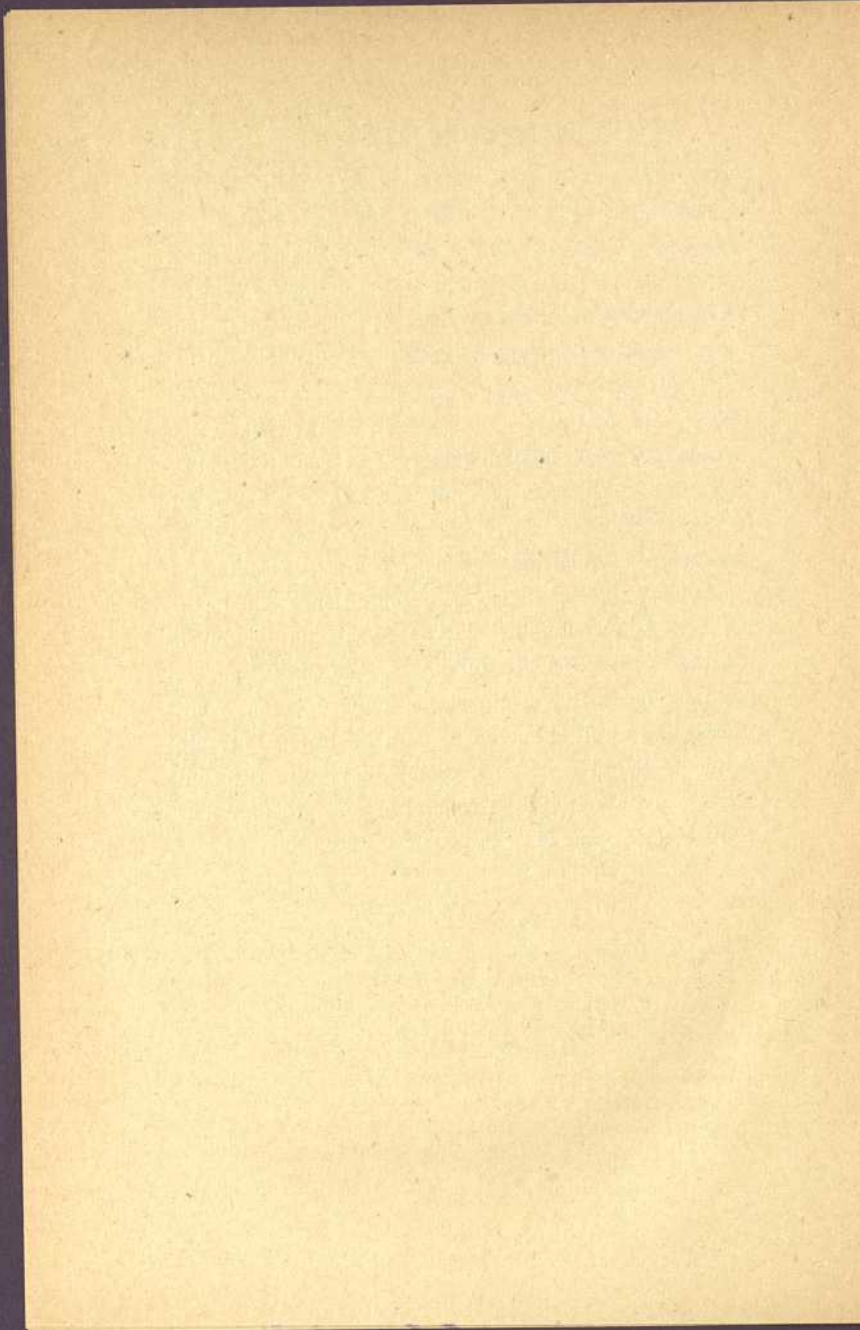
(1) Sin duda ¡Foudre! ¡rayos (y truenos!), muy usada por los franceses. En la versión francesa se lee: *Decía un oficial francés*, y, en efecto, la comparación es propia de un militar.

(2) En la versión francesa: *l'étudiant moutonnier*, que es una traducción servil, pero incompleta del *Schafskopf con Student*, en lo material de las palabras, pues lo sería más aún..... *el cabeza de pastor del estudiante*. *Cabeza de pastor*, equivale en el sentido, á ignorante, necio, rudo, paleta, bobo, etc.—En castellano hay muchas expresiones análogas.

ojos de nuestra amiga y contemplábamos su rostro que salía radiante de entre sus negras trenzas y bucles, con un matiz rosa pálido, como la luna entre oscuras nubes.

Los rasgos de su semblante eran puramente griegos, sus labios atrevidamente arqueados, expresaban melancolía, felicidad y travesura infantil, y cuando hablaba, tenían sus palabras algo de profundo, cierto sollozante dejo, y, sin embargo, se escapaban con viveza y con impaciencia. Más cuando habló, y las palabras se desprendieron de sus hermosos labios como cálida y apacible lluvia de flores, ¡oh! entonces los arreboles vespertinos iluminaron mi alma, desfilaron, al compás de la música, los recuerdos de mi niñez, pero sobre todo resonaba en mí, como una campanilla, la voz de la niña Verónica.

Tomé la bella mano de mi amiga, y la oprimí contra mis ojos, hasta que la música cesó en mi alma, y entonces salté y reí, el zarcero se puso á ladrar, y la frente del viejo general arrugóse severamente; pero volví á sentarme, volví á tomar la hermosa mano, la besé, referí algunas cosas y hablé de la pequeña Verónica.



CAPÍTULO XVII.

Señora, usted desea que yo le haga el retrato de la niña Verónica; pero no quiero. No se puede obligar á usted á leer más de lo que quiere, y yo tengo á mi vez el derecho de no escribir más de lo que me parece. Pero ahora voy á describir la hermosa mano que he besado en el capítulo anterior.

Ante todo, debo confesarlo: no era yo digno de besarla. Era una mano hermosa, tan tierna, tan transparente, tan brillante, tan dulce, tan perfumada, tan aterciopelada, tan adorable..... Verdaderamente, tengo que enviar á la botica por doce *groschen* de epítetos.

En el dedo medio tenía una sortija con una perla. Jamás he visto una perla que hiciese un papel más lamentable. En el dedo anular llevaba un anillo con una piedra azul antigua, en la cual me he pasado las horas muertas estudiando arqueología. En el índice llevaba un diamante; era un talismán; mientras le estaba yo mirando, era feliz, porque donde él estaba, estaba también el dedo, juntamente con sus cuatro colegas, y con todos los cinco dedos solía ella golpearme en la boca. Desde tales manipulaciones creo firme y obstinadamente en el magnetismo.

Pero no me golpeaba con fuerza, y cuando lo hacía, siempre lo había yo merecido por alguna frase llena de impiedad; mas cuando me había pegado se arrepentía al momento, tomaba un bollo, le partía por medio, me daba una mitad y la otra al tostado zarcerillo, sonreía y decía: «Ambos carecéis de religión y hay que alimentaros con bollos en este mundo, puesto que no habrá para vosotros mesa puesta en el cielo.» Y no dejaba de tener razón, yo era entonces muy irreligioso, leía á Thomas Payne, el *Sistema de la naturaleza* (1), el Indicador de Westphalia y á Schleiermacher, me dejaba crecer la barba y la razón, y quería contarme entre los nacionalistas. Pero cuando la bella mano pasaba por mi frente, mi razón se paralizaba, enchíame de dulces ensueños, creía volver á oír piadosos cantos á María, y pensaba en la niña Verónica.

Señora, apenas puede usted figurarse lo linda que estaba la niña Verónica, yacente en su diminuto féretro. Los cirios que ardian en torno suyo arrojaban su resplandor sobre el pálido y sonriente rostro, sobre las encendidas rosas de seda y los crujientes oropeles con que estaban adornadas su cabecita y su mortaja blanca. La piadosa Úrsula me había llevado, al caer la tarde, al silencioso cuarto, y cuando vi el pequeño cadáver, entre luces y flores, colocado sobre la mesa, creí al principio que era la linda imagen de cera de una santa; mas pronto reconocí el semblante querido, y pregunté riendo,

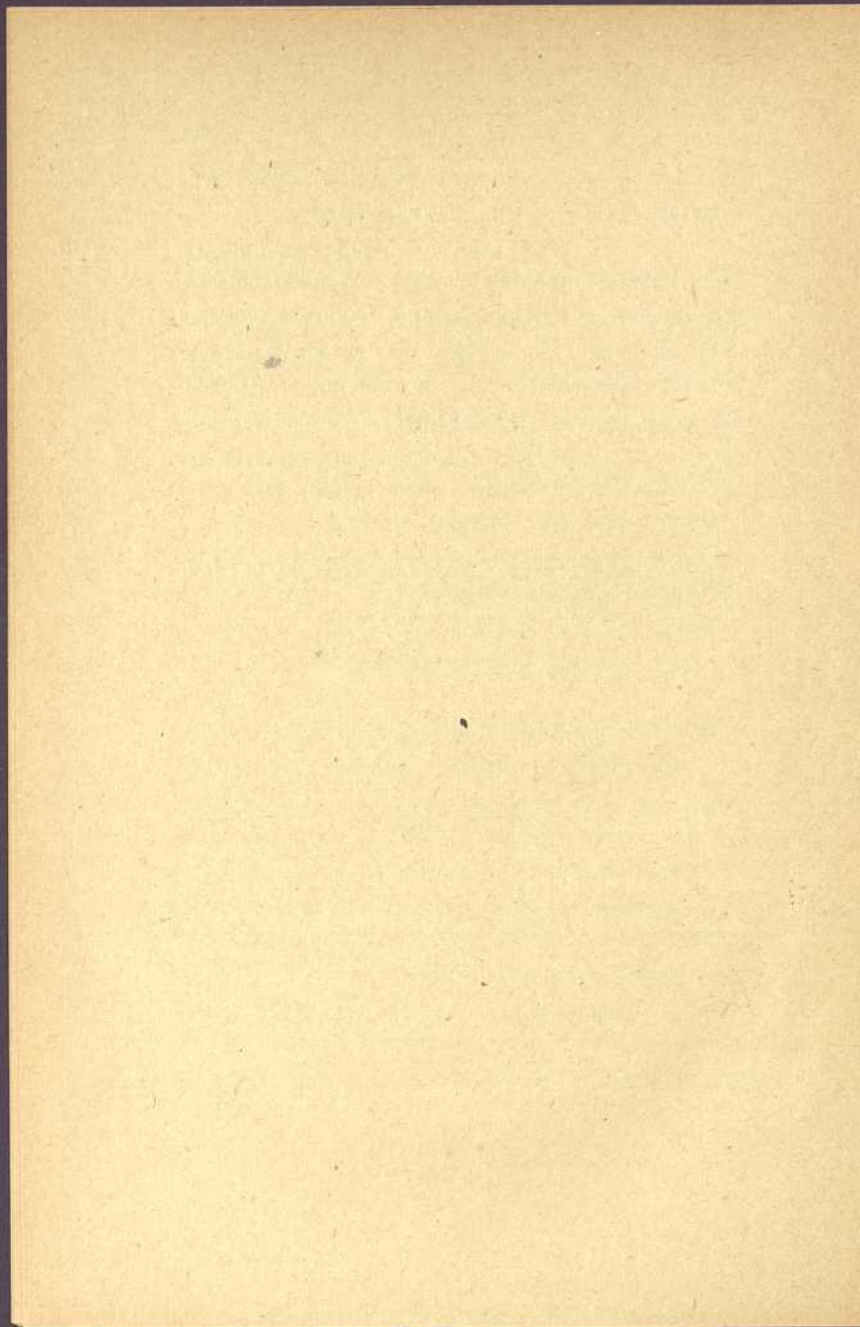
(1) *Système de la nature.*

por qué la pequeña Verónica estaba tan callada, á lo que me dijo Úrsula: Eso lo hace la muerte.

Y cuando dijo: Eso lo hace la muerte..... Pero hoy no quiero referir esta historia; me haría extenderme demasiado; tendría que hablar antes de la urraca coja que saltaba de acá para allá por la plaza del castillo y tenía trescientos años de edad, y podría ponerme melancólico.

De pronto me han entrado ganas de contar otra historia, que es entretenida y oportuna, pues es la propia historia que debía en este libro ser expuesta (1).

(1) En la versión francesa:*pues es precisamente la historia que quería referir al principio.*



CAPÍTULO XVIII.

En el pecho del caballero no había nada más que sombras y dolor. Le había herido hondamente el puñal de la calumnia, y al atravesar la plaza de San Marcos, sintió como si su corazón fuera á romperse y á derramar sangre. El cansancio hacía su paso vacilante; la noble res había sido hostigada durante todo el día (1), y hacía un caluroso día de verano. El sudor inundaba su frente, y cuando subió á la góndola lanzó un profundo suspiro. Sentóse por movimiento mecánico en la negra cámara de la góndola, como mecánicamente le mecían las blandas olas, que le transportaron á un lugar bien familiar para él á orillas del Brenta....., y cuando descendió ante el bien conocido palacio, oyó que la *Signora Laura* estaba en el jardín.

Estaba ella apoyada en la estatua de Laocoon, cerca de un rosal encarnado, al final de la terraza, no lejos de los sauces llorones que se inclinan melancólicamente sobre la corriente del río. Allí estaba sonriente, blanca imagen del amor envuelta en el perfume de las rosas.

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

Pero él despertaba como de un negro ensueño, y de pronto se vió presa de dulces y vehementes deseos.

— «¡Signora Laura!—dijo—soy un infeliz perseguido por el odio, la miseria y la mentira.» Después dudó y añadió balbuciente:— «Pero yo os amo.»—Entonces brotó de sus ojos una lágrima de alegría, y con los ojos húmedos y los labios flameantes, exclamó:—«¡Sé mía, oh joven, y ámame!

Un oscuro y misterioso velo cayó sobre aquella hora; ningún mortal sabe lo que la *Signora Laura* contestó; si á su ángel custodio se le pregunta en el cielo, se cubre la cabeza, suspira y calla.

Largo tiempo permaneció el caballero solo junto á la estatua de Laocoon; su fisonomía estaba tan contraída y pálida como la de ella; inconscientemente deshojaba una por una las rosas, y arrancaba hasta los nacientes capullos. Jamás el rosal volvió á dar flores.

Á lo lejos se lamentaba un delirante ruiseñor; los sauces susurraban quejumbrosos; murmuraban sordamente las frescas ondas del Brenta; fué elevándose la noche con su luna y sus estrellas, y una hermosa estrella, la más hermosa de todas, se precipitó del cielo.

CAPÍTULO XIX.

¿Llora usted, señora? (1).

¡Ah! ¡Ojalá los ojos que tan hermosas lágrimas derraman iluminen aún mucho tiempo el mundo con sus rayos, y una mano cálida y amorosa los cierre un día en la hora de la muerte! Una blanda almohada es todavía una buena cosa en la hora de la muerte, y ¡ojalá que entonces no le falte! Y cuando la hermosa y fatigada cabeza se desplome sobre ella, y la negra cabellera se esparza en ondas sobre el pálido semblante, ¡oh! entonces premie á usted Dios las lágrimas que por mí ha vertido....., pues yo mismo soy el caballero por quien ha llorado; yo soy el errante caballero del amor, el caballero de la estrella caída.

¿Llora usted, señora? (2).

¡Ah, yo conozco esas lágrimas! ¿A qué fingir más? Usted, señora, usted misma es la bella dama que lloró tan amorosamente en Godesberg, al referirle yo el triste cuento de mi vida. Como perlas sobre rosas rodaban las

(1) En el original en francés: *¿Vous pleurez, Madame?*

(2) *Idem id.*

bellas lágrimas por las hermosas mejillas; el perro callaba, el toque de oraciones sonaba en Königwinter, el Rhin murmuraba dulcemente, la noche cubría la tierra con su negro manto y yo estaba á sus pies, señora, y veía arriba en el estrellado cielo..... Al principio tomé también sus ojos por dos estrellas..... Pero ¿cómo se pueden confundir tan bellos ojos con estrellas? Esos fríos luminares del cielo no pueden llorar sobre la desgracia de un hombre, que tan desgraciado es, que ya no tiene lágrimas.

Y tendría aún motivos especiales para no desconocer esos ojos. En esos ojos habitaba el alma de la niña Verónica.

He echado la cuenta, señora, y usted nació precisamente el día en que la niña Verónica murió. La Juana de Andernach me había predicho que había de volver á encontrar en Godesberg á la pequeña Verónica, y al punto he reconocido á usted. Fué una mala ocurrencia, señora, la de morirle usted entonces, cuando nuestros lindos juegos empezaban á ir ya bien. Desde que la piadosa Úrsula me dijo: «Eso lo hace la muerte», comencé á pasearme solo y grave por la gran galería de pinturas; los cuadros no me agradaban ya como antes; parecíame que de pronto habían palidecido; sólo uno había conservado su color y su brillo..... Usted sabe, señora, el cuadro á que me refiero: al del sultán y la sultana de Delhi.

¿No recuerda usted, señora, que nos estábamos las horas muertas mirándole, y que la piadosa Úrsula se

sonreía de un modo singular, cuando las gentes reparaban en que los semblantes de aquellas figuras se parecían mucho á los nuestros? Señora, veo que habia usted sido perfectamente retratada en aquel cuadro, y es inconcebible cómo el pintor llegara á representar hasta el traje que usted llevaba entonces (1). Dicese que se habia vuelto loco y que habia soñado su imagen de usted. ¿O acaso residió su alma en el gran mono sagrado que la servía entonces como *jockey*?

En este caso debió acordarse perfectamente de aquel velo gris de plata que echó á perder una vez derramando sobre él vino tinto. Yo me alegré de que se le quitara, porque no le sentaba á usted bien, pues generalmente las señoras están mejor con el traje europeo que con el indio, si bien es verdad que las mujeres hermosas lo están en cualquier traje.

¿No se acuerda usted, señora, de que un *galante* Brahman — que parecía á Ganesa, el dios de trompa de elefante, caballero en un ratón — le dirigió á usted cierto día el cumplido de que el divino Maneka, cuando descendió de la áurea ciudad de Indra, al lado del penitente rey Visvamitra, no estaba seguramente tan bello como usted?

¿No se acuerda usted ya? Apenas han pasado tres mil años de que le dijeron esto, y las mujeres bonitas no suelen olvidar tan pronto una tierna lisonja.

No obstante, á los hombres les sienta mucho mejor

(1) La versión francesa añade: *en Delhi*.

el traje indio que el europeo. ¡Oh, mis pantalones de Delhi de color rosa, bordados de flores de loto, si yo os hubiera llevado cuando estaba ante la *Signora* Laura suplicándola me amase, de otra manera hubiera terminado el capítulo precedente! Pero ¡ah! llevaba entonces un pantalón color de paja que tejiera en Nanking un estúpido chino, tejió en él mi perdición, y fui desgraciado.

Siéntase con frecuencia un joven ante la mesita de un cafetín alemán, y apura tranquilamente su taza; mientras tanto, en la vasta y lejana China crece y florece su perdición, se la hila y teje (1), y á pesar de la alta muralla de Pekín (2) sabe abrirse camino hasta el joven que la toma por un par de pantalones de Nanking, se los pone sin prevención y se hace desgraciado (3). Y, señora, en el exiguo pecho de un hombre puede esconderse un gran infortunio, y mantenerse tan bien oculto, que el pobre hombre hasta se pasa días enteros sin sentir nada, y está contento y danza alegremente, y silba y canta: ¡lalaralala, lalaralala, la, la, la!

(1) En la versión francesa: *se la teje y tiñe*.

(2) El original dice: *China*.

(3) La versión francesa añade: *para el resto de su vida*.

CAPÍTULO XX.

Ella era amable, y él la amaba; pero él no era amable, y ella no le amaba.

(*Antigua pieza dramática.*)

—¿Y ha querido usted suicidarse á consecuencia de esta necia historia?

—Señora, cuando un hombre quiere suicidarse, siempre tiene razones suficientes para ello, puede usted creerlo así. Pero la cuestión es saber si él mismo tiene conocimiento de ellas. Hasta el último instante nos engañamos á nosotros mismos. Hasta enmascaramos nuestra miseria, y mientras espiramos á causa de una herida en el pecho, nos quejamos de dolor de muelas.

Señora, ¿conoce usted de veras un remedio contra el dolor de muelas?

Pero yo tenía dolor de muelas en el corazón. Es un mal de los peores, y en este caso, el mejor remedio es llenarle de plomo y los polvos dentífricos inventados por Barthold Schwarz (1).

(1) La versión francesa dice: *remedio es el plomo y la pólvora negra inventada por Barthold Schwarz.*

Como un gusano roía y roía la desgracia mi corazón: el pobre chino no tiene culpa alguna; yo he traído al mundo esta desventura conmigo. Ya estaba conmigo en la cuna, y cuando mi madre me mecía, se mecía conmigo, cuando cantaba para dormirme se dormía también, y se despertaba así que yo volvía á abrir los ojos. Cuando yo crecí, creció también la desgracia, y cuando me desarrollé al fin por completo, hizo estallar mi.....

Pero hablemos de otras cosas, de coronas virginales, de bailes de máscaras, de alegría y de fiestas de bodas: ¡lalaralala, lalaralala, lararal, la, la, la! (1)

(1) La versión francesa dice: *de coronas de flores, de jóvenes, de bailes de máscaras, de placeres y de alegrías..... Trala, la, tra la la, la la la,-la,-la,-la.....*

FIN DE IDEAS Y DE LA PRIMERA PARTE
DE LOS CUADROS DE VIAJE.



ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

	<u>PÁGS.</u>
Heine, su vida y sus obras.—Ensayo biográfico y crítico.	v

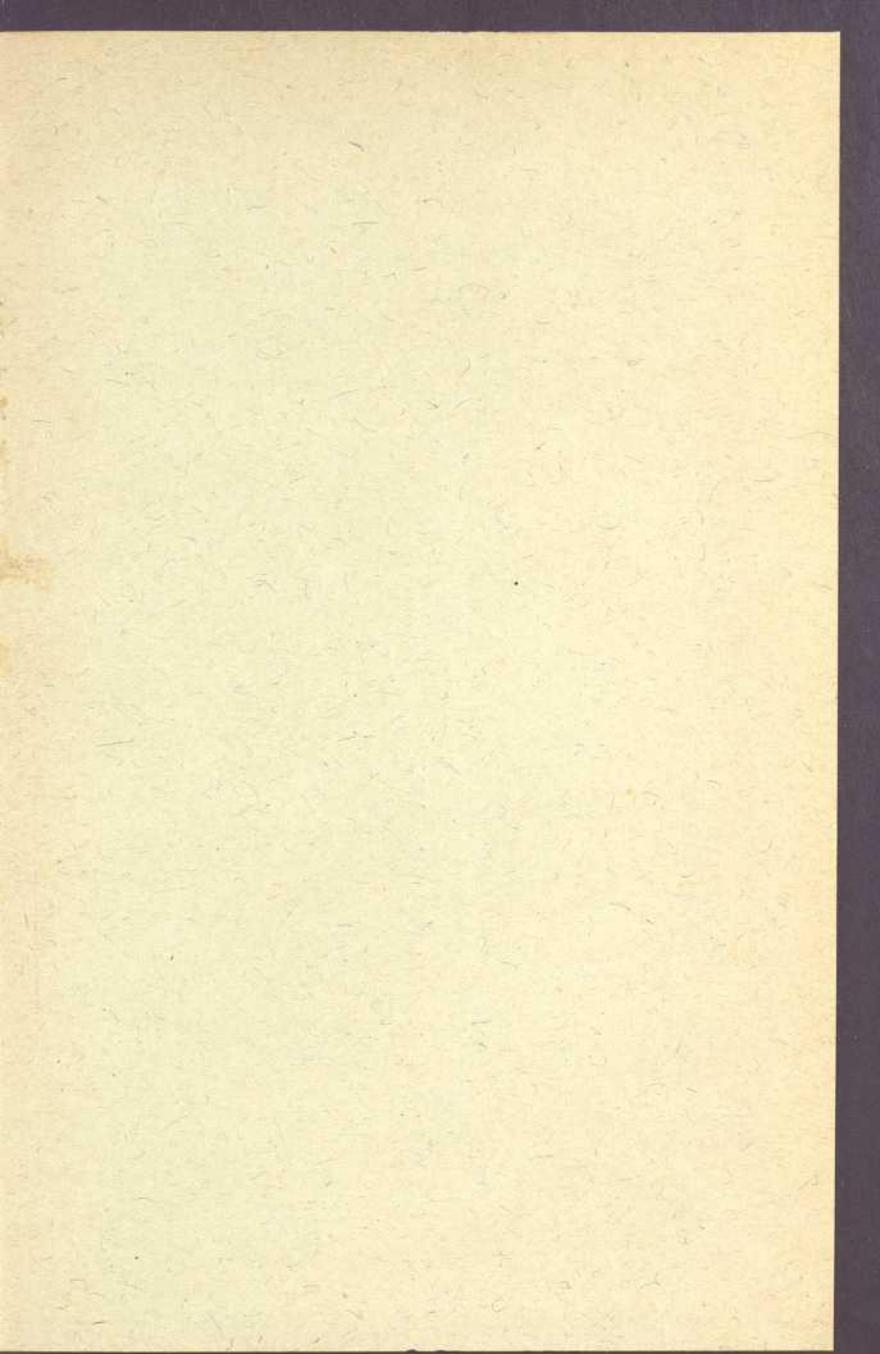
CUADROS DE VIAJE.

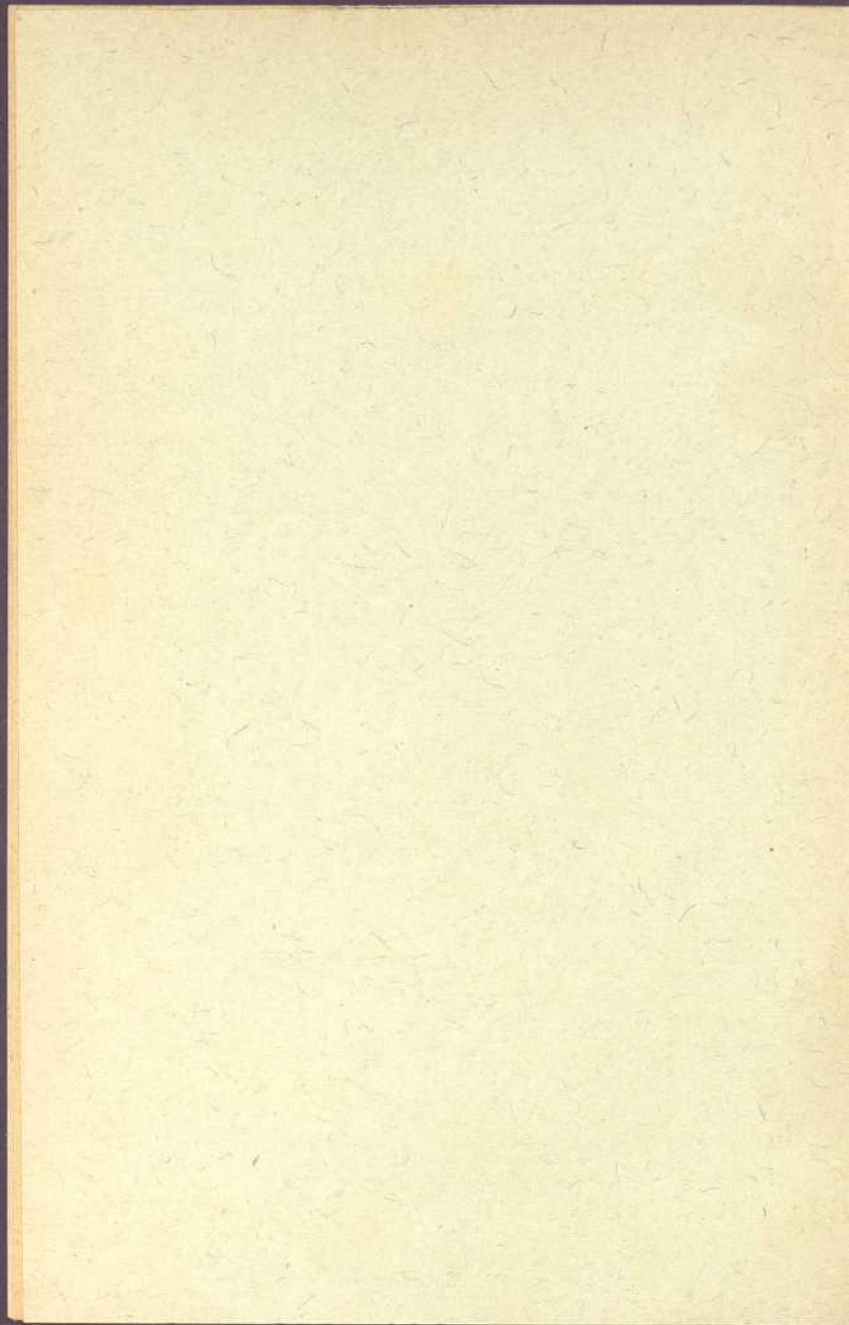
Prólogo á los CUADROS DE VIAJE.....	LXXI
Prólogo de Heine á la versión francesa.	1

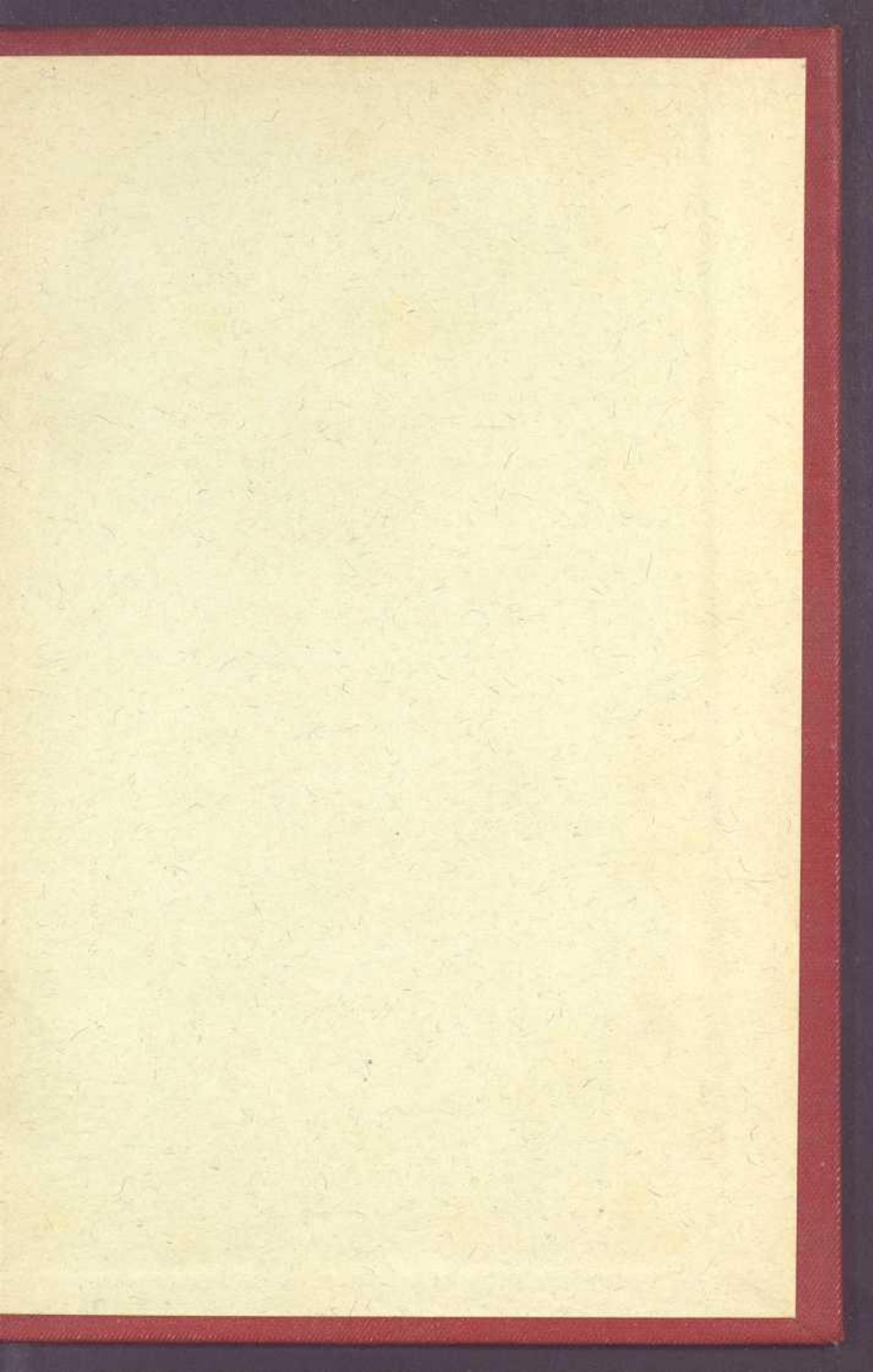
PARTE PRIMERA.

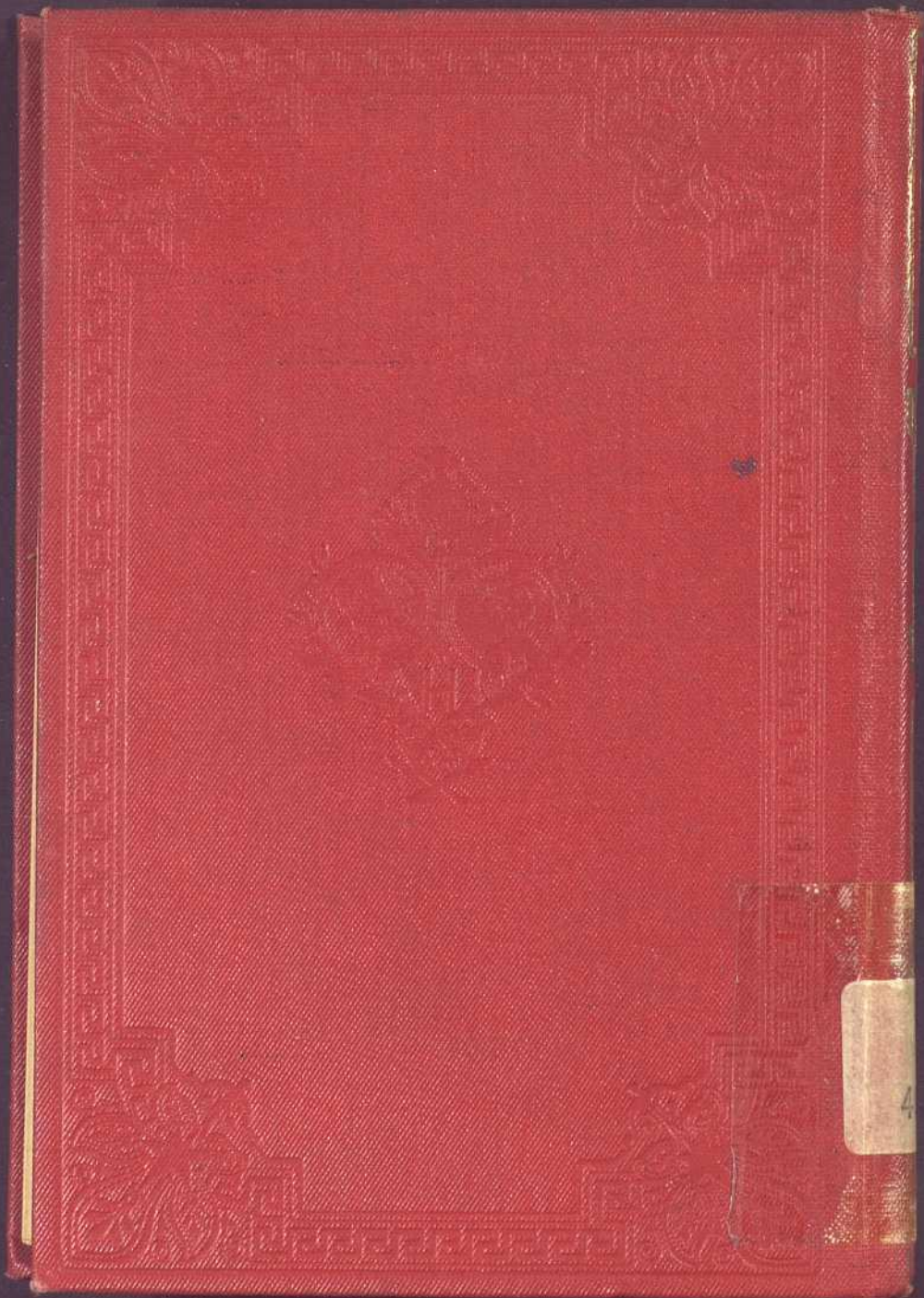
I. Viaje al Hartz.	9
II. Norderney.	123
III. Ideas.—El libro Le Grand.	187













HEINE
MARKE
DE
VALE



F A

4084/1